LA VERDAD OCULTA DE WALTER ANDRETTI

ANTONIO MANZINI



black salamandra

Antonio Manzini

LA VERDAD OCULTA DE WALTER ANDRETTI

Traducción del italiano de
Irene Oliva Luque

black salamandra

A Juan Carlos Onetti

El secreto hay que buscarlo no exclusivamente en la trama, sino en el narrador.

ERICH AUERBACH

Prólogo

Volvía a casa con dos bolsas de la frutería en la mano derecha, y en la izquierda, un plátano al que daba grandes mordiscos; había calculado acabárselo antes de llegar a la papelera que había atornillada a la señal de prohibido aparcar, justo delante del portal de su casa. Lanzó la cáscara y acertó. Subió los tres escalones de mármol y la penumbra del zaguán la acogió.

—Ha llegado esto para usted —le dijo Amerigo, el portero, a la vez que le entregaba un sobre marrón que contenía un voluminoso pliego.

—¿Quién lo envía? —preguntó dándole la vuelta al paquete. Leyó el nombre del remitente, pero no la dirección: «Walter Andretti.» No lo conocía—. Gracias, Amerigo —dijo, y fue a coger el ascensor.

Vivía en el tercer piso, ochenta metros cuadrados compartidos con su marido; ambos eran ordenados y meticulosos. La casa estaba limpia como un monasterio sintoísta. Odiaban las fruslerías, los adornos, todo lo que no sirve para nada salvo para

acumular polvo. Dejó el sobre en la mesa y guardó la fruta y la verdura. No tenía hambre, se comería otro plátano; luego a las cinco se iría a clase. Encendió la televisión. Encontró un documental sobre los narvales. Le prestó atención unos diez minutos y luego, como si el sobre emitiera un sonido continuo e hipnótico, se sintió en la obligación de levantarse, llevárselo al sofá y abrirlo.

Un centenar de folios. Ningún título, ni tampoco fecha. Se quitó los zapatos, estiró las piernas sobre el sofá y empezó a leer.

Eran las diez y cuarto de un día de finales de octubre.

Para ser precisos, era el jueves 25 de octubre de 2018.

PRIMERA PARTE

No siempre acertamos. Aparece el chaval, la inexperta, el jugador que nadie tenía en cuenta y cambia los pronósticos, desestabiliza las apuestas, hace exultar al público. Para muestra, un botón: en 1985 Boris Becker, con tan sólo diecisiete años, triunfa en Wimbledon. Lo recuerdo, yo iba con él contra Kevin Curren. ¿Y cómo olvidar a Fabio Grosso, el casi desconocido que en el Mundial de 2006 marcó el penalti decisivo contra Francia? ¿Quién habría apostado un euro por él? ¿O el Leicester de Ranieri, que triunfa en la Premier League derrotando uno tras otro al City, al Liverpool, al United, al Arsenal y toda la pesca? No siempre acertamos. Pero es por un motivo: no somos buenos observadores, no miramos con atención, nos tomamos a la ligera detalles o comas que en realidad son cruciales, esenciales, decisivos. Subestimar a una campeona en sus comienzos o descartar a un grupo de cuatro jovencitos de Liverpool vaticinándoles una vida breve: todo nace de nuestro ego. Nos situamos por encima de la historia, creemos, es más, estamos convencidos de poder controlar los acontecimientos, de que nuestros numerosos años de experiencia nos conducirán hasta donde es justo y necesario llegar. La arrogancia es nuestra peor enemiga. Si nos piden nuestra opinión, no es para nutrirse de nuestra sabiduría, sino porque están convencidos de que la suya es mejor, sólo buscan la prueba. Y ésta es la historia del enésimo error de apreciación. Usted no me conoce. Me llamo Walter Andretti, soy periodista, y éste es mi diario, que empecé a escribir el día en que me pasaron a la sección de sucesos. Se habrá fijado en que además de mi diario le envío un

manuscrito. Pero no es obra mía. Verá, parece más complicado de lo que es, pero si tiene la paciencia de leer hasta el final entenderá el motivo por el que le entrego todo este material.

Daba vueltas en la penumbra del piso. Las cortinas echadas, dobles, organza y terciopelo. Polvo en los muebles, manchas de humedad en el papel pintado a la altura del techo. ¿Cuánto llevaban allí? Por lo menos treinta años, pensó, sobre todo la de al lado de la tubería que pasaba por arriba a lo largo de todo el pasillo. ¿De qué era esa tubería? ¿Gas? ¿Agua? ¿Calefacción? Nunca había llegado a saberlo. De niño colgaba allí la serpentina en carnaval o los calcetines para fastidiar a la criada. El mármol del suelo estaba pulido, desportillado en algunos puntos, algunas baldosas estaban agrietadas por la mitad, otras tenían las esquinas hundidas, como si una fuerza superior las hubiera combado hacia abajo para redondearlas. Entró en la cocina, donde el grifo perdía agua, y, al ser domingo, con las calles en silencio, parecía que perdiera aún más: se oía el eco de cada gota al caer en el cuenco medio lleno de agua recubierta por una capa de aceite donde flotaban tres macarrones pálidos e hinchados, como ahogados en un río. Buscaba las gafas, pero no estaban en la cocina. Revisó las encimeras de formica, la mesa, miró en lo alto del frigorífico y en el frutero de madera que contenía dos manzanas

arrugadas. Volvió al pasillo, en dirección al aseo. Encendió la luz: un plafón de cristal mate pegado al techo en cuyo interior se adivinaban cadáveres de palomillas. No encontró nada en el lavabo rosa, nada en la repisa del espejo ni tampoco en el mueblecito con el frasco de agua de rosas lleno de polvo y medio vacío. El cuarto de sus padres ni se le pasó por la cabeza, llevaba años sin entrar, ni tampoco el de invitados, que servía de almacén para los libros viejos que no se decidía a tirar. Al final del pasillo de paredes revestidas de cuadritos pequeños e insignificantes, barcos de vela y a motor, se dirigió a la última habitación, la suya, con la cama todavía deshecha a las tres de la tarde, porque Ida, que trabajaba allí desde hacía veinte años, no iba los domingos, y buscó entre las mantas y sábanas amontonadas. A lo mejor se las había dejado allí. Sólo encontró aquel olor asqueroso, su olor, así que abrió la ventana. Entró un rayo de sol que deslumbraba, era un invierno bipolar que alternaba los días templados y serenos con periodos de hielo y lluvia, absurdo y espantoso al mismo tiempo. Nada encima de la cómoda, nada en la mesita de noche, nada en el suelo, nada de nada de nada, joder. «¡Mierda!» Y le pegó una patada a la cama de hierro forjado. «¿Dónde están?» La cabeza empezaba a darle vueltas. Salió. ¿En el despacho? Imposible, allí

todavía no había entrado, y el suplemento del *Corriere* lo había leído en el sofá y... «¡Gilipollas!», murmuró mientras recorría de nuevo el pasillo y se daba un tortazo en la frente con la mano abierta, dobló la esquina, donde antaño estaba el teléfono en la pared, negro, de disco, y en la repisa la agenda con el bolígrafo colgando, pasó por delante del otro baño, cruzó la doble puerta de cristal y encendió la araña de cristal de Murano en la que de seis bombillas sólo funcionaban tres. Buscó en la mesita que había frente a los sofás de terciopelo. Allí tampoco, nada. No estaban en la mesa de comedor para ocho, tampoco en la superficie de mármol del aparador de marquetería, ni sobre el televisor de tubo catódico ni en la repisa de la chimenea. «¡Ah!» Se habían mimetizado como una serpiente, pero ahora las había visto. Se las puso, ya podía ir a trabajar. Regresó al pasillo y entró en el despacho. Cerró tras de sí la puerta, una puerta de madera oscura y brillante con algunas grietas, la manilla de latón, era la única de la casa que conservaba la llave, las demás habitaciones hacía años que la habían perdido, en los baños usaba el pestillo. Cerró con dos vueltas y dejó a oscuras el pasillo, excepto por una lengua de luz que sobresalía por debajo del umbral, porque en su despacho, vetado para el mundo, Carlo

Cappai usaba focos halógenos y mantenía ventanas y postigos cerrados a cal y canto.

No saldría hasta bien entrada la noche.

En los bulevares, a la una de la mañana, sólo quedaban las nigerianas, que no tenían horario. Flavio Zigon lo sabía, llevaba tres años frecuentando su compañía, aunque cambiaban a menudo. En la primera época estaba Jamila, o por lo menos así decía llamarse, su favorita. Pequeñita y delgada con unos pechos enormes, hablaba italiano mal. Luego había desaparecido. Era inútil preguntar, ninguna compañera la conocía, ninguna la había visto ni había hablado nunca con ella. Daba igual, Flavio la sustituyó por otra, luego por otra. Aquella noche había escogido a Lubabah, que, en cambio, era grandota y se reía siempre, le transmitía alegría, y además sabía hacer las mamadas como ninguna.

—¿Vamos?

Llevaba puestas un par de botas rojas de plástico que le llegaban a la rodilla y unos pantaloncitos cortos de lentejuelas. Una camiseta de tirantes abierta por delante mostraba el sujetador celeste, y encima, un abrigo de piel de leopardo de imitación.

—Pero ¿tú sales así vestida de casa o te cambias?

Lubabah se reía. Guardaba su ropa escondida detrás de la caseta eléctrica, al lado de la farola. Flavio no tenía que pedir indicaciones, se sabía el camino de memoria. En cuanto se dejaba atrás la ciudad y empezaban a verse los árboles de nuevo, debía enfilar una pista de tierra que conducía hasta el lago de pesca deportiva. Dos curvas y allí, en un pequeño claro en medio del bosque, Lubabah le chuparía la polla.

—Pago antes, cariño —dijo la chica en cuanto Flavio apagó las cortas.

Abrió la cartera y contó. Un billete de veinte y otro de diez. Luego se desabrochó el cinturón, se desabotonó los pantalones y sacó la polla, ya dura de la excitación.

—Ve despacio, ponle sentimiento... —le dijo.

La chica cogió el bolso y sacó un preservativo.

—No —dijo Flavio—, ¡sin eso!

—Sin eso olvídate —respondió ella—. O con esto o llévame otra vez al bulevar.

El hombre resopló.

—Pero me lo pongo yo.

—Pues póntelo tú —accedió ella entregándole el envoltorio.

Flavio lo abrió. Le repugnaba el olor a plástico del anticonceptivo.

—Pero ¿por qué? ¿Es que las africanas os quedáis embarazadas por la boca?

—No te hagas gracioso.

Se lo apoyó en la punta y lo desenrolló.

—Ya está, listo.

Lubabah se lo deslizó hasta la base, luego se apartó el pelo de la cara y al inclinarse se golpeó la mejilla con el volante. Se echó a reír. A Flavio no le gustaban las risas ni las distracciones en esos momentos.

—Perdona... —murmuró Lubabah, y luego empezó a besársela.

—Sí, así... así... —Él le agarraba el pelo con los ojos cerrados—. Sigue así... así... Despacio, despacio, suave.

Sólo se oía el tintineo de los pendientes y las pulseras que Lubabah llevaba en la muñeca izquierda.

—Aprieta... ¡aprieta!

Él seguía acariciándole un mechón de pelo, negro y duro, quizá recubierto de alguna laca o aceite. Luego consiguió meterle una mano debajo de la camiseta, tocarle el pecho, grande y carnoso.

—Me corro... me corro... ¡No te pares, negra de mierda!

Lubabah no se paró. El semen llenó el depósito y Flavio se dejó caer sobre el asiento liberando toda la

tensión acumulada. La chica retiró el preservativo con un movimiento rápido y lo envolvió en un pañuelo de papel.

—Las mamadas que haces tú...

—Me has llamado «negra de mierda».

—¿Yo?

—Tú.

Flavio se echó a reír.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué eres? ¿No eres una negra?

Lubabah se colocó bien el sujetador. Entonces se abrió la puerta del lado de Flavio. Una sombra, dos disparos. A Lubabah apenas le dio tiempo a darse la vuelta, y ya no había nadie. Sólo Flavio con un ojo abierto de par en par y el rostro machacado, ensangrentado; miraba el parabrisas con aquel ojo abierto, el otro lo había eliminado la bala. Lubabah trató de gritar, pero no le salió ni un hilo de voz. Luego también se abrió su puerta. La sombra había rodeado el coche y ahora estaba en su lado. Lubabah se meó encima. El hombre llevaba el rostro oculto por un pasamontañas, la mano derecha enguantada todavía agarraba la pistola. Se acercó el índice de la izquierda a la cara.

—Shh —dijo.

Lubabah lloraba, las lágrimas le inundaron el rostro. Luego el hombre desapareció rápidamente en

la oscuridad, entre los troncos y las ramas, y dejó a la chica sola en el coche con el cuerpo de Flavio a su lado. De la boca le borboteaba sangre mezclada con saliva, la pierna derecha temblaba como si una corriente eléctrica la atravesara. La chica salió del coche llorando, apretando el bolso contra el pecho, y a paso veloz regresó a la carretera principal tropezándose por culpa de los tacones de doce centímetros de sus botas de plástico rojo.

Todos los días, salvo los festivos, lloviese o tronase, hiciera frío o calor, a las siete en punto Carlo Cappai corría durante treinta minutos en el parque y luego volvía a casa a ducharse. A las ocho menos diez salía de nuevo por el portal, paraba a desayunar en el bar Colangeli, quince minutos a pie y llegaba al juzgado. Bajaba las escaleras hasta el archivo, se quitaba el abrigo y encendía el ordenador. Allí abajo no había mucha luz, sólo la poca que lograban arrojar los fluorescentes del techo; kilómetros de estanterías numeradas, cifras y letras que él conocía de memoria. Kilómetros lineales de anaqueles repletos de expedientes. Hacía años que trabajaba allí, en el archivo del juzgado de lo penal. Tenía un pequeño escritorio, justo detrás del largo mostrador en el que se apoyaban secretarios judiciales, abogados y

pasantes: «Por favor, el expediente del proceso Liverani, segunda sala de lo penal, mayo de 2015.» Carlo Cappai, entonces, se levantaba y llegaba hasta él a tiro fijo. Aquel laberinto era para él como su casa. Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo pasaba solo. Se paseaba por el linóleo amarillo del suelo, entre las paredes enmohecidas y con sólo dos ventanas en lo alto, que daban al patio interior del juzgado y por las que los días de sol se colaba un enorme haz gris cargado de luz polvorienta. Miraba los pasillos en la penumbra: cajas, miles de cajas, fichas, carpetas, expedientes, archivadores. Todos etiquetados, clasificados y archivados, en pilas que llegaban hasta el techo.

Hablaban.

Desde hacía treinta años Carlo Cappai pasaba nueve horas al día allí dentro, y sabía que aquellos expedientes hablaban. Algunos chillaban. Había uno de la sección F, estantería 7, balda 9, archivador 82, al que Cappai llamaba simplemente «Efe»; sabía de memoria cuántas carpetas lo conformaban, podía describir todas las fotografías, siete en blanco y negro y cincuenta a color, conocía los informes del comisario de policía Lo Cicero, del forense Orsolini, las actas de las vistas en la sala y las sentencias de absolución de Luigi Sesti por no haber cometido el delito. Ahora aquel expediente debía ser destruido, la

vista se había celebrado muchos años antes, el juez Bruno Cappai había absuelto al acusado en primera instancia y luego en la apelación otro juez, Tropea, había cerrado el caso para siempre. Sin embargo, el expediente seguía allí. Carlo lo mantenía alejado de la distraída atención de los secretarios judiciales y de las peticiones de los fiscales. No molestaba a nadie. A estas alturas sólo él lo recordaba. Para quedarse tranquilo, había fotocopiado los documentos y las fotografías y se los había llevado a casa. Se había librado, Luigi Sesti, el hijo del gran abogado con el bufete más influyente de la ciudad. Sesti padre estaba emparentado con las élites, empezando por su mujer, Donata Sesti Cattaneo, industria cementera, explotaciones ganaderas, desde hacía tres generaciones.

Luigi Sesti era el acusado.

Carlo Cappai lo conocía bien, desde la época del instituto. Hace una vida, una vida que parecía haber corrido los cien metros lisos de lo rápido que había pasado, una ráfaga de viento que se había llevado consigo colores, pensamientos y olores. Era tres años mayor que él, no tenían ninguna relación. Carlo Cappai se limitaba a observarlo mientras pasaba flechado en su moto último modelo o en su Alfa Romeo descapotable, premio por un 6 raspado en Griego. Luigi Sesti sonreía siempre. La vida era para

él un camino de rosas, la vivía con la ligereza de quien se sabe superior, importante y al margen de la ley de los hombres.

Carlo Cappai hacía una pausa breve para comer, por lo general un bocadillo en la piazza San Francesco, donde estaba seguro de que no se toparía con abogados, secretarios judiciales, pasantes. Se sentaba en la mesa de siempre junto a la cristalera, mientras miraba a la gente pasar. Sin pensar, ni siquiera cuando quien desfilaba por delante era una mujer guapísima o un viejo conocido; se limitaba a mirar y a masticar despacio. Se bebía el zumo de naranja, dejaba el dinero sobre la mesa de mármol y volvía al trabajo. Aquel día no esperaba ver a Donata Sesti Cattaneo cruzar la calle del brazo de su cuidadora. Qué vieja estaba la madre de Luigi Sesti. Doblada como una rama de olivo, aunque los ojos seguían siendo los mismos de hacía cuarenta años. Duros y fríos, de alguien acostumbrada a mandar. Seguía viva, igual que su marido, el abogado, noventa y un años, postrado en la cama de su dormitorio, en la segunda planta del palacete familiar, sin distinguir ya el día de la noche, según los rumores del tribunal, esperando que le llegase su hora. En opinión de Carlo Cappai, ya había vivido incluso de más. Se limitó a contar los pasos que la mujer tardó en llegar al coche donde la

esperaba el chófer. «... veinticuatro», dijo en voz baja, mientras dejaba el vaso de zumo en la mesa.

Por la tarde el trabajo era incluso más sencillo. Cada vez iba menos gente, los jueces trabajaban en las plantas superiores y allí abajo reinaba la paz, salvo por las cajas que hablaban, hablaban y preguntaban. A las cuatro leía la prensa, pero sólo la local y las páginas de la nacional dedicadas a su ciudad. Una lectura concentrada, atenta, con un rotulador y unas tijeras a su lado. A solas en aquel laberinto, bajo la fría luz de los fluorescentes, con las gafas puestas, cada día de su vida Carlo Cappai buscaba una noticia, un retazo, aunque fuera una mera mención.

En casa, por la noche, cenaba lo que Ida le había dejado preparado, casi sin mirarlo. Luego encendía la televisión, ponía algún canal regional y durante una media hora veía pasar las imágenes. Cuando se hartaba, se metía en el despacho y se encerraba allí dentro hasta las diez y media. Lo único que se oía era el transistor encendido, sintonizado en una emisora privada que desde las nueve de la noche emitía un programa de cotilleos de la ciudad. Se llamaba *Quién se va y quién se queda*. De los obituarios a los recién nacidos, de los problemas que afligían a la flor y nata a las actividades culturales. Una especie de tablón de anuncios local. A las diez y

media acababa el programa, Carlo Cappai apagaba la radio, salía del despacho, lo cerraba de nuevo con llave y se acostaba.

Ésa era la vida de Carlo Cappai. Nadie lo conocía de verdad, solitario, gris y huidizo, una mancha deleble que el tiempo se encargaría de borrar.

Carlo Cappai, sin embargo, era una araña que llevaba cuarenta años tejiendo su tela.

Había nacido hacía cincuenta y ocho años en aquella buena vivienda céntrica en la que él nunca había cambiado nada, ni siquiera tras la muerte de sus padres. Las fotos de su padre y su madre habían quedado relegadas al dormitorio matrimonial, ese en el que sólo entraba Ida una vez por semana para limpiarlo. Él jamás. Cuando regresó a casa sudado de la carrera matutina, Ida ya estaba trabajando.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días —masculló Carlo Cappai con su voz fina y desagradable.

—¿Le gustó el estofado de anoche?

—Sí.

—¿Qué quiere cenar hoy?

—Decida usted.

—¿Puedo limpiar el despacho?

Siempre preguntaba, como si no supiera la respuesta.

—No, ya me ocupo yo.

No obstante, la situación era la misma desde hacía años, desde la muerte de su padre, momento en que Carlo Cappai heredó aquella habitación: nadie podía entrar en ella. La mantenía cerrada bajo llave, apartada de las indiscreciones y las intromisiones del mundo. Sabía que Ida espiaba por el ojo de la cerradura y que al menos tres veces había intentado abrirla sin éxito. Aquellos veinticinco metros eran un terreno prohibido para el resto de la humanidad. Años antes la mujer le había preguntado:

—Pero ¿qué es eso tan importante que guarda ahí dentro?

Él le había contestado con un lapidario:

—Es asunto mío.

Era asunto suyo, allí dentro Carlo Cappai trabajaba a conciencia.

El lunes tenía el paso cansado de cualquier otro día. Después de comer Carlo había tomado el café con el secretario judicial: los comentarios de rigor sobre la liga de fútbol, sobre el invierno que parecía no querer acabar nunca, sobre la inutilidad de los debates en televisión. A las dos regresó al archivo y

se concentró en los periódicos que había llevado su compañera. Todos hablaban en primera plana del asesinato de Flavio Zigon, cuarenta y cuatro años, hallado sin vida en el interior de su vehículo con dos disparos de pistola, no muy lejos del lago de pesca deportiva. «Pesca deportiva» era una expresión que a Carlo siempre le había resultado grotesca. Ve y díselo a las truchas, pensaba. Se buscaba a la prostituta con la que se había marchado la víctima, aunque por lo que comentaba el periodista las esperanzas de dar con ella eran realmente pocas. Carlo sonrió. Ninguna colaboraría, eso lo sabía, sus vidas pendían de un hilo finísimo, indocumentadas, fantasmas sin alma, sólo servían entre la medianoche y las cinco de la mañana para satisfacer el prurito y las frustraciones sexuales de los hombres. Los titulares eran ridículos: «Ajuste de cuentas.» «Venganza de una prostituta.» «Tráfico de cocaína.» Decían que los investigadores estaban hurgando en la vida de Flavio Zigon.

Había poco que hurgar.

Abandonó las primeras páginas y empezó su búsqueda entre las noticias locales, que eran las que más le interesaban. No encontró nada de importancia. Dejó los periódicos, luego, sabiendo muy bien adónde iba, se dirigió al pasillo del fondo: los casos que le interesaban estaban en la sección S,

estantería 9, balda 2, archivador 33. Proceso Zigon/Faruk. Se los llevó a la sección A/7, a la que llamaban el purgatorio, donde se aparcaban los expedientes antes de destruirlos. El proceso había terminado, había atravesado todas las fases judiciales y Flavio Zigon, con un abogado excelente y un juez despistado, se había librado de la acusación de homicidio. Eran las cinco de la tarde, no le quedaba otra que volver a casa, por aquel día era suficiente.

Lunes, 5 de febrero

He ido al lugar de los hechos, claro que he ido. ¿Qué he visto? Un coche con las puertas abiertas y el morro apuntando hacia la maleza. En el interior del habitáculo, una sábana cubría el cuerpo. No he podido acercarme, eso lo había entendido, estaban los hombres de la Científica con el mono blanco, parecían preservativos, fotografiaban, pasaban pinceles por todas partes en el coche, metían papelajos y objetos dentro de bolsitas de plástico transparente. ¿Qué más puedo escribir? No tengo ni pajolera idea del tema, sólo el par de bobadas de las que nos ha informado el capitán de los carabineros, que se apellida Ossola. Nos ha dicho: «Hombre adulto, cuarenta y cuatro años, responde al nombre de Flavio Zigon según el documento de identidad hallado en la cartera junto a cien euros en efectivo y una tarjeta de crédito, dos disparos de pistola, uno en la sien y otro en la cara, estaba con una prostituta, porque hemos encontrado un pañuelo de papel con un preservativo usado dentro.» «Hombre, claro, no creo que haya bajado hasta aquí para masturbarse», ha dicho el compañero del *Resto*, Salvo Parodi, que tiene sesenta años y sabe del tema. Yo no. Llevo setenta y dos horas en sucesos y lo único que puedo hacer es seguir a los veteranos.

Da igual, la Cabrona no lo entiende.

—Hurga, descarta, persigue la noticia —me dice. Se cree que está en una película americana.

—¿Qué noticia quiere que persiga?

Me toca ir al cuartel e intentar hablar con alguien, luego la Cabrona quiere un artículo sobre la vida de la víctima. Me da también la dirección de su padre, con una sonrisita de superioridad.

—Tome, Andretti, le ahorro la molestia.

No me suena de nada el nombre de la calle, pongo el navegador para encontrarla. Y cuando llego pienso que, como en las películas americanas, gracias otra vez a la Cabrona, me encontraré a decenas de compañeros de oficio. No hay un alma. Toco el timbre y viene a abrirme un viejo. En realidad puede que no tenga más de setenta años, pero los lleva fatal.

—¿Es aquí donde vivía Flavio Zigon? —le pregunto.

El tipo se quita las gafas y me mira. Tiene los ojos de un azul claro desvaído, lejanos, derrotados.

—¿Y usted quién es? —me pregunta.

—Andretti. Trabajo para el *Gazzettino*.

Conoce el nombre del periódico; de hecho, asiente.

—Fui yo quien reconoció en el depósito a mi hijo, aunque de la cara quedaba poco —me dice, sin hacerse a un lado para dejarme entrar en la casa—. Vivía aquí, conmigo. Siempre tuvo mala suerte, Flavio. —Se le humedecen los ojos, pero no distingo si es de la emoción o por un principio de cataratas.

—¿Estaba... estaba casado? —Es la primera pregunta que se me viene a la cabeza.

—Estuvo casado, sí. Hace años —lo dice en voz baja—, aunque ya habrá oído hablar del tema, ¿no?

Me encojo de hombros. Él prosigue.

—Su mujer... era Laura Faruk... ¿Se acuerda del asesinato de la piazza dei Colori?

Debería, o al menos es lo que él se espera de un periodista de sucesos.

—La verdad es que no. Yo antes estaba en deportes.

Sus ojos muestran interés.

—¿De qué equipo es?

—Inter.

—Verona —responde él—. No el Chievo, sino el Verona, el Hellas, el de verdad. ¡El *pandoro* lo como en Navidad!

Le entran ganas de reír, pero la carcajada se transforma en una tos acatarrada. Se pone rojo y se dobla por la cintura. Miro a mi alrededor. Tal vez debería ofrecerle agua, pero como estoy en el rellano me resulta difícil. Se le pasa.

—Yo nací en Verona y ahora me toca morir en este agujero. —Y me cierra la puerta en las narices.

¿Qué hago? ¿Insisto? ¿Existe un manual de comportamiento del periodista de crónica negra? Decido marcharme. Por suerte tengo buena memoria. No sé si tiene sentido seguir escribiendo el diario, lo releo y parece más una forma de desahogarme que otra cosa. Aunque, al fin y al cabo, ¿qué es un diario? Cuando estaba en la sección de deportes apuntaba conversaciones, nombres, situaciones que rozaban lo absurdo. Aquí, ahora, no sé. Pocas ganas de cachondeo tengo.

Al contrario.

Carlo se sentó delante de la televisión. En la bandeja, la cena preparada por Ida. Medio pollo asado, la otra mitad la había metido en el horno para el día siguiente. Todos los canales locales hablaban del homicidio de Flavio Zigon. Los periodistas disparaban explicaciones a cuál más fantasiosa. La más en boga era el ajuste de cuentas. ¿Qué cuentas? La víctima llevaba en la cartera cien euros y la tarjeta de crédito, así que todos descartaban el robo. La presencia de la prostituta a su lado era el detalle más inquietante. ¿Dónde estaba? ¿Quién era? ¿Había huido? ¿También había muerto y la habían arrojado a un arroyo? ¿Y si la asesina fuera precisamente ella, la prostituta? Carlo sonrió. «Imbéciles», dijo al televisor. «Le dispararon en el lado izquierdo de la cara, la prostituta estaba a su derecha. ¿Qué tiene?, ¿un brazo de contorsionista? Imbéciles...» En el canal 124 encontró un debate más interesante. Un viejo periodista del *Resto*, Salvo Parodi, manejaba algún dato más que los demás. Carlo se había cruzado con él a menudo, de vez en cuando iba al archivo en busca de información, aunque nunca había hablado con él, pero sí prestaba atención a lo que les decía a los abogados, a los secretarios

judiciales, a los pasantes. Aquel periodista conocía el oficio, Carlo lo respetaba más que a muchos de los jueces y fiscales. «Los carabineros no cuentan los detalles.» Estaba sentado en una butaca giratoria, junto a un par de presentadores de tercera y el pibón de turno, parecía en su salsa. «No les cuentan, por ejemplo, un dato fundamental. El arma utilizada. Ahora hablará la balística, pero me juego el sueldo a que se trata de una nueve milímetros. Reúnan todos los datos y poco a poco acabará aflorando la verdad.» Cappai apagó el televisor, se levantó y llevó la bandeja a la cocina. ¿Y aunque así fuera?, se preguntó. ¿A alguien le ha servido alguna vez de algo la verdad? Continuará siendo un caso sin resolver, reflexionaba, como el ochenta por ciento de los homicidios. ¿Y aunque le echaran el guante al culpable? Otro expediente en el archivo, nada más. Entró en el despacho y se encerró. Tenía al menos tres horas de trabajo por delante. Salió a medianoche, con los ojos rojos y el paso cansado. Arrastraba con dificultad dos bolsas de tela llenas de documentos que dejó sobre la alfombra del salón. Después del accidente del 95 el brazo derecho de Carlo Cappai no había vuelto a ser el mismo. A estas alturas había aprendido a usar el izquierdo; salvo escribir, era capaz de hacerlo casi todo. Tardó diez minutos en encender el fuego en la chimenea, sus

padres la usaban sólo en Navidad, cuando venían sus tíos de Milán o durante las cenas con los colegas del tribunal y sus consortes. Carlo amontonaba la leña en el escobero de la cocina, en la ciudad no era tan fácil de conseguir como en el campo. Con la que había tenía de sobra.

La hoguera crepitaba, las lenguas rojas lamían el aire y los reflejos rebotaban sobre los ladrillos refractarios y el parachispas dorado. Un agradabilísimo olor a madera de castaño invadió el salón. Abrió la primera bolsa, sacó un expediente y lo tiró al fuego. La llama se excitó y abrasó en un instante las fotocopias que conservaba. Repitió la operación hasta agotar el contenido de las bolsas. Esperó a que el fuego se calmara un poco, aquella montaña de papel había generado un montón de ascuas que seguirían ardiendo hasta la mañana siguiente. Ida se habría escamado. Carlo sacó del aparador dos vasos, los llenó de coñac y a continuación los vació en el lavabo. Dejó la botella y los vasos vacíos sobre la mesita del salón, junto a un paquete de patatas fritas que se preocupó de tirar al váter, ahuecó los cojines de los sillones: ahora parecía que había tenido visita. Recogió las dos bolsas vacías y las devolvió al despacho, que cerró con llave, y por fin se acostó. Nada de sueños, hacía años que ya no visitaban sus noches.

Martes, 6 de febrero

—¿Qué me cuentas del homicidio de Laura Faruk? —le pregunto a Filippo Lauretani, que lleva en el periódico toda la vida y en la redacción lo llaman Wikipedia.

Cierra los ojos, luego mira el ordenador, teclea algo y por último gira hacia mí la pantalla.

—Toma, todo tuyo. —Es lo único que me dice, se levanta y se va —. Bajo al bar, quien quiera un café que hable ahora o calle para siempre.

Apenas me da tiempo a levantar la mano cuando Filippo grita:

—Lástima, ¡demasiado tarde!

Me pongo delante de la pantalla. Es un artículo de nuestro periódico de hace unos años.

> Laura Faruk, de 32 años, hija de Giorgia Rebellato y Ahmed Faruk, comerciante libanés, ha sido hallada muerta esta mañana en su vivienda de piazza dei Colori. Los investigadores hablan de diez puñaladas asestadas al cuerpo de la víctima, al menos tres de ellas mortales. La mujer vivía sola en un pequeño piso de la primera planta del edificio. En el lugar de los hechos trabajan ya los carabineros de la Científica. Laura Faruk mantenía una relación sentimental con Flavio Zigon, un empresario de 34 años. Marta Faruk, hermana de la víctima, revela no

> obstante que hacía más de seis meses que no estaban juntos. Tras ser contactado telefónicamente por nuestro corresponsal, Flavio Zigon sufrió una indisposición. Trasladado de urgencia al hospital Sant'Eugenio, tuvo que ser reanimado por el personal médico. El pronóstico es de una semana.

Punto. No hay nada más. Continúo la búsqueda. Aparece un artículo, de cuatro meses más tarde, que anuncia el inicio del proceso contra Flavio Zigon por el homicidio de Laura Faruk.

Nunca había estado en ese sótano. Un laberinto de puertas con olor a cerrado y una luz espectral. Y yo me quejo de hacer un trabajo de mierda. Ese desgraciado clavado detrás del mostrador del archivo me recuerda al guardián de una saga medieval. Bajito, ha perdido el pelo de la coronilla, parco en palabras. En cuanto le pido el expediente esboza una sonrisa.

—Está en el purgatorio —me dice.

De tanto tiempo que pasa ahí abajo debe de tener una visión muy particular de la realidad. Apoya en el mostrador siete archivadores pesadísimos que, al caer sobre la madera de golpe, levantan una nube de polvo finísimo. Luego me mira mientras me tiende una hoja para que la firme.

—Puede ponerse en esas mesas de ahí al fondo para consultarlos.

En el rincón hay cuatro, de formica verde claro, rodeadas de sillas disparejas. Cojo los archivadores de tres en tres y me los llevo

a la que queda más cerca del radiador. No sé por qué precisamente ésa, puede que la calefacción me cree cierta sensación de seguridad. Hay dos ventanas en lo alto, dejan entrever un fragmento de cielo grisáceo surcado por retazos de nubes. Abro el primer archivador. Proceso Zigon/Faruk. Septiembre de 2007. Hojeo la sentencia. Larguísima y escrita en lenguaje burocrático, un aburrimiento mortal.

Lo que deduzco es que Zigon tiene una coartada a prueba de bomba. «La muerte se sitúa a las diez de la noche, a esa hora Zigon estaba con su familia en el restaurante Le Beffe celebrando el cumpleaños de su padre», dice la defensa. Y a continuación aparecen los testimonios de camareros, dueños, familiares que recuerdan perfectamente, algo que a mí siempre me hace sonreír cuando lo veo en algún telefilm, pelos y señales de una noche de jueves cualquiera de hace meses. Un camarero se acuerda incluso del vino que pidieron. Ya sólo ese detalle chirría. Igual que chirría toda la investigación a la ligera de la policía. El forense, un tal Ferretti Tarquinio, que ya manda huevos sólo el nombre, sitúa la muerte entre las 20.00 y las 24.00 h y añade: «Es difícil ser más precisos.» Yo no soy del oficio, me toca creérmelo, pero en su declaración hay otro apunte en el que habría que ahondar. Es el siguiente. Ferretti Tarquinio continúa diciendo: «El arma del delito es un cuchillo de una sola hoja de treinta centímetros», un cuchillo normal de cocina. Y es aquí donde el abogado defensor, Ernesto Guidi, se queda a gusto: «No hay premeditación —sostiene—, el asesino ha cogido la primera arma que ha encontrado a mano y ha atacado a la víctima. Estaba allí para cometer un robo, como se deduce claramente de la fotografía de la cristalera de la cocina, que

muestra signos de efracción. Flavio Zigon seguía en posesión de las llaves de esa casa y si, como sostiene el fiscal, entró para matar, ¿por qué no llevaba ya un arma, sino que usó el cuchillo de cocina que encontró en aquel momento? Zigon nunca, y repito, nunca, habría forzado la cristalera, ¿por qué motivo iba a hacerlo si tenía las llaves?» Un razonamiento impecable, en mi opinión. Hojeo las páginas. «Si, como sospecha el fiscal, entre Zigon y la señora Faruk se entabla una disputa a consecuencia de la cual Zigon habría cogido un cuchillo y asestado varios golpes mortales a la víctima, ¿dónde están los rastros de la disputa? ¿Del altercado? El cuerpo de Faruk fue hallado en la entrada del piso, todavía con el abrigo puesto, las llaves de casa estaban en el suelo, señal de que acababa de entrar y el asesino, al ser descubierto, actuó por impulso. No hay cabida, en el relato que el cadáver nos deja, para presuponer un altercado. ¿Qué altercado? ¿De tres segundos de duración mientras la pobrecita entraba en casa? No, señor juez, no pudo suceder eso. ¡Flavio Zigon no es el homicida de Laura Faruk!» Me da la sensación de que estoy en la sala durante la vista. Leo la declaración de Marta Faruk, la hermana de la víctima: «Entre mi hermana y Flavio las cosas iban fatal. Flavio la acribillaba a llamadas de teléfono.» Leo una intervención del fiscal: «Señor presidente, dejo aquí esta hoja donde aparece resaltado el número de llamadas efectuadas por la línea 347 33 XXXXX, registrada a nombre de Zigon, a la línea 332 45 XXXXX, a nombre de Faruk Laura.»

«El órgano judicial toma nota.»

«Le mandaba SMS constantemente.» Y de nuevo el fiscal: «Señor presidente, en esta lista aparecen los mensajes enviados desde la línea a nombre de Zigon a la de Faruk.»

Marta Faruk prosigue: «Mi hermana no paraba de hablarme del tema. Tenía miedo de Flavio. ¡Los mensajes que Laura me enseñó demuestran lo que digo! Señor juez, yo le aconsejé que fuera a la policía, que así a lo mejor dictaban una orden de alejamiento, pero ella tenía miedo de que, al hacerlo, Flavio se mosqueara todavía más. Si me hubiera hecho caso...»

Y en ese momento, quizá, la hermana se había echado a llorar. La vista, larga y compleja, se había prolongado durante días. No aguanto más, salto directamente a la sentencia.

«Absuelto por no haber cometido el delito.»

Así que Guidi, el abogado, se las había ingeniado para exculparlo. Tengo ante mí los archivadores con el recurso de apelación. Empiezo a hojearlos, pero el hombre del archivo se me acerca, silencioso.

—Tenemos que cerrar —me dice.

Yo le sonrío y devuelvo todos los documentos al mostrador.

—¿Puedo volver para consultarlos?

—Claro, si no los destruimos antes.

Cuando el archivista regresó a casa, ya había oscurecido. Desde la calle advirtió las luces del salón encendidas, notó un regusto amargo en la boca. En vez de por la mañana, Ida había preferido ir por la tarde. Aquello no tenía nada de malo, era capaz de aislarse hasta en medio de un concierto de rock; el problema era Anna, la hermana de Ida, a quien efectivamente encontró en el salón, sentada en el sillón delante de la chimenea, con las manos apoyadas en el regazo, las piernas un poco ladeadas. Con un suéter azul y vaqueros, esperaba en silencio mientras su hermana trajinaba en la cocina.

—Buenas tardes —lo saludó Ida asomándose al pasillo—, no podía venir esta mañana, así que...

Carlo asintió mientras colgaba el abrigo en el perchero.

—Buenas —le murmuró a Anna.

—Buenas tardes —respondió ella sonriendo.

—Un momento... —le dijo él mientras se dirigía a su dormitorio.

Se quitó la chaqueta para ponerse un viejo jersey negro de cuello de pico. En el baño se enjuagó las manos, luego la cara. El encuentro era inevitable, no llevaba una excusa preparada y, aunque la tuviera,

habría sido una falta de respeto hacia Ida y hacia Anna, que había sido una mujer desgraciada toda su vida; además, dedicarle media hora de su tiempo tampoco era algo insoportable, una especie de impuesto que pagaba para atenuar el sentimiento de culpa. Ella, viuda y sin trabajo, vivía en sesenta metros cuadrados con su hermana, que estaba casada con un hombre en el paro y que para sobrevivir limpiaba casas; y, por otra parte, él, con un sueldo fijo y una casa en propiedad en pleno centro; no, media hora a la semana no era un precio demasiado alto. Como quien hace una visita tediosa en el hospital a una persona a la que no conoce demasiado y espera con impaciencia que la enfermera le pida que salga porque el horario ha terminado: así se sentía.

Regresó al salón.

—¿Ha tenido invitados? —le preguntó Ida mientras salía de la cocina con una bandeja con dos tazas de té, el azucarero y tres pastelitos—. Lo digo por la ceniza, el coñac... Estos dulces los ha traído Anna.

—Gracias, Anna, no tenía por qué.

—No es nada.

—Sí, vino a verme un amigo —respondió Carlo evasivo.

—Hasta encendió el fuego de la chimenea... ¿Un compañero del instituto? —se interesó la mujer de la limpieza.

Lo suyo no era curiosidad, en todo caso preocupación por que Cappai hubiera mantenido un encuentro vespertino con algún antiguo amor. La esperanza de casar a su hermana con Carlo era inquebrantable.

—No, un compañero de trabajo... —Se sentó en el sillón mientras Ida dejaba la bandeja sobre la mesita de centro.

—¿Dos? —preguntó.

Carlos asintió.

Ida puso los azucarillos y sirvió el té.

—De bergamota —lo informó—. Vuelvo al trabajo. —Y salió del salón.

Carlo Cappai se inclinó para coger su taza. Se fijó en las manos de Anna, llevaba las uñas cortas, parecían cansadas y estaban llenas de manchas. Carlo apoyó los codos sobre los reposabrazos del sillón.

—¿Le apetece un pastelito?

—¡Sí, gracias! —Con delicadeza, la mujer cogió una rosquilla con el pulgar y el índice mientras él sostenía la taza con el platillo sobre las rodillas—. ¿Un día duro? —preguntó ella en cuanto acabó de masticar.

—No, nada del otro mundo.

Los ojos de Anna se iluminaron. Se le había ocurrido un tema de conversación.

—¿Se ha enterado de ese homicidio, el de las afueras?

—Sí, claro, todo el mundo habla de lo mismo.

—Da que pensar... En fin, dos disparos de pistola y, además, o al menos eso dicen los periódicos, al parecer el hombre estaba en compañía de... vamos, de una prostituta.

—Sí. Una historia horrible. —Dio un sorbo al té.

—Usted llegó a estar en la policía, ¿verdad?

—Hace mucho tiempo. Pero sólo aguanté un par de años.

—El trabajo de policía debe de ser duro...

—Duro y a menudo inútil. —Dejó la taza en la mesita—. A mí sólo me ha costado la movilidad del brazo derecho... —Anna hizo una mueca—. Pero ya me he acostumbrado. Y sí, una historia horrible esa de la laguna.

—¿Ha sacado usted alguna conclusión?

—No. No conocía a la víctima, y no creo que la prostituta tenga nada que ver. Tendrán que hurgar en la vida del tipo para sacar algo en claro.

—Sea como sea, el homicida no llevaba ninguna intención de robar. Encontraron la cartera llena de dinero y hasta con la tarjeta de crédito.

Carlo sonrió.

—La veo interesada e informada.

—Es verdad. Me gusta la novela negra. Leo mucho... —Con una mirada abarcó toda la librería repleta de volúmenes—... Aunque veo que usted también.

—Uy, son cosas de mi padre. Son todos libros de derecho.

—Ah, claro, su padre. Era un hombre muy capaz...

—No, era un mierda.

Anna se mordió el labio y bajó la mirada.

—Un mierda de verdad, Anna, no uno cualquiera. Era una persona ruin, violenta, depravada y corrompida por dentro. No es que robara dinero, entiéndame, pero estaba corrompido moralmente. Siempre me he avergonzado de tenerlo como padre. No se apure, es la verdad. No volví a dirigirle la palabra desde que cumplí veinte años y, si quiere saberlo, hice todo lo posible por no ir a su funeral.

—Entiendo.

—No, no puede entenderlo. Usted habrá tenido unos padres encantadores que la habrán querido.

—Sí... eso creo. Papá era ferroviario, siempre estaba de viaje.

—Mi abuelo también lo era... Ojalá mi padre hubiera estado siempre de viaje. No, siempre estaba

aquí, en casa. Y usted se preguntará...

—No, yo no me pregunto nada —se excusó Anna, que no quería parecer una entrometida.

Carlo sonrió.

—Yo creo que sí. Le gustaría preguntarme: si tanto lo odiaba, ¿por qué sigue viviendo en esta casa?

—A ver... Es una buena casa en pleno centro y...

—Por pereza —dijo—. Y también es verdad, es una buena casa en pleno centro. Me habría gustado reformarla, pero dinero no hay.

—Podría venderla y comprar otra más pequeña.

—¿Para qué?

Anna no respondió. Carlo quiso divertirse intentando darle pie.

—Estoy solo, Anna, no tengo a nadie en quien pensar.

La mujer se ruborizó. Carlo se limitó a observar sus reacciones. En primer lugar se tocó las piernas, como queriendo secarse las manos en los pantalones, luego cogió otro pastelito y se llenó la boca, pero no respondió a la indirecta de Carlo, ni siquiera aludió remotamente a la posibilidad de convertirse en la persona a la que él podría cuidar y con la que recorrer juntos una etapa de la vida.

—¿No... no tiene hermanos?

—No. Ni tampoco sobrinos. Cuando muera, todo esto se lo dejaré a... no sé, ¿la investigación sobre el cáncer?

—Me parece una idea estupenda.

Se sintió un ser deleznable. ¿Qué derecho tenía a decirle a aquella mujer según qué cosas?

—Discúlpeme, Anna.

—¿Y por qué?

—A veces sé ser repugnante. Me pongo irónico porque puedo permitírmelo, y eso no está bien.

—No se preocupe, lo había entendido. Se le escapa porque está usted muy enfadado.

Carlo frunció el ceño.

—Sí —continuó Anna—, no es difícil entenderlo. Lleva usted demasiado tiempo enfadado por dentro. —Achicó los ojos—. Yo noto esa rabia. Búsquese a alguien con quien hablar de ella. Sáquela fuera. Será doloroso, pero poco a poco podría volver a sonreír. Sin sarcasmo ni cinismo, me refiero a sonreír de verdad.

—¿Qué le hace creer que yo quiera sonreír?

—Todos queremos sonreír, ¿no? Yo, mi hermana, su marido, y usted no puede ser menos. Pero si sólo hace caso a la rabia, no podrá entenderlo.

—¿Y todas estas cosas tan bonitas dónde las ha aprendido?

Anna esbozó una leve sonrisa.

—En los libros. En la televisión. Y tengo buena memoria. Todavía recuerdo muchas cosas del instituto. Bueno, me voy. —Se puso de pie. Carlo la imitó—. Ida —llamó en voz alta.

—¿Sí? —respondió su hermana desde la cocina.

—Nos vemos en casa. Adiós, Carlo. —Se dio la vuelta y fue hasta la entrada.

—Volveremos a vernos —dijo para sí Carlo, seguro de la ineluctabilidad de un próximo encuentro.

Ella pareció no haberlo oído, se puso un abrigo negro y desapareció al cerrar la puerta de la casa. Carlo se quedó mirando la chimenea. Ida había quitado toda la ceniza y estaba limpia de nuevo.

Todavía martes, 6 de febrero

—No está completo —me dice la Cabrona. El artículo no está completo, faltan los datos del recurso de apelación.

—Pero ¿se hace una idea de cuántos papeles de cada proceso hay en el archivo? ¡Centenares! Sólo me ha dado tiempo a echar un vistazo rápido y...

—No está completo —repite mirándome a los ojos—. No es necesario que vaya a analizar los detalles. Diga que Flavio Zigon también se libró tras la apelación, y tal y tal.

Lo que significa que debo regresar al escritorio y modificarlo. Es tarde, estoy cansado, lo único que quiero es una cerveza y luego acostarme. En vez de eso, vuelvo con la cabeza gacha, obediente, a reescribir el artículo. «Flavio Zigon fue absuelto en 2008 por el tribunal de apelación del homicidio de su ex pareja, Laura Faruk.» Alzo la mirada hacia el techo. Focos y planchas blancas de poliestireno, la Cabrona tras el cristal, un único compañero de economía que aporrea las teclas, el televisor que retransmite las noticias de la CNN. A quién le importa, pienso. Y aunque en la apelación hubiese habido otros datos, doy por buenas las motivaciones del primer juicio. «El jurado se convenció de que quien había asesinado a Laura Faruk era un desconocido que había entrado a robar en su casa. Las marcas de efracción en la cristalera y la ausencia de objetos de valor avalaron la hipótesis de Guidi, el abogado defensor. Flavio Zigon volvió a ser un hombre libre hasta

que dos disparos de revólver...» Nadie ha hablado de revólver, borro. Reescribo. «... de pistola...» Como no sé si es un revólver, tampoco puedo saber si es una pistola. «... hasta que dos proyectiles», feo, pero a quién le importa, «pusieron punto final a su existencia». Un poco retórico y pomposo, pero está bien así. «Siguen sin despejarse las incógnitas sobre los motivos de este homicidio. La mancha en la vida de Zigon permanece, la sospecha de que de algún modo también estuviese implicado en el asesinato de su ex pareja. Quién sabe si precisamente de esos hechos ocurridos en 2007 proviene la mano que efectuó los disparos en el bosque junto a la laguna de pesca deportiva.»

Cierro y voy a entregar. La Cabrona lo relee negando con la cabeza. Luego asiente.

—Vale así —dice, y deja el folio sobre el escritorio.

—¿Puedo irme?

—Nos vemos por la mañana. Sea puntual.

Gracias a un despeje defensivo poco espectacular pero de eficacia asegurada, Andretti logra evitar el contundente ataque de la Cabrona. Por ahora el marcador se mantiene cero a cero.

Salgo y me dirijo hacia el centro. En el bar están Ugo, Grazia y Rossella. Me reciben sonriendo. Una noche agradable, bebemos, tonteamos, trato de mirar a Rossella intentando transmitirle las ganas de volverme a casa con ella, pero es como lanzar señales contra un muro, no las pilla o no quiere pillarlas. Así que a casa me

vuelvo solo, renunciando a la idea de tener algo con ella. Con Rossella no hay manera de ganar ni de perder, es una rival que directamente no sale al campo.

Debo decir la verdad, echo de menos a Fabrizia. Con ella hablaba, hablaba, hablaba. Tal vez demasiado. De hecho se fue. Pero la echo de menos, me basta con quedarme cinco minutos solo para que su cara y su cuerpo se materialicen frente a mí, como si estuviera sentada en el sofá. Me quedo dormido delante de un cómico pésimo, con sus chascarrillos rancios y trillados entre marido y mujer. Pero me quedo dormido con un «¿Y si?» clavado en la mente. «¿Y si Laura Faruk tuviese un amigo, alguien que se la hubiera jurado a Flavio Zigon?»

Miércoles, 7 de febrero

Cuando el despertador suena a las siete y media, la pregunta sigue ahí, atornillada con pernos a mi mente soñolienta. ¿Por qué esperó todos estos años para vengarse? Una buena pista sería un hermano que estaba en el extranjero y no pudo actuar antes de esa fecha. ¿Tal vez estaba en la cárcel?

Me asquea vivir solo. Después de Fabrizia, el horror. Yo era feliz. Me encargaba de deportes, no me comía la cabeza. Mi primer pensamiento al despertar era besar a Fabrizia y preparar la cafetera de seis, que total entre los dos nos la acabábamos. Luego ella al colegio y yo, con toda la calma, a la redacción. Fabrizia. Hace dos años la habría matado, desapareció sin dejar ni una carta, ni una nota, ni un mensaje al móvil. Una mierda. Tres días dando vueltas

por hospitales y cuarteles. Hasta que me devuelve la llamada. Había dejado el colegio, la ciudad, me había dejado a mí, estaba en Milán. Y todavía guardo el mensaje. «Tengo que intentarlo, Walter... y mientras siga contigo no seré capaz. Tú me mantienes el cerebro ocupado. Me haces estar cómoda. El colegio es cómodo, la casa es cómoda. Tengo que intentarlo. ¡Es ahora o nunca! Perdóname. Te quiero.» Han pasado dos años y para mí que no lo has conseguido, querida. Una única exposición en un sótano de Segrate, dos obras vendidas y un par de líneas en *Metro News*. Y tuviste incluso la cara dura de pedirme ayuda. «¿Podrías conseguirme una reseña? Si pudiera escribírmela Branduardi, el crítico de arte...» Ni siquiera respondí. ¿Querría volver con ella? Así, a bote pronto, diría que no. Luego lo pienso... Por la mañana a veces uno se pierde en recuerdos y pensamientos que no conducen a nada. Llamo al periódico y le digo a la Cabrona que voy al juzgado.

—¿Podría darme los archivadores de la apelación Zigon/Faruk, si no los han destruido?

El hombre asiente levemente y regresa al cabo de poco con los legajos. Me siento en la mesa de siempre junto al radiador y empiezo a leer. Veamos, Laura tenía una hermana, pero ningún hermano. No se hace alusión a la existencia de una nueva pareja. Con lo que para saber más debería ir a charlar un rato con esa hermana y con su padre, que tiene o tenía una ferretería en la periferia. Lo que sí hay es un pasaje interesante en la declaración del padre de la víctima. Lo releo con atención. «Flavio y mi hija no se llevaban bien desde hacía mucho tiempo. Pero yo siempre he pensado que así son a menudo las cosas entre marido y mujer. No todos pueden tener la suerte que tuve yo, de encontrar a la mujer

perfecta. Señor juez, después de la masacre de Damur en el 76, me dije ¡basta!, no podía seguir ni un día más en el Líbano. Había perdido a mi hermano mayor en el 58, luego a más familiares y amigos, me cansé de vivir en el país más bonito del mundo, pese a estar destrozado por las guerras. Así que junto con Faris, mi otro hermano más pequeño, vine a Italia. Y este país me acogió y desde entonces no he vuelto a casa...» Había por lo tanto un tío, Faris Faruk; tengo que empezar a buscarlo después de hablar con el padre, Khalil. Devuelvo todos los archivadores.

—Por mí pueden destruirlos, ya no me interesan —le digo sonriendo al archivista, que no pilla mi chiste.

—Los destruimos cuando llega la orden de destruirlos, no cuando usted lo decide.

Llamo por teléfono a la Cabrona para contarle mis suposiciones.

—Bien, Andretti, así trabaja un periodista de sucesos. Espero que no sea una excusa para irse por ahí de compras.

—No voy de compras desde la Navidad de hace dos años —le respondo, cuando todavía estaba Fabrizia y para su familia los regalos eran importantes.

—Pues debería. Viste usted tirando a mal, ¿lo sabe? —me dice.

Me miro en el espejo de una perfumería. ¿Qué problema hay con mi cazadora marrón con el cuello de piel de imitación? ¿O con los pantalones de pana amarillos o las botas de senderismo? ¿Es tal vez por el jersey de rombos? O por el pelo. Es el drama de quien a los treinta y ocho ha perdido toda esperanza y sabe que allí arriba, en la coronilla, no volverán a crecer. Aun así, mi barbero, con una hábil finta del peine, me ha tapado un poco la calva ayudándose con las cortinillas laterales. Empieza a ponerse canoso, es cierto, pero si no

hace viento todavía tengo un pase. ¿Las gafas? Eso sí, tal vez debería cambiármelas. Parezco Elvis Costello, pero sin serlo. A lo mejor cien euros en una nueva montura sí que puedo invertirlos.

Balón al palo del equipo de la Cabrona. El conjunto de Andretti se da cuenta de que el adversario es tenaz y siempre consigue sorprender a la defensa con letales contraataques. Por ahora la diosa fortuna protege a Andretti. Pero ¿por cuánto tiempo?

Cappai estaba ocupado archivando los expedientes del proceso Azzarita. No habría recurso de apelación, los abogados estaban seguros. Se había concluido con un veredicto de culpabilidad para el señor Azzarita, que no había tardado ni seis días en quitarse la vida en la cárcel. Debía trasladar los expedientes a la sección Q, estantería 19, balda 6, archivador 184. La sección Q estaba al fondo del archivo, cerca de la puerta del almacén, había que atravesar al menos cuatro pasillos. Le dolía el brazo, señal casi inequívoca de que la lluvia estaba a punto de llegar. Empujando el carrito entre las estanterías, Carlo oía a los expedientes bisbisear. Susurros, murmullos, no distinguía las palabras. Dobló la esquina entre la sección S y la R y el mensaje le llegó alto y claro. Levantó la mirada hacia un caso. La voz era cristalina, provenía de allí. Lo invocaba. Lo bajó de la balda para cargarlo en el carrito, luego colocó las carpetas del proceso Azzarita en su sitio y, con el expediente que había retirado, regresó a la mesita. Un hombre de unos cuarenta años lo esperaba delante del mostrador. Lo reconoció, era el periodista que había consultado el proceso Zigon/Faruk. Quería leer las actas del recurso de apelación. Cappai se las

entregó y regresó a su puesto. El archivador recién sacado de la sección R, estantería 1, balda 12, archivador 2 correspondía al proceso de un tal Martellini Daniele que se había cerrado el 18 de septiembre de dos años antes. Absuelto por no haber cometido el delito. Carlo metió la cabeza en las actas para empezar a entenderlo mejor. A lo lejos se oían los ruidos de las plantas superiores, el periodista absorto hojeaba los documentos, motas de polvo flotaban entre la luz gris que se colaba por las dos ventanas de lo alto, una luz fluorescente se había puesto a parpadear. Daniele Martellini había sido acusado por su hermana de haber eliminado a sus octogenarios padres por el móvil más previsible del mundo: la herencia. La causa prometía. Debía estudiarla con atención y retomar sus indagaciones. Estaba seguro de que en alguna parte encontraría el intríngulis del asunto, el quid de la cuestión; hacía falta tiempo, y tiempo Carlo Cappai tenía para dar y tomar. Como de costumbre, decidió fotocopiar todos los legajos necesarios, las declaraciones más importantes, y llevárselos a casa. Necesitaba por lo menos media hora para completar la operación. Se puso manos a la obra con la fotocopiadora, echándole un vistazo de vez en cuando al periodista, que seguía inmerso en los papeles del proceso Faruk.

Media hora más tarde llevó las fotocopias al mostrador. El periodista lo esperaba.

—Listo, he acabado. Ya los pueden destruir si quieren, a mí ya no me interesan —le dijo sonriente.

Carlo hizo una mueca frunciendo levemente el labio superior.

—Los destruimos cuando llega la orden de destruirlos, no cuando usted lo decide.

Carlo salió del archivo con un montón de folios bajo el brazo y la memoria del teléfono llena de instantáneas. Se llevó todo el material a casa, a su despacho.

Para él era un deber. No había ninguna implicación, se trataba de una extensión de su trabajo, por eso su mente fría y analítica arrojaba resultados, porque los hechos no le incumbían. Como observador externo tenía muchas más posibilidades de juzgar y encontrar el error. Un poco como con los pasatiempos, que le encantaban desde siempre. Una vez en el instituto había conseguido resolver un crucigrama blanco durante una explicación de Historia. La suya era una mente fértil, sabía dónde y qué buscar, años entregado a aquella labor lo habían adiestrado y era difícil que no diera con la madre del cordero. Lo que venía a continuación era la consecuencia directa de sus esfuerzos, ni más ni menos. Como un médico, un virólogo que, una vez

encontrado el antídoto del virus, se limita a inyectarlo. Claro que no era ningún juego, ningún pasatiempo, había de por medio personas de carne y hueso, personas a las que no se había prestado la debida atención, la que un tribunal penal debería garantizar. No se había impartido justicia. Para eso estaba él. Se consideraba poco más que un engranaje de la máquina, eso sí, el último, sin el cual aquella máquina a menudo no lograba recorrer los últimos kilómetros. ¿Cuánto tiempo requeriría el caso Martellini?, se preguntó mientras volvía a su puesto de trabajo mordiendo un plátano. ¿Más que el caso Selvarelli? ¿O el del proceso Muzii? Para el de Zigon le habían bastado pocos meses. Pero por encima de todos sus pensamientos seguía habiendo sólo y únicamente un caso, el de Giada Cannavò, su única amiga de verdad, su corazón. Habían pasado cuarenta años sin poder resolverlo.

Todavía miércoles, 7 de febrero

Envuelve clavos y pernos, imprime el tique, mete artículos en las bolsitas, una media sonrisa y un saludo antes de pasar a otro cliente. Khalil Faruk parece un saco de huesos, sangre y tripas sin vida ni alma, si acaso una mecánica hecha de gestos cotidianos. Espero mi turno, luego le sonrío, me devuelve la sonrisa, pero los ojos negros de pestañas largas permanecen serios.

—¿Puedo hablar con usted cinco minutos? Soy periodista —le digo.

Se lo espera.

—Pase —susurra en un suspiro, y me conduce detrás del mostrador, al almacén. Deja a un dependiente a cargo de la tienda —. Viene a preguntar por mi hija Laura, ¿verdad? —Y con los brazos cruzados se queda al lado de las enormes cajas de sifones—. ¿Qué más puedo decirle que no haya dicho ya en el juicio o a la policía?

—No, señor Faruk, no. Yo buscaba otra información. Tiene usted un hermano más joven, Faris, ¿estoy en lo cierto?

—Sí.

—¿Y puede decirme dónde encontrarlo?

—Claro. En Waldfriedhof, Múnich. ¿Por qué?

—Me gustaría hablar con él.

Khalil niega con la cabeza.

—Dígame una cosa, ¿piensa usted que fue él quien disparó a Zigon la otra noche?

Me ruborizo, se da cuenta.

—Descarte esa pista. No somos personas que hagan ese tipo de cosas, yo he perdido a mi hija y nada podrá devolvérmela. ¿Si creo que fue Flavio quien la mató? Por supuesto que fue Flavio. Fue él quien le asestó las puñaladas. ¿Por qué no consiguieron inculparlo? Flavio tenía un buen abogado, Flavio traficaba con droga y sus clientes eran peces gordos, que a cambio lo han sacado de la cárcel. Si quiere saber de dónde salió el disparo que lo mató, por ahí es por donde debe ir a meter las narices. Lo que faltaba ahora, Faris...

Cuando estaba en deportes, frente a un entrenador reticente o un árbitro reacio, no me daba por vencido ante la primera respuesta. Creo que es buena idea insistir.

—A lo mejor su hermano puede contarme algo más...

—¿Sabe usted lo que es Waldfriedhof?

—¿Un pueblo cerca de Múnich?

—No, un cementerio.

Esa mañana se sentía cansado. Había trabajado en los nuevos casos hasta bien entrada la noche y las piernas y la espalda se le habían resentido. Trató de esprintar al final de la media hora, pero le faltaba el aliento. A paso rápido volvió a casa para ducharse. En la primera lectura de los documentos sobre el proceso Martellini no había dado con la madre del cordero. El caso era más peliagudo de lo que pensaba. Pero debía trabajar en dos frentes, hallar la prueba de la culpabilidad del acusado y saber más sobre su vida y sus costumbres. Después de desayunar en el bar llegó al archivo. La jornada era bastante caótica, el trasiego de peticiones y llamadas telefónicas era continuo. Tuvo que llevar a la sala del juez Sindona los legajos de un proceso y ayudar al abogado Lo Piparo con una búsqueda que lo mantuvo ocupado más de una hora. Por fin al mediodía pudo concentrarse con calma en Daniele Martellini. Trabajaba en un concesionario de coches y tenía perfiles en redes sociales. Cappai había creado un perfil falso hacía tiempo con el nombre y la foto de una mujer guapísima de unos cuarenta años, había elegido el nombre de Giada, su amiga de siempre; le parecía una buena forma de mantenerla

con vida, aunque, para sus adentros, Giada no estaba muerta. No podía estarlo, nunca lo estaría. La foto del perfil era la de una americana pescada en la red. Con aquella piel bronceada de un cuerpo espléndido y aquellos ojos profundos y negros, ningún hombre habría rechazado su amistad. Cogió su portátil y en vez de ir a comer al sitio de siempre dio una vuelta enorme hasta el banco que había delante del hotel Novecento. Conocía la contraseña del wifi y se conectó a la red. Esa misma mañana Daniele había aceptado su amistad. «Hola, Giada, bienvenida a mi grupo de amigos.» Buscando en el perfil, Carlo había encontrado las antiguas publicaciones de Martellini, que había ido informando de la evolución de todo el proceso; sus amigos estaban de su parte, defendían su inocencia. Y le llovían las felicitaciones por el resultado final.

«¡Enhorabuena, Daniele! Cuánto me alegro de que todo haya acabado.»

«No basta con que uno sufra porque sus padres se hayan ido, ¡sino que encima tiene que verse acusado de su muerte! ¡Es absurdo!»

«Siempre aposté por tu inocencia. ¡Ánimo, Daniele!»

«¡La verdad finalmente sale a flote!»

Cuarentón con perilla, la raya en medio y algo de sobrepeso, aunque, a juzgar por las fotos que

aparecían en su muro, practicaba muchos deportes. Era ciclista, numerosas instantáneas lo retrataban junto a su pareja en las pistas de esquí, en playas tropicales, delante de pirámides mexicanas y en varios restaurantes. Era uno de esos que inmortalizan los platos con el móvil antes de comérselos. Pero la verdadera pasión de Martellini eran los coches. Fanático de los Ferraris, había decenas de fotos posando delante del modelo de F1 o de un Testarossa expuesto en algún centro comercial. Su colección de *gadgets* de la casa automovilística de Módena ocupaba una estantería entera. «¡Esto es sólo un entrante, tarde o temprano me compro el restaurante!», había escrito con una original metáfora bajo un autorretrato en el que blandía la maqueta de un Ferrari rojo fuego. Cappai guardó algunas fotografías de sus primeros planos, luego dejó un comentario en el muro. «Hola, Daniele, gracias por acogerme entre tus amigos. El mejor Ferrari jamás fabricado... ¡es el próximo!» Le pareció oportuno citar una de las frases pronunciadas por Enzo Ferrari para sus seguidores, luego apagó el ordenador y regresó al tribunal. Para profundizar en su relación con Daniele Martellini había tiempo. En casa lo esperaban la sentencia, los testimonios y las pruebas que estudiar, pero Daniele Martellini era culpable hasta la médula. En todos

aquellos años las voces del archivo nunca lo habían engañado.

Jueves, 8 de febrero

«Andretti, acérquese a la rueda de prensa en el cuartel, por lo menos desde allí podrá darme un par de líneas publicables», y la Cabrona cuelga el teléfono. Llego a última hora de la tarde. Sólo hay cuatro periodistas, cinco conmigo. Reconozco enseguida a Salvo Parodi, despatarrado sobre el silloncito en primera fila, con la barriga por fuera de la chaqueta, el pelo ralo peinado hacia atrás. Tiene un montón de lunares en la cara y un tronquito de regaliz en la boca. El capitán lee directamente de los folios, a su lado dos cabos con los brazos a la espalda miran la sala. «El proyectil es un 9 corto, gracias a la balística podemos afirmar que los disparos se efectuaron con una Walter PPK. Los dos disparos fueron mortales: el primero atravesó el hueso esfenoide e impactó en el mesencéfalo; el segundo, el pómulo, y dañó de forma decisiva el cerebro. Los dos proyectiles se han encontrado en el interior del cráneo de la víctima.» Nos mira a los periodistas y pasa la página. «En el asiento del pasajero se han hallado restos de orina y también pelo, todo está siendo analizado por los expertos de la Científica.» Da la impresión de que Salvo Parodi está durmiéndose.

—¿Qué pistas están siguiendo? —pregunta una colega, debe de ser de una televisión local.

—Estamos indagando en el pasado de Zigon y en sus relaciones con determinados círculos de los bajos fondos de la ciudad.

—¿Puede decirnos si todo esto podría estar vinculado con el proceso al que el propio Zigon se enfrentó en 2007 por el homicidio de su ex pareja, Laura Faruk? —pregunto, en parte por curiosidad y en parte por dármelas de reportero entregado que ha hecho sus averiguaciones. En definitiva, la pregunta va dirigida al capitán, pero también a mis colegas. Considero apropiado presentarme—. Soy Walter Andretti, del *Gazzettino*.

El militar me mira y sonríe, hasta Salvo se vuelve para observarme. Me siento el centro de atención, me pongo rojo. El carabinero se limita a decir:

—Claro... —Luego se despide de todos y se retira.

Nos quedamos los cinco periodistas, que recogemos cuadernos y grabadoras y nos dirigimos hacia la salida. Siento una mano pesada en el hombro. Me doy la vuelta, es Salvo.

—Amigo mío, ¿cómo has dicho que te llamas?

—Walter Andretti.

—¿Eres nuevo?

—Sí, antes estaba en deportes, en el mismo periódico. Ahora me han pasado a sucesos.

—¡Ah, trabajas con Elena Barilli!

—¿La conoces?

—Muy bien —responde lisa y llanamente, no da a entender qué opina de la Cabrona—. Escucha, Walter, no hagas preguntas a la buena de Dios, joder. Lo has ofendido, ¿sabes?

No entiendo.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que su labor consiste en investigar, y ponerle delante de las narices un hecho tan evidente es como tomarlo por

un incompetente. La próxima vez tenlo presente. —Y se aleja. Luego, al llegar a la mitad del pasillo, se vuelve—. Y si te quieres dedicar a esto, tienes que buscarte algún contacto en los carabineros y en la policía, y hasta en los hospitales; si no, nunca recabarás ninguna información.

El problema es que yo no quiero dedicarme a esto. Los sucesos me importan un comino. Con lo bien que estaba yo en deportes, siempre al aire libre. Recuerdo cuando empecé en un periodicucho municipal, me tocaba cubrir la tercera división, y jugaban de pena, pero por lo menos los comentarios del público eran graciosos. Excelente el carrilero de la banda izquierda, el S. S. Locomotiv debe revisar la defensa. Arbitra el ecuánime Ceccobelli. Espectadores, 132; terreno de juego en óptimas condiciones. Hecho el artículo, contento el espónsor y luego, frente al televisor, a soñar con comentar la segunda división, el Moto GP, los Grand Slam. Aún mejor eran los torneos regionales de tenis. Bola a la red, bola fuera y doble falta. Bastaba con llegar al final del partido, informarte del resultado, preguntarle a alguien: «¿Cómo han jugado?» «Sensini lento de piernas, Petroselli no acertaba con el revés. Lucha al mismo nivel, al final se ha llevado el gato al agua Petroselli, que tiene cinco años menos y corre.» Y, de nuevo, ahí tenía el artículo. Total, sólo lo leerían Sensini y Petroselli, los dos rivales en tierra batida, y tal vez sus padres. Voleibol, baloncesto, un par de horas y listo. Lo que a mí me gustaba era ir al Dall'Ara, al Foro Italico, a Imola. Pero ¿un homicidio? ¿Cuánto puede durar? Tengo en cuenta la memoria de los lectores. Si una historia no tiene un final, al cabo de un tiempo aburre y cae en el olvido, y así yo puedo pasar a otra cosa. A un

periodista no se le exige un final; si la realidad no desvela el final, no hay final. El del final es un problema de los escritores.

Había estudiado sus costumbres y desplazamientos: Daniele Martellini salía del concesionario a las 19.00 h, cogía su coche, no el Ferrari de sus sueños, sino un Opel blanco, y regresaba a casa. Vivía en su antiguo barrio, señal de que el piso de sus padres en el centro todavía no lo había ocupado. Por el camino paraba a menudo en una tienda de comida para llevar y luego entraba en el número 15, un bloque bajito de tres plantas. Después de estudiar las puertas de los vecinos, Cappai dedujo con facilidad que la familia Martellini residía en la planta baja. De ellos, en sólo dos días, había descubierto hábitos significativos. La mujer, Annarita, trabajaba en las oficinas de un supermercado en la otra punta de la ciudad. Almorzaba con sus compañeros de trabajo. Regresaba a casa a las 14.00 h. Gracias a la cajera del supermercado, Cappai había averiguado que cambiaba de turno cada tres meses, el siguiente sería de las 12.00 h a las 20.00 h, hora de cierre de la tienda. Daniele sí que volvía a casa para comer. Iba a recoger al pequeño Silvio al colegio de primaria Don Bosco, luego salía para regresar otra vez al concesionario y se cruzaba con su mujer, que venía del supermercado. Por la tarde Annarita llevaba al

niño a natación o a fútbol. Silvio pasaba bastante tiempo con un amiguito que vivía justo enfrente. Se llamaba Alessandro y sus padres tenían un bar cerca. A Cappai le resultó más complicado seguir a la hermana de Daniele Martellini, Luisa. Vivía a cuarenta kilómetros de la ciudad, en medio del campo; estudiarla fue una tarea mucho más compleja. Trabajaba de enfermera en el centro de salud público de la zona. Soltera, en casa tenía sólo dos gatos. Cuidaba del jardín, tenía dos amigas que eran las dueñas de la librería del pueblo. Por el momento no había descubierto nada más.

Miércoles, 14 de febrero

Yo ya no entiendo nada y lo peor de todo es que no sé qué hacer. ¿Acaso me corresponde a mí investigar? ¿Por qué me lo estoy tomando como algo personal? «Haz como Salvo Parodi», me ha aconsejado Wikipedia, también conocido como Filippo Lauretani. «Quédate en la orilla del río y espera el cadáver.» «El cadáver ya ha aparecido», le he respondido. Aunque en el fondo mi compañero tiene razón. Decido dejar las indagaciones, es asunto de los carabineros. Si el capitán Ossola es tan competente como dice Parodi, basta con estar ahí en el momento justo, recoger la noticia, escribir el artículo y dárselo a la Cabrona. Más o menos igual que cuando comentaba los campeonatos regionales de tenis, llegaba con el partido ya acabado e informaba sólo del resultado final. Ya está. Eso haré. Si luego la Cabrona quiere novedades sobre el homicidio de Zigon, las respuestas están listas: nada por parte de los investigadores, no hay avances, silencio absoluto. Y puedo ocuparme de la pelea en un pub de la otra noche, de las amenazas recibidas por los comerciantes chinos de via Sant'Anna, de la desaparición del contable Fustacchi: todo ese corolario de disputas de una humanidad obligada a vivir codo con codo en una ciudad como la mía. Ya he tomado la decisión. Zigon y su asesino, por lo que a mí respecta, pueden estar tranquilos.

Jueves, 15 de febrero

Ha llegado el artículo de Parodi, que, como una escalera mecánica que desciende, me transporta al subsuelo de la estima en la redacción.

«Lea, Andretti», me dice la Cabrona lanzando un ejemplar sobre el escritorio. El título aparece a toda plana: «Una testigo del crimen de Zigon.»

«Ha finalizado la búsqueda de la mujer que la noche del homicidio se encontraba en el automóvil junto a Flavio Zigon. La nigeriana, que responde al nombre de Lubabah Ebere y fue detenida directamente en la calle, fue trasladada anoche al cuartel para prestar declaración. Han resultado fundamentales dos pistas que han permitido identificar a la testigo. La primera, un pendiente que las compañeras de Ebere reconocieron de inmediato; la segunda, los restos de orina hallados en el asiento del pasajero, que se corresponderían con las muestras extraídas a Ebere a lo largo de la noche. Por el momento, Lubabah Ebere no está acusada de homicidio, los investigadores sólo la consideran una persona con información sobre los hechos. Su testimonio podría arrojar alguna luz sobre el atroz crimen del lago, como el capitán Ossola ha rebautizado la emboscada a Flavio Zigon. Por ahora el único detalle que ha trascendido es que, mientras le apuntaba a la cara con la pistola, el asesino le dijo a la prostituta «¡Shh!», nada más. A continuación, según Lubabah, desapareció en la oscuridad. ¿Una advertencia? ¿Una amenaza?» Salvo Parodi tiene los contactos perfectos, ha conseguido enterarse de todos esos detalles antes que nadie. Por otro lado, el consejo ya me lo dio: búscate un contacto.

«¿Entiende, Andretti, la diferencia entre un periodista de verdad y un principiante? Este artículo ha hecho que el periódico de Parodi venda por lo menos diez mil ejemplares más. ¿Debo añadir algo? Si obtengo lo mismo que de las agencias, ¿me explica por qué motivo debería malgastar dinero en su sueldo?» Wikipedia sonríe socarrón, y también el compañero de economía. Es una pregunta que llevo haciéndome desde que iba al instituto: ¿por qué experimentamos un placer casi sexual al ver humillado a un colega del trabajo, a un compañero de clase? ¿Porque no nos ha tocado a nosotros? ¿Porque, en el fondo, todos somos *homo homini lupus*? ¿Porque no puede existir un círculo en el que sólo haya vencedores, ya que está en juego la seguridad del propio grupo? ¿O tal vez sólo sea porque somos unos cabrones?

Llevaba tiempo en el aire. Pase rápido del defensor de la banda derecha que, con un centro preciso a la media luna, encuentra libre al atacante, que de cabeza no perdona y manda el balón a la red. Cabrona uno, Andretti cero. ¡Los errores defensivos se pagan!

Vuelvo a mi sitio preguntándome cómo conseguir los dichosos contactos para obtener la información antes que los demás. ¿Plantarme en el cuartel y corromper a un guardia con el riesgo de acabar en el calabozo? ¿Dejarme caer por los bares adecuados? Pero es que ni en las películas de tres al cuarto pasan cosas semejantes. En ese momento se me viene a la cabeza Rossella. ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes? ¡Soy gilipollas! De acuerdo, a

estas alturas está claro que jamás conseguiré llevármela a la cama, pero sí que podría hacerle un favor a un viejo amigo, ¿no?

No.

Su padre está jubilado, no tiene la menor intención de involucrarlo en lo que ella define como «tus líos extraños», y además era general, con un montón de estrellas en las charreteras, otra liga, otro nivel. Miro mi nómina. Puede ser la última. La guardo de nuevo en el cajón y voy a echarme un rato.

Leo, sin entenderlas, las páginas de un escritor americano. Tengo la cabeza en otra parte. Dejo el libro. Diez minutos para medianoche. Si quiero mantener esta mierda de trabajo tengo que espabilar, así que me visto otra vez y salgo de casa.

Parece que el gol encajado ha despertado al equipo de Andretti. El partido empieza de nuevo y ya desde los primeros toques de balón se nota una actitud distinta sobre el terreno de juego. Tal vez hacía falta encajar este tanto, que llevaba ya un tiempo en el aire, para sacudir a un equipo inexperto, de acuerdo, pero también joven y diligente.

A esta hora los bulevares ya están llenos de prostitutas, no puedo saber quién es Lubabah, el diario de Parodi no ha publicado su fotografía, pero no es a ella a quien busco. Tengo que ligarme a alguna que la conozca. Van vestidas como los personajes de las carrozas del carnaval de Viareggio. Lentejuelas, sujetadores plateados, botas imposibles hasta el muslo, el sueño erótico de un

recluta al tercer mes de clausura. Lanzo una primera ojeada. Me da igual una que otra, tengo que confiar en la suerte. Empiezo con la primera.

—Hola —le digo mientras bajo la ventanilla.

Se acerca. Sombra de ojos plateada, pestañas falsas, pómulos violetas. Un pintarrajo.

—Hola, guapo.

—Hola. Yo siempre me voy con Lubabah. ¿No está esta noche?

—No —responde ella—. Mejor yo.

—Pero ¿vendrá más tarde?

—No sé. No conozco a Lubabah. ¿Vamos?

—Yo busco a Lubabah.

—No está. —Y se aleja.

Me pongo de nuevo en movimiento y me detengo junto a la segunda. Ésta lleva el pelo recogido en una cola lisa, de caballo, seguro que son extensiones, y el colorete fucsia brilla en la oscuridad.

—Hola... ¿Vamos? Treinta boca y cincuenta completo.

—Verás, yo es que siempre me voy con Lubabah, ¿esta noche no está?

—No sé, no conozco. Vete a la mierda. —Y me deja allí plantado.

La tercera es jovencísima, quizá menor de edad. Me la salto. Me detengo en la cuarta.

—Hola, guapito... ¿Nos vamos o qué? ¿Tú y yo solos solitos?

—¿Esta noche no está Lubabah?

—No. Los carabineros se la llevaron al cuartel...

—¿Y cuándo vuelve?

—No lo sé... Espero que pronto. Es mi amiga del alma. ¿Vamos?

—Entra. —Y le abro la puerta del coche.

Un perfume empalagoso de supermercado, una chaqueta negra ceñidísima contiene a duras penas el pecho. De la minifalda inguinal salen las musculosas piernas enfundadas en unas medias de rejilla negras. Tiene los labios carnosos, dos aros azules como pendientes y sombra de ojos dorada, cada vez que cierra los párpados parece que se enciende una luz en el habitáculo del coche.

—A la laguna no —dice levantando el índice en cuanto meto primera.

—No, mejor no. Pero, entonces, ¿adónde?

—Hay un sitio nuevo, tira por ahí.

Obedezco. Al cabo de menos de un kilómetro me hace desviarme por un carril de sentido único que se adentra entre los campos.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Fatimah.

—¿Como la virgen?

Se santigua.

—Fatimah, ¿no tienes miedo?

—Sí —me responde—, pero ¿qué voy a hacerle?

—Hablas italiano muy bien.

—Llevo aquí mucho tiempo, soy italiana. —Y esboza una sonrisa dulce, indefensa—. La próxima, cógela. —Y me señala un caminito blanco. Estamos inmersos en una oscuridad absoluta. De frente, la silueta negra de un enorme caserío, o tal vez una nave, no logro distinguirlo.

—Pero ¿aquí vive alguien?

—No, abandonado. Puedes pararte aquí.

Apago las luces.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta mientras abre el bolso para coger el preservativo.

Yo meto la mano en el bolsillo y saco cincuenta euros que le entrego. Se los guarda en el bolsito de plástico forrado de cristalitos de estrás celestes.

—Ah, completo. Entonces, ¿cómo lo hacemos?, ¿reclinas el asiento?

—No, Fatimah.

—¿Entonces no...?

Voy directo al grano.

—¿Qué es lo que vio Lubabah?

Me mira serena. Luego sonríe.

—¿Policía?

—¿Quién?, ¿yo? No. Soy un periodista que va a perder el trabajo si no espabila.

Se muerde unos labios preciosos.

—Yo no debería hablar contigo. ¿Cómo te llamas?

—Walter.

—Walter... —Fatimah se lleva el índice delante de la boca—. Shh —dice. No entiendo—. Esto es lo que vio Lubabah. Un hombre con pasamontañas que disparó y después le dijo «Shh» y se fue. Luego ella salió corriendo. Fin.

—Eso ya lo he leído en el periódico. ¿Tú conocías a Flavio Zigon?

Fatimah asiente. Coge un chicle del paquete que lleva un siglo en el pequeño compartimento de debajo de la radio, sin pedirme permiso.

—Flavio iba con gente chunga. Cocaína. Pero no en la calle, en casas y en bares. ¿Quieres un consejo?

—Claro.

Se mete el chicle en la boca.

—Olvídate del tema. Es gente peligrosa. A lo mejor tenía deudas, o robó cocaína, yo no lo sé. Pero Jamila...

—¿Quién es?

—Una amiga mía. Guapa, tiene veinte años. Jamila ya no podía ir con él porque tenía miedo.

—Pero ¿de qué?

—Te lo he dicho, de esa gente. Flavio se lo contaba todo, se había enamorado un poco de ella. Así que Jamila sabe quién es esa gente, dónde viven y...

—¿Dónde está esta tal Jamila?

—No te metas, Walter... —me dice.

—Ayúdame, por favor.

Fatimah me mira.

—¿Por qué?

—Porque somos dos desgraciados —le respondo—, y los desgraciados se ayudan entre sí.

Se echa a reír.

—Tú no eres un desgraciado, soy yo la desgraciada; si no, la que estaría en el coche sería yo, y tú en la calle. —Cierra los ojos. Respira hondo, se saca el chicle de la boca y lo envuelve en el papel plateado, luego se lo guarda en el bolso—. Hay un club deportivo, en San Cristoforo, ¿sabes dónde es?

—Claro que lo sé, hacia la autopista. Allí juega el Borghetto. El año pasado quedaron cuartos en la clasificación, ascenso malogrado en la última jornada. Pésima defensa, un portero decente, entrenador inexistente. ¿Por?

—Hay un hombre, Ibrahim, es de Lagos, seguro que lo reconoces, es negro y grande. Se encarga de los niños. ¿Tú tienes niños?

—No.

—Él los entrena.

—Sí, pero ¿qué tengo que hacer yo?

—Ibrahim tiene mi pasaporte. —Me mira seria, los párpados un pelín entornados—. Nadie puede ayudarme, tú sí. Tal vez.

—¿Dónde tiene tu pasaporte?

—En su oficina. Hay un archivador de hierro cerrado con llave. Los pasaportes los guarda en el tercer cajón. Además del mío hay otros cinco, por lo menos. Tú me traes el pasaporte, yo te traigo a Jamila.

Hasta ahora no me he dado cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Respiro.

—¿Y cómo hago para...?

—No lo sé. Pero yo me juego la vida. Tú, como mucho, sales corriendo.

—¿Y si descubre que eres tú quien me manda?

—No puede. A ti no te conoce nadie.

De repente siento frío.

—¿Pasaporte a cambio de Jamila?

—Pasaporte a cambio de Jamila. —Vuelve a sonreír.

—Está bien. ¿Te llevo donde antes?

—¿No quieres hacer nada? —Y levanta el preservativo delante de la cara.

—¿Tú?

—Yo no.

—Yo tampoco.

El jueves a las diez de la noche Daniele Martellini salió de casa con traje y corbata. Carlo lo acechó a cierta distancia hasta que lo vio aparcar cerca de la estación. Con las manos en los bolsillos y el gorro calado, Cappai lo siguió a pie bajo los soportales hasta el número 2, justo delante de la explanada. Martellini llamó al piso 8 y el portón se abrió. Cappai se coló como si fuera un vecino del edificio.

—Buenas noches —le dijo.

—Buenas noches.

Llegaron al ascensor.

—¿A qué piso? —le preguntó Carlo.

Bajo la luz del fluorescente se fijó en que la perilla se le estaba encaneciendo y las mejillas y los pómulos de Martellini dejaban ver los rastros de un potente acné juvenil.

—Segundo. ¿Usted?

—Tercero.

El ascensor subió en el silencio más absoluto. Daniele jugueteaba con las llaves del coche y las miraba intensamente, como si fuera la primera vez que las veía. Carlo fingía prestar interés a su móvil.

—Por favor —le dijo abriendo las puertas.

Martellini salió, Carlo volvió a cerrar y siguió hasta el tercero. En cuanto estuvo fuera bajó las escaleras sin hacer ruido y se acercó a la puerta 8. Pegó la oreja. Oía voces alegres, masculinas. Un poco tarde para una cena, pensó, tal vez fuera una fiesta. El apellido encima del timbre era Ribaudo. También anotó mentalmente aquel detalle, luego regresó al coche y se preparó para la espera.

Y esperó, hasta las dos de la mañana. De vez en cuando se bajaba del coche para estirar las piernas. Había visto pasar el último autobús, a los taxis vaciar el aparcamiento. De vez en cuando una sombra desfilaba rozando los muros bajo los soportales, rumbo a saber dónde. Hasta el hotel había apagado las luces de la recepción, sólo quedaban encendidas las de servicio, y el conserje de noche había aparecido un par de veces para abrir la puerta de cristal a unos clientes. Tuvo que luchar con los párpados durante una buena media hora. Luego por fin vio abrirse el portón. Bajó del coche y se acercó al grupo de hombres que reían y hablaban en voz alta. Entre ellos estaba también Martellini.

—¡Tú esta noche lo que has tenido es una flor en el culo!

—¿Yo? Anda ya, pero si a ti lo peor que te entraba era un trío...

—¿El domingo se juega?

—Yo no puedo, tengo a mis suegros.

—Como siempre. Daniele, ¿a las seis?

—Domingo a las seis, todos menos Marco, que tiene a sus suegros.

—Buenas noches.

—Buenas noches. Ah, y los cien euros no vayas a gastártelos en putas, ¿eh?

—Nos vemos el jueves que viene. ¡Traed pasta porque os voy a dejar tiesos! Eh, y Daniele, un consejo: cuando se hacen fullerías, ¡no vale reírse!

Cappai observó que el Opel se ponía en marcha, luego regresó a su automóvil. No tenía ningún plan, demasiado pronto para estudiarlo. Sobre todo sin tener la certeza de su culpabilidad, pero necesitaba reunir todos los datos posibles, de otra forma no podría planear la acción. Esas noches pasadas al raso, apostado en el coche o en un bar, le recordaban a sus dos años en la policía, en la brigada móvil de Pesaro, que le habían dejado aquel bonito recuerdo en el brazo derecho. Se había presentado hasta dos veces al examen para la magistratura. Y las dos veces la zancadilla de su padre, de eso estaba seguro, le había impedido el acceso. Según el juez Cappai, quinta de 1928, que

nació fascista y murió fascista, su hijo estaba hecho para la abogacía. En aquella época ya no se hablaban y Carlo había experimentado un placer perverso al incorporarse a la policía, desdeñando así las expectativas de sus padres. En aquellos dos años de policía, en la jefatura, o en el coche, o en las largas pausas de espera, había tenido todo el tiempo del mundo para comprender que la magistratura, el derecho, no era más que una elección hecha para fastidiar a su padre: el juez del tribunal de apelación Bruno Cappai, el hombre al que Carlo odiaba más que a ningún otro en el mundo. ¿Qué había aprendido en sus dos años de policía? Que la ley y la justicia discurrían por dos vías distintas. Que la justicia sólo importaba cuando alguien era privado de algún derecho, de otro modo seguía siendo un concepto y como tal podía dejarse de lado. Que en los tribunales la mayoría de las veces se jugaba con los procedimientos y los códigos, que a menudo se perdía de vista el motivo por el que existían esos tribunales. Su padre, por ejemplo, utilizaba el tribunal para administrar un poder y proteger otros. Attilio Sesti, el gran abogado que jugaba al golf con su padre, el que iba con él al polígono de tiro para disparar con sus pistolas y por la noche a los chalets en el campo para ponerse la capucha, en pandilla, como adolescentes imbéciles detrás de compases y

triángulos para hacer juramentos y reclutar a algún nuevo hermano masón, sólo se preocupaba por proteger los intereses de sus asociados o, mejor dicho, de sus cómplices. Ésos eran quienes administraban la justicia, una caterva mafiosa, clientelar, un puñado de hombres sentados en los ejes de un mecanismo que giraba solo si y cuando ellos querían. Dictaban sentencias a su antojo, ocultos bajo las capuchas, o en el restaurante, bebiendo *grappa*, decidían quién debía pagar y quién cobrar. El tribunal como moneda de cambio.

En aquellos años había comprendido la inutilidad de las instituciones.

Si Carlo Cappai quería justicia, debía procurársela él solo. Su padre estaba muerto, Attilio Sesti era víctima de una demencia senil e, incluso así, lo que habían sembrado seguía gritando desde muchas de las carpetas que él cuidaba como a huérfanos faltos de cariño. Sobre todo desde aquella de la sección F, estantería 7, balda 9, archivador 82, a la que Carlo Cappai familiarmente llamaba Efe y que relataba negro sobre blanco la absolución de Luigi Sesti, el hijo del gran abogado; y la historia de una víctima que se había quedado sola, desvestida y desnuda, como cuando la había visto por última vez en la camilla de las autopsias: Giada, su única y verdadera amiga, con la sangre cuajada en la frente y los ojos

cerrados para siempre. Nadie le había rendido justicia. Era hija de una madre viuda y casada de nuevo, era pobre, el día de la absolución de Luigi Sesti la habían asesinado de nuevo. Y cada día que su verdugo, el hijo del abogado, veía despuntar el sol en el horizonte era un enésimo golpe con una barra de hierro a la cabeza de Giada.

La inutilidad de las instituciones.

Aquella semilla, que su padre y aquellos borregos o, mejor dicho, sus cómplices, habían enterrado con su comportamiento malsano y canceroso, había arraigado, había crecido, y otros ahora la hacían crecer, en su esfuerzo por que nada cambiara, de forma que ante los ojos de la gente todo pareciera haber cambiado.

Se metió en la cama cansado y aterido de frío, se durmió a las tres, con un sueño profundo y negro como un pozo.

Lunes, 19 de febrero

—Estoy siguiendo una pista.

—¿Sabe esquiar?

Cabrona.

—No. Me refiero a que estoy pendiente de una información que pronto dará sus frutos.

Me mira con esos ojos bovinos y escépticos. Luego se levanta y sale de su despachito sin dignarse a despedirse de mí. No debo perder el tiempo con ella, la pista la tengo de verdad, y sin amiguismos de la policía ni de los carabineros. Conozco bien el centro deportivo de San Cristoforo, queda a media hora de la redacción, sé que los juveniles y los alevines se entrenan en dos campos pequeños que hay a espaldas del central, que es de césped.

Pocos coches aparcados. Me dirijo hacia los vestuarios y el bar, que a esa hora todavía está cerrado. Un africano bastante alto está repasando con tiza las líneas del campo central. Debe de ser Ibrahim. Espero a que acabe con la de fondo y cuando se acerca al córner le sonrío.

—¿Es con usted con quien debo hablar?

Alza la vista de la maquinita.

—¿De qué?

—De mi hijo.

—¿Juega aquí?

—No, me acabo de mudar de Milán y me gustaría que retomara el entrenamiento con un buen equipo.

—Espéreme en el bar, dentro de diez minutos estoy ahí.

Con las manos en los bolsillos llego al bar, que es una caseta con la ventana cerrada tras la cual suele haber una señora que sirve agua, café y, en verano, helados. Me siento en la mesita de plástico celeste con el logo de Motta grabado encima y observo la entrada del centro deportivo. Un jardinero entrado en años poda el seto que rodea todo el recinto. Dos hombres con cazadora y gorra de béisbol charlan y ríen. A uno lo conozco, antes era el presidente del equipo del Borghetto. Lo pillaron con las manos en la masa. Facturas infladas para que los generosos patrocinadores del negocio deportivo pudieran deducirse más impuestos. Se fue de rositas gracias a que pactó la pena, pero tuvo que renunciar a su alto cargo en este equipillo de tres al cuarto. A lo lejos se oye la autopista. Espero diez minutos, hasta que aparece el hombre.

—Walter, encantado. —Le tiendo la mano y él la estrecha.

—Ibrahim.

Me saca al menos veinte centímetros de alto, veinte kilos de peso, el pelo cortísimo, la marca de un corte en una mejilla.

—¿Entonces es usted quien los entrena?

—Sí, servidor. ¿Quiere hablarme de su hijo?

Habla un italiano excelente, sólo tiene que trabajar un poco la pronunciación.

—Eso es. Venimos de Milán. Mi hijo Piero jugaba de ala en el Enotria. ¿Lo conoce?

Los ojos le brillan.

—¿El Enotria? Caramba...

Soltar el nombre de uno de los mejores clubes de fútbol de Milán ha puesto a Ibrahim en una situación de inferioridad.

—Sí, por desgracia este año no puedo dejarlo allí, tiene que venirse conmigo y no querría que se saltara el entrenamiento.

Ibrahim asiente y me mira.

—Vaya, vaya... el Enotria... Veamos, venga conmigo.

Un cuchitril prefabricado de escasos metros cuadrados. Los indefectibles estandartes colgados por todas partes, un pequeño escritorio cubierto de papeles, una bolsa llena de balones al lado de la entrada, un armarito de primeros auxilios en la pared. El archivador está a un lado, repleto de copas y condecoraciones colocadas encima.

—Siéntese, por favor. Veamos... ¿Cómo ha dicho que se llama su hijo?

—Piero.

Rebusca entre la montaña de papeles.

—Menudo lío tengo aquí. Tarde o temprano tendré que decidirme a ordenarlo... ¡Ah, aquí está! —Me tiende unos folios—. Éstos son los formularios que hay que rellenar. Necesita también el certificado médico deportivo y...

—Espere, antes de pasar a eso...

—¿El precio?

—No. —Lo miro a los ojos—. La preparación. Quiero saber qué días y cómo se entrena, si hay partidos fuera de casa, quiénes son los preparadores físicos y el personal médico.

Ibrahim traga saliva. No sabe qué responderme.

—Bueno, pues yo organizo los partidos con los chavales y los entreno.

—¿Y el personal médico?

—Hay... Tenemos un convenio con un excelente fisioterapeuta de la ciudad... Provetti, se llama, y... un segundo, espéreme aquí. He visto que el nuevo director está en el aparcamiento, voy a llamarlo y así habla con él. ¿Le parece? —Se levanta.

—Claro, gracias.

Ibrahim hace una mueca.

—Nosotros no estamos a la altura del Enotria.

—Lo sé. Pero lo importante es que mi hijo juegue al fútbol y se divierta.

—Desde luego. —Y sale del despachito.

Tengo pocos minutos. Me he fijado en que en la cerradura superior del mueble archivador está puesta la llave. Echo un vistazo al aparcamiento. Ibrahim se está acercando a los dos fulanos con gorra de béisbol. Giro la llave del archivador. El primer cajón no se abre. Pruebo de nuevo. Imposible. Dos, tres veces más, y por fin la llave gira por completo y el primer compartimento se abre de par en par. Vacío. Miro fuera. Ibrahim está volviendo en compañía del director. Paso al tercero, el que me indicó Fatimah. Hay papeles, fichas, pero ni rastro de los pasaportes. Maldigo en silencio mientras se me aceleran los latidos del corazón. Paso al sexto y último cajón. Allí tampoco, nada. «Joder, Fatimah», mascullo entre dientes. Subo al quinto, al cuarto, Ibrahim cada vez está más cerca, lo oigo charlar con el otro tipo. Abro el segundo y un sobre amarillo cae al suelo. Lo recojo. Está lleno de certificados médicos. Decepcionado, lo devuelvo a su sitio y cierro de nuevo el archivador. Cuando Ibrahim

entra sonriendo en compañía del director, me encuentra mirando fijamente una fotografía del equipo juvenil de este año.

—Soy Massimo Azegli, el jefe del chiringuito —me dice el director sonriendo y tendiéndome la mano—. A ver, ¿resulta que tenemos un hijo fuera de serie? Pues ojalá nos saque de ser los terceros por la cola... Juega de ala, me decía Ibrahim.

Sentado en su despacho, el archivista había revisado los papeles del proceso. En opinión del forense, el padre de Martellini, Umberto, había muerto por un problema respiratorio, mientras que el de Nora, la madre, había sido cardiaco. La mera coincidencia ya llamaba la atención. Sobre todo porque mientras que a Umberto lo habían encontrado bajo las mantas, la madre había sido hallada en el suelo, desplomada junto a la cama, sobre la alfombra persa. Llevaba unos guantes de goma, un pie descalzo, el otro con la zapatilla puesta. En la cocina, dentro del fregadero, había dos platos sucios, dos tenedores y tres cuchillos, dos vasos y una sartén. Al lado, sobre la encimera a la derecha del fregadero, cerca de los fogones, se había encontrado un valioso anillo. Durante la reconstrucción de los hechos se dedujo que mientras el hombre había sufrido la crisis, la mujer, tal vez ocupada en la otra habitación, había acudido y, del susto, también ella se había enfrentado a una indisposición repentina y había entregado el alma al Creador derrumbándose a los pies de la cama. Sostenían esta teoría los guantes de goma amarillos que la señora Martellini todavía llevaba puestos. Según la defensa, las acusaciones

lanzadas por Luisa, la hermana de Martellini, eran fruto del odio, el rencor y la envidia que la pobre sentía por su hermano, casado y con hijos, mientras que ella se había quedado sola, o mejor dicho, «solterona», tal como afirmaba aquel reputado abogado. En definitiva, muerte natural. Aquello no convencía a Cappai ni tampoco al fiscal. La desgracia había sucedido el 11 de octubre de 2014. Los cuerpos habían sido hallados por Luisa a la mañana siguiente. La última persona que los había visto con vida era Maria, la asistenta, que trabajaba en casa todos los días de las 10.00 h a las 19.00 h. «Hice la cama con sábanas limpias porque el señor necesitaba cambiarlas con frecuencia; como no estaba bien, cada dos días ponía unas recién lavadas. Luego me marché, mientras la señora preparaba la cena», ésas fueron las palabras de Maria Donzelli. Para esa noche el acusado no tenía más que una coartada familiar y, por lo tanto, bastante inconsistente. Recordaba de forma casi demencial los alimentos ingeridos durante la cena y el programa de televisión que había visto, una película en Sky. Habían comprobado su teléfono móvil, que demostraba que había pasado en casa toda la noche. Pero Carlo sabía que Daniele Martellini mentía, como mentía su mujer, y sólo su hermana decía la verdad. «Mi hermano no se hablaba con mis

padres desde la Navidad pasada, nunca se llevaron bien. Pedía dinero continuamente para sus coches, su casa, las vacaciones con su mujer. ¿Les parece normal que un empleado de un concesionario viva en doscientos metros cuadrados? ¿Que pase las vacaciones en las Seychelles o en las Maldivas?» Se concentraron en las cuentas bancarias de Martellini, sin detectar ninguna irregularidad. Miraron con lupa también las de su mujer, pero no obtuvieron ningún resultado válido. Luisa Martellini, la hermana, señalaba como móvil la casa en el centro. «Mi padre y mi madre habían puesto a mi nombre el chalecito en el campo, que era de mis bisabuelos», explicaba, «como compensación, mi hermano se quedaría con la de la ciudad el día que ellos faltaran, ¡fecha que él ha adelantado! ¡De eso estoy segura!». Cappai debía hacer muchas indagaciones, hurgar en la vida de Daniele Martellini, en sus relaciones y en la procedencia de aquella cantidad de dinero que gastaba, seguir las pistas de la investigación del fiscal e intentar ir más allá. ¿De dónde llegaban los fondos? ¿Eran de verdad préstamos constantes que pedía a sus padres? Siguió hojeando los expedientes, y encontró las partes de la vista relativas a las cuentas bancarias de los difuntos cónyuges. El fiscal había citado a declarar al director del banco del matrimonio Martellini. Fiel a su deber, el dirigente

había entregado toda la documentación correspondiente a sus cuentas corrientes; en aquella sucursal los Martellini tenían cuatro a su nombre. Y se descubrió un buen trasiego de dinero en metálico no justificado. Se sacaba efectivo a todas horas. Nada de cheques, nada de transferencias, directamente en ventanilla o en el cajero automático. Miles de euros que, según el magistrado, eran la prueba de los sablazos del hijo, pero una teoría insostenible sin pruebas concretas. A ojos de Carlo la situación cada vez estaba más clara. Un hijo mimado que vivía por encima de sus posibilidades; llamaba particularmente la atención el colegio escogido para su hijo, un centro privado que costaba ocho mil euros al año. Había sableado desde siempre a sus padres, pensaba, hasta que ellos se rebelaron y él decidió hacerse con su último bien preciado, una casa en el centro valorada en casi ochocientos mil euros. Aquel ático cerca de la catedral debía de poner los dientes largos a Daniele y a su mujer. ¿Cuántas noches, en su piso de la periferia, habrían hablado o soñado con habitar entre aquellos maravillosos muros, donde reside la flor y nata de la ciudad, rodeados del aroma a café y a dulces de las confiterías o arrullados de noche por los sonidos y las conversaciones de los elegantes restaurantes del centro?, pensaba Carlo. Bastaba con apretar una

almohada primero contra la cara del padre y luego de la madre, y en pocos minutos su sueño se haría realidad. Era poco más de medianoche cuando encontró el detalle que dio un giro de ciento ochenta grados a toda la historia, la coma oculta que él sabía camuflada en alguna parte pero que no pasaría por alto durante sus investigaciones. Igual que las gafas que siempre perdía, pero que, tarde o temprano, acababa encontrando.

Fue por un pelo.

Martes, 20 de febrero

—A ver, que yo me aclare, ¿tú de mí qué quieres? —me dice.

Es evidente que haber sido compañeros de pupitre durante todo el instituto, haber compartido la misma camiseta en el terreno de juego, un préstamo de quinientos euros jamás devuelto, el uso indiscriminado de mi escúter durante cinco años, haberle presentado a Valentina, que acabaría convirtiéndose en su mujer (si después se han divorciado, es problema suyo), no tiene ningún peso en la conciencia de Rino.

—Hay un archivador en el San Cristoforo, en el despachito de Ibrahim, un nigeriano que entrena a los niños. Dentro de ese mueble hay unos pasaportes. También nigerianos. Yo lo he intentado, pero no los encontré porque tenía poquísimo tiempo.

—Estás repitiendo lo que ya me has dicho. Te lo pregunto otra vez: ¿tú, de mí, qué quieres?

—Que me ayudes a cogerlos.

Rino se rasca los rizos ya canosos, luego la barba negra de tres días.

—¿Me estás pidiendo que vaya por la noche a robar los pasaportes?

—Más o menos.

En el bar nadie nos presta atención, somos sólo dos hombres de mediana edad sentados a una mesa cerca del baño tomando cerveza y patatas fritas.

—Yo ya me he chupado tres años.

—Lo sé.

—Por robo.

—Eso también lo sé, Rino.

—Ahora trabajo en un almacén. Si me pillan otra vez, me caen por lo menos otros seis. ¿Eso también lo sabes?

—No los pormenores, pero puedo intuirlo.

Se rasca de nuevo la cabeza. Puede que haber sido compañeros de pupitre durante todo el instituto, haber compartido la misma camiseta en el terreno de juego, un préstamo de quinientos euros jamás devuelto, el uso indiscriminado de mi escúter durante cinco años y haberle presentado a Valentina, que acabaría convirtiéndose en su mujer, empiece a abrir brecha en su conciencia.

—Yo te aprecio mucho, Walter.

—Yo también, y créeme...

Me pone una mano delante de la cara para interrumpirme.

—No he acabado. Te aprecio mucho, Walter, pero no hasta el punto de jugarme la trena. Así que hagamos una cosa. Mañana por la mañana vamos a echar un vistazo y me enseñas de qué va la cosa, si hay vigilancia, telecámaras, alarmas. Si es sencillo, puedo planteármelo, si no es sencillo te las apañas como puedas, coño.

—Alto y claro.

—Mañana temprano, a las siete, ven a recogerme. Y haz el favor de traer también un par de rosquillas.

—¿Sigues viviendo en el mismo sitio?

—No, allí vive Valentina. Yo estoy en via Goldoni, ¿sabes dónde queda?

—No, ya usaré Waze o Google Maps.

—Haces bien, porque está lejillos. —Traga el último sorbo de birra—. Si hay algo que da asco es la cerveza sin gas y caliente. Hasta mañana.

Los andares de Rino siguen siendo los mismos que en tiempos del instituto. Cabeza gacha, manos en los bolsillos, bamboleo lateral. Jamás me lo habría imaginado, sacaba nueve en Griego y Latín, ocho en Historia, también se le daban bien las Matemáticas y Lengua, ¿en qué momento su vida se fue a la mierda? ¿Dónde está la frontera, ese punto exacto que lo ha catapultado hasta el otro lado, el del fracaso y la soledad? Parecía destinado a un futuro brillante repleto de éxitos, dinero, carrera. En cambio poco a poco lo ha ido perdiendo todo. Tenía la nariz fina, a saber quién se la ha roto, lleva encima unos veinte kilos de más. Lo miro desde la cristalera mientras cruza la calle, me siento un gusano por haber recurrido a él y haberle pedido que corra un riesgo como ése. Pero no tengo alternativa. El homicidio de Zigon ha dejado de ser un buen artículo en el periódico, se me ha enquistado en la mente y no consigo extirparlo. No pienso en otra cosa.

Tengo que saber.

Sobre la almohada de la señora Martellini, según se desprende del informe del subcomisario de la Científica, se había hallado un pelo gris de aproximadamente cinco centímetros. El señor Martellini, como se ve en las fotografías, era calvo. Es evidente que pertenecía a la señora. Aun así, en palabras de la asistenta Maria Donzelli, las sábanas se habían cambiado poco antes de que la señora Martellini se pusiera a preparar la cena, sobre las 18.00 h. ¿Cómo era posible que los investigadores hubieran pasado por alto un dato tan importante? ¿O no se hubiera tenido en cuenta durante el proceso?, pensaba Cappai hojeando las actas. Aun así, estaba allí, delante de él. Por lo que la señora no estaba lavando los platos mientras su marido sufría aquella indisposición, sino tal vez a su lado, bajo las mantas, en el sueño más profundo, y su hijo había tenido la oportunidad de ahogarla con la almohada, concluyó. ¿Qué almohada?, se preguntó. No la que los esposos Martellini tenían bajo la cabeza. Tal vez la del cuarto de invitados, o la de la otra habitación matrimonial, en la casa había cinco dormitorios. Quién sabe, si hubieran prestado atención a aquel detalle, probablemente en las fundas de aquellos dormitorios

no utilizados habrían encontrado saliva y otros rastros corporales y el caso se habría cerrado en poco tiempo, o tal vez el homicida los había hecho desaparecer y no habría servido de nada. Todo eran dudas que rebotaban en el cerebro de Carlo Cappai; seguía su razonamiento con aquella voz interior analítica, precisa, tranquila. ¿Entonces el asesino reconstruyó la escena situando el cuerpo de la mujer a los pies de la cama, poniéndole los guantes de plástico y una zapatilla? Sonrió. Es un dato que denota cierta atención y cuidado de los detalles, se dijo. Luego el segundo error cometido por el asesino se le apareció ante los ojos, como un cuerpo arrojado al fondo de un lago que emerge desde sus oscuras aguas: el anillo de rubíes. El informe policial lo describía apoyado a la derecha del fregadero. «La señora Martellini lo llevaba en el anular de la mano derecha», dijo en voz alta observando la foto de la víctima. En el detalle se veía un pequeño círculo de piel más clara. En la otra mano, la izquierda, la señora llevaba puesta la alianza. Además era zurda, algo que en la posguerra, cuando era joven, le había permitido una discreta carrera como tenista *amateur*. Carlo se había situado delante del fregadero de su casa, se había puesto un viejo anillo de su madre en el anular de la mano derecha. Se lo había quitado con la izquierda y le había resultado natural apoyarlo

a la izquierda del fregadero. ¿Por qué ponerlo al otro lado cruzando el gesto? El hecho de que la víctima fuera zurda fortalecía la hipótesis. «No fue la señora Martellini quien dejó allí aquel anillo de rubíes, sino otra persona. ¿Quién?», murmuró apenas, parecía una oración contenida por los labios. ¿Quién sino el homicida lo habría podido dejar allí encima?

Respecto a eso Carlo no albergaba dudas. Zigon, cuando había masacrado a su mujer, había sido más astuto, había escenificado un robo. Daniele Martellini, en cambio, se sentía omnipotente y seguro, y los hechos parecían darle la razón. Aunque también él, igual que Zigon, Selvarelli en 2004 y Muzii en 2007, se había equivocado.

Miró por la ventana. El cielo, pese a las luces de la calle, estaba estrellado. Puso el despertador a las seis y cuarto, leyó dos páginas del libro y luego a la una se durmió, sereno.

Miércoles, 21 de febrero

Creía que encontraría a Rino nervioso y reacio; en cambio, está tan tranquilo como si fuéramos de excursión al campo. Se traga como un pelícano las dos rosquillas que le he traído. Cuando llegamos al San Cristoforo se calla y empieza a observar. Su ojo se ha vuelto de repente profesional, robar es su verdadero talento, nada del latín ni del griego. La cancela está abierta, en el aparcamiento del patio sólo hay una furgoneta y dos coches.

—Vale, me bajo y voy a echar un vistazo. ¿Cuál es la caseta del tal Ibrahim?

—Está detrás de los campitos de los chavales, allí al fondo a la izquierda.

Mira, asiente, tuerce la boca.

—¿Y la de dirección?

—Es esta construcción de aquí delante, al lado del campo central. Están también los vestuarios, un par de oficinas, el almacén y los servicios.

Rino se baja del coche.

—No me parece muy peligroso —me comunica por la ventanilla —, espérame aquí.

Y con la cabeza encajada entre los hombros se dirige hacia el edificio, lo rodea y desaparece de mi vista.

Me dispongo a esperar.

Los primeros minutos los paso mirando las pequeñas gradas del campo grande. A esta hora de la mañana no hay ni un alma, la furgoneta debe de pertenecer a una cooperativa de limpieza. Leo al menos tres veces la pancarta con la frase «Arriba los lobos del Borghetto» escrita en amarillo y verde, los colores del club. No sopla ni una brizna de viento, aunque el cielo está gris y cubierto, las ramas de los arbolitos están quietas, como si posaran. Pasan más minutos y empiezo a sudar. ¿Dónde está Rino? De las oficinas centrales salen dos mujeres con un carrito cargado de productos y escobones. Hablan y ríen socarronamente. Empiezan a cargar los trastos en la furgoneta. Detrás de ellas otra mujer lleva los cubos y las fregonas. No se fijan en mi coche, aparcado fuera del recinto. Rápidamente se suben y se marchan, tal vez se dirijan a otros complejos deportivos u oficinas. Ningún rastro de Rino todavía. De repente veo salir de los vestuarios a Ibrahim. Me sale natural esconderme deslizándome por el asiento, aunque desde allí difícilmente podría ver mi automóvil. Está de espaldas y lleva unos conos de plástico amarillos. Los coloca alrededor del área de penalti. Cuenta los pasos entre uno y otro, luego se agacha y pone uno más. Da la impresión de que sirven para señalizar obras en la carretera. Acabada la operación, regresa despacio a los vestuarios. Han pasado ya más de diez minutos, empiezo a preocuparme. Tal vez deba salir del coche e ir en busca de Rino. Finalmente lo veo aparecer con toda la calma por la esquina de la oficina central. La misma cabeza gacha de siempre, el paso desgarbado y ondeante, lleva un cigarrillo apagado en la boca. Cuando se sube en el coche, introduce una bocanada de aire fresco en el habitáculo.

—¡Venga, arranca! —me dice.

Hasta la curva no pronunciamos ni media palabra. Tengo las manos sudadas. No aguanto más.

—¿Y entonces? ¿Es cosa fácil?

—Bastante. —Se mete una mano en el bolsillo y saca un sobre amarillo—. Aquí están tus pasaportes.

No me lo puedo creer. Los ha cogido.

—¡Eres... eres un sensei!

—¡¿Qué soy?!

—¡Un sensei, un número uno, un máquina!

—En cualquier caso, ¡en el archivador, los cojones! —dice mientras guarda los documentos en la guantera—. Estaban en el escritorio, bajo un falso fondo de contrachapado.

—¿Cuánto te debo?

Rino sonríe.

—Me debes un favor, que lo sepas. Ahora llévame a casa, que me he dejado el sueño a medias.

Lo acompaño.

Luego voy al periódico. No está la Cabrona, es evidente que llega tarde. Me siento delante del ordenador a escribir un artículo que resuma el suicidio de Garlasco, un conocido empresario turinés, nada nuevo, sólo para recordarle el tema al lector. La Cabrona entra a las diez, mirada gacha y paso rápido. No dice nada, un vistazo y se encierra en su despacho. Poco después abre la puerta y grita: «¡Andretti!» Me acerco.

—¿Ha acabado el artículo sobre Garlasco?

Tiene los ojos ojerosos y rojos, agresivos.

—¡Claro! Son más de las diez, lo tiene en su correo —respondo tranquilo.

Menudo corte se lleva, se nota. El dato de la hora le produce un leve temblor en el lunar de la barbilla.

—¿Novedades en el caso Zigon? —Y estira los labios en algo que quiere parecerse a una sonrisita, pero resulta ser una mueca ácida.

—Bueno, una novedad sí que la hay. He contactado con una amiga de la tal Lubabah, que va a contarme un montón de cosas sobre los círculos un tanto oscuros de Flavio Zigon.

—¿Y qué se lo hace pensar?

—Créame, lo sé. —Sonrío y la dejo allí plantada, atónita, de pie en el umbral del despachito de cristal. Cuando paso cerca de Wikipedia, me alarga la mano y chocamos los cinco a escondidas.

Espléndida puesta en escena tras una acción larga y enrevesada del mediapunta del equipo de Andretti, que, lanzado después de un pase en profundidad, supera la defensa, con una hábil finta evita al portero y dispara a una desvalida puerta. El estadio estalla. Andretti uno, la Cabrona uno.

Y balón al centro.

Carlo le daba vueltas desde la noche antes. Quería hacer un trabajo perfecto, no dejar las cosas a medias. Estudió detenidamente el mapa del barrio de Martellini contrastándolo con los horarios de sus desplazamientos. Era complicado trabajar en el archivo, en días con tanto trasiego cada dos por tres lo distraían las peticiones del secretario judicial.

—Lo veo cansado —le decía—. ¿No duerme?

—No, señor, sí que duermo. Es que cuando no hace sol me marchito.

—¿Como una flor?

Cappai esbozó una sonrisa y regresó al trabajo.

—¿Sabe quién ríe el último? —le preguntó el abogado Birindelli, reputado bromista al que Carlo no soportaba, apoyando todo su peso sobre el mostrador.

—No, señor. ¿Quién ríe el último?

—¡Quien tiene el mejor abogado! —Y empezó a dar risotadas mientras se desabrochaba el primer botón de la chaqueta.

El pasante delgado y gafotas que esperaba su turno se sumó a las carcajadas. Carlo sonrió y asintió levemente.

—Es bueno, ¿verdad? Me sé un montón sobre abogados.

—Imagino, señor. Yo también tengo uno.

Birindelli puso los ojos como platos. En veinte años de honorable servicio, Cappai jamás le había hecho la menor broma.

—Soy todo oídos. —Y se quedó de brazos cruzados con un amago de sonrisita en su rubicunda jeta.

—¿Sabe para qué sirven los abogados?

—No.

—Pues si no lo sabe usted...

Birindelli permaneció serio un par de segundos, luego rompió a reír dando un fuerte golpe en el mostrador con su rolliza manaza.

—¡Es bueno, es bueno de verdad! Se lo copio. En fin, si no es molestia, pasemos a las cosas serias. Necesito este expediente... —Y le tendió una nota a Cappai—. Aquí tengo la solicitud y todo el pifostio...

De una elegante mochila de piel sacó unos folios que depositó sobre el mostrador. El archivista cogió la nota y desapareció por el pasillo central. Recorrió el del fondo, pasó junto a la puerta del baño hasta llegar a la sección correcta. Allí adentro la luz era tenue, gris. Sacó el expediente que le había pedido Birindelli y volvió sobre sus pasos. Los archivadores se pusieron a bisbisear todos a la vez. El archivista

no podía pararse a escuchar, todavía estaba ocupado con el de Martellini. Había localizado incluso un expediente todavía más ruidoso, pero ahora no podía hacerle caso. Regresó hasta Birindelli.

—Cappai, ¿sabe en qué pienso cuando lo veo? —dijo el abogado mientras firmaba las hojas.

—¿En qué?

—En el minotauro. Sí, en serio, conoce este laberinto como la palma de su mano, aquí abajo usted es el rey y a nadie se le ocurriría entrar sin su guía.

—Es una forma graciosa de verlo, abogado Birindelli, pero ¿por qué no? Sólo que el minotauro nació de la esposa del rey Minos y de un toro que Poseidón le había regalado al monarca. Mi padre no era ningún toro, como mucho una cabra, y mi madre era hija de obrero.

—Yo no describiría a su padre como una cabra, es un tanto irrespetuoso. Fue un juez importantísimo. Imagínese, yo hasta estudié Derecho constitucional con un libro suyo.

Carlo recogió los documentos firmados.

—Siempre me ha parecido cómico...

—¿Qué?

—Que mi padre escribiera un libro de Derecho constitucional. —Miró a Birindelli a los ojos—. No ha-

bía nada que respetara menos que eso. Buenos días, abogado.

Birindelli negó con la cabezota.

—No hay mayor verdad, los hijos no son conscientes de la importancia de los padres.

—Lo público y lo privado son dos ámbitos distintos, y a menudo contradictorios, ¿no lo sabe?

—Por lo que a mí respecta, mi padre ha sido la persona más importante que he conocido. Un faro —dijo el abogado, sujetando el expediente bajo el brazo.

—Su padre, el abogado Serse Birindelli, defendió y consiguió que en el 78 y el 79 excarcelaran a varios exponentes del terrorismo de derechas, caso Zucconi y Vitali, libró de la cárcel al chanchullero de Moretti, sección S, estantería 43, balda 4, archivador 12 bis, junto a dos exponentes del clan de Nitto Santapaola, estaba en la lista de la logia P2, salvó a la Banca Agricola del Veneto, que había saqueado a sus ahorradores, y por último estaba en el *pool* de la defensa del proceso al asesor de Sanidad Lombarduzzi, que se fue de rositas gracias a que el delito prescribió.

Se hizo un silencio gélido.

—No le permito que...

—Yo con las marranadas de mi padre ajusté cuentas a los dieciocho años, cada uno elige vivir

como puede, abogado. Pero no venga a darme lecciones de moral. —Luego se dirigió al pasante, que se había refugiado en la esquina más alejada del mostrador—. ¿Usted qué necesita?

Mientras Birindelli, con la cara colorada, se marchaba refunfuñando y mascullando insultos, el pasante apoyó unos folios sobre el tablero y con voz débil y trémula dijo:

—Aquí tiene... Necesitaría esto.

Cappai agarró la hoja y desapareció de nuevo por los pasillos del archivo.

Todavía miércoles, 21 de febrero

Paso el día esperando. A medianoche llego puntual a los bulevares. Fatimah está sentada en una especie de taburete viejo de plástico. Me reconoce y sonríe.

—¿Vamos?

La invito a subir en el coche. Lleva una cazadora de cuero negra abierta por delante y una camiseta blanca con el logo de algún diseñador lleno de cristalitos de estrás. Mallas rosa oscuro y zapatos amarillos con tacones de vértigo. Inunda el habitáculo con su perfume dulzón.

—¿Adonde siempre? —pregunto.

Ella asiente mientras baja el espejo de cortesía de la visera y se retoca el colorete.

—¿Me esperabas? —le pregunto.

—Sí...

Cuando llegamos al caserío abandonado, hace un gesto automático, el de sacar el preservativo del bolsito. Luego recuerda el motivo de mi visita y sonriendo lo devuelve a su sitio.

—No hace falta, ¿verdad?

—No...

Soy yo quien le da algo. Un sobre amarillo. Fatimah abre los ojos como platos, como una niña delante de un regalo de Navidad. Los mira todos, uno a uno. Cuando encuentra el suyo se lo lleva al pecho y cierra los ojos. Dice algo en voz baja en una lengua que no

entiendo, quizá una oración. Vuelve a abrir los párpados y las lágrimas le ruedan por los pómulos.

—Gracias, Walter, gracias —consigue pronunciar.

Luego se lleva el pasaporte delante de la cara y lo besa, varias veces.

—¿Él se ha dado cuenta? —me pregunta secándose los ojos.

—A estas alturas sí, pero no tiene ni la más remota idea de quién ha sido.

—Se lo van a cargar.

—Y a quién le importa, ¿no?

—¿Eh? Sí, ¡a quién le importa! Has sido un hombre de palabra, Walter. Y te lo agradezco, también de parte de mis hermanas. —Y me muestra el montón de pasaportes—. Ahora yo también te doy lo que buscas. Jamila. ¿Tienes donde apuntar?

—Espera. —Abro la cartera y cojo un tique viejo, el bolígrafo que hay al lado de la palanca de cambios, y se los tiendo.

Fatimah anota una dirección.

—Cerca de la estación. Tienes que ir de noche, porque de día Jamila trabaja en el bar. Nadie sabe dónde duerme, sólo yo y nuestras hermanas. Puedes ir incluso ahora, la llamo y le digo que vas de camino, que eres un amigo y que de ti se puede fiar.

—Gracias, Fatimah. ¿Cómo se las ha arreglado Jamila para dejar de trabajar en la calle?

—Jamila es guapa y trabaja en el bar, pero no pone cafés. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—En la calle trabajan las piltrafas como yo. —Y se echa a reír. Luego me pone una mano en la pierna—. Tú, Walter, me has

cambiado la vida. Y siempre te estaré agradecida. ¿Crees en Dios?

—No mucho.

—Haces mal. Yo siempre le rezo, y mira lo que he obtenido esta noche.

Me muerdo el labio.

—Dios no te ha traído el pasaporte.

—Pero él actúa de muchas formas, Walter, incluso a través de alguien como tú. —Se pone seria. Luego prosigue—: Delante de la casa de Jamila hay un... ¿cómo se llama donde se venden los periódicos?

—¿Un quiosco?

—Eso, un quiosco. Cuando llegues, llama tres veces al portero electrónico. En vez del apellido, pone «Estudio fotográfico»; luego vete detrás del quiosco y espera. Ya irá ella. Si después de diez minutos no llega, lárgate y vuelve a la noche siguiente. ¿Entendido?

Repito las instrucciones.

—Muy bien, Walter. ¿Me llevas de vuelta?

—¿Vuelves al trabajo? —le pregunto desconcertado.

—Amigo mío, para escapar primero hay que organizarse... Unos días más y luego ¡chao! Fatimah se va.

—Mucha suerte.

Me mira y con un hilo de voz dice:

—*Daalụ, daalụ nke ukwuu na chioma... Jisie.*

—¿Qué significa?

—Gracias, muchas gracias y buena suerte. En igbo.

—Espera. Yo también sé decir una cosa en igbo, me la enseñó un futbolista del Varese... Era... *Ihe oge ugbo oloko na-ahapu!*

Fatimah se echa a reír.

—¿He dicho algo malo?

—Has dicho: el tren se está yendo.

La casa es un pequeño bloque de dos plantas. Un zócalo de azulejos de mayólica marrones, desportillados, hasta las ventanas de la planta baja, luego hasta el tejado el revoque está desconchado en varios puntos, como un empanado mal hecho. Todas las ventanas están a oscuras. La calle, desierta, las farolas la colorean de amarillo anaranjado. Al lado del bloque hay un taller de mecánica. Pocos coches aparcados, las frases escritas en los muros son incomprensibles. Un rincón de mi ciudad que nunca he visto, aunque sé que, ahora que lo mío son los sucesos, siempre y cuando la Cabrona no me eche, conoceré lugares que jamás habría soñado ver. En el portero electrónico, cuatro botones. El de abajo del todo es el que busco. «ESTUDIO FOTOGRÁFICO», reza el letrerito. Toco tres veces, siguiendo las instrucciones, luego corro a esconderme detrás del quiosco cerrado de la acera de enfrente. Me siento un subnormal que gasta bromas a las tantas de la noche. A mi espalda se alza un muro de una decena de metros. Espero unos minutos en la penumbra, y tengo miedo. Miedo de que alguien me vea escondido como un delincuente; miedo de que quienes acudan a la cita sean los chulos de Jamila; miedo de enfrentarme al silencio y la oscuridad. Me apoyo en la persiana metálica. Quizá deba volver a fumar, tal vez me calme la ansiedad. Oigo un ruido, flojo, una llave en una cerradura o tal vez un quicio que chirria. Luego una sombra se proyecta en el asfalto. Al principio alargada, poco a poco se hace pequeña, y en su lugar aparece una chica. De veintipocos, viste un

chándal gris y una cazadora que se sujeta para cerrársela pegada al pecho. Lleva el pelo larguísimo, con trenzas. Sonríe. Le veo sólo los dientes blanquísimos y el blanco de los ojos.

—Hola... —Tiene una voz grave y profunda—. ¿Eres amigo de Fatimah?

—Sí, ¿eres Jamila?

Me abraza.

—*Daalụ* —me dice—. Gracias.

Huele a flores. Ahora que está más cerca y mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad, la veo. ¡Madre mía, qué guapa! Pómulos altos, ojos almendrados, cuerpo menudo y proporcionado. Una estatua con los dedos de las manos ahusados.

—Jamila... Las gracias te las doy yo a ti.

—Hablo poco italiano.

—... ¿Hablamos aquí? *Here?*

—Sí. Quieres saber Flavio, *right?*

—Sí. ¿Con quién se veía Flavio?

—Flavio tiene amigos *bad, very bad*. Venden coca, ¿entiendes? Cantidades grandes, personas ricas... también gente con fábricas, y hay uno de equipo fútbol.

A ver si ahora pego el pelotazo con la primicia y vuelvo a las páginas deportivas...

—Ok. Entiendo. ¿Tú los conoces?

—Yo sí. Son dos. ¿Tienes papel?

—No, escribo en el móvil —le respondo. Saco el teléfono—. ¡Preparado!

—Giacomo Grifoni el primero, jefe. Tiene restaurante en centro ciudad. L'Oliva se llama.

—Estupendo. ¿Qué más?

—También Andrea Ferrari. Es su... ¿cómo dice... el que hace cuentas de impuestos?

—Gestor.

—Ni idea, sí, puede. Hace cuentas de impuestos. Es cliente bar... Tiene despacho. Cerca estación autobús.

—Ah, sí, entiendo. ¿Te acuerdas de cómo se llama el despacho? Bueno, da igual. ¿Son peligrosos?

—Tiene gente peligrosos. Dos. No sé nombres. Pero peligrosos sí.

Miro las pocas notas que he tomado. Luego le sonrío.

—Gracias otra vez, Jamila. ¡Y cuidado!

En cuanto la palabra me sale de la boca me siento como un idiota. ¡Cuidado! Ten cuidado se lo dices a tu hija antes de cruzar la calle, a una amiga que intenta recuperar las llaves de casa de una alcantarilla, no a una chica que ha huido de su país atravesando un desierto, un mar, mafiosos, sed y hambre, y que, chantajeada por alguna organización criminal, se dedica a la prostitución. Con cuidado ya nació, imbécil, que no tengo otro nombre. Ella me sonríe con indulgencia, luego se da la vuelta y desaparece. Me descubro de nuevo solo, en un barrio que no conozco, con dos nombres apuntados, sin saber qué hacer con ellos.

Una buena familia, sentada en torno a una mesa a la hora de la cena, comía tranquila viendo el telediario. Daniele engullía la comida como un cerdo; su mujer, morena, delgada y con los ojos hundidos, parecía masticar más por obligación que por necesidad real. El chiquillo, con los ojos pegados a un iPad, se metía el tenedor en la boca sin fijarse en lo que introducía. Daniele hablaba, la mujer escuchaba. De vez en cuanto sonreía y asentía. Una buena familia, sorprendida en un momento de intimidad desde la calle, a través del parabrisas de un automóvil aparcado delante de su bloque. Una buena familia, pensaba Carlo Cappai, que ha eliminado a dos ancianos por su herencia. Por poder pasar las vacaciones en el mar Rojo o esquiando. No sentía odio por Daniele Martellini, ni siquiera resentimiento. Lograba mantener la frialdad necesaria para calcular tiempos y rutinas, desplazamientos y obligaciones. Esperó durante dos horas en la oscuridad del habitáculo, hasta que la mujer salió del portal y depositó dos contenedores de plástico fuera del edificio para regresar a casa aterida de frío. Luego esperó a que se apagaran las luces del salón, otra media hora y se extinguieron también las más tenues

del dormitorio. Las once y la familia Martellini dormía a fin de prepararse para el día siguiente. Carlo fue hasta los cubos de basura y extrajo el contenido. Papel por una parte, plástico y metal por otra. Dejó los contenedores vacíos y regresó al coche.

En casa lo volcó todo sobre la mesa de la cocina. Descartó las cajas de alimentos congelados, seis botellas de plástico de agua, dos revistas de moda, bandejas de pasta fresca, tres periódicos, un cartón de huevos. Apartó una carta del banco, el prospecto de un medicamento y una hoja de notas con una caligrafía tan apresurada como incomprensible. El prospecto era de paracetamol, nada interesante, nada interesante tampoco en la carta del banco, avisaban al señor Martellini de que la tarjeta de débito solicitada estaba lista. Las notas garabateadas en una hojita de papel, sin embargo, sí que parecían importantes. Había algunos números tachados, luego logró descifrar dos palabras: Pianoro y Raticosa, y tres letras, FVS. Encendió el ordenador. Pianoro era un lugar cerca de la ciudad, Raticosa un paso de montaña, los conectaba la carretera Fondo Valle Savena. Aquellas notas eran un itinerario. Daniele había planeado una salida en bici con sus compañeros para ese domingo, Carlo los había oído ponerse de acuerdo. No era la ocasión que necesitaba. De día, un domingo, en compañía de

amigos y, según la previsión del tiempo, con una jornada soleada, las carreteras estarían abarrotadas de ciclistas, motociclistas y domingueros en busca de aire limpio y bellos paisajes en el Apenino. Se le tenía que ocurrir una idea mejor. Se la sugirió uno de los números de teléfono apuntados en la hojita. Llamó inmediatamente a pesar de que fuera pasada la medianoche. Le respondió un contestador: «Oficinas de la agencia CasaIncontro. Nuestros operadores están a su disposición de lunes a...» Era probable que Martellini hubiera puesto en venta la casa de sus padres, pensó Carlo. Encontrarla en la web de la agencia inmobiliaria fue coser y cantar. Doscientos metros cuadrados, repartidos en dos plantas, terraza, cinco dormitorios, precio de venta: novecientos mil euros. Bastante pasta. El anuncio venía acompañado también de fotografías. Conocía la dirección, cogió el abrigo y salió.

Cerca de la catedral, a esa hora de la noche, todavía pasaba gente. Miró la plaza, las vías colindantes, levantó la vista. Había telecámaras en las esquinas de la calle, cerca de la farmacia, en la explanada. No era el lugar ideal. Sonrió porque estaba cerca del pórtico, y hacía bastante tiempo que no iba. Allí se sentaba siempre a hablar con Giada durante horas,

era su sitio. Se acercó lentamente, rozó el muro. En la losa que sobresalía del revoque todavía se leía la frase que habían grabado con el cortaplumas después de una asamblea inútil en el instituto. «Siempre se es responsable de lo que no se ha sabido evitar.» Y él lo era. Aquel día de mayo de 1977 había intentado disuadirla de ir a la manifestación, pero no había sido lo bastante convincente. Y después de los incidentes habría debido estrecharla y no soltarla, como se hace con los cachorros que quieren salir corriendo hacia la carretera, hacia una muerte segura; sin embargo, había tenido miedo, había pensado sólo en sí mismo, en ponerse a resguardo, olvidándose de Giada, que huía hacia via Todaro. Instantes fatales, él en cuclillas detrás de un coche asistiendo a la barbarie, impotente, petrificado por el miedo. Si la hubiera abrazado y escondido detrás del coche, ahora seguiría viva y a lo mejor aquella losa la habrían rozado juntos, sonriendo por el tiempo que había pasado, veloz como una brisa otoñal. El tiempo que había oscurecido las letras, la caligrafía insegura de Giada, aunque la frase seguía allí, desde hacía cuarenta años: «Siempre se es responsable de lo que no se ha sabido evitar.» Así se sentía: responsable. De la muerte de Giada, de no haberle sabido rendir a su amiga del alma aquel mínimo de justicia que todo

ser humano merece. Era responsable, porque sabía y no había luchado lo bastante. Había testificado en el proceso, desde luego, y en la apelación, pero de nada había valido su palabra. El mazazo del juez había decretado la inocencia del asesino de Giada y él había vuelto a casa, cabizbajo, con el corazón hecho pedazos y sangrando, impotente y solo contra un sistema que lo había machacado. ¿Cómo iba a perdonar todo eso? Cuarenta años con una única idea acompañándolo día y noche. Una vida entera consagrada a esa idea. Había quien se encerraba en un monasterio y seguía a Dios con oraciones y ayunos, quien se entrenaba durante horas todos los días para una maratón, quien continuaba tocando escalas sobre el diapasón de un violín. Carlo Cappai en cambio esperaba, paciente, día tras día, gota continua y solemne, seguro de que el momento llegaría y le devolvería a Giada lo que se merecía. Toda su vida entre los legajos del archivo de un tribunal, en la oscuridad plagada de polvo, en la memoria histórica de las injusticias, debía servir para eso. Llegará, se dijo aquella noche, y le prometió a Giada, acariciando la frase en el muro, que era cuestión de tiempo, lo presentía. «Llegará el momento, Giada. Confía en mí.» Regresó mentalmente a Martellini. Por ahora en su camino estaba él. Aunque era poco más que un deber que

cumplir con simplicidad, frialdad, rapidez y decisión. Igual que con Flavio Zigon. Y con Muzii y Selvarelli muchos años antes.

«Adiós...», saludó en voz baja al ladrillo rojo marcado, luego se dirigió hacia su casa. Fue bajo las torres donde se le ocurrió la idea. Y era simple, fría, rápida y decidida, como el viento que serpenteaba entre los pórticos y la plaza. Se caló el gorro de lana y apretó el paso hacia la estación.

Jueves, 22 de febrero

—¿Qué quieres que te diga? Pásaselos al capitán Ossola —me sugiere Wikipedia—, que no es que puedas ir por ahí metiéndote en medio de gente que trafica, que roba y que dispara.

Tiene razón, no es una película, debo dirigirme a las autoridades competentes, como suele decirse. Es decir, acudir a los carabineros y decir: «Tengo dos nombres interesantes, de gente que trafica, con la que Flavio Zigon estaba vinculado. ¿Que cómo los he obtenido? Pues robando, o más bien, haciendo que un amigo mío con antecedentes penales robara unos pasaportes nigerianos para así conseguir el chivatazo de una prostituta.» Exacto. Me he jugado el pellejo con tal de obtener esos dos nombres, y ahora me parece injusto ponérselos en bandeja de plata al capitán Ossola. Puedo dar algún que otro paso más por mi cuenta, con calma y tranquilidad. Giacomo Grifoni con el restaurante y Andrea Ferrari con la gestoría. Me siento ante el escritorio y me pongo a pensar. ¿Qué hago? Voy allí y le suelto: «Buenas, ¿conoce a Flavio Zigon?» O peor: «Buenas, sé que trafica a lo grande. ¿Por casualidad disparó o mandó disparar a Flavio Zigon?» Luego se me viene a la cabeza el padre de Flavio, el que es hincha del Hellas Verona. Busco entre mis notas, doy con el nombre.

No sé cuánto gana un asesor fiscal. A juzgar por el despacho de Andrea Ferrari, puedo imaginarme que trata con grandes empresas

internacionales, debe de llevarles las cuentas a Apple y Amazon. Ya sólo la entrada tendrá unos ciento ochenta metros cuadrados, las paredes de cristal y cuadros de arte contemporáneo, impresiona. En la recepción hay tres secretarias, nada de una, y parecen modelos, un poco cascadas por la edad, pero modelos en cualquier caso. Pregunto por Andrea Ferrari.

—¿Tiene cita? —me responde la de pelo negro y corto.

—Es un asunto... de familia —le susurro.

No se inmuta.

—¿Usted es?

—El señor Piccoli.

La mujer levanta el teléfono y habla con alguien en voz baja. Luego cuelga el auricular.

—Siéntese ahí, el señor Ferrari estará con usted en cuanto le sea posible. ¿Le apetece algo? ¿Un café?

Voy a sentarme en el saloncito. Tres sofás y dos butacas de piel blanca, un televisor de 56 pulgadas que emite videoclips musicales a un volumen bajísimo. Sobre la mesita de cristal hay varias revistas. *Bentley*, *Classic Watch*, *Hierro 5*. Cojo la de golf. Papel satinado, fotos bonitas, artículos inútiles. «Jugar en un club de Marbella es como poner una pica en un Phoenix», afirmaba el corresponsal enviado. ¿Qué coño es un Phoenix?, me pregunto, aunque en realidad debería saberlo, es sólo que en mi breve e inútil carrera en las páginas de deportes nunca me he ocupado del golf. Y paso a *Bentley,* revista dedicada única y exclusivamente a los propietarios del lujoso automóvil. Los artículos van desde consejos de inversión en los Emiratos hasta qué tallistas contactar tras la adquisición de diamantes en bruto, pasando por la dirección de un buen laquista de

muebles en París. Urgencias que no conciernen a mi existencia. *Classic Watch* por su parte habla de los relojes más sofisticados del mundo. Aprendo con cierto desaliento que un Vacheron Constantin puede llegar a costar doscientos cuarenta mil euros en subasta. Es decir, hay alguien que lleva mi piso en la muñeca.

Andrea Ferrari les lleva las cuentas a Granarolo y a la Conad, y hasta a la FIAT, creo yo. Bueno, a la FIAT no, que no es italiana desde hace mucho.

O es el polvo blanco.

En la media hora de espera no entra ningún cliente. Trato de aplacar los nervios y detener el sudor que me baja de las axilas. Debe encontrarme sereno y relajado, como si lo que he venido a hacer no fuera para mí más que un mero trámite cotidiano. Si la cosa se pone fea, ya encontraré una escapatoria. Las secretarias lo único que hacen es responder a los teléfonos y, si nuestras miradas se cruzan, me sonríen y siguen trabajando. Me arrepiento de haber rechazado el café, ahora me parece un poco maleducado ir a la morena y exigírselo. De una habitación sale un tipo de mi edad, elegantísimo, coge un folio de la recepción y vuelve al despacho. Por fin se abre la doble puerta de cristal y viene a mi encuentro un hombre que ronda los cuarenta. Bajo, rapado al cero, debajo de la chaqueta de lana fría viste una camiseta negra. Me sonríe y me tiende la mano. Lleva pulseras en la muñeca.

—Disculpe por la espera, soy Andrea Ferrari.

Me levanto del silloncito.

—Giorgio Piccoli. —Respondo estrechándosela.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Piccoli?

—Se trata de... —Disfrazo el nerviosismo de vergüenza. Sé que me la juego, debo observar bien sus ojos y detectar cualquier reacción, un poco como hacen los jugadores de póker. De golpe respondo—: Vengo de parte de Roberto Zigon.

Un mínimo destello atraviesa los ojos negros y redondos de Ferrari, los hace bizquear levemente. Ha habido una reacción.

—¿Roberto Zigon? —finge no recordar.

Yo bajo la voz.

—El padre de Flavio —le digo.

Él asiente y me toca el brazo.

—Pase, Giorgio. —Y me conduce hacia el pasillo. Al pasar por delante de la recepción, chasquea los dedos—. Estoy reunido, nada de llamadas durante al menos diez minutos.

Andrea Ferrari piensa por lo tanto que se ventilará el asunto en diez minutos. No es mucho, pero tampoco es poquísimo. Compruebo el bolsillo interno de la cazadora de piel Armani, la única prenda elegante de la que he sido dueño en toda mi vida. El móvil con la grabadora encendida está en su sitio.

Estoy en el ajo. Siento una extraña frialdad con la que no creía contar. Me observo desde fuera. No soy yo el hombre que entra en el despacho de Andrea Ferrari, con las paredes de cristal, el escritorio de marquetería de anticuario, el salón adamascado, no soy yo el que camina sobre las alfombras persas y observa un cuadro antiguo de una natividad. Es otro quien actúa con mi voz y mi cuerpo.

Con un gesto Ferrari me invita a sentarme en la Thonet frente al escritorio. Él toma asiento y pulsando un botón opaca las paredes de

cristal, un efecto espectacular, como si doscientas personas se hubiesen puesto a vahear sobre el vidrio todas a la vez.

—Veamos —me dice—, ¿qué ocurre?

—Roberto Zigon, el padre de Flavio...

Asiente serio espirando por la nariz. Tengo toda su atención.

—Sí, algo terrible.

—Lo está pasando mal, señor Ferrari. —Repito el nombre para la grabación.

—Pero ¿qué puedo hacer yo por él?

Nos miramos durante unos segundos. Es un duelo, debo callar y cederle a él la palabra.

—Señor Piccoli, yo apenas conocía a Flavio...

—No diga eso, señor Ferrari, estoy al corriente. —Y enmudezco de nuevo. Él se muerde un poco el labio.

—¿Cuánto? —pregunta yendo directamente al grano.

—Tiene deudas con muchas personas, y ahora que Flavio no está...

—¿Dos mil? —propone.

—En realidad Roberto Zigon querría proponerle otra cosa.

Adopta una actitud de escucha entrelazando las manos, que tiene apoyadas sobre el bonito escritorio.

—Hay un sobrino, está en Verona. Él haría que viniera a la ciudad.

—¿Para hacer qué?

—Lo que hacía Flavio.

—Para mí que Flavio y su padre hacía tiempo que no se hablaban.

Permanezco a la espera. Una gota de sudor me baja por la espalda.

—Porque Flavio llevaba una buena temporada sin hacer absolutamente nada para mí —añade.

—Él me...

—Óigame bien, Piccoli, si ése es su apellido de verdad. ¿Sabe lo que pienso? Que usted al padre de Flavio ni lo conoce, y que ha venido aquí por otro motivo.

Una mano helada me aprieta los huevos. En ese momento me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

—Dígame si me equivoco.

—Se equivoca. Desde luego que lo conozco. El sobrino soy yo.

—Ah, ¿y entonces a qué vienen todos estos rodeos? ¿Quieres trabajar conmigo? —Ha empezado a tutearme.

—Soy bueno —le digo.

—¿Cuánto?

—Puedes leerlo en mi certificado de penales. Limpio e inmaculado.

—Soy asesor fiscal, doy por hecho que tienes el certificado de penales limpio, faltaría más. Escúchame, Flavio era amigo mío, mantenía a su padre, lo sé. Para mí hacía trapicheos de poca monta, pero lo conocía del instituto, me sabía mal echarlo. ¿Quieres hacer su trabajo?

—En realidad mi tío me ha dicho otra cosa.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nieve —siseo casi en voz baja.

—¿Nieve? —repite frunciendo el ceño—. ¿Qué nieve?

—La que vendes.

Se echa a reír.

—¡Ay, amigo! Creo que te has salido de pista, por no cambiar de tema. ¿De qué nieve me hablas? Tu tío está agilipollado. Pero por favor. —Se levanta—. Mira, si quieres un trabajo, puedo encontrártelo; ahora perdóname, que tengo cosas que hacer. —Pulsa de nuevo el botón y las paredes se vuelven transparentes, muestran una parte de la recepción—. Llámame si te sigue haciendo falta, y recuerdos a tu tío. —Abre la puerta y me invita a salir.

Me despido de las secretarias con un gesto y al cabo de un minuto ya estoy en la calle.

No he sacado nada en claro. Me siento realmente inútil, luego lo pienso otra vez. No ha sido inútil. El apellido de Zigon me ha abierto puertas, Ferrari me ha escuchado con atención. No se ha fiado, es evidente, pero que Flavio y él esconden más de lo que el asesor dice es un hecho. Aunque eso no lo he grabado, las sensaciones, las emociones y las intenciones no tienen sonido, pero voy por buen camino.

Una vez acabado el artículo sobre las estadísticas de robos de coches en la ciudad y cuáles son los modelos favoritos de los ladrones, un copia y pega de internet poco laborioso, me pongo a urdir un plan para hacerle una visita a Giacomo Grifoni en su restaurante, L'Oliva. Ninguna táctica me parece a la altura. No es cuestión de preguntarle a Wikipedia, ni mucho menos al compañero de economía, y a la Cabrona ni me lo planteo. Ya me ha tocado bien los cojones, pretende que escriba una página sobre el homicidio de Zigon y le he contestado que necesito tiempo, una procrastinación

consentida gracias al corte que le pegué hace unos días. Pero la inmunidad no puede durar mucho más, tengo que obtener algún resultado. He decidido ir esta misma tarde, presentarme ante Giacomo Grifoni sin demasiados rodeos. Emplearé la misma artimaña, la del padre de Zigon, con la esperanza de que el asesor no le haya ido ya con el cuento al hostelero. Como táctica, es débil, pero ya he descartado las demás, como por ejemplo la de hacerme pasar por un camarero que busca trabajo o un proveedor de vete tú a saber qué famoso vino que se pasea por los restaurantes para promocionar el producto.

—Nada de andarse por las ramas —dice Wikipedia, pero no se dirige a mí, está hablando con el compañero de economía—. Sin rodeos, Ugo. ¿Que caen las acciones? Pues eso debes escribir.

—Pero ¿no sabes que es también nuestro patrocinador? ¿Que pone pasta en el periódico?

—Tu deber es dar la noticia, Ugo —insiste Wikipedia—. Luego, si no te la publican, es problema suyo, joder, pero tú has hecho lo que tenías que hacer.

Tiene razón. Antes de cualquier movimiento, debo preparar el artículo, guardarlo en el ordenador listo para publicarlo, por si *a posteriori* resultara cierto. O, en mi caso, más bien premonitorio.

Antetítulo: *Giro en el homicidio de la laguna*. Título: *¿Ajuste de cuentas?*

> G. G., hostelero, y A. F., conocido asesor fiscal de la ciudad en cuestión, han sido detenidos esta mañana/tarde/noche por los carabineros como sospechosos de haber participado en el homicidio/homicidio premeditado/por haber ordenado

el homicidio de Flavio Zigon, hallado muerto en su automóvil con dos disparos de pistola en el que ya ha pasado a denominarse crimen de la laguna. Los dos acusados dirigían una red de tráfico de heroína/cocaína/sustancias estupefacientes en las altas esferas. Flavio Zigon era uno de sus hombres. Si la pista que siguen los investigadores es la correcta, se perfila precisamente un ajuste de cuentas entre el presunto traficante, Zigon, y los inductores del crimen, G. y F. Quedan por esclarecerse los motivos que han conducido a la acción. Zigon, recordémoslo, ya había estado implicado en el homicidio de su mujer, Laura Faruk (*añadir los detalles del homicidio*), y había sido exculpado en segunda instancia. Sin trabajo ni patrimonio, Flavio Zigon mantenía a su padre gracias a los ingresos procedentes del tráfico de drogas. Lubabah Ebere, la joven nigeriana que estaba con él en el vehículo en el momento del atroz asesinato, ha prestado una declaración en el cuartel que daría por sentada (*condicional de rumor*) la implicación de la víctima en los círculos del tráfico de drogas. (*Cerrar con firma*.)

Más o menos está listo, la Cabrona ya puede estar contenta, seguramente sea el primero en entregar el encargo.

La veo entrar de nuevo por la puerta de las escaleras. Trae los ojos rojos. ¿Habrá llorado? Ha ido a ver al director, seguro, porque para irse coge el ascensor, así que no viene de la calle, sino de la planta de arriba. Se sienta ante el escritorio y se seca los ojos con un pañuelo de papel. Mira su ordenador, luego por la ventana.

Parece que quiera atusarse el pelo. Se suena la nariz con otro kleenex.

Esta mujer está mal. Me levanto, despacio y en silencio. Dejo mi puesto, llego rápidamente al ascensor. No sé, pero me da la impresión de que si ahora mismo voy a hablar con ella la estaré forzando de algún modo. Prefiero concentrarme en el restaurante L'Oliva, que está cerca del parque de la Montagnola; voy caminando.

Llego a las siete. Me esperaba un local totalmente distinto, cristal y cemento, ladrillo visto, a medio camino entre un *loft* neoyorquino y un taller mecánico de Faenza. No obstante, tras las tres cristaleras que dan a la calle hay una *trattoria* sacada de los años cincuenta, con todas las sillas idénticas, las paredes revestidas hasta la mitad con un zócalo de listones de madera clara, cuadros feísimos un poco ennegrecidos por el humo y el vapor, como el color amarillento de las paredes, apliques de tela y una estufa de leña en el centro de la sala. Manteles de cuadros, menaje sencillo y casi de andar por casa, los postres bien expuestos sobre un carrito con una tapa de plexiglás y el olor a ragú dan hambre. Un camarero entrado en años viene a mi encuentro. Viste una chaqueta negra con las solapas gastadas y una pajarita burdeos sobre la camisa blanca.

—Todavía estamos cerrados —me dice sonriendo.

—Lo sé, lo sé. Busco a Giacomo.

—Ah, el jefe todavía no está, llega sobre las 8.00-8.30. ¿Le doy algún recado?

—No, gracias. Luego vuelvo. —Acto seguido no puedo evitar preguntarle—: ¿Hoy qué me recomienda?

—Los *tortelli* con caldo, el *risotto* de rana o las *tagliatelle* de primero. De segundo, la galantina de pollo o los escalopines a la petroniana, y hoy además tenemos *friggione*.

¿Cuánto hace que no lo como? Años. Con gusto me sentaría a degustar un plato, pero en vez de eso salgo del local con un exceso de salivación.

El *friggione*.

Me lo preparaba mi abuela. Tardaba un día entero y le añadía salchicha. Algunas veces también pimientos, pero porque mi abuelo era de San Colombano y no ponérselos para él equivalía a un delito de alta traición. Siempre lo hacía los domingos, yo tenía siete años y jugaba con mis primos.

Stop.

Vuelvo al presente. Debo esperar al jefe. Doy una vuelta para mirar escaparates y me espanto por el precio de un par de zapatos. ¿De verdad se pueden desembolsar doscientos ochenta euros por unos mocasines? ¿Ciento noventa y cinco por un par de pantalones? ¿Cuatrocientos ochenta por una chaqueta sin forro y mil trescientos por un abrigo? Entro en el bar que hay enfrente del restaurante y me apoyo en la barra. Tomo un café, miro el móvil, intento un intercambio intenso de miradas con una mujer morena que me mira como si fuera un charco de vómito, pido un segundo café, me fijo en el letrero del restaurante, el reloj encima de la entrada, una niña que protesta a su madre, dos adolescentes sentados en la mesita jugando con el móvil, en el mío no hay mensajes, observo un precioso perro muy peludo, alto y flaquísimo, de la correa de un chico con gafas, dos coches de los carabineros se detienen delante de L'Oliva. Salgo corriendo y dejo un billete de cinco euros. Veo a los

militares entrar en el restaurante. Me acerco, pensando que podría pasar por un curioso cualquiera. En ésas los carabineros salen escoltando a un hombre entrado en carnes y con la cara roja que niega con la cabeza. El camarero con el que he hablado está en la puerta. Intercambiamos una mirada, se encoge de hombros. Un cabo le agacha al detenido la cabeza y lo hace entrar en el automóvil, se marchan sin sirena, tan calladamente como han llegado. Me quedo en la acera junto a una pareja, ellos también se han parado a recrearse en la escena.

—¿Y ahora? —le pregunto al camarero.

—Me da a mí que hoy no podrá ver al jefe —me responde.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Pues... no lo sé... Esperemos que nada grave. —Y entra de nuevo en el local.

Lo sigo. Cuando abro la puerta de par en par, el camarero está preparando una mesa.

—Oiga, ¿qué ocurre? Soy familiar de Giacomo —me invento.

Me mira.

—¿Es usted el primo de Ferrara?

Puede ser una trampa.

—No —le respondo.

El camarero sonríe. He acertado.

—Soy Giorgio, Giorgio Piccoli. Mi madre es su tía.

Asiente.

—Pues, Giorgio, no sé qué ha pasado —me revela, sincero.

—Pero ¿ha oído lo que han dicho los carabineros?

Niega con la cabeza.

—¿Por casualidad ha oído el apellido Zigon? ¿Flavio Zigon?

Se queda pensando.

—Sí, ¡creo que sí!

—¡Gracias! —En un pispás estoy fuera del local.

Hago una llamada desde la calle, debo estar seguro de qué está ocurriendo.

—Asesoría Ferrari y asociados. —Es la voz débil y lejana de una secretaria.

—Soy Giorgio Piccoli, ya he estado ahí, ¿lo recuerda? Ha habido un problema, tengo que hablar urgentemente con Andrea...

La secretaria suelta el teléfono, la oigo hablar con alguien.

—No, lo siento...

—Es urgente. Dígame, ¿han estado ya ahí?

—¿Quiénes?

—Los carabineros.

—Ay, Dios mío... —dice con un hilo de voz. La oigo llorar—. No puedo decírselo...

Cuelgo.

Corro a la redacción. El artículo está listo, cambio lo poco que hay que cambiar y se lo entrego a la Cabrona. Sus ojos ahora están secos y son penetrantes, ni rastro del descalabro emocional de hace unas horas.

—Tome, en primicia, ¡confíe en mí!

Lo lee rápidamente.

—¿Está seguro de esto?

—Al cien por cien —le suelto. En realidad, muchos detalles no son exactos, pero no importa. Esta vez he llegado yo primero—. ¿Estamos todavía a tiempo? —le pregunto.

—¡Últimos segundos! —Me mira y sus ojos ahora sonríen. Levanta el teléfono—. Hola, ¿Luca? ¡Ven ahora mismo! Reabre sucesos —ordena.

Con una acción de pinza, la esfera está en el centrocampista, que supera a un adversario, sirve al ala en el área de penalti, que detiene el balón, amaga un regate a la derecha, vuelve a la izquierda, deja escapar un tiro zurdo que va a besar la escuadra y... ¡gol! ¡Andretti dos, Cabrona uno! El público exulta, el interior va a saludar a los hinchas del fondo y recibe el abrazo de sus compañeros. Doblete del interior. El conjunto de la Cabrona lo tendrá difícil para remontar ahora que el equipo de Andretti ha encontrado, de nuevo, cierta fe en el juego colectivo.

Viernes, 23 de febrero

Al día siguiente, los cuatro periodistas de siempre y yo estamos sentados en el saloncito del cuartel, acabamos de escuchar al capitán Ossola; Salvo Parodi se me acerca y me sonríe.

—Enhorabuena —me dice—, has aprendido. Has salido el primero. Por cierto, el capitán quiere hablar contigo.

Siento que el corazón me late fuerte en el pecho. ¿Qué querrá? Seguro que no sacar los trapos sucios de nuestro anterior encuentro.

—Señor Andretti.

Pero ¿cómo hacen los carabineros para estar siempre derechos? Hasta sentados, ¿cómo mantienen el tronco tan recto? ¿No les

duelen los dorsales? Tal vez lleven un corsé con ballenas debajo de la chaqueta. El capitán está en su despacho, a mi espalda se ha situado un subteniente de unos cuarenta años. Los ojos del capitán son claros e inteligentes, de los que te leen el pensamiento, el pelo rojizo y la cara cubierta de efélides.

—Dígame, ¿cómo consiguió hacerse con las noticias sobre Ferrari y Grifoni?

Mentir no sirve de nada. Simplifico un poco la historia, sin mencionar el nombre de Jamila. Mientras hablo, Ossola no me quita ojo. Para no perder el hilo tengo que concentrarme y pensar en otra cosa, por ejemplo, ¿me está mirando directamente a los ojos o a un punto en la frente? ¿Qué es?, ¿una técnica de intimidación psicológica? ¿La estudian en la academia militar?

—¿Qué más sabe? —me pregunta, interrumpiendo mi relato de visitas nocturnas a los bulevares.

—Nada, capitán. Lo que le he contado. He intentado sonsacarle información a Ferrari, en la asesoría, sin éxito. Es más... —digo y me meto la mano en el bolsillo para sacar el móvil—. Si quiere, aquí tengo la grabación de la conversación que mantuvimos. —Dejo el móvil en el escritorio.

Ossola hace una mueca y mira al subteniente que está a mi espalda.

—Entonces, explíqueme. ¿Ha ido usted con un nombre falso en busca de Ferrari para intentar hacerlo hablar?

—Sí... —respondo inseguro.

—No, Andretti. —Se levanta de la silla—. ¡No! Usted no puede hacer eso. No es policía, no es carabinero, ni mucho menos un detective privado. Usted es periodista y si pretende hacerle

preguntas a alguien debe hacerlo a la luz del día, como corresponsal de un periódico, no como un... ¡como un infiltrado! —Ha llegado hasta la ventana. Mira fuera dándome la espalda—. Es delito, ¿lo sabe?

—Yo sólo quería...

—Es nuestro trabajo. Piénselo, imagine el jaleo que se armaría si cada ciudadano se pusiera a investigar por su cuenta. Por ejemplo, hemos tenido la suerte de que usted haya espabilado tan tarde, de lo contrario habría puesto sobre aviso a los sospechosos, podría haber mandado al garete nuestra investigación. ¿En eso no ha pensado?

—No.

—Pues, ahora que lo sabe, piénselo. —Se da la vuelta y, sin mover las manos de detrás de la espalda, regresa al escritorio. Las apoya en el respaldo de la silla—. Demos por cerrado el incidente y quítese de en medio. No meta más las narices en asuntos que no le incumben.

—Yo sólo trataba de ser útil.

—Usted es útil si se queda en su lugar, haciendo su trabajo.

Toma asiento de nuevo. Percibo la presencia a mi espalda del subteniente, que hasta ese momento ha permanecido en silencio. El mensaje es claro, debo marcharme, y mejor si es corriendo. Recojo el móvil.

—Llegados a este punto, capitán, ¿de verdad no quiere oír la grabación?

Ossola levanta la vista de los documentos, me mira unos segundos y vuelve a concentrarse en los papeles. Salgo sin

despedirme escoltado por el subteniente, que, una vez en el pasillo, me dice:

—¡Andretti! ¡Ni una gilipollez más!

No me queda más remedio que ceñirme a lo que se diga en el juicio, si es que lo hay, y a las noticias que los militares tengan a bien prodigarme durante las miserables ruedas de prensa.

—¿Qué voy a saber yo si habrá o no juicio? —me dice Parodi, con quien me topo fuera del cuartel—. Además, en caso de que se vaya a juicio, pasará no poco tiempo... Ahora depende de tu periódico mantener viva la noticia o pasar a otra cosa. Cuenta con que para la opinión pública esos dos son culpables. La única noticia que podría darse, en caso de que se celebre el juicio, sería su posible exculpación, con la consiguiente reapertura del caso.

—¿Quieres decir que Ossola se conformará con eso? ¿Que no pedirá una prórroga de la investigación? —le pregunto mientras se enciende un cigarrillo.

—No lo sé. Conociéndolo, no creo. ¿Quién sabe? ¡Cuídate, Andretti!

¡Sí que lo sabes!, pienso, tú que tienes contactos en el cuerpo. Te haces el longuis, pero lo sabes, viejo zorro. Me toca esperar y prepararme para el enésimo adelantamiento de Parodi, con el consiguiente rapapolvo de la Cabrona.

Lunes, 26 de febrero

Adelantamiento que ha tenido lugar hoy, cuatro días más tarde. Se han retirado las acusaciones contra los dos profesionales, noticia de

la que nos enteramos por el periódico de Parodi. Ya me esperaba que ese viejo zorro se anticipara, la rueda de prensa en la fiscalía estaba convocada a las diez de la mañana, a las ocho y media la Cabrona me lanza un ejemplar del *Resto* encima del escritorio. «Griffoni y Ferrari, inocentes», reza el titular. Parodi se ha enterado de la novedad antes que nuestras rotativas.

—¡No hace falta que le diga que esto significa unos cuantos miles de ejemplares más para ellos y menos para nosotros!

Me muerdo el labio y aprieto los puños, me gustaría pegarle un puñetazo a ese comemierda de Parodi. Wikipedia sonríe mirando la pantalla.

—¿Y por qué, me pregunto, por qué siempre vamos un paso por detrás? —añade la Cabrona.

—Se lo explico ahora mismo —le respondo—. Porque yo no llevo ni dos semanas en sucesos, porque Parodi los conoce a todos y tiene contactos y yo ni lo uno ni lo otro, porque por hacer por adelantarme con un artículo he arriesgado el pellejo y una denuncia del capitán Ossola, porque yo antes estaba en deportes y, que quede entre nosotros, ¡lo prefería!

—Andretti, no se me ponga trágico. ¿Quiere saber lo que es un problema? Pues yo se lo explico. Ser redactora jefa y ganar menos que tus compañeros hombres, por ejemplo. O saber que de ti se espera el doble y se te reconoce la mitad, que tienes el doble de responsabilidades, que pagas también por los errores de tus compañeros. Hombres, claro está. Un problema es tener que aguantar siempre las bromitas de los hombres sobre el culo de ésta o las tetas de aquélla, tener que hacer las mismas cosas que Fred Astaire pero hacia atrás y con tacones, ¡y sabiendo que de ti no

hablarán nunca! Saber que eres cien veces mejor que tus superiores, pero tener que decir «sí, bwana» hasta a las cagadas más horribles que se te ocurran. Ésos pueden ser algunos de los problemas, Andretti. —Me mira fijamente, sin resuello. Los ojos se le han encendido con una luz nueva—. ¿Cree que me divierto siendo así de cabrona con usted? No. Pero tengo que hacerlo, Andretti, eso es lo que quieren de mí: que me transforme en una especie de macho alfa cabrón y arribista. ¿Me gusta? No, me da asco. Pero, como dice el viejo refrán, dame pan y dime tonto.

El gol estaba en el aire. Por desgracia la defensa estaba distraída y, sorprendida fuera de su posición por un largo pase en profundidad del carrilero, no ha logrado superar el arranque del falso nueve que, con un globo con peso de plomo, ha metido el balón a espaldas del portero, adelantado tras una imprudente salida. Cabrona dos, Andretti dos. Y tal vez podríamos decretar el fin de las hostilidades.

—Lo... lo siento. Nunca lo había visto desde esa óptica.

—Normal. Ahora, por favor se lo pido, dado que el director no está contento, ni muchísimo menos, vaya a la rueda de prensa. A lo mejor consigue entregarme un artículo publicable antes de mediodía. Le estaría muy agradecida.

Anna había vuelto, vestía el mismo jersey, los vaqueros y un par de zapatos con el logo brillante. Llevaba unos minutos hablando, pero él no la escuchaba. El tema era la familia, la de proveniencia y la que uno pretende formar con su pareja, y luego los niños, la casa y el futuro.

—Pero no he conseguido tener hijos, señor Cappai. Y me da pena, porque me habría gustado.

—¿Usted cree? —le preguntó Carlo.

—Pienso que sí. —Dio un sorbo al té—. Pero las cosas han salido así. ¿Usted no se lo ha planteado nunca?

—¿El qué? ¿Tener hijos?

—Sí.

Carlo no necesitaba reflexionar al respecto.

—No. Ya ve, yo nunca me he planteado tener hijos ni una familia.

—¿Ni siquiera con alguna novia? —Nada más lanzar la pregunta, enrojeció y bajó la vista.

¿Qué novia?, le habría gustado responderle. Nunca había tenido ninguna, con la excepción de un coqueteo en la época del examen de Derecho procesal. Costanza, se llamaba. Era guapa, le gustaba hablar con ella, pero no había conseguido

llegar a nada más. ¿Giada? Giada era otra historia, describirla como una relación de pareja se quedaba corto. Por la noche, cuando los demás estudiantes salían, él se retiraba a su cuarto, en el piso que estaba obligado a compartir con su padre y su madre durante aquellas cenas largas y silenciosas en las que los únicos ruidos que se oían provenían del goteo del caldo en el plato o del cuello de la botella contra el borde del vaso. De no ser por las voces del telediario o las sintonías de los programas se habría podido pensar que era una casa de sordomudos. No fue hasta después del juicio cuando Carlo empezó a comer solo en la cocina con Lillina, prefiriendo la compañía de la vieja criada a la de sus padres. «Papá te quiere en la mesa», le decía su madre, mensajera de paz. Él ni siquiera respondía. «Papá quiere saber por qué comes en la cocina.» «Papá pregunta si vas a decidirte a comportarte como Dios manda», y la respuesta era sólo el silencio de su hijo. Hasta que acabó la carrera. «Te he mantenido porque era mi deber darte la posibilidad de estudiar, es la obligación de un padre. Mi misión acaba aquí. Te quedarás en esta casa, pero deberás pensar en ti mismo y en cómo mantenerte.» Se lo dijo el día que volvió de la universidad, sin que nadie asistiera a su defensa de la tesis. «No te echo de casa, pero procúrate la comida y el dinero para tus gastos

extra.» Carlo, de pie en el pasillo, no respondió, esperó a que su padre acabara el discursito educativo, se encogió de hombros y volvió a su cuarto. Tardó media hora en hacer la maleta. Entró en la cocina, donde su madre estaba preparando la lasaña con Lillina. Dejó unos billetes en la mesa, nadie había sospechado nunca que trabajaba en un pub del centro por las noches.

—Este dinero es por la ropa que llevo puesta y la maleta que tengo en la mano. Dejo también las llaves de casa.

Se marchó mientras su madre miraba aquellos billetes de diez mil liras apilados junto a los platos y la harina.

—¿Adónde vas? —le gritó saliendo al pasillo mientras Carlo se ponía el abrigo—. ¡Nadie te ha echado de casa, Carlo!

—Exacto. Soy yo quien se va. Hasta nunca, mamá.

Trató de detenerlo, pero el chico se apresuró a enfilar la puerta y abandonar el piso.

—¿Novia? —preguntó a Anna—. Sólo he tenido una, ¿sabe? Y nunca conseguimos ir más allá de las acostumbradas formalidades. En cambio usted se ha casado, ha llegado mucho más lejos que yo.

—¿Nunca le ha pesado esta soledad?

Carlo miró a su alrededor. El salón, las butacas de terciopelo, la lámpara de techo con sólo tres bombillas funcionando, el péndulo detenido desde siempre.

—Para odiar la soledad, tendría que haber probado la compañía —respondió—. Estoy solo, desde siempre. Nunca he sabido lo que significa volver a casa y charlar un rato con tu mujer. Nunca. Y creo que ahora ya es tarde para planteármelo. Usted, Anna, es una mujer muy guapa, tiene ganas de vivir, corríjame si me equivoco.

—No me...

—No debe sentirse culpable. Es un deseo común y muy positivo, en mi opinión. Yo nunca he tenido ganas de vivir, de estar en compañía, el mero hecho de ir al cine me deja contracturado y resentido, casi lo considero una ofensa.

Anna sonrió.

—Yo también estoy sola, ¿qué se cree? Pero sí, tiene razón, estoy cansada de estarlo. La compañía de los libros, de alguna que otra amiga por teléfono, no son buenos remedios. Paliativos, eso es lo que son.

—A los veinticuatro años me fui de casa. Al acabar la universidad. Viví primero en una pensión de mala muerte cerca de la estación, luego en un

piso con dos estudiantes de Arte. Preparaba las oposiciones a juez, porque a eso me quería dedicar...

—¿Como su padre?

—No. Como un juez de verdad. Me las ingeniaba para sobrevivir. ¿Sabe? En esos años aprendí muchas cosas. Por ejemplo, ¿sabe usted cómo se hace para robar en un supermercado el artículo más caro, el que no podemos permitirnos?

Anna sonrió divertida.

—No, dígamelo.

—Dentro del carrito hay que ponerle encima las botellas de agua. Así cuando pasa por caja, nadie lo ve. ¿Sabe arrancar sin llave un automóvil?

—¡Si ni siquiera tengo carné de conducir!

Se echaron a reír.

—Aquellos años, para no pagar mucho de luz, en la rueda dentada del contador poníamos película fotográfica para bloquearlo. Y el teléfono lo teníamos enganchado al del vecino. También descubrí que, si cada tarde me daba una vuelta por los locales de la ciudad y hurgaba entre los cojines de los sofás y las sillas, me sacaba unas veinte mil liras en calderilla. He limpiado en un hospital, he servido en un bar, he estafado a algún vendedor, a alguna señora ricachona vestida con pieles. He robado bicicletas, ciclomotores, dos Alfa Romeo, he vendido hachís y

anfetaminas. Tiene gracia, ¿eh? Todo eso mientras preparaba las oposiciones a juez.

Y Anna reía.

—¿Y sus compañeros de piso?

Carlo se volvió y señaló un cuadro.

—Ése es de Gianluca. Me lo regaló hace ya muchos años. Un pintarrajo en su momento. Ahora vale más de treinta mil euros. Sí, él encontró el camino. En cambio, Massimiliano no, murió de sobredosis.

—Cuando escucho sus historias, me doy cuenta de que la vida que he llevado es bastante monótona y vacía.

—No lo crea, cambiaría mi vida por la suya ahora mismo.

Anna se acabó el té.

—Hay una cosa que me da una curiosidad, ¿podría sacarme de dudas?

—Si está en mi mano...

La mujer inspiró levemente, como para armarse de valor.

—¿Qué hay dentro de ese despacho? —Indicó la puerta cerrada con llave.

Carlo se volvió, aunque sabía de sobra a qué se refería.

—¿Ahí dentro?

—Sí.

Carlo bajó la voz.

—Su hermana le ha pedido que me lo pregunte, ¿verdad?

Anna no respondió.

—Es un secreto. No puedo desvelárselo, pero, créame, espero que un día lo acabe sabiendo, y ese día también entenderá por qué no puedo vivir con nadie, aparte de conmigo mismo.

Carlo compró un segundo móvil y lo localizó con el suyo descargando una de las numerosas aplicaciones a la venta. A las ocho y media de la tarde del jueves, con las calles ya oscuras desde hacía rato, llegó en autobús a la vivienda de Martellini. El coche estaba aparcado en el lugar de siempre, reservado para los vecinos de la comunidad y protegido de los bloques colindantes mediante un muro invadido por la hiedra. Hacía frío, un viento cortante los mantenía a todos encerrados en casa. Se agachó debajo del guardabarros trasero, encendió el móvil nuevo y se tumbó en el suelo. Lo pegó con cinta americana cerca del silenciador. Se levantó de nuevo y se limpió los pantalones. El hombro derecho le dolía por el esfuerzo, pero a estas alturas ya estaba acostumbrado. Como un reumatismo que le sobrevenía diez veces al día, apretaba los dientes y

esperaba a que pasara el dolor. Encendió su móvil y comprobó la señal. Un puntito verde señalaba la presencia del teléfono inteligente pegado debajo del automóvil. Tenía dos horas para llegar hasta el suyo, que había aparcado cerca de la estación. Fue en taxi. Subió a bordo con el móvil bien a la vista. En la pantalla el puntito verde estaba fijo, señal de que el Opel de Martellini seguía aparcado debajo de su casa. Desde el parabrisas tenía una perspectiva perfecta del portal por el que entraría para jugar al póker. Alrededor, bajo los pórticos, no había telecámaras. Al cabo de hora y media el puntito empezó a moverse, Martellini había salido de casa. Siguió todo el trayecto sobre el mapa. Lo vio girar en un cruce, coger via Palmiro Togliatti. En poco menos de quince minutos aparecería. Dobló por último en via Indipendenza. Carlo encendió el motor en cuando vio los faros del Opel a su espalda. Cuando el coche estuvo a cien metros de él, puso el intermitente para liberar el aparcamiento. El Opel de Martellini se detuvo y lo dejó salir. «Qué regalo, ¿eh?», dijo en voz baja mientras el otro, dando gracias al cielo por el golpe de suerte, aparcaba marcha atrás. Carlo sonrió, tenía todo el tiempo del mundo para buscar otro sitio, daba igual que estuviera lejos de la casa de los jugadores de póker, para luego regresar a pie con toda la calma.

Esperó un buen rato paseando por las calles aledañas a la estación, el único que lo paró fue un muchacho que pedía dinero, un yonqui, pensó. Observó los escaparates apagados, no encontraba nada interesante.

La una.

Todavía le quedaba una hora de tiempo que matar. Recordó que hacía años había un local abierto hasta bien entrada la noche que tenía dos máquinas de *pinball*. Quién sabe si todavía existe, se preguntó mientras se dirigía hacia allí. Estaba abierto, y allí estaban las máquinas, sólo que aquellos modelos eran mucho más luminosos y coloridos y daban la impresión de ser mucho más ruidosos que los de hacía treinta años. Detrás de la barra, un hombre de pelo blanco; en la caja, una señora de unos setenta, ocupada en resolver un crucigrama. «Un café...», pidió. Comprobó el localizador en el móvil, el Opel seguía aparcado. Un hombre jugaba compulsivamente al videopóker en el rincón que había cerca de la entrada. Compró también un bombón Bacio Perugina, que se comió después de beberse el café que sabía a moho. Pagó en la caja y cambió monedas para jugar. Los *pinballs* no sólo eran más coloridos, luminosos y ruidosos, sino también mucho más complejos. Puentes y hoyos, rampas de lanzamiento, tres bolitas a la vez, las dos

primeras partidas las jugó sólo para intentar comprender los objetivos. A la tercera, las cosas le fueron algo mejor, pero hasta la cuarta no consiguió entender del todo el juego. Siempre le había gustado el *pinball*, una mezcla de cálculo, suerte y precisión que se adquiere únicamente con un entrenamiento constante y obsesivo. Cuando era niño, los campeones de verdad eran adultos que jugaban fumando, de vez en cuando apoyaban el cigarrillo en un pequeño cenicero de lata atornillado sobre la superficie de juego. Cuando un campeón jugaba, los chiquillos no podían presenciarlo, debían quedarse lejos del armatoste y jamás apoyar en el cristal sus manazas cochambrosas de helado y caramelos. El campeón necesitaba espacio, aire y, sobre todo, concentración. De reojo, miraban el marcador desde lejos, con aquellos puntos que corrían más rápido que el contador de un distribuidor de gasolina. Los campeones nunca estaban satisfechos, aunque ganaran una bolita tras otra y lograran puntuaciones millonarias que ellos, a los diez años, soñaban conseguir. No se separaban de la máquina hasta al cabo de por lo menos media hora, se tomaban un licor de hierbas en la barra y se quedaban en la entrada del bar bebiendo, fumando y esperando no se sabe bien qué, mientras dejaban el campo libre a los pequeños, que se apiñaban de diez en diez

encima del *pinball*. Lo que Carlo detestaba era que se quedaran colgados. Cada *pinball* tenía su sensibilidad propia, como las personas. Algunos se bloqueaban con sólo rozarlos y perdías la partida; a otros ya podías maltratarlos a golpes de cadera que seguían funcionando igual, secundando tus empujones. Estos nuevos, en cambio, eran inamovibles, lo físico no contaba, sólo los botones, los dedos, la precisión del toque y la fuerza calibrada. Le habría gustado tener uno en casa, eran una compañía de la que jamás se habría aburrido. Echó varias partidas y salió del bar tras despedirse de la cajera, que le respondió con un bostezo. Volvió sobre sus pasos, ya faltaba poco para la cita. Tranquilo, relajado, con la respiración y los latidos a un ritmo constante, llegó hasta el Opel de Martellini, se agachó y despegó el teléfono móvil, luego lo apagó. Se lo metió en el bolsillo y cruzó la calle. Se apoyó en la última columna del pórtico. A las dos se abrió el portón. Salieron cuatro hombres, reconoció a Martellini con su anorak negro. Los cuatro se separaron. Uno de ellos siguió caminando con Martellini. «Mierda», murmuró. Los dos, juntos, se dirigían hacia él.

Casi le entraron ganas de gritar: ¡lárgate!

Como si hubiera escuchado su sugerencia, el acompañante de Martellini cruzó la calle y dejó solo a

su hombre. Con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, Martellini se encaminó hacia su coche aparcado, y hacia Carlo, que retrocedió dos pasos, para interponer entre ellos una esquina. Al cabo de un minuto lo vio doblar y en ese momento sí se acercó. Cuando se cruzó con él, rápido, preciso y frío, le introdujo la hoja del cuchillo bajo el corazón, empujando con todo el cuerpo. Martellini lo miró con los ojos desencajados, no entendía qué había ocurrido. Atacado por sorpresa, el dolor todavía no le había llegado al cerebro. Un instante y Carlo le propinó la segunda puñalada, de nuevo bajo el corazón, con la mano izquierda. Martellini se dobló levemente, parecía querer vomitar. Se llevó las manos a la altura de la herida. El tercer golpe lo asestó un poco más arriba y Martellini emitió un pequeño estertor. Las rodillas se le doblaron y cayó al suelo. Llegados a este punto, a Carlo le resultó fácil propinarle tres cuchilladas más para luego abandonarlo exánime sobre la acera. Recorrió de nuevo los soportales, giró la primera a la derecha, luego a la izquierda, una avenida que cruzó deprisa hasta llegar a su coche, en un callejón. Había sido preciso, había calculado la fuerza, la velocidad y la potencia. Nada había salido mal, salvo el dolor de siempre en el brazo derecho. Salió hacia Malalbergo, a media hora de camino. Se quitó los guantes y

encendió la radio. No distinguía la música, iba concentrado sólo en la provincial, larga y recta, esperando no tropezar con un control de carreteras. Pero era entre semana, no se veía ni un alma, si acaso alguna luz en el campo. A las tres de la mañana llegó a la aldea, giró en la explanada del parque municipal que había antes del puente, apagó el motor, cogió el cuchillo, saltó la valla de madera y se situó delante del canal della Botte. Miró a su alrededor. Ni un alma. Arrojó el arma al agua para que le hiciera compañía a la pistola que había lanzado unas semanas antes. Los guantes los quemaría en la chimenea.

Cuando llegó a casa eran las cuatro de la mañana. Encendió el fuego nada más entrar y arrojó los guantes de piel y el gorro de lana. No podía irse a dormir, el sueño lo había abandonado hacia la medianoche. Se decantó por una ducha de agua hirviendo, para quitarse de los huesos la humedad y el frío de la noche. Se puso crema en el brazo y lo envolvió en una bufanda de lana. Ese día renunciaría a la carrera de las siete.

Jueves, 1 de marzo

«Diría que trabajo no le falta», me dice Elena. Sí, no volveré a llamarla la Cabrona. No es que su actitud haya cambiado, pero ya no me parece apropiado. Elena, de apellido Barilli. No sé si es de casada o no, no me apetece ir preguntando por ahí, daría la impresión de que quiero cotillear o, peor, buscar información sobre ella porque le tengo echado el ojo. En cualquier caso, Elena coge el artículo. Lo lee poniéndose las gafitas celestes, con la cadenita de plástico del mismo color. Con esas gafas me recuerda a una profesora mía de Matemáticas. «Mmm», y hace ese gesto que odio, con el pulgar y el índice, como si se limpiara la barbilla desde los lados de la boca. Cuando tengamos más confianza, si es que llegamos a tenerla, tendré que decírselo.

—¿Se sabe algo más del tal Martellini?

—La policía lo describe como un tío tranquilo, de familia normal, trabajaba en un concesionario.

Se quita las gafas y me mira.

—¿Esta vez lleva el caso la policía?

—Llegaron antes. En la rueda de prensa el subjefe Mengacci ha revelado pocos detalles.

—¿Y qué hace un buen periodista de sucesos?

—¿Cuando los investigadores escatiman en detalles? Los busca por su cuenta.

—¿Y a qué espera?

—Ha muerto esta mañana, antes de que amaneciera, son las nueve y media y ya tengo listo el artículo, ¿me da un poco de tiempo?

—¿Tiempo para que lo malgaste aquí, delante de mi escritorio?

—Se me vienen a la cabeza otros veinte mil sitios en los que preferiría estar, señora jefa.

Me sonríe. Lo pillo. Ahora está jugando a hacerse la Cabrona.

—Y sólo hay uno al que yo querría mandarlo, Andretti. Que vaya bien la jornada. —Y me señala la puerta. Pero sigue sonriendo, y yo hago lo propio.

Otro cadáver, esta vez en mitad de la calle. Como ha dicho el subjefe de policía, el asesino estudió bien el lugar, porque en los alrededores no hay telecámaras. Probablemente una emboscada. Para tenderle a alguien una emboscada hay que odiarlo desde lo más hondo, creo yo.

Empiezo por Ribaudo, que es quien invita al grupo de amigos a jugar en su casa. Ya sé que no tendrá nada que contarme, y que esta visita será dar palos de ciego, pero al menos recojo un poco de material. ¿Para qué me sirve? ¿Para escribir otro artículo de relleno? ¿Para mantener este sueldo ridículo?

—¿Adónde vas? —me pregunta Filippo Lauretani, alias Wikipedia.

—A hacer unas cuantas preguntas sobre el muerto fresco del día.

Él se repanchinga en la silla.

—Te falta lo más básico. —Y me señala el ordenador—. ¿Por qué no haces una búsqueda? ¡Eso es lo primero!

Me quito el anorak y me siento en el escritorio. Tecleo el nombre: Daniele Martellini.

¡Me cago en la puta!

En internet hay páginas y páginas sobre el fulano. Hace poco fue exculpado del cargo de homicidio de sus padres. Hace meses aparecía en la sección local de sucesos.

—Te veo ocupado. ¿Has encontrado algo? —me pregunta Wikipedia desde su mesa, socarrón, sonriente.

—Ya lo creo... —le respondo sin apartar la vista de la pantalla.

Percibo su atención, así que acabo mirándolo.

—Presiento que el móvil está en ese proceso. Yo que tú iría a echar un vistazo.

Creo que a Wikipedia le gustaría trabajar en sucesos.

Reconoció al periodista a la primera. Hacía un tiempo ya había ido a consultar los papeles del proceso Faruk. Tenía cara de cansado, iba despeinado, parecía que guardaba la ropa en una caja de galletas.

—¿Quiere los papeles del proceso Faruk? —le preguntó—. Todavía no los han mandado a la hoguera.

—No —respondió el periodista—. Me gustaría consultar los expedientes del proceso Martellini Daniele.

Cappai sonrió.

—Sección R, estantería 1, balda 12, archivador 2 —repitió en voz alta mirando la hoja firmada que aquel hombre había dejado en el mostrador.

Sin añadir nada más, se perdió entre baldas y estanterías, en la oscuridad de los laberintos burocráticos. Fue a tiro fijo. Retiró todos los archivadores, seis, los depositó en el carrito y regresó hacia el mostrador.

—Aquí tiene. —Empezó a lanzarlos uno a uno sobre la superficie.

—Virgen santa... —dijo el periodista—. Mire, haga el favor, deme sólo el primer grado.

El archivista asintió, leyó las etiquetas, hizo la criba y dejó tres archivadores, los otros tres los devolvió al carrito.

—Gracias —dijo el hombre, y uno a uno se los llevó a la mesa de siempre—. ¿Éstos también van camino de la hoguera? —le preguntó. Carlo se encogió de hombros—. En fin, me llamo Walter Andretti.

—Carlo Cappai. —Y se estrecharon la mano.

El periodista regresó a la mesa.

Muy bien, Andretti, no era difícil llegar hasta ahí, pensó Carlo, que empezaba a admirar la perseverancia de aquel joven. Lo observó durante un rato mientras trabajaba, pasaba los folios, tomaba apuntes en el cuaderno. Lo conmovió aquel esmero. Le ponía toda la energía, ninguno de sus colegas se había presentado jamás en el archivo para recopilar información. Se limitaban a contar lo que los investigadores exponían en las ruedas de prensa o a transcribir los chivatazos de algún policía. Éste, en cambio, parecía haber escogido una forma distinta de abordar su trabajo. Admirable. Algo que tampoco es que fuera a llevarlo a ninguna parte, pensaba, pero por lo menos iba a buscar las fuentes de primera mano. Regresó a su mesita para leer en internet los artículos relacionados con el homicidio de Martellini. La viuda desconsolada, el cuerpo en el

hospital para la autopsia, los compañeros de trabajo estupefactos, los amigos del jueves por la noche enmudecidos. «Y pensar que nos separamos cinco minutos antes de la agresión», declaraba un tal Domenico Cerulli, que era quien lo había acompañado bajo el pórtico durante unos metros, pensó el archivista. «Daniele no tenía enemigos, era una persona normal, un buen amigo que se enfrentó a aquella desagradable historia hace ya algún tiempo, pero era inocente, ¡quedó demostrado!» Carlo cerró la página y sonrió al pensar en un proceso más que ya no volvería a llamar su atención. Alzó la vista, el abogado Lo Piparo lo esperaba en el mostrador.

Viernes, 2 de marzo

Es difícil encontrar una dirección en medio del campo. Carretera, canal, localidad... jamás una calle, el colmo de la precisión es el kilómetro, una vaga indicación de una persona que pasa, si tienes la potra de cruzarte con alguien. En cuanto salgo de la nacional le doy tres veces la vuelta al viaducto de Fosso Pantano, luego encuentro la casa al final de la última pista de tierra. Un chalecito decente, de piedra, no muy grande, con un jardín vallado por una malla metálica verde. El interfono oculto por las ramas de una glicinia y las telarañas.

—¿Sí? —me responde una voz femenina tras un minuto de espera.

—¿Puedo hablar con Luisa Martellini? Me llamo Walter Andretti... Soy periodista.

Tarda un poco en darme una respuesta.

—¿Televisión? —pregunta.

—No, prensa.

—Entre.

Cruzo la cancela. Me habría esperado un perro, pero debajo del porche descansan dos gatos tumbados junto a los sillones de mimbre. La mujer abre la puerta. Me la imaginaba vestida con una camisa de cuadros y vaqueros, vamos, con ropa de campo típica de Iowa, pero en vez de eso lleva una falda hasta la rodilla y un jersey color crema.

—Adelante, siéntese. —Me invita a entrar.

Un olor acre a leña quemada, la chimenea encendida no tira del todo bien. Ella se da cuenta.

—Cuando sopla el ostro, el humo vuelve a entrar por la chimenea... Venga conmigo. —Y me abre camino hasta el salón.

Bonito y sencillo, la butaca favorita de la dueña junto a la ventana, la mesita llena de revistas y diarios, me complace ver mi periódico entre el montón, un sofá de rayas y la chimenea crepitante. En las paredes, carteles de museos famosos. Una bonita librería abarca toda la habitación.

—Es por Daniele, ¿verdad?

—Sí... ¿le molesta si le hago unas cuantas preguntas?

—Ya ha estado aquí la policía —me dice mientras se sienta en su butaca—. Diría que soy la sospechosa número uno de su lista. —Su tono es jocoso; su rostro, de lo más serio.

—No me la veo pegándole cinco puñaladas a un hombre.

—¿Verdad? —Parece muy cansada.

El pensamiento se adueña de mi voz:

—No parece triste.

—No lo estoy. Daniele mató a mis padres, y los jueces no se enteraron de nada. Lo absolvieron. Pero tanto él como yo sabemos la verdad.

—Habla de sus padres como si... ¿Acaso no eran los mismos que los de Daniele?

—Claro que eran los mismos, pero mi hermano perdió el derecho a llamarlos así.

—¿Cómo es que está tan convencida de la culpabilidad de su hermano?

—Él y su mujer son dos personas ávidas, desvalijaron sin escrúpulos las cuentas de mis padres, no paraban nunca de pedirles dinero.

—Sin embargo, no había rastro.

Sonríe.

—Nada de cheques ni transferencias, señor Andretti. Nunca cometieron ese error. Mi madre me lo contaba. Al principio estaba preocupada, pensaba que Daniele había perdido el trabajo y no tenía el valor de confesarlo. Luego sospechó del juego, después, de la droga. Pero no era nada de eso, ¿sabe? Mi hermano y su mujer habían tomado a mis padres por un cajero automático. Recuerdo un domingo, estábamos comiendo en casa de mis padres, que habían tomado una decisión. «Cuando ya no estemos», nos dijeron, «hemos decidido dejarte la casa del campo a ti, Luisa. Y a Daniele, la de la ciudad».

—Es decir, ¿usted se quedó con esta casa?

—Y mi hermano con la del centro. Con una diferencia. Esta casa valdrá más o menos doscientos mil euros, la del centro ronda el millón.

—¿Y por qué esa disparidad?

—Él tiene familia, decían, tiene más gastos, a mí en el fondo siempre me ha gustado el campo. Así que acepté. Y me equivoqué. No por una cuestión de dinero, no. Me equivoqué porque al hacerlo le dejé el campo libre. Si yo hubiera insistido y hubiera dicho: «No, las dos casas a medias, mitad para mí y mitad para Daniele», ahora mismo mis padres todavía seguirían vivos. —Se mira las manos, juguetea con los anillos—. Yo siempre me he mantenido en un

segundo plano. En la vida, en la familia, yo era a la que nadie hacía caso. Daniele era el centro de atención.

Decido ir directo al grano.

—¿Quién cree usted que lo ha matado?

—Hace horas que me lo pregunto. No sabría darle una respuesta, pero creo que habría que buscar entre sus deudas. No paraba de acumularlas, y mi padre siempre estaba allí para tapar los agujeros. No sé si lo sabe. Ya había puesto en venta la casa.

—No... no lo sabía.

—Ahora el dinero lo disfrutará su mujer. Y su hijo, pero no importa. Si existe una justicia superior a la de los hombres, la tiene delante, señor Andretti.

No me he dado cuenta de que hay un reloj de péndulo en la casa, y en ese momento da la hora, un sonido suave y lejano, como de cuento.

—¿La ha llamado? Me refiero a su cuñada.

—No la llamo desde la muerte de mis padres. No creo que sea el momento de romper con esa costumbre.

—Me gustaría escribir sobre usted, si me lo permite.

—Si no, ¿por qué motivo lo habría dejado entrar? Yo era su acusadora, la que malgastó tres años de su vida para verlo entre rejas. Y jamás he albergado la menor duda sobre su culpabilidad. La última Navidad que pasamos juntos, ¿sabe qué le regaló a su hijo, a su hijo de seis años? Un iPad de más de mil euros. Pero me alegro mucho de que esté usted aquí.

Se levanta de la butaca. Desaparece del salón. Me quedo a solas unos minutos mirando los carteles. La exposición de Dubuffet en la FIAT de Turín, Rothko en las Caballerizas del Quirinal de Roma. Nunca

me ha gustado Rothko, al tercer cuadro me parece menos interesante que el papel pintado. Pero se suicidó. Aunque ¿qué coño tendrá que ver? Cuando regresa, trae en las manos unas agendas.

—Las encontré en casa de mis padres, después de que acabara el proceso. Las leí y pensé en contactar con un abogado para llevar a Daniele a juicio otra vez. Son los diarios de mi madre. Solía apuntar los días en que mi hermano iba a verlos para pedirles dinero. ¿Sabe cuántas veces? Cuarenta, y eso sólo en 2012. Casi una vez por semana. Y luego hay algo que me gustaría leerle. En fin, para que se haga una idea de la situación. —Se aclara la voz—. «Hoy Daniele y Umberto...» —Se detiene, con los ojos húmedos—. Umberto era mi padre... —Prosigue—: «Hoy Daniele y Umberto han reñido, los oía desde la cocina. Umberto le recriminaba: "¿Para qué te sirve todo ese dinero?", le preguntaba. Y Daniele empleaba la voz de cuando era niño y le daban rabietas; me ha impresionado. ¿Es que nunca ha crecido? ¿No hemos sabido criarlo? ¿Sigue siendo un niño de seis años? Luego Daniele ha llegado a amenazarlo: "Papá, si no consigo ese dinero, ¡tendré problemas!" Creía que me moría. ¿En qué problemas se había metido? En realidad se había comprado no sé qué, un artilugio que le permitía vigilar la casa cuando estaba fuera, para estar a salvo de los ladrones, decía, y de los malintencionados. "¡Tengo un hijo pequeño, papá! Mi mujer se queda muchas veces sola en casa, ¡y vivimos en una planta baja!" Al final se ha salido con la suya. Ha cogido el dinero y se ha ido.» —Luisa me mira a los ojos—. Ahora escuche esto... Paso al 12 de junio, un mes después de las páginas que acabo de leerle. —Empieza de nuevo—: «Hoy ha venido Daniele. Otra vez por dinero. Es una gota malaya. Él y Umberto se han gritado, como era de

esperar. Yo he ido al salón para calmarlos. Le he preguntado, como si nada, si el sistema de alarma de su casa funcionaba. Me ha mirado con los ojos desencajados. "¿Qué sistema?", me ha preguntado. "Ese para controlar a distancia la seguridad del piso", le he contestado, pero no sabía de qué le hablaba. Miente, miente igual que cuando sacaba malas notas en el colegio. Pero sin nosotros está perdido, no es Luisa, ella nunca ha necesitado nada. Ella siempre se las ha arreglado sola.» —Cierra la agenda de golpe—. No me invento nada. Son palabras de mi madre.

—No... No, claro.

—Ahora preste atención, ésta es la parte más importante. Es la agenda del año del homicidio. —Me la enseña, en la cubierta roja, en el centro, está impreso el año en letras de oro. Con cierta solemnidad abre la página que tiene señalada con un marcapáginas —. Aquí está, escuche... «Llevo tiempo pensándolo. Y también Umberto. Tenemos que hablar con Luisa y Daniele. Hemos cometido una injusticia con nuestra hija, y por las noches no duermo. Umberto y yo debemos volver al notario. Pero, antes de hacerlo, quiero hablar del tema con Daniele y Luisa, solos, sin nuera y sin nieto. En todos estos años le hemos dado a Daniele una cantidad de dinero absurda, y a Luisa las migajas. A ella le dejamos el chalecito del campo, a Daniele el piso familiar. He pedido que los tasen. Hay una diferencia de valor tremenda, y no es justo. Debemos equilibrar la balanza.» —Luisa pasa las páginas, luego sigue leyendo—: «5 de septiembre. Luisa está en el extranjero, no vamos a poder vernos. Mañana seguramente vendrá Daniele por el santo de Umberto, y no vendrá a celebrarlo, sino a pedir dinero, es una escena que he visto tantísimas veces que ya no me enfada. Como mucho me da vergüenza, eso es

lo que siento, vergüenza. ¿Es grave cuando una madre se avergüenza del comportamiento de su hijo? No sé responderme. ¿Y cuándo acabará mi ser madre? Daniele es un hombre, desde hace años, ¿será posible que no consiga salir de su papel de hijo? Tiene una familia, una mujer (Dios nos libre) y también un hijo. ¿No se da cuenta de que me está impidiendo ejercer de abuela? Ya no soy capaz de abrazar a mi nieto, me da miedo ver los ojos de Daniele en los suyos. Pero debo hablar con él, sin chantajes ni flaquezas. Hay que cambiar el testamento, estoy más que convencida, y Umberto también.» —Luisa pasa una vez más la página—. Escuche esto, señor Andretti, ya casi he acabado. «7 de septiembre. Qué día el de ayer... Qué día. Vinieron a almorzar los primos, los hermanos de Umberto; comimos, reímos, lo único que me daba pena es que Luisa no estuviera con nosotros. Estaba muerta de cansancio, pero luego, por la tarde, Umberto y yo cogimos por banda a Daniele y se lo dijimos todo. Que no es justo, que cambiaremos el acta notarial, que no ha habido igualdad de trato entre él y Luisa. Jamás lo había visto así. Se le demudó el semblante, me dio miedo. Le costaba respirar, gritaba en medio del despacho, echaba espumarajos por la boca, le daba igual que su mujer y su hijo estuvieran en el salón y lo oyeran todo. Una fiera. Zarandeó a su padre como si fuera una pluma. "Las promesas son promesas", gritaba, "¡sois unos bellacos! ¡Os odio!". Luego se fue dando un portazo, maldiciendo. Yo abracé a Umberto, tenía lágrimas en los ojos». —Luisa me mira—. Señor Andretti... —me dice con la voz rota por el llanto—, ¿quiere saber qué escribió después? Poco o nada. Hasta este día, ¿lo ve? —Y me enseña la página de la agenda—. Hasta el 12 de octubre, página en blanco. La noche del 11 mi padre y mi madre fueron asesinados. Ya ve quién

era mi hermano. Y ésta es la historia que hay que contar. ¿Quién apuñaló a Daniele en mitad de la calle? No lo sé. Probablemente alguien como él.

Tal vez sean los ojos, la voz, la desesperación, pero Luisa me convence, tiene razón. Antes de descubrir quién apuñaló a Daniele, es necesario contar quién era ese hombre cuando todavía vivía.

—Que yo me entere, ¿quiere usted publicar el diario de la madre del tal Daniele Martellini? —Elena está descolocada, aquello no le cabe en la cabeza, nunca se ha visto en una situación parecida.

—Sí —le respondo—, porque, si bien es cierto que es una víctima, a su vez también fue un verdugo.

Niega con la cabeza, luego se pasa el pulgar y el índice por los lados de la boca, evito mirarla.

—Andretti, ¡el lector quiere saber quién lo apuñaló en plena noche en medio de la calle!

—Y eso lo descubrirán los investigadores. Mientras tanto, ¿por qué no contamos quién era de verdad este individuo? Se libró en el juicio, pero el testimonio de su madre nos revela lo contrario, que los jueces cometieron un error. De aquí podría salir un buen artículo sobre la fe en la justicia, en las instituciones. Siempre decimos que la víctima era un inocente, un buen hombre, un desgraciado. Mostremos la otra cara de la moneda. Está muerto, de acuerdo, pero no era ningún santo. Fallecer no da derecho a la santidad.

—En eso estamos de acuerdo. —Luego tomó aliento—. No sé, no sé. ¿Qué sería, una suerte de novela por entregas, como las del siglo

XIX? —Coge mis notas y las sopesa como si quisiera sondear su calidad.

—Piense en esto —le digo—, si el homicidio de Martellini surge precisamente de una historia pasada, le habremos echado una mano a la policía, ¿no cree?

—La única sospechosa es la hermana —me responde.

—¿Y si la hermana tuviera un amante? ¿O un amigo, y ella le hubiera proporcionado el arma?

—No creo que le hubiera dado este diario.

—¿O tal vez sí? ¿A lo mejor le gustaría que se llegara hasta ella? ¿Que se sepa que fue ella quien hizo justicia?

Elena deja escapar un resoplido por un lado de la boca, mueve nerviosa las piernas bajo el escritorio y tararea mirando mis folios.

—Hagamos lo siguiente, hablaré con el director. Si a él le parece bien, probamos. ¿Contamos con la autorización de doña Luisa Martellini?

—Es ella quien presiona para que se publiquen estos diarios.

Me hace ademán de que la deje a solas en el despacho. Al salir, cierro la puerta y regreso a mi puesto. Wikipedia me mira desde su escritorio.

—¿Le has pedido matrimonio? Nunca la he visto tan alterada.

—Claro, le he confesado mi amor, ¿te suena de algo el síndrome de Estocolmo?

Se echa a reír.

—Sea lo que sea que le hayas propuesto debes saber que si tiene éxito será mérito suyo; si fracasa, entonces serás tú el responsable.

—No creo, Filippo. Ésta hace las cosas hacia atrás y con tacones. Si las cosas van mal, se la cargan a ella, y luego a mí.

Me mira raro, no lo ha entendido.

No debía hacerles más caso a los murmullos del archivo, sino quedarse quieto durante un tiempo, continuar leyendo la prensa, seguir los programas televisivos y radiofónicos. Se había autoimpuesto la indiferencia ante las voces, cada vez que recorría las estanterías, cual marinero de Ulises, en vez de cera en los oídos, llevaba los auriculares: Brahms, Mozart, Berlioz, cualquier música iba bien para cancelar el susurro continuo de los expedientes, que sólo le generaban ansiedad.

Cecilia, la administrativa, le llevó la prensa como cada día, y él, como cada día, consultó la crónica local, saltándose la política nacional e internacional, los deportes y la cultura. Encontró el artículo en el *Gazzettino*. Andretti, el periodista que se presentaba allí para estudiar los expedientes de los procesos, informaba del diario de Nora Martellini, la madre de Daniele. Un diario facilitado por la acusadora, Luisa Martellini, hermana de Daniele. Leyó aquellas páginas con mucha atención, pasando por alto el comentario del periodista. Lo había transcrito como si se tratase de una entrevista imposible con aquella mujer, muerta desde hacía tiempo a manos de su hijo. No es que Cappai en algún momento hubiese

albergado dudas respecto a la culpabilidad de Daniele, pero aquellas páginas de una madre desesperada certificaban que había hecho lo correcto. Era un buen artículo, nada que ver con los típicos breves de sucesos, parecía más bien un relato, tenía cierto aire literario, y lo apreció. Si algún día veía de nuevo al periodista, lo felicitaría. No sospechaba Andretti lo cerca que estaba de la verdad cada vez que bajaba al archivo, cada vez que lo había mirado a los ojos, y esa idea lo divirtió, es más, le produjo un escalofrío de placer.

Deslizándose entre los pasillos oscuros, se ceñía a sus obligaciones, hablaba con el secretario judicial, archivaba los registros, atendía a los abogados. No sabía cuánto resistiría, como si el tiempo de repente hubiera decidido adoptar otro ritmo. Más rápido, casi apremiante. Aquellos susurros, aquellas voces, se hacían oír todos los días, ¿tenían prisa? Lo reclamaban como si fuera la *extrema ratio*, la solución final, el único que podría cerrar de una vez por todas los procesos que seguían sin un culpable. Sin embargo, Carlo Cappai envejecía y cada vez tenía menos tiempo, ¿tal vez surgiera de ahí la urgencia, el anhelante reclamo de su atención? ¿Aquellos casos percibían el transcurso del tiempo? Carlo no debía dar pasos en falso. Su deber era otro y presentía que se acercaba el momento que llevaba cuarenta años

esperando. Lo sabía, lo presentía, y debía estar preparado para cuando llegase. «No puedo...», respondía refunfuñando a los casos mientras empujaba el carrito lleno hasta arriba, con el *Physical Graffiti* de los Led Zeppelin en los oídos. «Ahora no... Ahora no...»

Sala de lo penal, expediente, tribunal de impugnación, sobreseimiento, petición, registros, sentencia firme, consignación, audiencia, vista, conservar, certificado, cuerpo del delito, balda 28...

Lunes, 5 de marzo

La consecuencia del artículo ha sido que han trasladado a Luisa Martellini a la jefatura de policía. Era consciente de ser la sospechosa número uno, pero basta hablar con ella diez minutos para saber que no es capaz de matar ni una mosca. Escribo el artículo a oscuras, proclamo sin temor la inocencia de la hermana de Martellini, y que su paso por la jefatura no es más que un acto de oficio. He confiado en mi intuición, es evidente que, si he metido la pata, el despido está a la vuelta de la esquina, pero Luisa Martellini no es una asesina.

Elena publica el artículo, a estas alturas la historia del diario me ha dado cierta credibilidad, ningún comentario de la dirección, como si esperaran en la orilla del río, por seguir recurriendo a la filosofía de mi amigo Wikipedia. Se debe defender a Luisa, al asesino de Martellini hay que buscarlo en otra parte, «como en el homicidio de Zigon», escribo. «Hay una pista, todavía incomprensible para los investigadores, que sin embargo llevaría hasta el homicida. Sea cual sea, está en el pasado.» Sea cual sea, no tengo la más remota idea. Es fácil fanfarronear bajo el escudo de un artículo periodístico. Elena sale del despacho despidiéndose de todos con un vago gesto de la cabeza. Se dirige hacia las escaleras que llevan hasta el despacho de

dirección. Me lanza una mirada, parece una condenada subiendo las escaleras del patíbulo.

Aquella mañana salió de casa sin despedirse de Ida, que como cada miércoles estaba en el dormitorio de sus padres para quitar por lo menos el polvo. En el bar, el desayuno de siempre. En cuanto lo veía entrar, Michelino preparaba el café largo y la trenza con mermelada de arándanos y lo colocaba todo en una bandeja, sabía que el archivista prefería sentarse para tomárselo. El precio era el mismo. «Hasta mañana», dijo abriendo la puerta de cristal del local. «Hasta mañana», le respondió Michelino mientras servía a otros clientes entre el ruido de la Cimbali, el golpeteo de las tacitas y la cháchara de los parroquianos. Se había puesto a llover, el cielo negro, un viento frío zarandeaba los arbolitos de la calle. A paso rápido, Carlo se encaminó hacia el tribunal. Había algo en el aire, pero no sabía darle un nombre. Desde que se había despertado, sentía que aquél no era un día como los demás. Aparte de la lluvia que estaba a punto de llegar, el brazo ya lo había avisado, había algo más. Podía ser tanto un terremoto o un temporal como una mala noticia. O tal vez sólo la nieve, aunque no era la época. Recordaba que el 2 de agosto de 1980, ya a las ocho de la mañana, había sentido una agitación parecida.

Estaba preparando el examen de Derecho privado, tratando de memorizar los recursos de los artículos del código, cuando, al cabo de dos horas y veinticinco minutos, tuvo lugar la explosión que se burló de todas las complicaciones legales en su cabeza, que barrió de golpe y porrazo la democracia, la justicia y la vida de la gente, que lo sumió en el desánimo durante meses. Jamás tuvo el valor de ir a la estación a mirar. «¡Anarquistas de mierda!», había dicho su padre delante de la televisión mientras su madre asentía. Él ni siquiera le había respondido, llevaba meses sin hacerlo. Huyó tres días después, se saltó la convocatoria de exámenes; viajó por Europa, porque no podía quedarse en la ciudad. Cuando regresó, el padre no se dignó a saludarlo, y él hizo lo propio, hacía tiempo que para él era como si estuviera muerto. Desde la absolución de Luigi Sesti, cuando Giada ya era sólo una presencia en sus recuerdos, una capa de su pasado. Era extraño que todavía recordara de memoria su número de teléfono: 219 436. Por aquel entonces todavía no había que marcar el prefijo. «¿Hola? Soy Carlo, disculpe si molesto, ¿está Giada?», era la fórmula, la cantinela que repetía al menos dos veces al día. Esos segundos en los que se preparaba para oír la voz de su amiga le estrujaban el estómago. Y mientras tanto su padre, con sus amigos encapuchados, hablando y

riendo durante la sobremesa en la Osteria del Sole, o en el restaurante Valerio, había decretado el destino de Luigi Sesti y enterrado en el olvido el homicidio de Giada.

Absuelto por no haber cometido el delito.

Su padre podía estar orgulloso. Carlo ya no lo saludaba ni sabía que tendría que esperar doce años más antes de evitar ir a su funeral.

Levantó la mirada. Una nube amenazadora se había cernido sobre la ciudad. Luego se abrieron las compuertas y el granizo mezclado con lluvia se precipitó sobre las calles, sobre los coches y sobre la gente que corría para ponerse al abrigo de los pórticos. Llegó al tribunal hecho una piltrafa. Colgó el abrigo empapado en el perchero y se sentó frente al ordenador. Estaba a punto de ponerse los auriculares cuando se dio cuenta de que no hacía falta. A su espalda todo era silencio. De las estanterías, de los casilleros, ni un sonido, ni un susurro. Ningún murmullo o reclamo, ni siquiera el eco de un bisbiseo. ¿Cómo es posible?, se preguntó. Hasta ayer... Sin embargo, todo era silencio, todo estaba quieto y polvoriento, hasta el tercer fluorescente del primer pasillo había dejado de parpadear. Estaba solo, la luz de la ventana de arriba era gris oscuro, de la calle, a lo lejos, llegaba un débil repiqueteo de la lluvia. Se acercó a la primera estantería de

puntillas, con cautela, aguzando el oído. Nada. Se adentró en el primer pasillo. Todo era silencio. Los expedientes seguían allí acumulando polvo, mudos, testigos resignados que se habían quedado sin voz.

Regresó al escritorio. Vio abrirse la puerta al fondo de la sala de lectura, era Cecilia que le llevaba la prensa.

—Hola, Carlo —dijo dejándolos encima del mostrador.

—Hola, Cecilia.

—Llueve...

—Ya.

Con el paso raudo de quien tiene demasiadas cosas que hacer y no puede perder el tiempo en monsergas, se había ido y lo había dejado solo de nuevo.

¿Qué es lo que lo inquietaba? ¿Los truenos y el agua que gorgoteaba en los canalones?

En honor al estupendo artículo de Andretti sobre el homicidio de Martellini, fue la cabecera de aquel periodista la que empezó a hojear. La noticia aparecía en la sección de sucesos.

> Anoche, en su domicilio, falleció el ilustre abogado Attilio Sesti. Tenía noventa y un años. Informan de la triste noticia su esposa, Donata Sesti Cattaneo, y sus hijos,

> Rosanna y Luigi. Las exequias tendrán lugar mañana por la mañana en la iglesia de San Damiano. Con el abogado Sesti nos deja un pedazo de la historia de nuestra ciudad. En palabras del alcalde: «Attilio Sesti era un gran abogado y benefactor; entre sus muchas obras, recordemos el pabellón del museo municipal que lleva su nombre. Es intención de este consistorio dedicar a su memoria una calle que recuerde su figura a todos los ciudadanos.»

Carlo dejó el periódico. Había muerto el padre de Luigi Sesti. Por tanto, Luigi Sesti iría a la ciudad. Aquel hombre, que se había librado de ir a la cárcel gracias a un sistema que lo protegía, al que él había seguido, investigado y buscado durante tantos años, acudiría a dar el último adiós a su padre. Apretó los puños, cerró los ojos y rápidamente ahogó un suspiro para disimular la excitación. Tuvo que sentarse y apoyar la cabeza en el mostrador del archivo. No lograba recobrar el aliento. Algo se le había atascado en la garganta, o tal vez le apretaba el traje, que no permitía que la caja torácica se ensanchase para respirar. Tuvo que salir de aquel semisótano, aunque fuera lloviese, el cielo estuviera cubierto y el viento soplase, necesitaba aire. «Vuelvo

enseguida», consiguió mascullar a una secretaria judicial que quizá bajaba en su búsqueda. Acabadas las escaleras, cruzó el vestíbulo, luego abrió la puerta de servicio y se cruzó con un policía que lo saludó levantando levemente la barbilla. Salió al aire libre y respiró hondo, luego apoyó las manos en las rodillas y dobló la espalda noventa grados. Repitió dos veces la operación levantando los brazos y bajándolos mientras espiraba. Había vuelto el aire, ya no sentía frío, es más, le daba la impresión, pese al cielo tumefacto, de que los colores de los coches, los letreros de las tiendas, hasta los semáforos y las señales de tráfico, fueran más brillantes, encendidos por una vida que antes no poseían. Hasta la tez de los transeúntes era más viva. La lluvia dejó de abatirse sobre la ciudad y un hedor a guano y a mojado empezó a elevarse desde las calles.

La espera había acabado.

Luigi Sesti había vuelto.

Miércoles, 7 de marzo

Ahora que Martellini acapara las primeras páginas de sucesos, el homicidio de Zigon se ha desinflado. El diario de Nora Martellini ha gustado a los lectores, el director ha elogiado a Elena, que desde entonces me sonríe. De todas formas, en cuanto a los homicidios, ninguna novedad; Luisa ha sido puesta en libertad, señal de que no me equivocaba. Les dejo a mis colegas las suposiciones más absurdas, yo me decanto por la corriente más moderada: me ciño lo máximo posible a los hechos, en caso de haberlos; no critico nunca, ni siquiera veladamente, la actuación de las fuerzas del orden; persigo la información pura y dura mediante artículos minúsculos al borde del breve.

—¿No puede abundar un poco?

—Cualquier cosa que añada sonaría falsa además de atrevida.

—Pues entonces volvamos a echar mano de los diarios de Nora Martellini. Ha creado usted un fenómeno de éxito.

¿Elena Barilli me reconoce un mérito? ¿Qué pasa aquí?

—Las páginas interesantes del diario son las que hemos publicado, señora —le digo sonriente, amable y gentil.

—El director está contentísimo, están siendo días de excelentes ventas. Pero hay que continuar, no podemos abandonar la historia en este punto. Creo que a usted se le ha ocurrido una idea.

—¿Cuál, si puede saberse?

—La de dar el derecho de réplica a la mujer de Martellini.

—Lo intenté, pero no quiere saber nada. Dice que este juicio a su marido le parece absurdo, cuando él es la víctima. Me colgó el teléfono en las narices y desconectó la línea.

—A saber cómo se lo ha tomado su hijo —dice, pero la suya era sólo una idea fugaz—. Andretti, el artículo así no funciona, llegue al menos a los cinco mil caracteres.

Como si fuera tan fácil. Describo la reacción de la mujer de Martellini, no cito sus palabras, las que me gritó por teléfono: «Cabrones de mierda, hienas, os dedicáis a joder a mi marido y no a su asesino.» Adapto lo que puedo para que sea publicable, y entrego el artículo.

—Ah, ¿Andretti? —me llama de nuevo Elena desde su despacho.

—Dígame.

—Mañana debe ir al funeral del abogado Sesti.

—¿Una columna de sociedad?

—¿Quiere pegarle un tiro al cura y así lo convertimos en un suceso?

—¿Por qué no?

Elena se ríe.

—Pero ¿no debería cubrirlo Farulli, jefa?

—Está enferma, así que irá usted, y sé que hará un trabajo excelente.

Somos un periódico pequeño, nos apoyamos y nos ayudamos mutuamente, y hay que dar gracias a Dios por seguir todavía en los quioscos. Vivimos con el alma en vilo, agradecemos las subvenciones, a los pocos patrocinadores que nos hacen caso, pero si hay algo que odio es narrar los eventos locales y de sociedad de tres al cuarto cuya maestra indiscutible es en realidad Sonia Farulli.

Nunca olvidaré un artículo suyo sobre una cena del Rotary: hizo que pareciera una alfombra roja hollywoodiense, incluyendo el nombre de todos los peces gordos presentes, en su mayoría desconocidos para nuestros lectores, fotografiándolos con sus trajes de gala; todos eran personas que daban dinero al periódico y a los que había que adular como si fueran estrellas. Si Sonia Farulli hubiera nacido en Estados Unidos, dirigiría como mínimo la *Vanity Fair*, y sin embargo tiene que conformarse con las personalidades locales, un tanto provincianas, muchas de las cuales recortan los artículos para enmarcarlos y ponerlos en su estudio, despacho o picadero.

Cuando regresó aquella tarde, Carlo lanzó el abrigo sobre la silla de la entrada y se precipitó en el despacho. El corazón le latía con fuerza, y todavía no lograba respirar bien. Giró la llave en la cerradura, apoyó la mano en la manilla y abrió la puerta. Una habitación de veinticinco metros cuadrados sin un solo mueble, con la excepción de una gran mesa central repleta de papeles, carpetas y archivadores. Las paredes blancas, inmaculadas, vacías. Sólo en la que estaba frente a la ventana había una bufanda clavada justo en el centro. Carlo abrió los expedientes y arrojó al suelo todo lo que no le hacía falta. Luego extrajo del montón una carpeta roja. Logró dominar la respiración y los latidos del corazón. Estaba todo delante de él, cuarenta años confluían en ese momento, en aquel día de finales de invierno. Abrió la cartera, sacó el recorte de la noticia de la muerte del abogado Sesti y lo introdujo en la carpeta roja. Se puso a observar su contenido con una media sonrisa en los labios. Decenas de fotografías. El sujeto más recurrente era la obsesión del archivista: Luigi Sesti. Instantáneas recortadas de los periódicos que retrataban al joven en el instituto, en la universidad, el día de su boda, de vacaciones,

en la playa y en la montaña, con un niño en brazos, de carnaval con amigos, solo y con sus padres, en el lago y en un patín. Los labios finos y el pelo castaño, los ojos redondos e inexpresivos y el cuello taurino se repetían de forma obsesiva en cada instantánea. Había conservado mapas de medio mundo: Canadá, Emiratos Árabes, Tailandia y Japón, en cada uno había anotado leyendas y fechas. «Tokio, septiembre, 2001.» «Quebec, enero, 1990.» «Córcega, abril, 1987.» Aquel carrusel entrópico escondía un mensaje de una claridad meridiana: a lo largo de los años, Carlo había seguido todos los desplazamientos de Luigi Sesti. El hijo del abogado había recorrido los cinco continentes, al principio intentando esconderse y luego, a medida que el tiempo pasaba e iba borrando la memoria de las personas, se dejaba ver cada vez más, descarado, intocable. Jugador de polo, pescador de altura, militar en Argentina, una vida rocambolesca y sin dignidad, seguía sólo su conveniencia o el dinero de mamá. De vez en cuando volvía a Italia, durante periodos breves, demasiado breves para Carlo.

Se acercó a la bufanda clavada junto a la puerta del despacho. Una bufanda vieja, de muchos colores. La olió. Había perdido el olor. Fue a la mesa y de una caja sacó el frasco de un perfume, Miss Worth de Worth. Era el que usaba Giada, él mismo se lo había

regalado por su cumpleaños en junio de 1976 y desde entonces ella no lo había vuelto a cambiar. El otro frasco, el que tenía sobre la mesa, no le había dado tiempo a regalárselo. El 12 de mayo de 1977 la vida de Giada se había detenido, y también la de Carlo, con apenas dieciséis años. Carlo había seguido viviendo, oculto en una sombra, pero el cuerpo lo había dejado en via Mascarella a las once de la mañana, junto al de la chica. No estaba enamorado de Giada, pero era su amiga del alma a la que podía contarle cualquier cosa. Era la más guapa del instituto Minghetti, y contar con su amistad era un honor, tal vez la única cosa importante que había logrado en toda su vida. Carlo hacía todo lo que ella decidía que era importante, sin protestar jamás. «Vamos a ver *Stroszek*... *Nos habíamos amado tanto*... En la filmoteca ponen una de Bergman», y él iba. «¿Vamos a la asociación estudiantil?», y Carlo obedecía. Y leía los libros de Sartre, Brecht, Guattari y Foucault. Para estar con ella, con Giada, para respirar el aire que ella respiraba porque él, en el fondo, quería ser igualito a ella. Él no tenía la misma sonrisa, la misma capacidad retórica. La admiraba cuando tomaba la palabra en las asambleas o en los círculos políticos, menuda y proporcionada, con las manos de niña aferrando el micro, y hablaba ante los universitarios, los políticos, todo gente más adulta y

más culta que ella, y no tenía miedo. Ni siquiera de tragarse algún abucheo, de vez en cuando. «Gilipollas... Son todos gilipollas», decía luego trotando hacia casa, de noche. «Si las cosas son como ellos las pintan, no queda otra que la lucha armada... Nunca, repito, ¡nunca!» Carlo asentía y le daba la razón. Luego se paraban en un bar, tomaban un vino tinto y todo se calmaba. Iban a casa de ella, para hablar, para escuchar sus discos mirando las portadas y soñando con caballos sin nombre y océanos de oro si lograban colarse a hurtadillas en su cuarto sin toparse con Saverio, el hombre con el que su madre se había casado tras la muerte del padre de Giada y al que ella no soportaba y llamaba por su apellido: «¡Ojo, que Capotosti está de guardia!» Romano, ex militar, director de un banco, para Giada, un siervo al que despreciar. «¿Qué, ya vais a fumar porros?», les decía a Giada y a Carlo mientras se encerraban en el cuarto. Giada lo consideraba un intruso, es más, el usurpador del papel de su padre, Alberto, que había muerto cuando ella tenía sólo cinco años. Tampoco es que en el cuarto estuvieran a salvo, en casa estaban prohibidas las llaves y podía suceder que mientras releían los pasajes más significativos de Simone de Beauvoir o un poema de Brecht, o se reían de algún compañero de instituto, entrara la hermana de Giada, Silvana.

Silvana era una niña, tenía siete años menos que ellos, otra liga, otra vida. Era la hija del usurpador. Al principio, cuando nació, la detestaba, luego poco a poco aprendió a quererla, a protegerla del ex militar, que educaba a la pequeña como un soldado del Regimiento de San Marco. Y la actitud protectora que Giada mostraba hacia la niña luchaba con sus ganas de escapar, de abandonar la casa y la ciudad para vivir una vida distinta, en Londres, en París, donde «¡van diez años por delante!», le repetía a Carlo a todas horas. Estas dos fuerzas, una centrípeta y otra centrífuga, habían sido las corrientes que habían zarandeado el caparazón en el mar, y de hecho habían paralizado desde siempre los proyectos de vida de Giada. Y tal vez habrían seguido haciéndolo durante no se sabe cuántos años más si aquella mañana no se hubiera cruzado en el camino de Luigi Sesti. Silvana jugaba al tenis y llevaba el pelo como Chris Evert, usaba la equipación Ellesse como Chris Evert, como Chris Evert entraba en la pista con una raqueta Wilson y golpeaba de revés con las dos manos. «Siempre estáis con esos discos tan tristes», protestaba la niña. Ellos, entre risas, la echaban. «Vete a jugar al tenis, estas cosas no son para ti.» El único sitio al que Carlo no seguía a su amiga era a las manifestaciones feministas. «Todavía no», le decía ella, «es mejor que no vengas. Ahora la

propuesta de base, de raíz, es la pertenencia en sentido estricto, ¿lo entiendes? Más adelante habrá apertura, pero el momento es crítico.» Carlo era un hombre, y era mejor que apoyara las demandas feministas desde fuera. Y él obedecía y apoyaba desde fuera. Por otro lado, era un momento crítico.

Sobre la mesa en el centro del despacho, reordenó los seis archivadores que había fotocopiado del archivo. Estaba todo el proceso. Papeles y declaraciones que él se sabía de memoria, como los informes del comisario de policía Lo Cicero, del forense Orsolini, ya jubilado, las actas de la vista y las sentencias de absolución de Luigi Sesti por no haber cometido el delito, en el tribunal de lo penal y en el de apelación. La única foto que no había conservado era la de Giada en el depósito. No podía. Giada era la vida, aquello era sólo una máscara de sangre que nada tenía que ver con ella. Aquel 12 de mayo de 1977 se mascaba la tragedia. Se sabía que habría enfrentamientos, que era mejor esquivar la manifestación. Estaban los del movimiento obrero Autonomia, estaba la policía de paisano, y estaban los fascistas. Pero él y Giada fueron de todas formas, y al cabo de diez minutos ya tenían la voz ronca. Marchaban junto a los demás, unos se agarraban del brazo, otros sostenían carteles, pancartas, los eslóganes los entonaban a coro. Luego el gas

lacrimógeno, la manifestación que se dividía, todos a correr en cualquier dirección como gallinas enloquecidas. Los fascistas llegaron desde via Todaro con la cara tapada y barras en las manos. Luigi Sesti era el cabecilla. Empezaron los golpes, los porrazos, brillaron los cuchillos. Giada en el suelo, Luigi Sesti encima de ella, un piolet de alpinismo directo a la cabeza, una, dos, tres veces, «hasta provocar la fractura del hueso parietal del cráneo con daños irreparables en el cerebro».

Carlo cerró los ojos. Instantes grabados en su memoria, nítidos como si de imágenes proyectadas en un cine se tratara.

Giada fue trasladada al hospital, donde murió tres horas más tarde.

Y llegó el juicio. Los papeles estaban allí encima. Primer grado y apelación. La sentencia que exculpaba definitivamente a Luigi Sesti llevaba la firma del juez Adalberto Maria Tropea, colega y gran amigo de su padre y del abogado Sesti, él también con la capucha en la cabeza. ¿Cuántas veces había mirado aquella firma? ¿En qué pensaba Adalberto Maria Tropea mientras la estampaba? ¿En que había cumplido con su deber? ¿En que había respetado las jerarquías? ¿En eso pensaba? Se lo preguntó una noche, en una de las numerosas cenas en su casa, y aquel hombre le respondió sereno: «Lo que debía

hacer, eso es lo que hice. Crece, Carlo, ¡y lo entenderás!» Él desencadenó la tormenta y salió de casa dando un portazo bajo la mirada gélida de su padre, mientras su madre se acariciaba las perlas. «¡Moríos!», gritó antes de cerrar de un portazo.

«Yo puedo dormir tranquilo, Carlo. ¿Y tú?», era la frase que siempre le repetía su padre durante todos los años de instituto, cuando el espacio que ocupaban los estudios era cada vez menos y enormes las ganas de saber qué había fuera de los libros de texto. Nada de aquel chico estaba bien para su padre. Los vaqueros viejos y rajados. Los jerséis anchos y sin camisa. Por no hablar del pelo. «¿Qué quieres hacer con tu vida?» ¿Qué quería hacer? Todavía no lo sabía. Hasta el cierre del proceso, el que decretó la inocencia de Luigi Sesti, el asesino de Giada. Era poco antes de Pascua, él estaba en la sala, y también la madre de Giada, y su hermana Silvana, siempre en chándal, con la cinta en el pelo y la cara de asombro. También estaban sus compañeros de la asociación, los del instituto. Absuelto por no haber cometido el delito, ésa fue la sentencia. Aun así, aquel 12 de mayo él estaba allí, en la calle, al lado de Giada, y lo había visto todo. «Señor Cappai, ¿reconoce al hombre que golpeó a la señorita Giada Cannavò?» Y él había señalado con el dedo al culpable: Luigi Sesti. Que sin embargo no

había cometido el delito. Y Luigi Sesti, que le rompió el cráneo con un piolet, era un hombre inocente, libre.

—¿A esto lo llamas tú justicia? —le gritaba en la cara a su padre, que no le hacía caso—. Ése es tan culpable como la peste, lo sabes tú, lo sé yo, ¡y aun así se libra de una buena!

—La voz se la levantas a tus compañeros, ¡no a tu padre! El proceso no ha puesto de manifiesto pruebas que pudieran dar lugar a una condena más allá de toda duda razonable.

—¡Lo vi yo, papá! ¡Yo estaba allí! Fue él.

—¡Es tu palabra contra la suya!

—¿Y tú crees más en la suya que en la de tu hijo?

—Yo creo en los documentos y en los procedimientos. Y te repito que más allá de toda duda razonable era imposible condenarlo. Y punto pelota. Si no te gusta, ¡estudia Derecho, cambia el Código de Procedimiento Penal y que te vaya bonito!

—¡La cuestión es que tengo que cambiar también la mentalidad de quien administra la justicia!

—¿Qué quieres decir?

—Que es hijo del mejor abogado de la ciudad, con el que jugáis al tenis y vais al polígono a haceros los soldaditos. ¡Es intocable y, de hecho, no lo habéis tocado!

—Sal de aquí ahora mismo.

—¡Me das asco!

Y cerrando de un portazo el despacho, ése que ahora había heredado, tomó la decisión, la decisión de un muchacho de diecinueve años, que la mayoría de las veces no llega a buen puerto. Intentar cambiar las cartas sobre la mesa, hacerse juez, ser distinto que su padre y sus secuaces. Pero no lo logró. Lo único que había obtenido era el despacho del viejo, inundado del vómito de cuarenta años de historia. No había logrado hacerse juez, pero Luigi Sesti había vuelto a la ciudad.

Y eso bastaba.

Jueves, 8 de marzo

He venido al funeral. Están todos los peces gordos de la ciudad. Los nombres no me los sé, necesitaría a Farulli para que me los fuera indicando uno a uno. La iglesia está a reventar. La viuda, Donata Sesti Cattaneo, podrida de dinero y doblada por los años como una vieja rama, camina con esfuerzo sostenida por la cuidadora y su hijo, Luigi Sesti, un hombre de unos sesenta años, bastante entrado en carnes. Nadie llora, todos tienen la cara triste y gris, pero ni siquiera una lágrima. ¿Qué escribo en el artículo? ¿La ciudad de luto se despide del gran abogado, etcétera, etcétera? ¿Describo las pinturas de las capillas? No entiendo mucho del tema, pero me parecen feúchas. ¿O las columnas de mármol en torno al altar? ¿La bóveda de cañón? ¿Las naves? ¿De qué estilo es esta iglesia? No lo recuerdo, demasiado lejos ya las clases del instituto. Y, además, ¿a alguien le importaría todo eso? Espero que ocurra algo, lo que sea, con tal de tener un par de líneas que incluir en el periódico. Yo qué sé. Una indisposición repentina de la vieja, una caída sobre el suelo de mármol pulido de la iglesia, hasta un insulto que se le escape sin querer al cura. Pero nada. El hijo sube al púlpito. Tomo notas, por lo menos puedo reproducir el discurso. «Mi padre era un gran hombre, y creo que la presencia hoy aquí de todos ustedes lo demuestra. Durante toda su vida defendió a las personas en los tribunales como un león... Siempre me decía: Luigi, culpable o no, ¡todo el mundo tiene derecho a un proceso justo! Y es cierto. Hasta yo, ustedes lo

saben, en mi juventud fui a parar al banquillo de los acusados por un delito que jamás cometí, y a Dios pongo por testigo, aquí, en esta iglesia, de que era inocente. Créanme, a todos nos puede ocurrir que acabemos enredados en una historia como ésta, pues bien, allí estaba mi padre para asegurarme que no todo estaba perdido, que él habría sacrificado su propia vida para que yo pudiera salir de aquella situación lo antes posible. Ahora mi padre ya no está. Muchos dicen que tuvo una buena vida. Desde luego, es cierto, pero sólo mi madre y yo recordamos todas las noches que no volvía a casa, que se quedaba trabajando en sus papeles y documentos, para salvaguardar a otros. Yo sentía celos, ¿saben? Cualquiera que se ganara su tiempo y su estima me provocaba unos celos incontrolables. Pero era un niño, y a los niños habría que perdonarles muchas cosas. Ha sido un padre que he admirado y amado, que hizo el bien a muchísimas personas, y tener aquí al alcalde y a los altos cargos de la ciudad y el tribunal no hace sino avalar lo que digo. Doy las gracias también a los jueces, al Colegio de Abogados aquí presente y a los trabajadores del tribunal que han venido a darle el último adiós. Adiós, papá, buen viaje, que la tierra te sea leve, ahora puedes descansar y quizá tomarte por fin una copita de coñac, ¿verdad, mamá? Se lo prohibiste hace años... Adiós, Attilio, en nuestros corazones ahora y siempre.» Más o menos ha dicho esto. Nada antológico. Acompañados por el toque de difuntos de las campanas, los sepultureros sacan el ataúd, por suerte nadie aplaude a la salida de la iglesia, lo cargan en un coche fúnebre. Apretones de manos, saludos, abrazos, luego la gente desaparece y yo entro en un bar a tomarme un café.

Había escuchado todo el discursito de Luigi Sesti desde detrás de una columna de la iglesia, sin perderse una palabra, un parpadeo. Había engordado, se le había caído el pelo, pero la mirada seguía siendo la misma. Carlo no creía en Dios, pero cuando Sesti juró en falso su inocencia frente a Cristo esperó que un rayo lo fulminara de arriba abajo. Y luego tuvo la certeza de que lo había mirado, cuando desde el púlpito había dicho: «Pero era un niño, y a los niños habría que perdonarles muchas cosas.» Tal vez me equivoque, se dijo, seguramente se equivocaba, la columna lo mantenía en la sombra y habían pasado demasiados años. Luigi Sesti no podía acordarse de un muchacho de dieciséis años que lo acusaba de homicidio. No habían vuelto a verse. O al menos Luigi no había vuelto a verlo. Carlo, sin embargo, conservaba fotos, seguía sus viajes, sus mujeres cambiadas como pañuelos y sus hijos desperdigados por Sudamérica. Ahora residía en Ginebra, quién sabe cuánto se quedaría. Existía el riesgo de que el tiempo del que disponía fuera poco, debía actuar deprisa. Siguió el automóvil de la familia hasta el cementerio donde dieron sepultura al abogado. Esperó, oculto detrás

de una capilla, a que acabara la función. Por último, fue pisándole los talones al coche en el que Luigi Sesti y su madre se dirigieron hasta el Palazzo Gustavi, donde desde hacía años residía la familia. Eran las cinco de la tarde.

SEGUNDA PARTE

Lunes, 9 de julio, 10.30 h
Primera sala de lo penal

Hay un montón de gente. Me cuesta encontrar un sitio. Hace un calor infernal, creo que el aire acondicionado no funciona. Los abogados revisan documentos, el fiscal habla por lo bajini con el secretario judicial, Carlo Cappai está en la jaula y mantiene la mirada gacha. Da la impresión de que se mira las manos, o tal vez los puños de la camisa celeste. Está pálido. Siento un escalofrío a pesar de la temperatura. He hablado con él por lo menos dos veces cuando he ido al archivo. Un hombre corriente, de esos que olvidas cinco minutos después de cruzártelo. El carabinero en posición de firmes a su espalda ya está aburrido, huele a lejía al limón, las paredes necesitan una mano de pintura, flota en el aire la dejadez de las aulas escolares, la impersonalidad burocrática. Esperamos el timbre, que anunciará la llegada del presidente y el tribunal en pleno. Salvo Parodi está en la tercera fila, junto a la tipa de la televisión, no recuerdo cómo se llama, y otros periodistas, con alguno ya me he cruzado en las ruedas de prensa de la policía, otros son de medios nacionales, así que el proceso es importante. Cuchichean, para ellos es rutina; no para Cappai, que alza la vista y la fija en uno de los dos ventanales que arrojan luz a la sala. El cielo es celeste, la luz del sol es potente. Cappai no mira a nadie, quizá al cielo, quizá nada. Me fijo en que tiene arrugas en la frente y esta mañana se ha afeitado, pero las mejillas ya están manchadas de un azul negruzco.

Un asesino. Como si los asesinos tuvieran un rostro particular, me da por pensar y por sonreír. Ya lo he juzgado. Aquí todos lo han juzgado ya; este juicio parece sólo un ritual con el que cumplir, como una misa. De niño, cuando mi madre me llevaba a la iglesia para la tortura dominical, lo único que esperaba era que el cura formulara: «Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo... Amén... Podéis ir en paz.» Largo, sois libres, aire. Aquí es lo mismo, lo único que esperan es que el presidente se ponga de pie y formule: «De acuerdo con los artículos 575, etcétera, etcétera, este tribunal condena a Carlo Cappai a la pena de X años y tantos meses de cárcel... Se acabó el juicio, podéis ir en paz.» Porque que Carlo Cappai es un asesino lo dicen las pruebas y el móvil que lo encadena para siempre a sus responsabilidades. El abogado de la defensa sí que tiene cara de asesino. Delgado, con los ojos azules y saltones, calvo, las mejillas chupadas. Se acerca a su cliente, hablan a través de las rejas, Cappai sigue mirando al frente, por la ventana, quizá al cielo, quizá nada. Parece no escuchar, creo que está a kilómetros de aquí. ¿Cómo habrá pasado estos meses en la cárcel a la espera del juicio? Yo creo que así, concentrado en los nubarrones o en el cielo azul, lejos de la celda.

Me esperan horas y horas encerrado aquí, con este calor infernal, esperando la sentencia que, si todo va bien, llegará dentro de ¿cuánto? ¿Dos, tres meses? No lo sé, para mí es la primera vez. ¿Hay alguien que gana y alguien que pierde? Balón a la red, balón fuera, doble falta, ¿gol? No creo, no puede resolverse con la simplicidad de un acontecimiento deportivo. Salvo Parodi sí que está al tanto. Decidido, lo seguiré a él. Cuando se pone de pie y se va, lo imito. Me guiña un ojo, aquí se siente como en casa.

—Veo difícil que le den el preterintencional —me ha dicho—, le fracturó el cráneo... Nos alejamos bastante de las lesiones para lastimar o menoscabar a la víctima. Claramente quería matarlo, y punto.

Le he dicho que era la primera vez que asistía a un juicio, me ha sonreído.

—Es un aburrimiento de cojones. Pero hemos tenido potra. —No entiendo cómo—. Como excepción a lo previsto en el procedimiento, con el consentimiento de las partes, el presidente ha autorizado que el testigo de la acusación sea interrogado por el fiscal y también por la defensa sin esperar a que acabe el interrogatorio de la fiscalía.

—¿Es decir?

—Es decir que al menos hay un poco de debate. Es más animado. Todo lo animado que pueda ser un coñazo como éste.

El capitán Ossola lee la fórmula de los testigos, tendré que oírla repetida por cada persona que suba a ese... ¿a ese qué? ¿Atril? ¿Estrado? Tengo que preguntarle a Parodi cómo se llama.

—Consciente de la responsabilidad moral y jurídica que asumo con mi declaración, me comprometo a decir toda la verdad y a no ocultar nada de cuanto tenga conocimiento.

—Adelante, capitán —le dice el presidente.

—Al llegar al club deportivo Le Tre Torri a las 22.45 horas, tras la llamada telefónica que la directora, doña Luciana De Marinis, efectuó en torno a las... —El capitán revisa los folios...

Viernes, 9 de marzo, 22.45 h
Día del homicidio

Los primeros en entrar fueron el capitán Ossola, seguido por el subteniente Ricciardi y el cabo Carta. Cruzaron el vestíbulo resplandeciente y silencioso del *spa*, en el que los pasos retumbaban. La directora del centro deportivo, Luciana De Marinis, estaba pálida, despeinada, con la sombra desdibujada en torno a los ojos, parecía un mapache. Hablaba sin parar, tartamudeaba confusa; mientras acompañaba a los carabineros se equivocó de camino dos veces, primero se metió en los vestuarios femeninos y luego en los masculinos. Los cadáveres que Ossola y Ricciardi ya habían visto no eran pocos; el cabo, sin embargo, llevaba dos meses en el cuerpo. Bajo la gorra negra reglamentaria estaba pálido como las toallas usadas por los clientes y tiradas en el cesto para lavarlas. Después de las escaleras, los militares accedieron al gran vestíbulo del *spa*. A la izquierda, las piscinas. Giraron a la derecha, hacia el circuito termal. Al dejar atrás la piscina de hidromasaje, las duchas para la circulación y la sauna, llegaron a la puerta del baño turco, abierta de par en par. En el umbral, sobre el suelo de color crema, huellas de

sangre. Los carabineros miraron el interior del baño sin rozar las pisadas. El hombre estaba desnudo, con una toalla en la cintura, la cabeza hacia atrás, la mirada atónita, congelado en la rigidez cadavérica, todavía sentado en la grada alicatada de azulejos. Una herida profunda en el cráneo, la sangre le había resbalado por el cuello, luego por los hombros y el costado; había chorreado como un torrente hasta el suelo para luego derramarse por la roseta del desagüe; salpicaduras rojo oscuro manchaban los asientos de piedra, la piel del cuerpo lívida y la toalla blanca. La boca entreabierta mostraba los dientes impregnados de sangre, Luigi Sesti todavía apretaba los puños. Ossola se alejó de la escena para regresar junto a Luciana De Marinis, que se había quedado apoyada en la pared junto al circuito de duchas.

—¿Aquí hay cobertura?

—Sí... —respondió la mujer cerrando los ojos.

—Soy Ossola... Tenemos un cadáver. Es Luigi Sesti, en el baño turco del club Tre Torri, quiero aquí ahora mismo a Corti y a Piroli... No, ya los llamo yo. —Y colgó—. Ricciardi, ven conmigo. Carta, tú quédate aquí, que no se acerque nadie.

—Sí, señor.

Ossola observó con detenimiento la gran sala desde donde se accedía a los servicios. Delante de él, el baño turco, con aquellas huellas de sangre. A la izquierda estaba el circuito de duchas, y el suelo bajo las boquillas de la cromoterapia estaba seco, nadie había usado aquella instalación desde hacía horas. Al lado estaba la sauna finlandesa. El capitán abrió la puerta para echar un vistazo. El interior estaba templado, era probable que la última vez que se había utilizado fuera por la mañana. A la derecha del baño turco se abría el *caldarium*. El militar jamás había oído ese nombre. «Es un baño turco más suave», le explicó Luciana De Marinis. «En él se usa barro...» También estaba vacía la salita del *caldarium*, más grande que el baño turco, y el aire en su interior era incluso frío. La piscina hidrotermal, sin embargo, bullía casi sin hacer ruido y despedía un perfume a eucalipto y menta. A pocos pasos y a la espalda de la piscina grande se podía acceder a la zona de relax. Unas veinte tumbonas con colchones y mantas de forro polar que los clientes utilizaban para relajarse después de los tratamientos. La tenue música *lounge* que sonaba no podía ser más inapropiada.

—¿Hay cámaras?

—No, capitán... nada. Sólo en el vestíbulo de la entrada, y hay tres exteriores que dan a las salidas

de emergencia, pero aquí nada, ni tampoco en los vestuarios.

Los vestuarios estaban desiertos, sólo se veía una taquilla abierta que guardaba la ropa de Luigi Sesti. Los mangos de dos raquetas de tenis sobresalían de una bolsa negra, las zapatillas deportivas en el suelo, blancas e inmaculadas, la camiseta, los calzoncillos y los calcetines tirados al fondo del pequeño guardarropa, colgado en una percha, un anorak que parecía carísimo. En los bolsillos, Ossola encontró la cartera, un móvil apagado y las llaves de un coche, un BMW. Regresó delante del baño turco. Las pisadas rojo oscuro hablaban claro: el asesino había dejado una pista muy evidente. Mientras el militar escrutaba el suelo con atención, entraron los agentes de la Científica, envueltos en sus monos blancos. Ossola se alejó para regresar al vestíbulo.

Lunes, 9 de julio

—Adelante, capitán... Lo escuchamos —dice el presidente de la sala. Rondará los cincuenta, es bajo, tengo que esforzarme para verlo, el estrado del jurado casi lo tapa. Podría parecer un personaje del Risorgimento, un fundador de la Giovine Italia de Mazzini, con esa melena por debajo de la oreja peinada hacia atrás, la perilla puntiaguda y el bigote de manillar. Parece aburrirse muchísimo, como el capitán Ossola, que se pasa la mano continuamente por el pelo corto y pelirrojo. Está lleno de pecas y tiene una tez blanquísima, parece noruego.

—El *spa* está dispuesto de la siguiente forma: después de los vestuarios se bajan las escaleras y se accede al vestíbulo. A la izquierda están las piscinas, a la derecha los baños turcos, las saunas y los hidromasajes. La piscina principal mide veintinueve metros de largo y nueve de ancho. Recalco este detalle, señor presidente, porque es importante. De los veintinueve metros de la piscina, cuatro están al aire libre. Me explico mejor, después de los veinticinco metros, la piscina continúa unas cuantas brazadas más al aire libre hasta el jardín que hay delante del *spa*. En definitiva, si se nada bajo un cristal que queda a un metro de la superficie del agua, se puede pasar al exterior fácilmente. Es el camino que recorrió el asesino. ¿Lo ve, señor presidente? Para acceder al *spa* se pasa por delante de la recepción principal, donde hay cámaras de vigilancia y una persona fija. Los demás accesos son puertas con barra

antipánico que sólo se abren desde el interior. Hay seis, que mis hombres y yo hemos comprobado, y ninguna muestra señales de efracción.

—¿Es una suposición, capitán? —pregunta el fiscal.

—No, señor, no hay otra forma de entrar. Hemos examinado las grabaciones de la puerta de entrada y de las tres cámaras exteriores que dan a las salidas de emergencia, nadie pasó por allí. A las 19.30 se efectuaron los dos últimos accesos, Sesti y su pareja de tenis, el señor Antonino Anselmi. De nuevo según las imágenes, Anselmi salió del *spa* a las 21.00 h.

—Con la venia, señor presidente —se entromete Malaguti, de la defensa; tiene una voz bonita, está tranquilo y sereno, se toma su tiempo en leer unas notas. Lleva un papel al estrado de la presidencia—. Aquí tiene, según el informe del patólogo, el señor Pioli, la muerte de Luigi Sesti se produjo en algún momento entre las 20.00 y las 22.00, no puede ser más exacto. Por lo tanto, la salida de Anselmo a las 21.00 no lo exculpa.

—Abogado Malaguti, cuando Anselmi suba a testificar, entonces podrá sacar a relucir sus objeciones. ¿Podemos continuar, capitán Ossola?

—Por supuesto, presidente... Por tanto, no hubo efracción alguna en las puertas de seguridad, ni tampoco en las ventanas de los baños, que también encontramos cerradas, ningún vidrio roto, cerraduras y quicios intactos. Fuimos a comprobar la piscina exterior o, mejor dicho, esos cuatro metros de la piscina que dan a un pequeño prado delimitado por una malla metálica. En el lado derecho hallamos unas huellas en la hierba que conducían hasta la valla del propio jardín. En la valla, fue fácil localizar el lugar exacto

por donde trepó el asesino. La malla está ligeramente hundida, sobre el alambre de púas los hombres de la unidad de investigaciones científicas encontraron restos de piel... cuero, negro, probablemente de unos guantes. Al otro lado de la valla hay una pista de tierra que desemboca en via dei Colli, una calle que luego prosigue por la ciudad. La unidad de investigación halló huellas de neumáticos sobre la hierba fresca, compatibles con el automóvil del imputado. La reconstrucción más plausible es, por tanto, que el asesino aparcó el automóvil en el exterior del *spa* para luego trepar por la valla. Como es lógico, se desnudó y se metió en la piscina para llegar al baño turco, donde mató a Luigi Sesti. Al estar desnudo, no suscitó alarma alguna en la víctima, que de hecho fue hallada sentada sobre el mármol. Uno no entra vestido en un baño turco. A continuación, el asesino volvió sobre sus propios pasos, se vistió de nuevo, saltó la valla, recuperó el automóvil que condujo hasta via dei Colli y luego siguió recto hasta la ciudad.

—¿Hablamos de las huellas? —interviene el fiscal.

El capitán asiente.

—Claro. Las pisadas ensangrentadas fuera del baño turco pertenecen a un par de chanclas... del 43, compatible con el número de pie del imputado, marca Havaianas.

El presidente revisa los folios y asiente.

—Es todo por el momento —dice el fiscal.

Malaguti se levanta, parece un animal depredador, acecha con sus ojos claros e inteligentes, aguarda y muerde.

—Usted ha dicho hace un momento... —lee de una nota que lleva en la mano— que la unidad de investigación halló en la hierba

fresca huellas de neumáticos compatibles con el automóvil del imputado.

—Eso he dicho.

—Bien, capitán. Se trata de unos neumáticos de invierno Kleber 175/65 R15, como puede leer el señor presidente, que sin duda pueden instalarse en un Citroën C3, modelo del que efectivamente es propietario el imputado, pero también en un FIAT Panda, en un FIAT Grande Punto, en un Lancia Ypsilon o en un Ford Fiesta, por citar sólo algunos modelos. ¿Me equivoco?

—No —responde el capitán.

—Segunda cuestión. Las pisadas ensangrentadas fuera del baño turco... Si, como usted dice, el imputado pasó por la piscina, ¿qué hizo? ¿Nadó con los zapatos puestos? ¿Dónde encontró luego las chanclas? ¿Las que dejaron las huellas?

—Se los quitaría y luego se los pondría otra vez para no dejar huellas del pie descalzo ni posibles restos epiteliales.

—Curioso, ¿no le parece?

—¿Por qué? ¿No sabe usted nadar en una piscina sosteniendo un par de chanclas en la mano? Al volver, esas dichosas chanclas se habrían mojado y, de ese modo, se habrían eliminado los restos hemáticos de la suela.

El abogado leyó de nuevo el folio.

—Y dígame, capitán, de esos restos hemáticos, ¿se ha encontrado alguno en el agua de la piscina?

El capitán tomó aire, exasperado.

—¿Sabe cuántos metros cúbicos de agua hay en una piscina de veintinueve metros por nueve que alcanza una profundidad de dos metros en el punto más hondo?

—Por lo tanto... que el imputado haya nadado con las chanclas puestas es una suposición suya.

—No he dicho que haya nadado con las chanclas puestas. Lo que he dicho más bien es que se las ha quitado para meterse de nuevo en la piscina y regresar al exterior nadando. Y hay un detalle que puede ayudar, señor presidente —añade el capitán Ossola—. Para entrar en las saunas desde el vestíbulo central se gira a la derecha y, una vez doblada la esquina, hay que pasar por una pequeña fuentecita en el suelo, una especie de lavapiés, para entendernos, con poca agua, y allí sí que se han encontrado restos de sangre. Señal de que el asesino pasó por ese punto para lavarse las suelas y continuar hacia la piscina grande.

—Otra insignificancia. De la fuente lavapiés, como usted la llama, a la piscina grande, ¿qué distancia hay?

—Unos veinte metros aproximadamente.

—En esos veinte metros, ¿hay rastros que hagan suponer que el asesino se dirigió justo hacia la piscina?

—Pocos, sólo hasta a unos dos metros del lavapiés.

—Entonces, corríjame si me equivoco, en realidad el asesino podía haberse dirigido tanto a la piscina como a los vestuarios, puesto que nada nos indica lo contrario.

El capitán asiente.

—Responda, por favor —lo exhorta el presidente.

—Sí, es plausible.

—Está bien, gracias. —Y, sonriente, Malaguti se sienta.

Viernes, 9 de marzo, 19.30 h
Día del homicidio

Luciana De Marinis estaba en su despacho, delante del ordenador. Estaba cansada y sin fuerzas. Gabriele se asomó.

—Te dejo las llaves del almacén del material. —Y las colgó en un gancho del armarito.

—¿Cómo ha ido la clase con la princesita? —preguntó la directora.

El profesor de tenis hizo una mueca.

—Bah... Como siempre, no mueve el culo, ya me dirás tú. Si la bola le bota delante lo intenta, si no, la mira derrotada. —El joven se echó al hombro la bolsa con las raquetas—. Hasta luego, Luciana.

—Hasta luego.

Estaba a punto de salir, pero se quedó parado en la puerta.

—¿Te pasa algo, estás triste?

—No... Tonterías. Sólo estoy un poco cansada y aquí me queda trabajo para por lo menos una hora.

Gabriele le sonrió.

—Cógete vacaciones, hazme caso. ¡El club sobrevivirá! —Le guiñó el ojo, luego se marchó.

Luciana se puso a trabajar de nuevo. Cuentas, proveedores, redes, extractos bancarios, responder al menos veinte correos. Cuando consiguió apagar el ordenador y cerrar el despacho, a las nueve, le quedaba todavía pasar por el *spa*, pero antes necesitaba comer algo. Ettore siempre le dejaba en el bar una bandeja con un bocadillo o una ensalada que ella se comía a oscuras, delante de la pista número 1. Se sentaba en la penumbra y fijaba la vista en la central, de hormigón poroso, la única, junto a las dos de tierra batida, que podía utilizarse tranquilamente también en invierno. Bajo los faros halógenos, el verde del suelo era precioso. Le gustaba el club cuando no había nadie. Le daba serenidad y la relajaba. Entró en el vestíbulo del *spa* para hablar con Elisabetta, la recepcionista.

—Todavía queda un cliente —la informó—, es Sesti.

—¿Todavía está dentro?

—Pues sí... —respondió Elisabetta con una mueca.

—No se habrá sentido mal, ¿verdad?

—Esperemos que no, ¡ya lo que nos faltaba!

—Eli, empieza a apagarlo todo, voy yo a buscarlo.

Abrió la puerta de los vestuarios masculinos y lo llamó, pero no respondió. Fue a mirar a la piscina, el agua estaba levemente encrespada por el aire que

los orificios escupían desde el fondo, pero no había ni rastro del cliente.

—¿Señor Sesti?

La voz se apagó entre el techo y las paredes de cristal. Regresó al distribuidor y se dirigió hacia el *spa*. De un saltito superó la bañerita para enjuagarse los pies y, después de pasar delante del hidromasaje, la sauna y el *caldarium*, se fijó en que la puerta del baño turco estaba abierta. Sobre las baldosas, pisadas marrones.

—Señor Sesti, ¿está aquí?

Lo había encontrado.

Todavía lunes, 9 de julio

—¿Qué hora era?

—No lo sé, señor juez. —Luciana tiene los ojos hundidos y rojos. Debe de haber llorado mucho, quién sabe si al recordar aquel descubrimiento escalofriante o por otros asuntos suyos. A continuación niega con la cabeza y se lleva las manos a la cara, tal vez intente ahuyentar la imagen del cadáver—. Fui corriendo al vestíbulo donde estaba Elisabetta, le dije que llamara a los carabineros.

—¿No llevaba el móvil consigo?

—Sí... pero no se me ocurrió. En realidad no sé qué se me pasó por la cabeza, ¡estaba aterrorizada!

—¿Usted vio marcharse al señor Antonino Anselmi?

—No, no lo vi. Del bar al *spa* no se pasa por el aparcamiento. Puede que ya se hubiera ido, no lo sé...

Testifica ahora el subteniente Guido Marinetti. Unos cuantos kilos de sobra, la chaqueta parece un par de tallas más pequeña. ¿No tendrá calor?

—Al entrar en el domicilio de Cappai Carlo, encontramos una habitación cerrada bajo llave. Una vez forzada la cerradura, hallamos una mesa llena de archivadores que contenían documentos fotocopiados del archivo, fotografías, artículos de prensa, también

mapas, todo relacionado con la víctima, Luigi Sesti. Eso es, para mayor claridad proyectaremos las fotos.

Al cabo de unos segundos, detrás del subteniente aparecen las fotos del despacho de Cappai, desnudo salvo por un trapo que no se distingue colgado en una pared. Parece una habitación abandonada si no fuera por la enorme mesa en el centro cubierta de montones de carpetas y folios.

—Cappai había seguido los desplazamientos de Sesti durante años, más o menos cuarenta, a través de periódicos italianos, argentinos, sudamericanos, suizos. Conservaba fotos, mapas. Luego, como se deduce de la imagen, clavada en la pared estaba esa bufanda, una bufanda de lana multicolor fijada al muro con clavos...

El objeto, dentro de un sobre, yace ahora en la mesa frente a la presidencia. Carlo parece mirarlo con aprensión.

—... un perfume Miss Worth de Worth, viejas fotografías de una chica cuya identidad hemos verificado: se trata de Giada Cannavò, fallecida en el hospital el 12 de mayo de 1977, tras sufrir un ataque a las 11 de la mañana en via Mascarella, en el transcurso de una manifestación que derivó en enfrentamientos entre los manifestantes y las fuerzas del orden.

—Por favor, subteniente, ¿puede decirles al jurado y al presidente quién fue acusado de aquel homicidio en ese momento? —le pide el fiscal.

El subteniente levanta la vista de los papeles.

—Luigi Sesti.

Esta vez la sala presta atención. He sentido que un escalofrío recorría los bancos y las sillas. Este detalle no lo conocía nadie. El fiscal sabe lo que hace, eso sí que es un móvil, y como quien no quiere la cosa se lo ha soltado al jurado.

—Sí, presidente. Tuvo lugar el juicio en primera instancia y el recurso de apelación contra Luigi Sesti, que fue absuelto por no haber cometido el delito. Quien lo acusaba en aquel entonces era Carlo Cappai, testigo ocular de la agresión en perjuicio de Giada Cannavò. Eso es... —El fiscal se acerca al presidente y le entrega unos folios.

El archivista sigue allí, impasible, continúa sin quitarle ojo al ventanal; Malaguti se lo esperaba, no se inmuta.

—Secretario, que conste en acta... —Malaguti levanta la cabeza —. Subteniente... —Se levanta y se inclina apoyando los nudillos en la mesa—. Usted acredita la tesis de la acusación que sostiene que la premeditación del homicidio se remonta a una historia del pasado jamás olvidada por Cappai. Dado que ha analizado la documentación hallada en el despacho del imputado, seguramente podrá ayudarnos con algún detalle.

—Por supuesto.

—Veamos... Luigi Sesti regresó varias veces a Italia, corríjame si me equivoco. Tenemos una primera visita en el 84, cuando durante un mes trabajó en la fábrica familiar, luego en el 92, en el 94 y de nuevo en el 2000, 2009 y también 2010. ¿Me he saltado algo?

El subteniente coteja con los documentos.

—No, diría que no.

—Bien. Cada vez que Sesti regresaba al Palazzo Gustavi... Aclaro para el jurado, Palazzo Gustavi es la residencia de la familia Sesti...

Decía, cada vez que regresaba se quedaba unos días en la ciudad... Tres, cinco días, o incluso un mes, antes de emprender de nuevo el vuelo. Corríjame si me equivoco.

—Según los documentos de Cappai, eso es lo que se deduce, sí. Y añado que los hemos comprobado, los apuntes de Cappai son exactos y están contrastados.

—Bien. Pues, entonces, ¿me explica por qué motivo Cappai esperó todo este tiempo antes de, como sostiene la acusación, atacar a Sesti? Es una pregunta que quizá usted también se haya hecho, y que yo también le hago al jurado. ¿Ha dado con alguna respuesta? —Y pone las manos en jarras.

Marinetti hace una mueca.

—No, no tengo una...

—He comprobado las fechas —lo interrumpe el abogado—. Cappai siempre se encontraba en la ciudad, primero era estudiante, y tal vez, se lo concedo, demasiado joven para llevar a cabo un acto tan atroz, siempre a tenor del razonamiento de la acusación. Sin embargo, más adelante es ya un hombre adulto, por ejemplo, de diciembre del 92 a febrero del 94 presta servicio en la policía. Luego, a finales del 95, empieza a trabajar en el archivo, en el tribunal... Ocasiones no le faltaron; habilidad y astucia tampoco. ¿Entonces por qué esperar hasta ahora, coincidiendo con un funeral por el que Sesti regresó para despedirse de su padre y tras el cual habría vuelto a marcharse al cabo de poco? ¿No le parece un hecho curioso? Que lo odiaba es cierto, que haya alimentado una especie de obsesión por ese hombre, ¡por supuesto, Dios mío! ¡Uno no observa y estudia y sigue durante años a una persona por pasar el tiempo! Pero de ahí a afirmar su intención homicida ¡hay un buen trecho!

Si miro los ojos de los miembros del jurado popular, diría que Malaguti ha conseguido sembrar una duda razonable en sus cerebros. Conmigo, por ejemplo, lo ha conseguido. Que a lo mejor lo consulto con la almohada y se me pasa, pero me deja rumiando. Todos estos años inactivo, ¿por qué?

—Presidente —interviene el fiscal—. Señor presidente, está en las actas de las páginas siguientes. —El presidente hojea una pila de folios, el fiscal prosigue—: Debemos cotejar las fechas, es muy importante. Como puede deducir de la tabla facilitada a la presidencia y al abogado, que es evidente que lee poco y estudia menos, la víctima regresó a la ciudad en los años 2000, 2009 y 2010. Exceptuando los años anteriores al 94, cuando el acusado era policía, explico por qué no atacó antes. En 2000, Sesti estuvo en Italia del 12 al 19 de marzo. Cappai esos días estuvo ingresado en el policlínico de Sant'Orsola por una apendicitis, como consta en los documentos que he presentado ante este tribunal. De nuevo, en 2009, Sesti regresó del extranjero y permaneció en Italia del 13 al 18 de agosto; en esos días Cappai se ausentó del trabajo, se encontraba de vacaciones en Barcelona, y en este caso también he adjuntado la documentación necesaria. Por último tenemos el año 2010, en el que Sesti sí estuvo en Italia, pero era Navidad, y la pasó en Cortina. —El fiscal toma aliento—. Nada nos impide pensar que Cappai lo intentara, pero hubo un contratiempo. La casa de Cortina estaba impracticable debido a una fuga de agua y la familia pasó las vacaciones en Casa Cattaneo, propiedad de unos parientes por parte de madre. Y luego los últimos días en el hotel Cristallo... Básicamente, creo que le faltó tiempo y capacidad para organizar allí el asesinato.

El presidente toma nota de sus palabras, aparta los folios. El fiscal empieza a hablar de nuevo.

—Hay otro detalle que se ha pasado por alto y que, sin embargo, tal vez debería ponerse en conocimiento tanto de usted como del órgano judicial. Se trata de la bufanda, la que estaba clavada en la pared. Por medio de fotografías... Proyectaremos una... Fotografías, de nuevo, halladas en el despacho, por llamarlo de alguna forma, de Cappai... —Aparece en la pantalla el retrato de una chica con una colorida bufanda en torno al cuello. A juzgar por el magenta, es una foto de los años sesenta—. Eso es, ¿lo ven? La bufanda pertenecía precisamente a Giada Cannavò, víctima de la agresión, según el testimonio de Cappai no corroborado por la sentencia, de Luigi Sesti. A mi modo de ver, esto completa la escena: Cappai ha tenido en mente el recuerdo constante de este amor de juventud y, a todos los efectos, todo apunta a una venganza.

El fiscal quiso la última palabra. Malaguti no se la concedió.

—Esto también es una suposición, presidente. También hay un perfume de mujer, que la acusación ahora dirá seguramente que pertenecía a Cannavò... ¡pero eso no significa que Cappai pensara desvalijar una perfumería!

En la sala alguno se echa a reír. El fiscal abre los brazos.

—Pero, por favor, ¡deje el absurdo para el teatro, Malaguti!

—No es ningún absurdo, ése es, si acaso, su razonamiento. Tiene una bufanda clavada en la pared, seguramente sea un recuerdo, una manera desesperada de aferrarse a algo que perdió y de lo que no es capaz de prescindir. Eso mismo demuestra el análisis psicológico del imputado llevado a cabo por el doctor Franchini, conocido psicoanalista de la ciudad...

—No se admite —objeta el fiscal—. El doctor Franchini, con todo el respeto, no es psiquiatra forense.

—En cualquier caso, déjeme terminar... Decía, podríamos estar ante una renuencia, un rechazo a borrar un dolor. Cappai, aferrándose al pasado y al recuerdo de su amiga, a su amor por ella, habría intentado permanecer en aquellos días de su juventud, es decir, no afrontar jamás la realidad de la pérdida, actitud acreditada por otra parte por el hecho de que Cappai no asistiera al funeral de su padre ni tampoco al de su madre. Un sujeto, por lo tanto, que tiene graves problemas con la idea del abandono, ¡y así lo demuestra esta colección, por llamarla de alguna forma, que atesoraba en su despacho! Y hasta el perfume, en el caso de que perteneciera a Giada Cannavò, sería una prueba más de lo que estoy diciendo. Si todo eso no es suficiente, tengamos en cuenta que Cappai sigue viviendo en casa de sus padres, no sólo sin haberla modernizado nunca, ¡sino sin ni siquiera haber cambiado la disposición de los muebles! Nunca se ha casado, no se le conocen relaciones sentimentales y, de nuevo según el doctor Franchini, Cappai trabaja en un archivo: ¿qué otro lugar podría ser más emblemático y significativo, destinado como está a conservar el pasado? ¿Donde el propio pasado es el protagonista? Ha archivado su vida, su dolor, como hace con los expedientes de los procesos, la ha colocado allí, contra una pared, para poder mirarla siempre y de ese modo impedirse a sí mismo vivir.

—No creo que este análisis de tres al cuarto pueda exculpar al imputado, señor presidente —interviene de nuevo el fiscal—. Una cosa es archivar fotos y tener una relación tal vez fetichista con una serie de objetos, y otra es seguir de forma obsesiva los

desplazamientos de Luigi Sesti durante cuarenta años. Es una conjetura, y hasta bastante exagerada, una fantasía literaria, un intento desesperado de la defensa de responder a pruebas que la acusación considera aplastantes.

En cualquier caso, no obstante, el jurado la ha escuchado, le está dando vueltas; eso es lo que está haciendo Malaguti, ahora lo entiendo, siembra dudas y sospechas bajo tierra, pone trabas en el camino a los miembros del jurado, que se imaginaban una excursión por el campo y, en vez de eso, de repente se descubren en un terreno minado; es más, alguno podría empezar a cuestionar la certeza de la culpabilidad de Cappai. Si me metiera en algún lío, me gustaría contar con un abogado como él.

—La autopsia se practicó cuatro horas después del hallazgo del cadáver. —Habla el patólogo forense.

Todos empiezan a estar algo cansados, lo noto. Hay gente que se ha marchado, los periodistas resistimos aferrándonos a los bancos, el presidente y el jurado no aguantan más. Mientras los observo, pienso que ojalá nunca me toque formar parte de un jurado popular. Juzgar a los demás me da escalofríos. Si fuera uno de ellos, ¿qué pensaría? Que todo apunta contra Cappai. Hay un móvil, no tiene coartada, la reconstrucción del capitán parece correcta, pero también tienen su peso las dudas sembradas por Malaguti. La intención es una cosa, el acto es otra. Puedo desear con todas mis fuerzas la muerte de un ser humano, pero asesinarlo es una historia totalmente distinta. Observo al archivista. Da la impresión de que el debate no va con él. Continúa mirando fijamente la ventana con las

manos apoyadas sobre el regazo. No muda la expresión, no hace nada. Quizá esté concentrado escuchando, o tal vez no vea la hora de que todo acabe para regresar a la celda.

—He podido situar la muerte entre las 20.00 y las 22.15, hora en que se halló el cuerpo. No podemos ofrecer el horario de la defunción con una precisión quirúrgica. Podemos señalar un intervalo, en este caso bastante acotado.

—En ese caso —insiste Malaguti—, ¿estamos diciendo que podría haber muerto mientras Anselmi todavía estaba allí, dado que abandonó el *spa* a las 21.00 horas?

—¿Otra vez? ¡Presidente! —protesta el fiscal—. ¿Otra vez con Anselmi?

—Yo me ciño a los hechos, presidente, y esto es un hecho. Tenemos un paréntesis de una hora y media en el que Anselmi y Sesti están juntos en el *spa*. Y en esa hora y media, me perdonarán, nada excluye que Anselmi hubiera podido cometer el asesinato.

—Continúe, doctor —interviene el juez para devolverle la palabra al forense.

—En el estómago encontramos líquido, un reconstituyente que evidentemente hacía poco que había tomado. La causa de la muerte es bastante clara. La víctima sufrió un golpe asestado con un objeto puntiagudo, de acero, que provocó la fractura del hueso parietal con escape de materia cerebral.

—¿Puede decirse que murió en el acto? —le pregunta el fiscal.

—Sí, el asesino empleó una fuerza considerable, podemos deducir este detalle de la profundidad de la herida...

—¿Con una piqueta? ¿Una barra?

—Me inclinaría por un piolet. Con una punta en un lado.

—Yo diría que eso excluiría por completo a Anselmi de los sospechosos, ¿no cree, señor presidente? —interviene el fiscal—. ¿Se lo imagina usted dirigiéndose junto a Sesti hacia el baño turco con un piolet de montaña?

Hay quien ríe en la sala. Sonríe hasta el presidente, discretamente, bajo el bigote de manillar, pero no Malaguti, que se levanta.

—Nadie ha afirmado nunca que los dos fueran juntos al baño turco.

—Como ya le he dicho, abogado, cuando Anselmi sea citado por este tribunal, se lo preguntaremos. —El presidente mira el reloj—. Aplazamos la sesión hasta mañana a las once...

Junto a él se levanta el jurado popular, los carabineros recogen a Cappai, todos abandonamos sillas y bancos con un suspiro de alivio. Era insoportable seguir allí dentro. Espero que mañana funcione el aire acondicionado.

Pergeño el artículo en menos de media hora y lo dejo sobre la mesa de Elena. Parodi me ha revelado el nombre del fiscal: Invernizzi, como la marca de queso *stracchino*, fácil de recordar. Al salir le he preguntado:

—Salvo, ¿crees que durará mucho?

Ha torcido la boca.

—No lo sé, Walter, hay que tener en cuenta que Malaguti es una mala bestia, no tira la toalla sin más. ¿Se alargará la cosa? Si Invernizzi no tiene un as en la manga, cerrar el asunto no será facilísimo.

—¿Tú habías visto alguna vez al acusado?

—Nunca —me ha respondido.

—Yo sí, un par de veces que he ido al archivo, el del tribunal. Es de locos.

—¡Andretti!

Me doy la vuelta. Elena lleva en la mano el folio con el artículo, lo sujeta entre el pulgar y el índice como si le diera miedo ensuciarse.

—¿Sí?

—¡Me hacen falta ocho mil caracteres! —me dice.

Voy a su despacho. Cojo el artículo y sin mediar palabra vuelvo al ordenador, ella se me acerca. Wikipedia, que estaba a punto de salir, se detiene en la puerta y aguza el oído para escuchar, pero Elena, inclinándose hacia mí, me habla en voz bajísima.

—Está lleno de erratas, es plano, no es propio de usted. Se nota que lo ha hecho en media hora.

Yo levanto la cara del monitor, pero doña Elena Barilli ya se ha marchado de mi escritorio, la veo cerrar la puerta de su despacho. Miro a Wikipedia, que sigue con la mano en la manilla y me guiña un ojo. Lo mando a la mierda en silencio. Me pongo a trabajar. Elena tiene razón. Hay que reescribir el texto. Si espabilo, puede que me dé tiempo a tomar el aperitivo con Rossella y los demás.

—Debe de ser duro estar en la sala de un tribunal en pleno verano —me dice Rossella mientras da sorbitos al martini en el bar.

¿Por qué me había obsesionado tanto con ella? La miro y no lo entiendo. Los labios, sí, puede que fuera por eso. Tiene los ojos pequeños y un pelín separados, la nariz chata. Pero las piernas y el pelo... El problema es cuando me mira, que me entra frío en la piel, como si me soplaran. Esta noche Ugo no se ha apuntado, Grazia sí.

Es guapa, Grazia, pero también es la mujer de Ugo, terreno prohibido para mí, vetado, cerrado con seis vueltas de llave.

—¿Fue él? —quiere saber.

En la ciudad, quien más quien menos, todo el mundo quiere saberlo.

—Pues... —Me hago de rogar—. Es probable. Hay una montaña de pruebas contra este tipo. ¡En una habitación de su casa guardaba documentos, artículos, fotos, todo sobre Sesti! Siguió a la víctima durante cuarenta años. Esperaba el momento perfecto para atacar.

Rossella abre los ojos como platos.

—¡Un psicópata! —exclama.

—Un obseso, eso seguro. Pero que también os quede claro que Sesti era un hijo de puta. En 1977 estuvo acusado por el homicidio de una chica, Giada Cannavò, amiga de Cappai, que en el juicio testificó precisamente contra Sesti, pero la cuestión es que Sesti era alguien potente, ya conocéis a la familia, así que se libró y se largó de Italia, la historia de siempre. Estaba podrido de dinero, tuvo mil oficios e hizo mil gilipolleces, al parecer tiene un montón de hijos repartidos por Costa Rica, Argentina... Y Cappai se la tenía jurada.

Rossella me mira extasiada.

—¿Y luego?

—Luego murió el padre de Sesti, el abogado, Attilio, y su hijo regresó para el funeral...

—Sí, me acuerdo, escribiste un artículo memorable al respecto —me dice Grazia, y se ríe.

—¿De qué coño te ríes? —Aunque yo también me estoy riendo—. En fin. Total, que el tío regresó a Italia y tres días más tarde, ¡zas!, lo mató.

—Es de locos —susurra Rossella—. Lo esperó cuarenta años. —Y asiente.

—Pues sí, siempre y cuando Sesti fuera culpable —comenta Grazia, y tiene razón.

Rossella se enciende un cigarrillo y añade:

—¿Un tribunal decidió que Sesti era inocente y él rectificó la sentencia? —Y echa el humo por la boca.

—¿Qué es, una especie de Charles Bronson, un justiciero? —pregunta Grazia.

—Tendríais que verlo en la sala. Parece que la cosa no va con él. Está allí, mira las ventanas, ni un bostezo, ni una mirada a la sala, nada.

—¿No será un asesino en serie? —se aventura Rossella.

—Rossè, los asesinos en serie sólo existen en las películas. Éste es uno que se ha vengado. Y punto.

—Cuarenta años... —dice Grazia en voz baja—. Vaya si ha tenido paciencia.

En casa hace un calor que te mueres, no consigo pegar ojo. Hay un detalle que me chirría, una frase que hemos dicho esta noche, con el tercer martini. No recuerdo con exactitud, pero en cuanto la he oído (¿quién la ha dicho?, ¿yo?, ¿Grazia?, ¿ha sido Rossella?) he percibido un sonido desafinado, como de un jarrón roto.

Tengo que intentar recordarla y apuntarla en el cuaderno.

Voy hasta la ventana para asomarme a la calle. Sudo. De los pórticos sube tufo a orina. Qué oscura es esta ciudad de noche, como si las farolas funcionaran con bombillas de 10 vatios. Es

tétrica, puede dar miedo si no estás acostumbrado, si no has nacido aquí. Hay demasiada historia anclada a los muros y entre los ladrillos de estas calles y bajo los pórticos. Y demasiados fantasmas. Se los oye caminar de acá para allá sobre el mármol y el empedrado, no la dejan, les han cogido cariño a estos muros, torres y ventanas. Tal vez sea el motivo por el que mantienen las luces bajas y anaranjadas, para no molestarlos. Me entran ganas de bajar a caminar hasta que amanezca. Se me ha antojado un cucurucho de chocolate y pistacho.

Martes, 10 de julio

—¿Cuándo se pusieron de acuerdo para el partido de tenis?

El señor Anselmi se incomoda. Es un hombre guapo, se mantiene en forma, creo que su traje cuesta lo mismo que mi salario mensual.

—En el... en el funeral de su padre. Sí, lo sé, puede parecer una falta de tacto, pero a Sesti le apetecía echar un partido conmigo, hace años que nos retamos. Y concretamos día y hora.

—¿Lo concretaron, por tanto, en la iglesia?

—En la iglesia, sí... También me preguntó si había sauna o baño turco. A Luigi le chiflaban...

Viernes, 9 de marzo, 20.00 h
Día del homicidio

—Seis-tres, seis-cuatro: teniendo en cuenta que estoy desentrenado, podía haberme ido peor... —dijo Sesti descalzándose—, pero la próxima, Antonino mío, en tierra batida... El cemento es demasiado rápido para mí... —El rostro mutó en una mueca cuando se levantó del banco—. Joder, la espalda.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Antonino Anselmi enjugándose el sudor de la cara con la toalla.

—¿Aparte de la espalda?

—Me refería a tu padre... Se le echará de menos.

—¿Qué quieres que te diga? —Se quitó la camiseta y la tiró al suelo—. Tenía más de noventa años, hacía tiempo que era un vegetal. Vivió su vida, me da pena, sí, pero me lo esperaba... Lo único es que ahora no me apetece ducharme antes del baño turco. ¿Te vienes conmigo?

—¿Estás loco? Media hora de hidromasaje en la piscina y luego a casa. Esta noche mi mujer ha invitado a cenar a un par de compañeros del hospital.

—¿Quiénes son?

—Dos médicos. Un coñazo de agárrate y no te menees. Tengo incluso que pasar a recoger el postre, y no puedo llegar tarde. —Se pusieron el albornoz para salir del vestuario.

—¿Cómo van las cosas en el despacho, Antonì?

—Van. Lo de siempre. ¿Tú te vuelves a Ginebra?

—En cuanto pueda. Arreglo los asuntos de mi padre y me voy. Total, dentro de nada tendré que volver por mi madre, ¿qué te crees?

—Tu madre nos enterrará a todos.

Cruzaron el distribuidor. Luigi echó un vistazo a la piscina.

—Guau, no hay un alma...

—Ah, pues mejor, todo el *spa* para nosotros...

Sesti se volvió de golpe.

—¿Lo has oído?

—¿El qué?

—Puede que sí que haya alguien.

Antonino se asomó a mirar la piscina, luego dio media vuelta.

—No, no hay nadie... Escucha, Luigi, habría un tema pendiente... —Se enjuagaron los pies en la fuentecita—. Por cierto, la próxima vez tráete las chanclas, que aquí vas a pillar hongos —sugirió el abogado a Luigi, que se encogió de hombros.

—Antonì, yo he estado en sitios donde los hongos eran lo de menos... En Nicaragua, en un burdel,

ninguna de las putas llevaba zapatos... Me tiré seis días meando sangre. —Y rompió a reír.

—No seas idiota, tengo dos pares...

—Déjate de chanclas. ¿De qué estabas hablando? ¿Qué tema pendiente?

—Me han llamado del banco. La típica tocada de pelotas del director... Coge y me dice: sé que Sesti ahora mismo está pasando por un mal trago, por la muerte del padre, pero... —imitó bien la voz nasal del dirigente.

—¿Qué se piensa, que no voy a devolvérselos? Antonì, ¡que son quinientos mil euros!

—Quinientos cuarenta y cinco mil, Luigi.

—Pasado mañana voy y le firmo un cheque.

—Perfecto, estupendo, que si no sigue dándome el coñazo y no me deja en paz. —Anselmi se sumergió en el agua—. ¿Te haces primero el hidromasaje conmigo?

—No, yo el baño turco...

—Como prefieras. La verdad es que un par de zorritas nos vendrían de lujo...

—Si te las hubieras traído, también me hacía yo el hidromasaje... —Y, riendo, se alejó.

—¡Luigi! —La voz de Anselmi retumbó en las salas desiertas.

—A ver...

—¡Mira que me basta con mover un dedo!

Oyó a Sesti reírse desde el fondo.

—¡Ya, claro! Pues entonces pasado mañana organizamos una cita los cuatro... ¿Están buenas?

—¿Tengo pinta de comerciar con mercancía estropeada?

—Antonì, pero ¿qué es esto del *caldarium*?

—¿El qué?

—¡El *caldarium*!

—Ah... espera... —Apagó el motor hidráulico del masaje—. Es una especie de sauna, pero más suave. Cincuenta y cinco grados, pero hay que hacerlo con barro... ¿Por qué?

—A lo mejor lo pruebo...

Anselmi oyó que su amigo trasteaba con la manilla.

—No, no hay nada que hacer, está cerrado. Una lástima, queda más elegante decir: ¡he estado en el *caldarium*!

—¡Anda y vete a la mierda! —Y Anselmi encendió de nuevo los chorros de aire de la piscina.

Todavía martes, 10 de julio

—... y entonces entró en el baño turco... aunque no fuera nada del otro mundo, como dijo mi amigo. Cuando salí, no fui a despedirme de él. Tenía que ir corriendo a recoger el postre a Santo Stefano o me lo encontraría cerrado. —El abogado Anselmi es especialista en derecho civil, de esto me acabo de enterar. Se siente a sus anchas en un juicio, habla la misma lengua—. Le grité adiós desde lejos...

—¿Y él respondió?

—No... No lo recuerdo. Salí del hidromasaje y me largué, ya lo he dicho, tenía prisa.

—Usted, señor Anselmi, salió del *spa* a las 21.00 horas, así lo constatan las grabaciones de seguridad —le dice Malaguti—. ¿No es un poco tarde para ir a una pastelería?

—Soy amigo de la dueña, me había dejado la tarta en el obrador... Pregúntenselo, siempre hago el encargo por teléfono y ella muchas veces me lo deja allí.

—Entonces, usted sale del hidromasaje y se despide de Sesti. Es importante que recuerde si le respondió —se entromete Invernizzi.

Anselmi cierra los ojos por un instante. Está regresando a aquella noche, pero luego niega con la cabeza.

—No, no lo recuerdo.

—En definitiva, usted le dice adiós a su amigo, no recuerda la respuesta y sale del club de tenis, de acuerdo con las imágenes de la

cámara de vigilancia de la entrada. Si quiere, señor Malaguti... puede interrogar al testigo.

—Sí, claro. Gracias. —Malaguti no mira al testigo—. Sesti no pudo responderle, si quiere se lo explico. La puerta del baño turco debe permanecer cerrada; de lo contrario, el vapor y el calor salen y el baño pierde su finalidad.

—Sí, tal vez tenga razón.

—No, de tal vez nada, las cosas sucedieron así. A menos que usted en realidad sí que fuera al baño turco y no para despedirse...

—¡Por favor! —estalla el fiscal—. El abogado Anselmi no fue al baño turco y demostrarlo será tarea de esta institución, presidente...

—Letrado Malaguti, se lo ruego... cíñase a los hechos —interviene el presidente tocándose la perilla puntiaguda.

—Letrado Anselmi, ¿usted y Sesti eran amigos? —pregunta Malaguti.

—Sí, por supuesto, desde tiempos del instituto. Puede decirse que Luigi y yo nos criamos juntos.

—¿Jamás un roce?

Anselmi se encoge de hombros.

—Alguna tontería de nada.

Malaguti coge unos papeles.

—Por ejemplo, y leo un documento bancario... —Levanta el folio hacia el presidente—. Aquí consta una deuda de quinientos cuarenta y cinco mil euros de Sesti con el banco. —Alza la vista y con ojos duros y fríos apunta a Anselmi—. El director del banco, corríjame si incurro en alguna inexactitud, seguía dirigiéndose a usted para recuperar el descubierto. ¿Es cierto?

—Sí, es cierto, pero yo era un mero intermediario, nada más. Mi bufete representa a ese banco.

—Entonces usted afirma, letrado, que es poco más que un intermediario. ¿El dinero era realmente del banco?

Anselmi no responde. Toma aliento. Mira a Invernizzi, luego al presidente.

—La tuya es una pregunta retórica, porque habrás hecho tus averiguaciones, Ernesto.

—Limítese a responder, letrado —interviene de nuevo el presidente—, y recuerde que en la sala el trato de usted es obligatorio, aunque todos nos conozcamos desde hace años.

—Tiene razón, presidente, mis disculpas. No, no era del banco. Se trata de un dinero que proviene de un fondo de inversión cuyo propietario es el bufete que represento.

—¿Puede ser más preciso? El bufete que usted representa es el titular, señor Anselmi, pero en realidad el dinero es suyo.

—Una parte, una parte del dinero es mía.

—Bien. ¿Puedo preguntarle cómo es que de ese fondo se hizo un préstamo al señor Sesti?

Anselmi está incómodo en la silla acolchada. Normalmente está al otro lado de la barrera, es él quien hace las preguntas.

—Luigi jugaba a lo grande. Hace siete meses me pidió un préstamo porque no podía solucionarlo en familia. Fui yo mismo quien le llevó el dinero a Ginebra. En cuestión de pocos meses, me dijo, me lo devolvería.

—Pero los meses pasaban y los quinientos y pico mil descuadraban la caja.

—Yo de Luigi me fiaba a ciegas. Al fin y al cabo, letrado, es hijo de Donata Sesti Cattaneo, dinero tenía todo el que quería y más. Luigi era despistado, andaba liado con las cosas de la vida, la suya era una situación bastante complicada, con esposas e hijos desperdigados más o menos por todas partes... Para él, quinientos cuarenta y cinco mil euros eran poco más que una mensualidad.

—Lo serán, letrado, pero para mí y para muchas de las personas en esta sala quinientos cuarenta y cinco mil euros son un montón de dinero. Me figuro que para usted también será calderilla, aunque por su declaración de la renta no lo parece.

—Evite las vulgaridades, Malaguti —truena el presidente.

—Mis disculpas. Tengo una última pregunta. Señor Anselmi, ¿es cierto que es usted un apasionado de la montaña?

—Sí. Todos los años voy a esquiar a Arabba. ¿Por qué?

—¿Nunca ha esquiado fuera de pista?

—No... Soy un esquiador raso, letrado Malaguti, así que lo mío son las estaciones, el teleférico y las pistas batidas, para entendernos.

—Pero de material sabe bastante.

Interviene el fiscal.

—Si adonde quiere ir a parar es a que el señor Anselmi tiene conocimiento de dónde se puede comprar un piolet para hielo, la respuesta se la doy yo, y la respuesta es: sí. Como otros treinta millones de italianos que usan internet.

La sala ríe.

—No, señor Invernizzi, adonde quería ir a parar no era a eso. Sino a esto. —Y levanta un folio—. Son algunas fotos de su perfil de Facebook, señor Anselmi. Me consta, y dígame si me equivoco, que

hace dos años fue en compañía de una serie de amigos de la familia y de un guía de montaña a escalar la cascada de hielo de Fontanazzo en el valle de Fassa, en Trentino. ¿Es correcto?

—No se equivoca, y en verano hago escalada en pared por vías sencillas con mi mujer y algunos amigos. Si quiere saberlo, equipamiento invernal para hielo no tengo, ni jamás he comprado un piolet.

—He acabado, presidente —dice finalmente Malaguti, satisfecho.

—Un momento —tercia Invernizzi. Pierde tiempo, comprueba unos folios, mira a Anselmi, luego a Malaguti. Tal vez esté en un aprieto—. Debo preguntarle por un detalle fundamental. ¿Recuerda usted si Luigi Sesti, el día del homicidio, al entrar en el baño turco, llevaba puestas unas chanclas de las de tira entre los dedos?

Malaguti muda el gesto. No se lo esperaba.

—No, no las llevaba.

—Bien, ¿y puedo preguntarle cómo es que lo recuerda?

—Porque quise prestarle unas mías, yo llevaba dos pares, pero él las rechazó. Lo advertí de que se arriesgaba a pillar hongos, pero él se lo tomó a broma y me dijo: «¡He estado en sitios donde los hongos eran lo de menos!» Y se echó a reír.

—¿Qué sitios?

—Sitios un tanto... extremos, eso es.

—Usted, señor Anselmi, ¿recuerda la marca de sus chanclas de dedo?

—No uso de ésas, nunca he tenido, me hacen daño. Uso chanclas de las de tira ancha. Y la marca no la recuerdo.

—Señor presidente, querría exponer que las pisadas encontradas fuera del baño turco evidenciaban el uso de chanclas de dedo de

tipo playa, número 43 y marca Havaianas, que ni la víctima ni el señor Anselmi llevaban puestas, lo cual confirma la hipótesis del capitán Ossola de que el asesino llegara provisto de ese calzado y no entrara por la puerta delantera, sino, como se desprende de las grabaciones, por la piscina. De lo contrario, el abogado Malaguti deberá explicarnos la presencia de esas pisadas, ya que los dos únicos clientes, Anselmi y Sesti, no llevaban chanclas de dedo. Ahí reside la prueba, letrado, de que Anselmi nunca fue al baño turco, y de que quien sí lo hizo fue alguien que llevaba unas Havaianas del número 43. —Y tomó asiento.

La sala se ha quedado de piedra. Malaguti ha recibido la andanada en toda la cara. Le han preparado el bocado envenenado con toda la calma, lo han hecho hablar y hablar y hablar y luego han asestado el golpe. Invernizzi le ha dado la vuelta a la tortilla. Lo veo por las caras del jurado. Para ellos Cappai es ahora culpable. Malaguti no sabe qué hacer. Mira las notas, luego se inclina y susurra algo al oído de su ayudante, que escribe algo en la agenda. El archivista no se inmuta, observa el ventanal y no le devuelve la mirada al abogado. Como de costumbre, parece que todo aquello no vaya con él.

—Que Anselmi no use ese tipo de chanclas es sólo una afirmación suya. Justo por esas huellas podría...

Invernizzi hace un gesto a un carabineros, que acto seguido presenta ante el presidente una bolsa de plástico transparente en cuyo interior hay una bolsa de deporte llena de raquetas de tenis.

—Presidente, hemos retirado del domicilio de Anselmi la bolsa de marras, que contiene dos pares de chanclas de piscina de tira ancha.

Además... —Hojea los folios hasta extraer el que busca—. Además está el expediente médico del doctor Mosca, dermatólogo de confianza de Anselmi, que atestigua la presencia de una psoriasis en los dedos del pie que hace intolerable el uso de ese tipo de calzado por parte del señor Anselmi. —Invernizzi deposita el folio ante el presidente. Mientras vuelve a su sitio, mira a Malaguti. El rival ha subido a la red y, con una hábil volea de revés y de espaldas, manda la bola a la intersección de las líneas, inalcanzable para Malaguti. Punto, juego y set para Invernizzi.

—Yo todas las tardes excepto el miércoles, que es mi día libre, le dejo la cena en el bar a Luciana, perdón, a la señora Luciana De Marinis. Ella tiene las llaves. No le da tiempo a ir a casa, debe cerrar el *spa* a las diez y media.

Ettore es alto y tiene barriga cervecera. Le quedaría bien el bigote, se parecería al anuncio de una cerveza. En la sala estamos los de siempre, y Cappai sigue mirando fijamente la ventana en lo alto. Viste un polo azul. Lo que daría por charlar un rato a solas con él. Entonces sí que me saldría un artículo de verdad. ¿De dónde me viene ahora esta querencia por el trabajo?

—¿A qué hora cierra el bar?

—A las siete.

—¿Recuerda si aquella tarde también le dejó la cena a la señora Luciana De Marinis?

—¿Qué día?

—El 9 de marzo —dice el fiscal.

—No, quiero decir, ¿qué día de la semana?

—Viernes.

—Pues entonces sí. Ha pasado cierto tiempo, tampoco es que lo recuerde con exactitud.

—Cuando los investigadores acudieron a usted, el día después del hallazgo del cadáver, respondió que había dejado el bocadillo de siempre y un zumo de fruta. ¿Es correcto?

—Si lo dije, sí, es la verdad. ¿Por qué iba a mentir?

Viernes, 9 de marzo, 19.00 h
Día del homicidio

Ettore puso el bocadillo bajo la tapa de plástico y al lado el zumo de fruta. Apagó las luces, cerró con llave la puerta del bar. La tarde era templada, aunque la primavera todavía estaba lejos. Al llegar a la explanada echó un vistazo a los automóviles. Estaban el Volvo de Luciana, el Panda de Elisabetta, dos BMW negros, evidentemente de algún cliente, un Mercedes blanco, el de la princesita, y el coche de Gabriele, el profesor de tenis, el automóvil de sus sueños, el Land Rover Defender. Y encima Gabriele vivía en la ciudad, ¿para qué quería aquel todoterreno? A Ettore se le iban los ojos tras él desde hacía meses. Negro, reluciente, la toma de aire elevada, la baca Expedition, la escalerilla extraíble para acceder al techo, las llantas Tyrex Beadlock, una obra maestra. ¿Cómo podía un profesor de tenis permitirse un coche como aquél? Lo miró y lo remiró unos minutos antes de subirse en su Ford Focus manchado de barro, porque él sí vivía en el campo, a él sí podía venirle bien un 4×4 así, con el enganche para el remolque. Dio marcha atrás para salir del aparcamiento. Eran las siete de la

tarde, la hora a la que empezaba su programa favorito en Radio Capital. De repente, delante de los faros se detuvo la figura blanca y cegadora de una mujer de alrededor de metro sesenta que lo saludó. La princesita. Que en realidad Ettore nunca había entendido si era una princesa de verdad o Gabriele la llamaba así porque era tan vaga que ni siquiera recogía las pelotas.

—Buenas tardes —la saludó desde la ventanilla.

—Hola, Ettore.

—¿Ha terminado la clase?

La mujer cargó la bolsa en su Mercedes blanco.

—Sí... Uff, estoy cansadísima.

—¿Gabriele ha sido severo?

—Como siempre. ¿Tú? ¿Ha ido bien el día?

—Hasta que no llegue el verano, el negocio va regular...

—Es verdad, no a todos nos entran ganas de jugar al tenis. En abril celebraremos aquí mi cumpleaños, ¿cuento contigo?

—Claro. Usted me dice cómo lo quiere hacer, qué menú quiere, presupuesto ¡y listo! Para usted todo de la mejor calidad.

La princesita sonrió feliz.

—¡Pues estupendo, qué bien! Ya sabes, ¡los cuarenta sólo se cumplen una vez!

A Ettore le entraron ganas de tirársela sobre el capó del Mercedes Blanco.

—Que vaya bien la tarde.

—Igualmente.

Salió del aparcamiento a paso de tortuga, las luces del *spa* todavía estaban encendidas, se incorporó a la pista de tierra para llegar a via dei Colli y siguió recto hasta su casa en compañía del debate radiofónico, comentando en voz alta, ni que estuviera en el estudio con los locutores, todas las noticias del día.

Todavía martes, 10 de julio

Hacemos una pausa, se suspende media hora la sesión para necesidades varias. Salvo Parodi fuma un cigarrillo en el patio, yo charlo un rato con la periodista televisiva; descubro que se llama Giulia y tiene treinta y nueve años, dos hijos, un divorcio y ninguna pensión alimenticia del marido. Antes trabajaba en la RAI, luego pasó a una agencia de noticias y ahora está en un canal regional, tiene cierto tirón. Es la más entusiasmada por el proceso, da la impresión de que asista a una final del Mundial. Conoce a Elena Barilli y la detesta.

—Se da unos aires que se cree yo qué sé quién. Es una inútil. —Con esas palabras liquida a mi jefa.

—Te equivocas. Sabe lo que hace —le respondo—. Tienes que pensar que el entorno desde luego no ayuda.

—Perdona, ¿el entorno a quién te crees que ayuda? —me pregunta. Ahora tiene ojos agresivos—. Basta ya con tanta monserga sobre las desventajas por ser mujer, y te lo dice una que ya ha pasado por ahí y sigue pasando. Elena apunta alto, Andrea, y si apuntas alto tienes que enfrentarte a determinadas horcas caudinas.

—Walter —le digo.

—¿Cómo?

—Me llamo Walter. Y en mi opinión, que apuntes alto no tiene por qué significar nada.

—Tengo que irme —dice fría y expeditiva. Se da la vuelta y regresa junto a su operador de cámara.

Se ve que he ido a meter el dedo en la llaga.

Cuando me hablaban de procesos penales, me imaginaba una escena como las que se ven en televisión, es evidente. Disputas con arma blanca, golpes de efecto, el asesino arrogante y despiadado. En cambio, todo es un espectáculo sin brío, sacado adelante por un grupo de actores cansados y sin garra. Ni siquiera Cappai, que es quien arriesga más, parece interesado. Se queda ahí sentado, no mira a los testigos, ni a su abogado, ni al fiscal cuando lo intenta involucrar, no mira al presidente ni al jurado, ni al secretario judicial, ni al juez consejero, a nadie. Una estatua. ¿Qué podría interpretar de esa actitud? ¿Arrepentimiento? ¿Aburrimiento? ¿Sumisión? ¿Reflexión? ¿Frialdad? Sí, eso es, frialdad. Creo que es el resultado de una desilusión. Una frustración que le impide vivir la realidad. Tal vez sea eso. ¿Sería retórico mencionar en el artículo la inutilidad de la venganza, ahora que Sesti está muerto y la vida de Carlo Cappai está vacía? Siempre y cuando el culpable sea él.

Viernes, 13 de julio

Viernes por la tarde, hasta el lunes no hay vista. He escrito un artículo, esta mañana, sobre las proezas del abogado Ernesto Malaguti: se está llevando la parte del león en el juicio, pero ha recibido un varapalo del fiscal, que le ha hecho mostrar sus cartas y

luego se ha sacado el as de la manga para mortificarlo. Elena me ha preguntado si estoy de parte del acusado.

—Intento mantenerme lo más imparcial posible —le he contestado—, pero no le oculto que los tipos como Luigi Sesti no gozan de mi simpatía.

—¿Y entonces hay que eliminarlos?

—¡Jamás he dicho eso! Sólo respondía a su pregunta. Seré más preciso. No, no estoy de parte de Cappai, si él es el asesino, es justo que pague.

—¿Si?

—Albergo dudas.

—Haga una cosa, Andretti. Un buen artículo sobre el acusado. Hurgue un poco en su vida, quién es, con quién se relacionaba, ¿qué me dice? —No me ha pedido opinión, es una orden.

—Me ha leído el pensamiento.

Es verdad, llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea. Descubrir algún dato íntimo sobre Cappai podría servir de algo. ¿Qué sé de él? Que vive solo, en casa de sus padres, que llevan muertos bastante tiempo; nunca se ha casado; trabaja en el archivo del tribunal; hace cuarenta años una amiga suya murió a manos de Sesti, eso testificó él; estudió Derecho, intentó, sin éxito, aprobar las pruebas de acceso a la magistratura, como su padre, el juez Cappai; trabajó de policía durante dos años, luego entró a trabajar en el archivo. Ah, no asistió al funeral de sus padres. Y no estoy de acuerdo con la teoría del psiquiatra, los problemas con el desapego y todas esas gilipolleces. Opino que los odiaba y punto. Algo debió de ocurrir entre él y su padre. Que Cappai intentara acceder a la magistratura, que fracasara y luego replegara velas incorporándose como agente

de policía parece una represalia contra su padre. La típica revancha de los hijos, que se parece mucho al chascarrillo del marido que se corta el pito para fastidiar a su mujer.

Llevo dos horas examinando la fotografía del archivista. Me he quedado absorto mirándole los ojos. Son los ojos de un hombre dócil y tranquilo, sin lados oscuros ocultos. Pero eso no significa nada. Puede que este retrato tomado con prisas por un fotógrafo en una sala judicial no haya sabido captar el alma de Cappai. Es poco más que una foto de carné. Este tipo ha incubado un odio durante cuarenta años, lo ha alimentado, mimado y criado como a un cachorro. Tiene una habitación cerrada bajo llave, tan secreta como ha sido toda su vida. Es difícil que un fotógrafo de prensa que está hasta los cojones de todo logre captar la verdadera mirada de un hombre que ha tenido cuarenta años para camuflarla y enmascararla.

Me abre una mujer que ronda los cincuenta. Se llama Ida y se ocupa de la limpieza de la vivienda de Cappai. Es amable, me permite echar un vistazo por las habitaciones.

—Excepto el despacho... que está clausurado —me susurra.

La casa es vieja, como viejos son los muebles, las cortinas y las lámparas. Las baldosas datan de la época en la que se construyó el edificio, principios del XIX, diría yo. Es un buen piso, grande. Y tétrico. Me impresiona un poco saber que aquí vivía un asesino. Me detengo delante de la puerta del despacho. Ida me observa.

Empuña una fregona Vileda con guantes de goma, el cubo a sus pies.

—Se pasaba las horas ahí metido. —E indica la puerta cerrada—. A saber qué hacía. No se imagina cuántas veces se lo pregunté: señor, ¿puedo entrar a limpiar? Pero qué va, cerraba con llave y se la guardaba. Un misterio. Es un tipo raro, tal cual. Imagínese, desde que murieron sus padres, él jamás ha entrado en su dormitorio. ¿Quiere verlo?

Acepto, ya que Ida se ofrece.

—¿Sabe? No hacen más que preguntarme por el señor Carlo. Todos. La vecina, en la tienda. Yo jamás me habría imaginado que... Dejémoslo estar.

—¿Cómo es que sigue viniendo?

—Me lo ha pedido él. Desde la cárcel. Ha tenido usted suerte de encontrarme aquí, vengo un día sí y tres no. Pero ¿usted qué opina? ¿Es culpable?

—Señora Ida, no lo sé.

—Yo digo que no. —Abre la puerta.

Hay una enorme cama de matrimonio con cabecero, de madera antigua y con un dibujo de flores y hojas. Me esperaba que oliera a cerrado, en cambio flota en el aire un perfume a lavanda o a rosas. Sobre la cama, una colcha de cuadros escoceses de lana. Hay fotografías enmarcadas. Este de aquí debe de ser el juez, Bruno Cappai. Tiene un aspecto apocado, gafas negras de culo de vaso, el pelo peinado hacia atrás, parece un antiguo diputado de la Democracia Cristiana. A su lado, su mujer, seguramente. La foto data de los años cincuenta, y aquí la señora tiene poco más de treinta años, aunque en aquella época las personas parecían mucho

mayores. Un rostro anónimo, los retoques del fotógrafo son evidentes, la piel parece cubierta por un velo y, en torno al pelo, una aureola luminosa le confiere un aire casi de santa. No hay ni una fotografía de Carlo, ni siquiera de niño. Siempre la pareja, sola. El día de la boda, el día de la graduación del juez, ahí está, joven, con todo el pelo negro y una corona de laurel alrededor de la cabeza. Tal vez debería decir «laureado», en este caso. ¿O eso es sólo para los poetas? Se parece al hijo. La misma nariz, pequeña, la misma barbilla y el mismo nacimiento del pelo. Hay un gran armario moderno que desentona con el resto de los muebles de marquetería. Lo abro. Toda la ropa está dentro de fundas y una ráfaga de naftalina me invade las narinas. Su hijo ni siquiera se ha dignado a tirarla. ¿Puede que le diera asco la mera idea de tocarla?

Vuelvo al pasillo, quiero ver el dormitorio de Carlo. Me equivoco de puerta, esto es el baño, deben de haberlo reformado en los años setenta, a juzgar por los azulejos. Aquí está el despacho cerrado con llave; si debo ser sincero, me provoca una angustia que no querría que Ida notara, es más, tengo que aparentar ser un visitante desencantado y desinteresado, de forma que no venga a controlarme y me deje campar a mis anchas por la casa. La habitación de Carlo es una celda. No por el tamaño, sino por la decoración casi monacal. Hay una cama individual, un detalle inquietante, y un pequeño armario de una sola hoja. Un escritorio lleno de papeles. Miro alguno. Son avisos del banco, una factura, notas indescifrables. En la pared opuesta está la librería. No es un gran lector. Pocas novelas, la selección narrativa de clásicos de la *Reader's Digest*, los libros de texto universitarios, las adaptaciones infantiles de *Colmillo blanco*, *Robinson Crusoe* y los quince tomos de

la *Enciclopedia de los niños*. Si me acerco a las paredes, veo un montón de agujeritos que perforan el empapelado de la pared. Son la marca de los clavos y las chinchetas con los que de jovencito Carlo había colgado bastantes carteles en su habitación. Hay una puerta al lado del escritorio. Me imaginaba un baño privado, pero en realidad es un trastero. En lo alto, las cajas de juegos de la marca Clementoni, un comediscos, antiguos vinilos de 45 rpm, *Casatschok* de Dori Ghezzi también andaba por mi casa, y éste también, *La tramontana* de Antoine; eran de mi padre, creo. Los Mungo Jerry, ¿éstos quiénes eran? Abajo hay cestas llenas de libros. Nada que ver con la triste biblioteca del dormitorio. Aquí están Sartre, Brecht, Toller, Marcuse, hasta *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels, *La gente del abismo* de London, los *Cuadernos* de Gramsci. Todo en ediciones de los años setenta. Carlo Cappai era un estudiante comprometido. Abro *La gente del abismo.* Hay una dedicatoria. «A Carlo, porque estamos en lo cierto. Giada. Octubre, 1975.» Giada, tu amiga, a la que mataron en una manifestación. A la que mató Sesti, según tú. A los quince años Carlo leía estos libros. Si pienso en mi adolescencia, me entran muchas ganas de llorar, Matheson me parecía ya una lectura complicada. ¿Por qué los esconde aquí dentro? Encuentro también una foto suya de la época del instituto. Lleva el pelo largo y ríe con un cigarrillo en la boca. En este rostro no hay nada del Cappai que he visto en la sala del tribunal.

En el salón hay un televisor de tubo catódico y debajo, lleno de polvo, un reproductor de vídeo VHS. Unas cuantas películas al lado, quién sabe si todavía se ven o a estas alturas ya se han desmagnetizado. La chimenea me da envidia. Siempre habría querido tener una en casa. Y la usa, hay un montoncito de cenizas

dentro. Ningún rastro de leña, se le acabó y no volvió a comprarla. Lo encerraron en marzo... Veo pedacitos de papel encastrados entre un par de ladrillos. Parecen restos de páginas mecanografiadas, fotocopias.

Se lee un nombre...

Me entra un escalofrío, por mucho que fuera la temperatura roce los treinta grados.

¿Con quién puedo hablarlo? Rossella no responde a mis mensajes. Lo cual me deja del todo indiferente. Con Giulia la del canal de televisión ni por asomo, mucho menos con Parodi. ¿Elena? Quiero mantenerla al margen de la información. Si lo que he encontrado entre las cenizas de la chimenea es una pista, debo ponerla a salvo, ocultarla. Tres trozos de papel chamuscados.

El lunes, antes de que empiece la vista, me pasaré por el archivo. Aunque necesitaré horas. Este fin de semana Ugo y Grazia van a Venecia, y yo no tengo ganas de ver a nadie. No consigo quitarme de la cabeza esta idea que se me ha metido entre ceja y ceja.

He olvidado la dirección de la hermana de Martellini. En ese momento veo un roble en el que ya me fijé la primera vez, enorme, quién sabe cuántos años tiene. He cogido la primera a la derecha y se me ha activado la memoria. El coche de Luisa está aparcado fuera, hay bastantes posibilidades de que esté en casa.

—¿Qué tal? —me pregunta invitándome a entrar.

—Muy bien. ¿Usted?

—¿Aparte de que la policía me detuviera como sospechosa de homicidio? Bien, gracias. Sólo me faltaba esto en la vida, ¿sabe?

Aunque con el diario de mi madre sabía a lo que me arriesgaba. Por cierto, gracias por publicarlo.

—Las gracias se las doy yo a usted. No sabe cuánto ha aumentado la estima que la dirección del periódico siente ahora por mí. Era usted la que más arriesgaba.

—Por favor, siéntese. ¿Le apetece algo?

—¿Otra buena primicia?

Se ríe.

—Por desgracia no puedo contentarlo.

—No, necesito un dato. ¿Usted conoce o ha oído hablar alguna vez de Carlo Cappai?

Luisa mira de soslayo, está hurgando en su memoria. Se repite el nombre a media voz, como si quisiera descubrir a qué sabe.

—Carlo Cappai... No, me suena de algo, pero no creo que lo conozca.

—Tal vez esté siguiendo el juicio por el homicidio de Sesti. Él es el acusado.

Una luz se le enciende en las pupilas.

—¡Eso es, cómo no! Claro. —Luego frunce el ceño—. ¿Tendría que conocerlo?

—Quizá sí. —Me meto la mano en el bolsillo—. Verá, he estado en su casa. Hay una chimenea. Estaba limpia, pero entonces, encastrados entre dos ladrillos, he descubierto estos pedacitos de papel...

Le paso el primer trocito chamuscado. Lo lee. Unos cuantos restos de palabras.

Le paso el segundo, todavía más pequeño. Lo lee también. Hay un número, alguna que otra palabra más, es difícil encontrarle el

sentido.

Luego le doy el tercero, el interesante. Luisa me mira, parece asustada.

—¿Qué... qué quiere decir?

—A mí también me gustaría descubrirlo. —Luisa le da vueltas entre las manos al fragmento—. ¿Por qué ha quemado papeles donde aparece el nombre de mi hermano?

—Punto número uno. Número dos, observe bien el papel. ¿Lo ve? Es de rayas...

—Sí, parece del que se usaba en el colegio para hacer los deberes de clase.

—No lo es. Y, como ve, no es original.

—No, es verdad. —Acerca los ojos—. ¿Qué es... una fotocopia?

—Exacto. Pero ¿una fotocopia de qué?

—No lo sé.

—Yo creo que sí. ¿Está segura de que no conoce a Carlo Cappai?

—Con el corazón en la mano, señor Andretti.

—Tiene toda la pinta de ser la fotocopia de un documento del tribunal. Concretamente de una sentencia. El lunes intento averiguar algo.

Luisa me devuelve el papel.

—Si es como usted dice, ¿por qué iba este hombre a tener en su casa un documento del archivo y, además, quemarlo?

—Cómo lo ha obtenido está claro, trabaja en el archivo. Pero ¿por qué fotocopiarlo? ¿Por qué llevárselo a casa para luego quemarlo?

Nos miramos durante unos segundos. Nuestros pensamientos van por el mismo camino, estoy seguro.

—No lo conozco, se lo juro —me dice, y yo la creo.

—¿Me ayudaría entonces?

—Si está en mi mano.

—El lunes tengo poco tiempo para hacer búsquedas en el archivo, el juicio está en marcha y tengo que seguirlo para el periódico. ¿Podría encargarse usted?

—¿Qué tengo que buscar?

—Una gota en el océano.

—¿Puede ser más concreto?

—En los papeles, en la sentencia del proceso a su hermano, los folios de los que provienen estas copias. O sea, la prueba de que se trata justo de esos documentos.

—Ya veo. De acuerdo, lo intento. Necesitaré una eternidad, pero ahora mismo no estoy muy liada. Quitando la causa contra la mujer de mi hermano, tengo la agenda y la mente despejadas. Pero sólo si usted me dice por qué razón ha venido a buscarme.

—Es la persona más interesada en el asunto que conozco.

Creo que el abogado Malaguti está haciendo un trabajo excelente. Lo digo yo, lo dicen mis colegas, pero lo está haciendo a medias. Porque, aunque esté sembrando dudas en una historia que parecía resuelta antes incluso de arrancar, no está ofreciendo una alternativa válida. ¿Quién pudo cometer ese homicidio si no Cappai? A él le da casi igual, le basta con sacar a su cliente del trullo y ya ha cumplido.

—Trabaja con las palabras, es bueno —afirma Wikipedia—. Las palabras lo son todo. Para alguien que escribe, para un abogado. Te pongo un ejemplo. —Wikipedia debería ser maestro de primaria,

creo yo, no periodista—. En la época de Vietnam se hizo un experimento. Preguntaron a los lectores de un diario: «En su opinión, ¿es justo mandar a nuestros soldados a Vietnam?» Respondió sí casi el noventa por ciento de los lectores. Repitieron la pregunta meses más tarde. «En su opinión, ¿es justo mandar a nuestros muchachos a Vietnam?», y esta vez los síes disminuyeron y mucho. La plantearon una tercera vez: «En su opinión, ¿es justo mandar a nuestros hijos a Vietnam?», y se encontraron con los porcentajes de la primera pregunta, pero invertidos. No es que la pregunta hubiera cambiado, era la percepción de las palabras y del problema. Malaguti concentra su trabajo únicamente en eso.

Hablando de palabras, la otra noche, en el bar, ¿qué es lo que comentaba con Grazia y Rossella? ¿Cómo era la frase que me tenía que apuntar y que había hecho que se me encendiera una luz de alarma? ¿Será posible que no me acuerde? Este fin de semana transcurre con lentitud, perezoso y silencioso, un enorme río sereno y sucio que no tiene ninguna prisa por lanzarse al mar. Podría dedicar mi tiempo a algo más constructivo. Vestirme, por ejemplo, coger el coche, ir a Le Tre Torri y mirar con mis propios ojos.

Domingo, 15 de julio

En mi pasado como periodista deportivo, no había estado nunca en este club, donde no hacen torneos nacionales ni regionales, es un sitio exclusivo, quién sabe cuánto cuesta inscribirse. Cuando Ettore describió el bar en el tribunal, imaginé que era un local de mala muerte con su congelador de los helados bien a la vista y sus tubos

fluorescentes. En vez de eso tengo la sensación de entrar en una tienda de decoración. Hay sofás de piel clara, paredes revestidas de madera oscura con cuadros antiguos, una librería con volúmenes encuadernados en oro, la chimenea redonda en el centro de la sala, que parece un grano de uva colgado del rabillo al techo de madera. Encendida, en invierno, debe de ser un espectáculo. Me recuerda al salón social de los clubs de golf o de equitación de primera. El suelo lo recubren una piedra gris de chalet de montaña y alfombras persas. Todas las cristaleras dan a las pistas de juego, salvo las del mostrador de cobre y hierro, que dan al *spa*. Hay unos cuantos jugadores tomando algo y charlando en las mesas de fuera, dentro el aire acondicionado quema la piel. Miro las pistas. Diviso tres de hormigón, dos de tierra batida e incluso una de hierba. Quién sabe si es sintética. Sigo las señales de madera pintada que me llevan a la entrada del *spa*. El vestíbulo es idéntico al bar, con la diferencia de que no hay bar. Una chica me sonríe desde detrás de la enorme mesa de teca.

—Dígame.

—Antes de decidirme a inscribirme, querría sólo echar un vistazo —le respondo.

Se pone seria y hace una mueca.

—Sí... Pero lo aviso de antemano, puede visitar la piscina de natación y la de hidromasaje, pero no puede acceder al circuito de bienestar.

Hago como que no sé nada.

—¿Lo están reformando?

La pregunta la incomoda.

—No... Hubo un accidente, hace meses, y el juzgado nos prohíbe usar esas instalaciones.

—¿Están bajo secuestro?

—En la práctica... Pero si quiere, adelante... —me dice. Me tiende dos fundas de plástico—. Son los patucos, debe ponérselos. —Me los pongo y cruzo el torniquete—. Siga recto y encontrará los vestuarios, luego baje las escaleras. A la izquierda, la piscina, y a la derecha, el circuito de bienestar que, como ya le he dicho...

—... no puede visitarse, sí, entendido. Me bastará para hacerme una idea.

Paso junto a las puertas de los vestuarios y bajo las escaleras. A mi izquierda, la piscina. Hay un hombre nadando a braza con parsimonia, echa el aire por la nariz como un ballenato. El gorro rojo se le ha subido por la nuca y deja a la vista un par de orejas enormes. Levanto la mano para saludarlo, ni siquiera se da cuenta. Es una piscina muy bonita, a un lado hay dos cascadas que serán para masajear el cuello. Al fondo, una cristalera tras la cual se ve el jardín. Según la reconstrucción de Ossola, Cappai pasó por allí para entrar en el *spa*. Nadó hasta donde ahora estoy yo y luego se dirigió hacia el circuito de bienestar. Yo hago lo mismo, voy en esa dirección. Me topo con la piscina de hidromasaje, donde estuvo Anselmi después del partido. Digamos que, en ese caso, si Ossola está en lo cierto, cuando Cappai pasó por aquí, Anselmi ya se había ido, lo cual nos da a entender que el homicidio se produjo después de las 21.00, hora a la que Antonino Anselmi salió del *spa*. En el suelo hay una pequeña fuentecita cuadrada, de unos quince

centímetros de profundidad, llena de agua, el lavapiés, como lo llamó el capitán. Paso por encima dando un saltito y llego al circuito de bienestar. Hay una cinta que me obliga a detenerme. Miro a mi alrededor. No hay nadie. Oigo al ballenato chapoteando en la piscina, lo que significa que el tío sigue en el agua. No hay cámaras de vigilancia. Paso por debajo de la cinta de plástico blanca y roja. Me topo con las duchas. Caliente, fría, de colores, se llama cromoterapia, yo opino que no sirve para nada. Luego está la sauna finlandesa. Toda de madera, acogedora y limpia. Aquí está el baño turco. La puerta sigue abierta. Me asomo. Ahí yacía Luigi Sesti con el cráneo destrozado. A la derecha, el *caldarium*, que resulta ser una sala más grande que la sauna y el baño turco, con su puerta de cristal azul oscuro. Me doy la vuelta y a mi espalda, detrás de una puerta también de cristal azul, está la zona de relax. ¿Qué esperaba encontrarme? Nada. Todo está quieto y frío; los suelos, secos; parece una zona abandonada.

—¿Entonces le ha gustado? —me pregunta la chica mientras tiro los patucos de plástico a la papelera.

—Mucho. Lástima no haber podido visitar el circuito de bienestar.

La empleada reacciona rápido y me endilga un folleto.

—Tenga, aquí está todo. Creo que en menos de un mes volverá a estar en pleno funcionamiento. Para poder usar el *spa* basta con ser socio *gold*.

—*Gold*...

—Sí, es la cuota completa, para entendernos. Eso le da derecho a utilizar las pistas dos horas al día y puede traer a quien usted quiera, como invitado del club, a jugar o al *spa*, donde como socio *gold* puede acceder siempre de forma gratuita, y luego además tiene

derecho a un *breakfast special energy* al día. Si no, puede optar por el *silver*, que no da derecho al *spa* ni al *breakfast* pero sí total libertad para las pistas de tenis y tres invitados al mes. Por último está el *bronze*, con el que puede jugar en tierra batida y hormigón tres veces por semana, no en la pista de hierba, y tampoco tiene derecho a traer invitados.

Miro los precios. Alucinantes. El socio *bronze*, es decir, el pringado del club, desembolsa trescientos cincuenta euros al mes para pelotear días alternos salvo el fin de semana; si quiere otra cosa, le toca pagar un suplemento de cien euros más.

—Muy bien, gracias. —Me meto el folleto en el bolsillo—. Yo es que soy amigo del abogado Anselmi.

—Que es socio *gold* —me informa complacida.

—¿Luigi Sesti también?

Ante la pregunta, su rostro se vuelve de cera, los ojos se le apagan.

—Sesti no, no era socio, era un invitado. —Luego su mirada se carga de odio—. Entonces usted sabe...

—Leo la prensa —le respondo—. Está claro que no les ha dado muy buena publicidad.

—No, me temo que no.

—¿Podría facilitarme la lista de los profesores de tenis?

—Eso debe pedirlo en dirección. —Ha perdido el interés y su mirada ha regresado a la pantalla del ordenador, finge una actividad urgente, creo que está jugando al Candy Crush.

Sigo de nuevo los letreros y llego a la dirección, un pequeño chalet no muy lejos del aparcamiento. Parece salido de una novela inglesa del siglo XIX, con las paredes revestidas de un empapelado de pavos reales y motivos floreados. Detrás del mostrador de recepción, también de madera clara, hay otra chica, lleva gafas de montura negra y las lentes no ocultan sus preciosos ojos claros.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —Fría como una cuchilla.

—Me estoy planteando inscribirme. ¿Podría darme la lista de los profesores de tenis?

Se da la vuelta, coge una hoja y me la tiende. Lleva las uñas largas pintadas de muchos colores. Siempre me he preguntado cómo consiguen las chicas con las uñas así teclear en el ordenador sin partírselas. En la hoja, sólo cuatro nombres.

—¿Son todos? —le pregunto.

—No somos el Roland Garros —me responde crispada.

—Ya me había fijado. Aunque en cuanto a precios están a la altura.

—¿Necesita algo más? —corta por lo sano.

Lunes, 16 de julio

Spartaco Stucchi no llega a los treinta años. Es alto y delgado como una anchoa, tiene las mejillas casi chupadas y los ojos enormes y negros. La tez es oscura; el pelo, rizado; si me lo encontrara por la calle, fácilmente podría confundirlo con un magrebí. Cuando habla,

se le ven los dientes: los tiene blanquísimos y perfectos. Me recuerda a alguien, tal vez a un actor.

—Consciente de la responsabilidad moral y jurídica que asumo con mi declaración, me comprometo a decir toda la verdad y a no ocultar nada de cuanto tenga conocimiento —recita el artículo con un hilo de voz. Tiene miedo, es normal, yo también lo tendría si me citasen a declarar sin ni siquiera haber cumplido los treinta.

—Señor Stucchi, ¿quiere contarle a este tribunal de qué se encarga usted?

—Del *spa*. Compruebo el cloro de la piscina, la maquinaria, el agua, la temperatura de la sauna y el baño turco.

—¿También de la limpieza? —le pregunta Invernizzi.

—No. La limpieza la lleva una cooperativa, todas las mañanas antes de abrir.

—¿A qué hora llegó al club?

—A las cuatro y media.

—¿Cómo puede ser tan exacto?

—Saludé a Silvana... Silvana, la profesora de tenis.

—Silvana Capotosti, trabaja dando clases, también la escucharemos a ella —precisa el fiscal—. ¿Y a qué hora se marchó el día del homicidio de Sesti?

—He tenido que releer lo que dije en su momento, porque no es que me acuerde demasiado bien, la verdad. Para mí aquél era un día como otro cualquiera. —Suda, se seca la frente con la mano desnuda—. ¿Podrían traerme un poco de agua?

Viernes, 9 de marzo, 17.05 h
Día del homicidio

Spartaco dejó la caja de herramientas en el trastero y empezó su ronda de control. En el agua había dos clientes, el matrimonio Valtorta, los de la tienda de moda del centro. Los saludó con un «buenas tardes» cordial al que sólo respondió la mujer, el señor Valtorta se había quitado el sonotone para entrar en el agua. La piscina estaba en orden, así que Spartaco se dirigió a las saunas. El hidromasaje, apagado y desierto. Comprobó el funcionamiento del motor, luego se asomó a la sauna. Vacía. El regulador de la temperatura al mínimo, sin duda los Valtorta no la usarían, odiaban la sauna y similares. Se acercó al baño turco y encontró la puerta cerrada, señal de la presencia de algún cliente. Llamó flojito al cristal. En medio del humo y la niebla surgió Mirko Bianchedi, el profesor de tenis.

—Hola, Spartaco... ¿Qué tal? —le gritó el monitor de tenis.

—Estupendo... Disfruta... Te dejo.

Mirko levantó el pulgar. Faltaba el *caldarium*, abrió la puerta, estaba vacío, el aire dentro estaba incluso frío. En la sala de relax todo en orden,

recogió solamente una toalla hecha un gurruño y regresó hacia los vestuarios. La señora Valtorta, con el albornoz blanco y un curioso gorro de margaritas, lo detuvo.

—¡Spartaco! ¿Puedo?

—Por supuesto, señora.

—Mi hija me ha aconsejado el barro para la rodilla derecha.

—Claro que sí...

—¿Aquí hay de eso?

—No, señora Valtorta, barro todavía no. En cuanto nos lo traigan, reabrimos el *caldarium*... Efectivamente, su hija tiene razón, es mano de santo.

—¿Y sin el barro esa cosa romana que ha dicho no sirve de nada?

—De nada... Es poco más que una sauna más bien fría, y además ahora está apagada.

—Gracias. —Y, sonriendo, la señora se marchó hacia los vestuarios femeninos.

Después de tirar la toalla al cesto de la ropa sucia, Spartaco entró en el vestíbulo. Elisabetta estaba delante del ordenador.

—Eli, yo me voy... Esta noche ciérralo todo.

—¿A qué hora vienes mañana por la mañana?

—Como siempre, seis y media...

Elisabetta lo miró decepcionada.

—¿No nos vemos?

—Estoy hecho polvo, Eli... Mi madre no está bien, hoy me toca quedarme en casa, mi hermano esta noche no puede.

Elisabetta hizo un mohín.

—Perdóname, pero ¿me estás diciendo la verdad? ¿No te apetece verme?

—Pues claro que sí.

—No, porque siempre tienes una excusa.

—Eli, pero ¿qué excusa ni qué excusa? Mi madre está sola en casa, necesita una persona fija que la ayude. Mi hermano hoy ha estado allí todo el día.

—¿Y tu hermana?

—Mañana.

—¿Entonces mañana por la noche nos vemos?

—Mañana por la noche cenamos juntos.

Elisabetta se estiró hacia él, con el pecho sobre el mostrador, a Spartaco se le hizo un nudo de saliva en la garganta.

—¿Por qué no me lo dices otra vez? —le susurró ella.

—¿El qué?

—Lo que me escribiste esta mañana al móvil. —Los labios de la chica estaban húmedos, los mordía con los incisivos.

—¿Que había soñado contigo?

—¿Y qué hacíamos? —le sopló al oído.

Spartaco sintió un escalofrío que lo recorría de arriba abajo.

—El amor en una playa rosa.

—¿Estaba desnuda?

—Estabas desnuda. Y yo también.

Un beso largo y profundo, luego ella le pasó la lengua por todas partes y le mordió los labios.

—Eli... Eli, por favor... Yo así... En casa... No puedo...

—Ven... —le dijo ella en un susurro y, agarrándolo de la muñeca, lo condujo a lo largo del mostrador, levantó la parte abatible de la barra y lo hizo pasar, luego, deprisa, como si fuera una emergencia sanitaria, se encerraron en el baño del personal.

Todavía lunes, 16 de julio

—Entonces, ¿usted se marchó a las...?

—Creo que serían las cinco y media o las seis —responde Spartaco. Está nervioso.

—Disculpe. —Invernizzi tiene algo que objetar—. Es que no me queda nada claro. Entonces, ¿eran las cinco y media o las seis?

—No me acuerdo, créame, señor... Normalmente acabo el turno a las cinco y media, así que creo que sería más o menos esa hora. Repito, no miré el reloj, para mí era un día como otro cualquiera.

—¿Luego se fue a su casa?

—No, a la de mi madre. Pero no recuerdo a qué hora llegué, entre otras cosas porque antes pasé por la farmacia a comprar algunas medicinas que necesitaba.

Invernizzi parece satisfecho. Le cede el testigo a Malaguti, que no tiene ninguna pregunta.

Es el turno del matrimonio Valtorta. El marido oye poco, lleva un pequeño audífono en el oído derecho y se lo toca sin parar, parece un conferenciante que espera las palabras de la intérprete.

—Entré en la piscina, sí, hago bicicleta en el agua con mi mujer. A los setenta y cinco años nos va bien para las articulaciones.

—¿Recuerda si, además de su mujer, había alguien más? —Invernizzi está interrogándolo porque tiene la obligación, no espera

nada de Giuseppe Valtorta.

—¿Eh? —se ajusta el auricular.

—Le he preguntado si además de su mujer había alguien más.

—Spartaco, el muchacho que trabaja en el *spa*, que nos saludó. Luego yo me fui al vestuario y esperé a mi mujer para irnos.

—¿Había más personas?

—En la piscina, no. En el vestuario, no creo, no presté atención.

—Señora Valtorta, ¿recuerda usted la presencia de alguien en la piscina además de su marido y Spartaco Stucchi?

Alza los ojos al cielo. Está concentrada. Ha pasado por la peluquería, luce una frondosa melena rojo cobrizo y tiene un bello rostro pecoso. Elegante, se arregla constantemente la chaqueta de lino. Tiene un cuello bonito, sin arrugas, y los ojos profundos.

—No, no lo recuerdo... Diría que no.

—No estuvo en el *spa*, pero ¿y en el baño turco?

—Quería ir, por lo del barro, mi hija me lo había aconsejado, pero Spartaco me dijo que el sitio ese... el que tiene un nombre en latín... —Alza los ojos al cielo—. ¡El *caldarium*, eso es! Estaba frío porque sin el barro, claro, es inservible.

—¿En el vestuario estaba sola?

—Creo que sí, señor. Sí, estaba sola.

Gabriele Forte es el tipo de macho alfa al que en el instituto odiaba con toda el alma. Y adoraba con toda el alma. Bronceado, rubiales, de pelo liso con el flequillo siempre peinado cayéndole sobre la

frente, ojos claros, físico atlético, de los que no estudiaban pero con la sonrisa sacaban el aprobado. Gabriele Forte y los que eran como él sabían siempre dónde era la fiesta y, es más, el sábado podían escoger a cuál ir, y si no se pasaban, daban que hablar, sobre todo a las chicas. Gabriele Forte y los que eran como él tenían la agenda escolar vacía de deberes pero llena de mensajes de amor firmados, y si llevaban los zapatos sucios y dados de sí, todo el mundo los imitaba; tenían la moto perfecta y, aunque fuera una antigualla destartalada, todos anhelaban ese modelo con ese parabrisas. Gabriele Forte y los que eran como él tenían follamigas, al menos dos por semana, chicas que yo y los que eran como yo sólo podíamos desear en la soledad del váter. Gabriele Forte y los que eran como él, si no habían hecho los deberes, te los pedían sonriendo, y tú se los dabas porque decir que no a Gabriele Forte y los que eran como él no era factible; de hecho, era un punto a tu favor si te dirigían la palabra. Gabriele Forte y los que eran como él ganaban al tenis, al fútbol, a balonmano, a balón prisionero, al escondite o a la brisca. Gabriele Forte y los que eran como él a los dieciocho años ya tenían coche. Gabriele Forte y los que eran como él te tenían cariño, como se le tiene cariño a una hormiga o una cigarra, porque no representabas peligro alguno en su existencia, eras poco más que un insecto y, magnánimos como eran, te tenían cariño. Ninguno de los chicos había ido nunca a casa de Gabriele Forte ni de los que eran como él, nadie sabía dónde vivían. Gabriele Forte y los que eran como él sólo eran amigos de Gabriele Forte y los que eran como él, y cuando los veías sentados en el bar, o en los muretes o apoyados en una pared parecían un grupo de modelos recién salidos de una página de *Vogue*. No tenían detractores,

Gabriele Forte y los que eran como él, eran inmunes al odio como los dioses, a los que, como mucho, puedes no rezarles o ignorarlos haciéndote pasar por ateo, pero a los que imploras temblando en cuanto te metes en un lío. En público los adoraba, a Gabriele Forte y a los que eran como él, pero en el silencio de mi habitación los odiaba de un modo salvaje y desesperado.

—Usted, señor Forte, el día del homicidio, ¿impartió una hora de clase a la señora Caterina Bruni?

—Exacto, su ilustrísima.

Invernizzi suelta una carcajada.

—Señor Forte, no soy su ilustrísima, no estamos en un episodio de *Perry Mason*.

Gabriele sonríe. Tiene los dientes blancos como el marfil.

—Disculpe, es la primera vez que me encuentro en una situación como ésta, los juicios sólo los he visto en televisión.

La sala se echa a reír y también el jurado popular.

—No pasa nada.

—Y pido disculpas también al presidente y a los miembros del jurado por si meto la pata.

Mira a las mujeres del jurado popular y a las que hay en la sala, a las que poco les falta para acercarse y hacerse un selfi con Gabriele Forte. Odio a Gabriele Forte y a los que son como él.

—¿Recuerda qué hora era?

—Claro, los viernes de seis a siete de la tarde tengo clase con la princ... con la señora Bruni.

Invernizzi esboza una sonrisa.

—¿Por qué la llaman la princesita?

—Ah —Gabriele se toca la barbilla—, porque digamos que es un poco... mimada, ¡eso es!

—De acuerdo. ¿Y después de la clase?

—Me duché en los vestuarios de las pistas de tenis, como todas las tardes fui a despedirme de Luciana, cogí el coche y volví a casa.

—¿No estuvo en el *spa* ni en los alrededores?

—No, señor.

Invernizzi coge unos folios.

—¿Recuerda los automóviles que había en el aparcamiento?

—No, no los recuerdo. A decir verdad, envidio a la gente que tiene memoria fotográfica. La mía flojea un poco, ya desde mi época de estudiante.

—¿Conocía usted a Luigi Sesti?

—No, señor.

—¿Era el único profesor de tenis que estaba trabajando a esa hora?

—Sí, sólo yo. Prefiero el turno de tarde, por la mañana tengo el sueño pesado y no carburo. Las clases desde las ocho hasta las dos las dan mis tres compañeros.

—¿La señora Bruni ya se había ido cuando usted cogió el coche?

Se lo piensa un segundo.

—Creo que sí. Le repito, no me fijé en quién quedaba todavía en el centro.

—Según el testimonio de la señora Luciana De Marinis, usted abandonó Le Tre Torri a las 19.30, hora a la que pasó por la oficina a despedirse de ella.

—Si Luciana dice que eran las 19.30, puede poner la mano en el fuego de que lo eran. Tiene una memoria de elefante. —Y mira de

nuevo al jurado. Dos de sus miembros están ya enamoradas. Tres preguntas más y le pedirán la mano.

Malaguti se levanta.

—Presidente, ¿puedo preguntarle al señor Forte en qué pista llevó a cabo la clase?

—Adelante —responde el presidente tocándose la perilla puntiaguda. Cada vez más aburrido.

—¿Contesto? En la pista número 3.

—Refrésqueme la memoria, señor Forte: ¿la pista número 3 es de cemento?

—No, no, es de tierra batida. Una principiante como la señora Bruni en cemento se destrozaría los cartílagos. Y además la bola sería demasiado rápida, y el rebote, una locura. No, yo a los principiantes les doy clase siempre y únicamente en tierra roja. Es más lenta, se tiene más tiempo para calcular el movimiento y la posición del cuerpo.

—No lo sabe, pero se lo digo yo. Anselmi y Sesti, en cambio, jugaron en la pista número 2. Que, si no me equivoco, es de cemento.

—Exacto, es de cemento.

—¿Significa eso que son buenos jugadores?

Se encoge de hombros y hace una mueca.

—No lo sé, señor. Tal vez de un nivel un pelín más alto que el de principiante.

—¿Está usted seguro de que jugaron en la pista 2 y no en la número 6 de hierba?

—Me lo ha dicho usted, que estaban en la 2. Yo no sé ni siquiera quiénes son esos dos señores. Yo estaba en la 3 porque la 3 y la 4

son de tierra y están cubiertas, por lo que son perfectas en invierno. La pista 6, la de hierba, está en la otra punta del club. La 2 también está cerquísima de la entrada, pero lejos, en cualquier caso, de donde yo estaba.

—¡Pero debió ver las luces encendidas!

—No, le repito, la 3 es cubierta, no se ve el cielo.

—Entonces usted no descarta que jugaran en la 6.

—Mire, si quiere tener la certeza, pregúntele a Luciana, ella lleva el registro. Era de noche, así que encenderían los focos, y seguro que aparece en el registro.

—¿Dónde quiere ir a parar, abogado? —pregunta el fiscal.

Pero Malaguti toma asiento de nuevo sin responder. No entiendo qué trata de hacer. A mí me han parecido preguntas fuera de lugar.

—Si no hay más preguntas... puede marcharse, señor Forte —lo despacha el presidente.

El monitor se levanta y da las gracias a todos sonriendo. Abandona la sala acompañado de algún que otro suspiro.

—Abogado —dice el presidente mirando a Malaguti—, le ruego que haga preguntas que tengan sentido, la vista dura ya mucho y no tenemos tiempo que perder.

—Disculpe, señor presidente, tiene toda la razón del mundo. Me disculpo también con mi colega.

Invernizzi inclina levemente la cabeza. Malaguti debe de haberse metido en un callejón sin salida y se ha percatado demasiado tarde. Debe de conocer detalles que yo ignoro.

—Por lo que respecta al profesor de tenis Riccardo Pizzuti, los días en torno al homicidio estuvo ingresado en la clínica Rosabella por un pólipo en las cuerdas vocales. —Invernizzi entrega los documentos al presidente, no tiene sentido citarlo a declarar—. Esos días, además de don Gabriele Forte, estaban operativos otros dos profesores, Silvana Capotosti de Cacciola y Mirko Bianchedi.

No entiendo de qué sirve escuchar a los otros dos profesores de tenis. El guapetón ha declarado que hacían los turnos anteriores, me parece una pérdida de tiempo. Y también lo piensan el presidente y el abogado Malaguti, que está mirando algo en el móvil y ni siquiera alza la vista cuando Silvana Capotosti ocupa su lugar. Una estatua. Medirá un metro ochenta de alto, con un físico así es raro que nunca la haya visto en un torneo de la ATP. Guapa, qué más puede decirse, ¿tendrá unos cuarenta y cinco años? De mandíbula un poco dura, se ha vestido para la ocasión, es raro ver a un deportista sin chándal ni zapatillas. Siempre me fijé, en mis años de militancia entre las páginas de deportes, que así es como se viste quien trabaja en el ámbito deportivo: sólo con chándal y zapatillas, como los *hooligans* del Southampton. Hasta el último entrenador de un equipo infantil de tres al cuarto va por ahí en chándal. Los grandes atletas están acostumbrados a ese atuendo y cuando se visten de paisano dan hasta un poco de risa. Las tenistas no saben andar con tacones, las esquiadoras parecen osos de peluche; a los músculos no les sienta bien la ropa ceñida, prefieren la suavidad del chándal y la camiseta. Los futbolistas, en cambio, parecen agentes inmobiliarios o enterradores, embutidos dentro de chaquetas y camisas ajustadas con muslos enormes a punto de desgarrar los pantalones, me recuerdan a los campesinos de las fotos de mi padre, vestidos para

las fiestas de guardar, sin saber manejar la postura ni tampoco la mirada con esa ropa de domingo. Silvana, sin embargo, se siente a sus anchas con camiseta blanca, pantalones azules y botas de tacón. Es delgada, con un buen par de hombros y cola de caballo. Me estoy distrayendo con el físico de esta amazona, cuando lo que debería estar haciendo es escuchar. ¡Que encima tiene cincuenta años! Habría que conservar en algún sitio su ADN para estudiarlo.

—Señora Cacciola, ¿da usted clases de tenis en el club Le Tre Torri? —pregunta el fiscal.

—Exacto. —Bonita voz, clara y precisa.

—Claro, de acuerdo. ¿Se acuerda de aquel 9 de marzo?

—No mucho, señor. Por la mañana tuve dos clases particulares, luego, por la tarde, el curso de tenis... Disculpe, quiero dejar constancia de que he tenido que comprobar lo que dije en su momento porque, si le soy sincera, no recuerdo el día con exactitud. Para mí fue un día como otro cualquiera.

—Ningún problema, señora, nos hacemos cargo. ¿A qué hora acabó la clase del curso?

—A las cuatro. Me fui enseguida, ese día mi marido salía tarde de la tienda y yo tenía que ir corriendo a recoger un documento del administrador de la comunidad de vecinos. —Esto último se lo ha dicho al jurado popular, quién sabe por qué, quizá busque su complicidad.

Hasta ahora no me había fijado en que ninguno de los testigos mira al acusado, ni siquiera Silvana, como si tuvieran miedo de infectarse. O tal vez sólo sea una impresión mía.

—Señora Cacciola, ¿lleva usted mucho tiempo trabajando en el club?

—Sí, varios años. A ver... —Alza los ojos al cielo—. Once, para ser exactos.

—He leído que antes competía.

—Como muchos profesores... Sí, participaba en torneos, pero nunca habría llegado a ser una campeona. Después sufrí una lesión grave en el tendón de Aquiles. Prefiero dar clases.

—¿Recuerda dónde dio las clases del curso de tenis? Me refiero a en qué pista.

—Claro, en la 3, la que está techada.

—¿Conocía usted a la víctima?

—Sé quién era, aquí en la ciudad todo el mundo conoce a la familia, pero a Lucio Sesti personalmente nunca lo traté.

—Luigi. Se llamaba Luigi —la corrige Invernizzi. Lucio Sesti suena a antiguo cónsul romano.

—Disculpen. Luigi, sí, no lo conocía.

—¿Y al abogado Antonino Anselmi?

Sonríe.

—Claro que lo conozco. ¡Jamás ha conseguido arrebatarme ni un juego!

¿Cómo iba a hacerlo? Anselmi tiene barriga y ella es una valquiria de metro ochenta.

—Al volver a casa aquella tarde, ¿notó algo extraño en el aparcamiento, cerca del *spa*?

—No, señor, yo nunca llego hasta el *spa*. Ni siquiera pasé por lo de Ettore... o sea, por el bar, tenía que ir corriendo al despacho del administrador.

—Señora Cacciola —Malaguti se ha despertado—, ¿sabe usted quién utiliza la pista número 6?

—¿La de hierba? Poca gente, de vez en cuando entrenan allí los deportistas de competición del club.

—¿Como por ejemplo?

—Ansaldi, Germani, Colajanni... Son tres de nuestros atletas de tercera o cuarta categoría. Y dan clase con Bianchedi, que es profesor nacional de la FIT. En la pista 6, por la velocidad y por el saque y la volea.

—¿Sabe usted quién usó la pista aquel día?

—No, debería preguntárselo a Luciana... a la señora De Marinis.

—Se lo pregunto a usted, señora Cacciola.

—No sé qué responderle, señor.

Malaguti se sienta de nuevo.

Mirko Bianchedi lleva perilla y el pelo largo recogido en una cola, tiene treinta y dos años. No ha venido en chándal, sino que luce chaqueta y corbata. Tal vez le resulte más respetuoso hacia el tribunal, lo único es que se está muriendo de calor. Tiene la cara colorada y la frente perlada de gotitas. Si lo mantienen bajo presión demasiado tiempo, empezarán a verse los cercos de sudor bajo las axilas de la chaqueta.

—Sí, ese día entrené a Colajanni en la pista número 6.

—¿Puedo saber a qué hora? —pregunta Malaguti.

Se mete una mano en el bolsillo y saca una agendita roja. Pasa las páginas.

—Aquí está, de las tres a las cuatro..

—A las cuatro... ¿Se encontró con la señora Capotosti, su compañera de trabajo?

—No... ¿Tendría que haberlo hecho?

—Limítese a responder sin hacer preguntas. —Al abogado le cae mal, se comporta como el primero de la clase y aquí no hay más primero de la clase que él, Malaguti—. ¿Conocía usted a Luigi Sesti?

—No en persona, sólo de nombre, por su familia.

—¿Qué hizo después de la clase?

—A ver... —Vuelve a echar mano de la libretita—. Sí, primero fui al bar, charlé un rato con Ettore, que me había encontrado una bebida energética americana, la había pedido por internet, seis botellas, me apunté el precio. Ochenta y cinco euros, si le interesa.

—No, a este tribunal no le interesa su bebida energética, señor Bianchedi. Se lo ruego, cíñase a los hechos —lo reprende el presidente. A él también le cae antipático.

Bianchedi se muerde el labio inferior, el sudor empieza a traspasar el tejido de la chaqueta, de lana fría o de algodón, o de lo que sea.

—Las cargué en el coche —dice, como para excusarse.

El presidente enarca las cejas.

El abogado prosigue.

—Como se desprende de la declaración de Stucchi Spartaco, usted estaba en el *spa*.

—Sí, cierto, estuve allí.

—Tal vez era lo primero que debía contarnos, dado que unas horas más tarde, precisamente en el *spa*, tuvo lugar el homicidio, ¿no cree? —La cara de Malaguti se vuelve gris, los ojos, dos chispas.

Todo el jurado parece haber despertado, también el fiscal.

—Pero, si ustedes no me lo preguntan, ¿cómo voy yo a saberlo?

Algún miembro del jurado ríe.

—Bien... Y dado que es así de preciso, ¿nos cuenta lo que hizo?

—Estuve en el baño turco, me va bien para las vías respiratorias.

—Claro, claro... ¿Puede usted utilizar el *spa* como y cuando quiere?

—Sí, es un plus para los monitores. —Ha pronunciado «plas», a la inglesa—. Compartimos una taquilla para el *spa*, Silvana, Pizzuti y yo lo usamos a menudo, Forte casi nunca.

Malaguti se inclina sobre los folios.

—¿A qué hora se fue?

—Serían las cinco y media.

—¿Usted salió del *spa* a las cinco y media? Concéntrese, porque los horarios son fundamentales.

—Sí... porque a las seis y cuarto estaba en la ciudad, había quedado.

—¿Con quién?

—Con Marta, mi novia.

—¿Con quién se cruzó mientras se iba? ¿Con el matrimonio Valtorta, que estaba en la piscina?

—No... Ni siquiera los conozco. ¿Son clientes?

—Evidentemente. ¿Con Elisabetta Floris en la recepción?

—En la recepción, cuando yo pasé, no había nadie. De hecho, dejé las llaves de mi taquilla en el mostrador.

—Disculpe, presidente, según el testimonio de Spartaco Stucchi, Elisabetta Floris debería de haber estado allí en el vestíbulo.

El presidente mira los papeles. Invernizzi hace lo propio. Bianchedi parece un animal acorralado.

—En teoría, sí, pero ¿en realidad no estaba?

—No, a lo mejor se había ausentado para ir al baño.

—A lo mejor... —le concede Malaguti.

A lo mejor una polla. Aquí hay gato encerrado. No me salen las cuentas, ni tampoco a Malaguti ni a Invernizzi. Los dos están buscando algo entre sus apuntes.

—¿Qué número de pie usa? —La pregunta del abogado los pilla a todos desprevenidos.

—¿Yo? Un cuarenta y tres —responde Bianchedi.

—¿Utiliza usted en el *spa* unas chanclas marca Havaianas?

—Verdes, sí...

La sala se desinfla con un «oh» colectivo. Bianchedi no entiende nada, está sudando.

—¿Y sabe usted decirnos por qué no hay quien dé con ellas? En la taquilla que comparte con el resto de los profesores de tenis no están. ¿Sabe decirnos dónde han ido a parar?

—¿Yo? No... no sabría... —balbucea, entra en crisis.

—¿Las ha tirado? ¿Regalado? ¿Prestado?

—No... Yo no... No voy al *spa* desde el día del homicidio...

—Llegados a este punto es de vital importancia el testimonio de su novia, Marta Marzilli.

—No... No entiendo... —Bianchedi mira de un lado a otro.

—Me parece más bien inútil —interviene Invernizzi—. Si, como dice Bianchedi, salió a las cinco y media del *spa*, habrá grabaciones que lo demuestren.

—Cierto, pero aun así me gustaría escuchar a Marta Marzilli. Según las investigaciones llevadas a cabo por los carabineros de la Científica —continúa Malaguti de pie— y por este detalle, presidente, comprenderá mi obsesión por la pista número 6. Leo el documento... —Se sube las gafas encima de la nariz—. En el desagüe del baño

turco... O sea, para entendernos, el agujero donde van a parar los líquidos que desembocan en el alcantarillado... Decía, en el desagüe tapado con un embellecedor metálico hay un pequeño depósito para el agua. En dicho depósito se encontró pelo, que los investigadores todavía están analizando, en un revoltijo en el que también habrá restos de jabón y de productos de limpieza, pero lo que ha llamado mi atención es la presencia de hierba. Para ser exactos, dos pequeños matojos de hierba que, de nuevo según las averiguaciones de la Científica, provienen de la pista número 6. Y el baño turco no se limpió. Recuerdo que la cooperativa encargada de la limpieza llega por la mañana, pero desde las once de la noche todo el complejo quedó clausurado. Por lo tanto, es fácil deducir que esos restos de hierba fueran depositados el mismo día del homicidio.

—¿A dónde quiere ir a parar? —pregunta el presidente con una media sonrisa—. Eso sólo demuestra la presencia de alguien que haya utilizado esa pista, y que Bianchedi estuviera allí no es ningún misterio.

—Cierto, pero da que pensar, ¿no cree? Igual que el número de pie de Bianchedi y la marca de chanclas que usa en el *spa*.

Bianchedi los tiene de corbata. El fiscal, en cambio, sonríe.

—Ahora me gustaría exponer al jurado que la ropa que Mirko Bianchedi usa en el *spa* fue hallada en su taquilla, pero que, mire usted por dónde, las chanclas Havaianas no están. Usted, Bianchedi, ¿por casualidad sabe dónde han acabado?

Mirko Bianchedi se encoge de hombros.

—Ya me lo ha preguntado, ¿cómo voy a saberlo? ¡No he vuelto al *spa* desde el día del homicidio! ¡Yo a las seis y cuarto estaba en la ciudad! —chilla.

—¡Por favor, señor Bianchedi!

—Doctor, gracias —puntualiza el testigo—, me doctoré en Ciencias de la Actividad Física.

—Por favor, doctor Bianchedi —insiste el presidente.

Malaguti alza todavía más la voz.

—¡Y esta reacción no hace más que avalar lo que trato de decir!

—Haz el favor, Malaguti, ¡recupera la cordura! —estalla Invernizzi.

Y acto seguido se arma una señora bronca entre fiscal, abogado, presidente, juez consejero, secretario judicial... Las voces retumban en la sala, el público se divierte bastante con este improvisado espectáculo; Bianchedi no tanto, con la cara roja mira a su alrededor, por primera vez el presidente grita:

—¡Silencio! —Abaritonado, agresivo, los manda callar a todos.

Jamás habría dicho que de un hombre tan apocado y taciturno pudiera salir semejante chorro de voz.

—Escucharemos a la señora Marta Marzilli pasado mañana y nos sacará de toda duda razonable, estoy seguro. El tribunal desea visionar las grabaciones de la cámara de vigilancia del vestíbulo del *spa* desde las 16.00 hasta las 19.30 horas. —Luego hace un gesto al abogado y al fiscal. Da la sensación de que quiere echarle un rapapolvo al cuatro ojos.

Yo levanto el campo y salgo de aquel horno. A medida que pasan los días, cada vez hay menos gente. En comparación con el inicio del proceso, diría que a más de la mitad la hemos perdido por el camino. Salvo Parodi me mira y sonríe.

—Por lo menos un poco de vida, ¿no?

—Por lo menos...

—¿Qué te pasa, estás cansado?

—No, Salvo, no. Tengo la cabeza un poco como un bombo —miento.

En realidad se me ha metido una idea entre ceja y ceja, y no veo la hora de quedarme solo para reflexionar. Rechazo la invitación de Giulia la de la televisión para tomar un café; a decir verdad, estos días apenas nos hemos saludado, y me vuelvo a casa, a mi bar, donde me siento, pido una cerveza y me pongo a pensar.

Hay un detalle que no me cuadra: nadie le pregunta a Carlo si había estado alguna vez en el club deportivo. Por cómo ha tramado el crimen, se diría que sí. Me faltan piezas de la investigación: ¿cómo llegaron hasta él? ¿Por qué lo inculparon? No entiendo, debo seguir pendiente del juicio para hacerme un cuadro completo de la situación.

E ir al periódico a escribir el artículo.

Entonces la veo. Está sola, delante de un vaso de cerveza y con la mirada perdida en el vacío. Lleva ahí un buen rato, la espuma ha desaparecido, se habrá bebido más o menos un dedo. No sabía que Elena Barilli también venía a mi bar. Ahora debería ponerme de pie y salir. No creo que me haya visto. En cuanto me levanto de la silla, Elena se vuelve hacia mí. Me sonríe. Tengo que acercarme a su mesa.

—Lo he visto entrar, pero no lo he llamado. No quería interrumpir sus pensamientos.

—¿Cómo usted por aquí? ¿Vive cerca?

—No —me responde con sequedad.

—¿Puedo invitarla? —Y señalo su cerveza ya caliente.

—Tampoco. —Luego, con un gesto, me invita a sentarme a su mesa—. Los artículos que me escribe son cada vez más incisivos,

tienen un toque literario. —Sonríe y bebe un trago de birra. Asqueada, deja el vaso—. Caliente. ¿Se ha planteado alguna vez escribir una novela?

—¿Es una forma amable de decirme que estoy despedido? —le pregunto en broma, aunque no del todo.

—Está usted siguiendo una pista, dígame la verdad. Mire, no quiero saberlo, pero tiene toda la pinta de querer superar en el *sprint* a todos los demás diarios. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—Elena —dice de repente.

—¿Cómo?

—No te equivocas, Elena. Me gustaría que nos tuteásemos.

—Vale, Elena. Walter. —Le estrecho la mano y nos echamos a reír.

—Walter, ¿me dices la verdad? En el periódico, ¿cuántos me llaman la Cabrona?

Creo que me pongo colorado.

—¿Que yo sepa? Sólo yo... —Y bajo la mirada.

—De ti me esperaba algo más. En plan: chocho estrecho, malfollada, zorra gratis...

—Me estás retratando como un machista de mierda.

—¿No lo eres?

—No lo creo. O por lo menos no lo creía.

—Buenas noches, Walter. ¿Te veo en el periódico?

—Creo que sí. Escribo el artículo y lo llevo a la redacción.

Se marcha sin despedirse.

No hay prórroga ni penaltis. Los dos equipos regresan a los vestuarios ante el silencio estupefacto del estadio. Se suspende el campeonato, es probable que no volvamos a ver nunca más a las dos alineaciones sobre el mismo terreno de juego, una contra otra. Esto es todo desde el estadio.

Martes, 17 de julio

«Entra en escena Mirko Bianchedi, profesor de tenis del club y miembro de la FIT, que ayer sin querer se convirtió en el protagonista de la vista.»

Prosigo con los detalles, la hierba en el desagüe, los gritos en la sala, y me doy cuenta de que, sea cual sea la verdad que salga a la luz, Malaguti continúa con su táctica de sembrar dudas por todas partes. Si Invernizzi lo hace bien, las destruirá una a una y luego la cuchilla caerá sobre el cuello de Cappai. Si la defensa no tiene ningún otro as en la manga, diría que el testimonio de la señorita Marta Marzilli mañana es fundamental.

Malaguti da saltitos y cansa al adversario, lanza pocas embestidas, su objetivo es que Invernizzi baje la guardia, aunque por ahora parece controlar la situación, bien posicionado en el centro del ring. De vez en cuando Malaguti asesta discretos golpes, es evidente que no busca el K. O., apunta más bien a una victoria por puntos, no puede aspirar a nada más. Es más ligero que Invernizzi, no tiene la derecha de su adversario, que parece más granítico en las piernas y mucho más potente. Invernizzi sí que busca el K. O., lo persigue, se acerca con la cabeza gacha en busca de un cruce de

puños en las distancias cortas, sabe que con eso lo destruiría, pero Malaguti se escabulle con dos saltitos, lo mantiene a raya, lo aguijonea, lo distrae y combate crispándole los nervios. Pero debe estar atento. Basta con un golpe, uno solo, de Invernizzi para que Malaguti caiga de bruces sobre la lona y se quede allí durante el recuento final. No, quizá tenga que reescribir el artículo. No creo que Elena le viera la gracia.

Martes, 18 de julio

El bisturí ha trabajado lo suyo en Marta Marzilli. A primera vista, diría que la nariz, seguramente los labios, de los pómulos también tengo alguna sospecha. Va muy maquillada, sombra de ojos oscura, colorete en las mejillas, con el calor que hace corre el riesgo de que todo empiece a chorrearle por la cara, que ya brilla.

—El día 9 de marzo, ¿quedó usted con su novio, Mirko Bianchedi?

—Claro, a las seis, seis y media. —Tiene una voz aguda y nasal —. Delante de la tienda de Maisons du Monde. —La pronunciación en francés es perfecta. ¿Será lingüista?

—¿Cómo está tan segura? —pregunta desganado Invernizzi.

—A las seis y media teníamos cita con el impresor. ¿Puedo? — Mete la mano en el bolsito y saca un pequeño sobre de papel de buena calidad—. Tenga, señor...

Invernizzi acepta el sobre, lo abre, lee y se lo entrega al presidente.

—¿Querría explicarle al jurado?

—Son mis invitaciones de boda. Teníamos que elegir la fuente, las medidas, el estilo. Luego fuimos a recoger el presupuesto de la empresa de *catering*.

—Imagino que el impresor confirmará su versión.

—Tiene el registro de los encargos y además Mirko pagó el anticipo con un cheque. Ahí consta todo. —Y, con una sonrisa inocente, mira a Invernizzi, que se sienta.

—No tengo más preguntas.

—Señorita Marzilli, antes que nada, enhorabuena por la boda. ¿Cuándo la celebrarán? —le pregunta Malaguti.

—Dentro de tres días, si no meten a Mirko en la cárcel.

La sala ríe. Ríe hasta el presidente.

—No se preocupe, no es nuestra intención. Usted podría, y empleo el condicional, haber ido sola al impresor llevando el cheque de su futuro marido.

—No...

—He dicho «podría». Y convenció al impresor, Ardenzio Michelangioli, para que confirmara la coartada... Quería informar al jurado de que Ardenzio, el impresor, es el tío de la señorita Marzilli.

—¡Venga ya! Pero ¿qué idea es ésta? —Marta se pone nerviosa. Invernizzi niega con la cabeza y sonríe—. Y, entonces, ¿cómo se explica la discusión que luego tuvimos con el servicio de *catering*?

—No lo sé, explíquenoslo usted.

—Mirko miró el presupuesto, era altísimo, no había ostras ni jamón, porque habíamos pensado en poner jamones enteros en las mesas, el queso que habían incluido no era parmesano, sino grana, y ustedes me disculparán, pero no es lo mismo, ¿cierto? Cierto. Además, habían calculado ochocientos euros para la tarta nupcial,

cuando saben muy bien que la llevará la pastelería Dorotei. Mirko se lo hizo saber al jefe, el señor Conti, y entonces empezó la gresca. Casi llegan a las manos, aunque luego intervino su señora y calmó las aguas.

—Eso es, querría hacer notar que Bianchedi no tiene precisamente un temperamento tranquilo —interviene Malaguti.

—¡Pero por favor! —prorrumpe Invernizzi—. Acabemos ya con esta payasada. Es evidente que Bianchedi estuvo en ambos sitios, hay testigos, pagos, hasta una pelea, ¿y el abogado de la defensa sigue buscando una escapatoria? Ríndase ante la evidencia, Malaguti, quedará usted mejor.

—Es mi deber ahondar en...

—No, su deber parece ser hacer perder el tiempo a este tribunal y...

—Mi trabajo consiste en el...

—Sé muy bien en qué consiste su trabajo, la cuestión es si lo sabe usted.

Marta observa divertida; el presidente, en cambio, grita de nuevo con su voz abaritonada:

—¡Basta! ¡Silencio! Señor Invernizzi, se lo ruego... Abogado Malaguti, ¿tengo que llamarlo al orden? ¡Por favor!

Cappai permanece callado, como siempre, mirando las ventanas, me da la impresión de que una leve sonrisa encrespa la calma de su rostro. Empieza a divertirse. Despachan a Marta Marzilli.

—Hemos examinado las grabaciones de las cámaras de vigilancia del vestíbulo que nos proporcionaron los carabineros... —El presidente, apoltronado en su sillón, se ha vuelto serio y apático— ... y confirman la entrada de Bianchedi a las 16.38 horas y su salida

a las 17.50 horas. Confirman asimismo la salida de Spartaco Stucchi y... —Hace una pausa, le entran ganas de reír, se nota—. Y las grabaciones también resuelven el misterio de la recepcionista desaparecida. Elisabetta Floris se ausentó desde las 17.35 hasta las 18.15 por motivos... —Un golpecito de tos, el jurado ríe entre dientes— ... personales y no pudo cruzarse con Bianchedi cuando salió del baño turco. Por favor, señor Invernizzi.

—Pues entonces descartemos de una vez por todas a Bianchedi... —Lanza una mirada cargada hacia la mesa de la defensa, que no se da por aludida—. Esta sala querría llamar al agente de tráfico Alberto Menichelli...

El asalto ha ido a parar indiscutiblemente a Invernizzi. A Malaguti le han contado los segundos de pie, no ha tirado la toalla, pero los puñetazos los ha notado, eso seguro. Lo ha salvado el gong, aunque presiento que Invernizzi está a punto de lanzar la última acometida, la que le asegurará la victoria definitiva. Nos hemos quedado sólo los periodistas y un par de señores que prefieren estar aquí en vez de ir a inspeccionar alguna obra.

—Díganos, señor Menichelli. —El agente de tráfico ocupa ahora el estrado de los testigos.

—Veamos... sí... —Está nervioso, es muy joven, no tendrá más de veinticinco años, en su caso también debe de ser la primera vez que declara en un juicio. No para de pasarse la mano por el cráneo rapado al cero. Tiene unas orejas enormes.

—Cálmese, Menichelli, nadie se lo va a comer —dice el fiscal con tono amable.

—¿Eh?

—He dicho que nadie se lo va a comer. Tranquilícese.

—Sí, señor, verá... Querría ser lo más exacto posible, así que he traído unas notas. ¿Podría tenerlas delante?

—Claro, si le sirve... —responde el presidente.

—Bueno, pues aquel día estaba de patrulla... quiero decir, el viernes 9 de marzo, en via San Mamolo, poco antes del cruce con via Aldini. Era un control rutinario. Alrededor de las 22.40 horas dimos el alto a un Citroën C3 conducido por el señor Carlo Cappai.

—¿Cómo se desarrolló el control?

—De forma tranquila. Entregó la documentación, hicimos las comprobaciones oportunas...

—¿Estaba nervioso?

—No, a mí no me pareció nervioso. Esperó a que le devolviéramos los documentos, y luego se marchó de nuevo.

—¿Está seguro de la hora?

—Por supuesto, señor, todo queda registrado en la central.

—¿Podemos mostrar el mapa? —pregunta Invernizzi. En la pantalla que hay al lado del agente aparece una fotografía sacada de Google Maps—. Para ser exactos, la via San Mamolo es ésta. —Invernizzi la señala en el mapa, es una calle muy larga que llega a la ciudad—. Aquí, éste es el cruce con via Aldini, donde la patrulla detuvo a Cappai a las 22.40 horas. Ahora les ruego que observen que, si bajamos, via San Mamolo se cruza con via dei Colli. ¿Lo ven? Y via dei Colli es justo la calle donde se ubica el centro deportivo Le Tre Torri. A las 22.40 Cappai se encontraba a menos de cinco kilómetros del lugar del homicidio, ocurrido entre las 21.00 y las 22.30, hora del hallazgo del cuerpo de Luigi Sesti, o para ser

exactos, de la llamada telefónica de la señora Luciana De Marinis al cuartel de los carabineros. Eso fue lo que desencadenó el arresto de Cappai. El día que fue detenido, Cappai afirmó que se encontraba cenando con una supuesta amiga en el establecimiento de turismo rural La Beccaccia. Tras la petición por parte de los carabineros, no presentó ningún tique, ninguna factura, ni siquiera un recibo que lo acreditara. Además, en el establecimiento nadie recuerda la presencia de Cappai, ni mucho menos se ha llegado a saber nunca el nombre de la misteriosa acompañante. Más tarde Cappai se retractó, afirmando que circulaba por aquella zona porque regresaba de una excursión a Pianoro que, según él, había hecho por mero placer y completamente solo. La última versión, que data de hace unas semanas, hace referencia a la búsqueda de una zona de prostitutas. Señor presidente, no tengo nada más que añadir, las excusas balbuceantes del imputado hablan por sí solas. Cappai se encontraba a cinco kilómetros del lugar del homicidio, proveniente de los alrededores de via dei Colli y sin ninguna coartada a una hora que, si me lo permite, me cuesta creer que pueda hacerse ninguna excursión campestre.

—Digamos que en este país cada cual es libre de circular por donde quiera, y de ir donde crea conveniente.

—Desde luego, abogado Malaguti, faltaría más. Pero si uno está acusado de homicidio, y tiene un móvil del tamaño de una catedral, por lo menos debería decirnos dónde pasó la tarde del 9 de marzo, ¿no cree?

—Nos reservamos el derecho a escuchar directamente al imputado... —dice el presidente.

El castillo de dudas de Malaguti se ha derrumbado. Si esto no es un golpe de K. O., poco le falta. No veo ningún modo en que la defensa pueda conseguir sacar a Cappai de semejante berenjenal.

—Lo único que podemos apostar es cuántos años le caerán —nos dice Salvo a mí y a Giulia—. Es homicidio, y encima premeditado... Entre veintiuno y cadena perpetua.

Giulia asiente.

—Artículo 575 del código penal —añade—. Sí, no veo muchas formas de que se libre.

Aun así, hay un detalle que no me cuadra.

Las chanclas.

Me ha llamado Luisa Martellini, me ha dicho que va a pasarse por mi casa, que tiene que hablar conmigo porque hay novedades. Intento ordenarlo todo lo más rápido posible, abro las ventanas para que se vaya el olor a cerrado, sacudo un par de veces los cojines del sofá y tiro a la basura los vasitos de yogur que me como delante de la tele. El piso sigue estando hecho un asco, sólo lo he mejorado unas décimas.

—Tengo que decirle algo importante. —Se sienta en la butaca con el bolso en las rodillas. Es un gesto que me encanta desde siempre, desde que era niño. Lo hacía mi madre, mi maestra, ponerse el bolso encima de las rodillas significaba merienda, juego, en todo caso eran los prolegómenos de un obsequio—. Me he pasado dos días enteros en el juzgado, pero al final lo he conseguido. —Saca una carpetita celeste llena de hojas. La deja en la mesita—. No me cabe ninguna duda, esos pedazos de papel que

encontró en la casa de Cappai son fotocopias de la sentencia del juicio a mi hermano. He resaltado su procedencia en los duplicados.

Abro el expediente. Con un bolígrafo rojo, Luisa ha marcado los bordes de la página fotocopiada que coinciden con el pedazo de folio chamuscado. La miro.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Eso yo no lo sé. No conozco al señor Cappai.

—¿Puede que él conociera a su hermano?

Me mira.

—No lo creo. ¿Qué tiene que ver con mi familia?

—No tengo la más remota idea. —Luego, de repente, se me viene a la cabeza la frase de Grazia, la que me llamó la atención, la que hacía días que buscaba y no lograba recordar. Había dicho: «¿Qué es, una especie de Charles Bronson, un justiciero?»

Niego con la cabeza, Luisa me mira.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo que he recordado una frase que dijo una amiga mía, nada importante, una tontería.

—¿Ajá?

—Hablábamos de Cappai, que dictó la sentencia de culpabilidad contra Luigi Sesti y que al cabo de cuarenta años se la hizo pagar, a lo que mi amiga, bromeando, dijo: «¿Qué es, un justiciero?»

—¿Qué intenta decirme?

—Nada, es una tontería, pero lo cierto es que el homicidio de su hermano aún no se ha resuelto.

—¿Las investigaciones siguen abiertas?

—Creo que sí. Fue mi segundo homicidio desde que entré en sucesos. El primero fue el de Flavio Zigon, un tipo al que tirotearon

después de que se alejara con una prostituta. Investigué e intenté entenderlo, al parecer había de por medio un tema de tráfico de cocaína; aun así, ese caso también quedó sin resolver. ¿No irá a ser que Cappai es el culpable de todos los homicidios de la zona que los carabineros no han logrado resolver...?

—No creo —me dice, y sonríe—. Lo que sí resulta curioso es que conservara fragmentos de la sentencia del juicio, como también es curioso que luego los destruyera. ¿Qué sentido tiene?

—Ninguno. Es un tipo de lo más extraño, es difícil saber lo que se le pasa por la cabeza.

Doy vueltas y vueltas en la cama, me invaden unos pensamientos que me recuerdan a los guerreros que había dibujados en la pantalla de la lámpara que mamá me dejaba encendida en la mesita de noche. Uno detrás de otro, lanza en ristre y cada uno en su caballo, giraban mientras su sombra se reflejaba en la pared. Yo los miraba galopar en círculo, el azul seguía al rojo que a la vez seguía al verde, luego de nuevo el azul, el rojo, el verde, y así hasta que me quedaba dormido. Sin embargo, mirar fijamente los pensamientos no tiene el mismo efecto hipnótico. En cuanto me concentro en uno, aparece otro que ocupa su lugar, para luego cedérselo enseguida al que va detrás. Se amontonan y se confunden, parece que te hacen compañía, cuando en realidad hacen justo lo contrario, te hacen sentir frágil y solo. Es la una de la mañana. Me levanto para beber un poco de agua. En verano, la del fregadero sabe a cloro. La escupo y saco un *chinotto* del frigorífico. Me gusta el *chinotto*, también la *cedrata*, me recuerdan a las vacaciones en la playa de

niño. El salón está en penumbra, la ventana abierta, de la calle llega el habitual hedor a pipí y un parloteo lejano. Miro el cielo. Está anaranjado, ni una estrella. Fiorenza está cerrando el bar. Debe cambiar la cerradura, lleva tres minutos girando la llave y la puerta se abre cada vez. Es una puerta de cristal, echarla abajo sería facilísimo, debería bajar la persiana metálica, pero me ha dicho que luego por la mañana le duele la espalda al subirla. Nada, no lo consigue, la llave gira en vano.

—¿Fiorenza? ¡Fiorenza! —la llamo.

Ella levanta el rostro cansado, se atusa el pelo canoso.

—¿Qué pasa?

—Bajo a ayudarte.

Sonríe.

—Déjame echar un vistazo —le digo—. Pero, vamos, que deberías cambiarla, da vueltas en vano... No hay nada que hacer, Fiorenza, está para tirarla. —Y le enseño el diente de hierro que ya no obedece a la llave.

Resopla.

—A la una de la mañana, ¿cómo arreglo yo esto? ¿Qué hago, duermo en el bar?

—No, baja la persiana y mañana por la mañana me acerco yo a subirla. Llamas a un cerrajero y en el mismo día la tienes arreglada.

Me mira.

—Pero ¿vas a despertarte a las seis y media?

—Con este calor yo esta noche no pego ojo. ¿No notas el bochorno que hace?

—Lo noto, sí. Y yo tampoco tengo sueño, pero por lo menos un par de horas me hacen falta...

—Pues vete a casa, yo me pongo el despertador y a las seis y media aquí me tienes.

Fiorenza sonríe. Se pone de puntillas y agarra el tirador. Baja el cierre metálico, que hace un ruido infernal.

—Me parece que tengo que engrasarla.

—Eso parece. —Y me agacho para cerrar los dos candados—. Listo. Ahora puedes irte tranquila. ¿Sabes qué sería lo suyo? Ponerle un motor al cierre para que gires la llave y suba sola, la gires otra vez y baje.

—Cuesta dinero —replica.

—También el fisioterapeuta por un tirón en las lumbares —respondo.

—Más razón que un santo.

Le doy un manotazo a la persiana metálica.

—¿Nos vemos por la mañana?

—Gracias, Walter, te dejo las llaves de los candados. —Se dirige hacia la bicicleta, yo me vuelvo a mi portal.

De repente, un fogonazo, como si alguien hubiera abierto de par en par los postigos de una ventana y el sol hubiera disparado una luz blanca y cegadora a la habitación. Subo corriendo a casa para leer mis notas. Compruebo, hojeo los cuadernos, cotejo con los horarios.

—¡Joder!

Me enjuago rápido la cara, cojo las notas y el móvil, la cartera, me cambio de camiseta y salgo.

Entro en el cuartel de los carabineros a la una y media de la mañana. Nervioso, despeinado, me paso la mano por la mejilla áspera, llevo días sin afeitarme.

—Dígame —me insta el cabo desde el otro lado del cristal.

—Tengo que ver al capitán Ossola.

—¿A estas horas?

—Es muy urgente.

—El capitán no está, y no puedo molestarlo en su casa.

—Créame, es urgente de verdad.

—Espere. Siéntese. —El cabo abandona su puesto y desaparece por una puerta.

Voy a sentarme en los silloncitos de la sala de espera. Miro la portada de todos los calendarios del cuerpo del 2000 al 2018. Reina el silencio. Los tubos fluorescentes hacen que las paredes y el suelo se vean de un blanco helado y aplanan la profundidad. Pasan por lo menos diez minutos, no consigo detener el tembleque de la pierna. Se abre la puerta de la sala de espera y aparece un subteniente de unos cincuenta y pico años con cara de dormido.

—Dígame, ¿qué ocurre?

—Tengo que ver al capitán Ossola.

—No es posible. Dígamelo a mí.

—No puedo decírselo a usted... Se trata del caso del homicidio de Sesti.

—¿Y...?

—Y nada, subteniente, que tengo que hablar con el capitán. Es el único al que puedo contarle lo que he descubierto. Escúcheme, lo sé, es tarde, pero es posible que esto dé un vuelco a toda la historia del homicidio, ¿puede usted llamarlo por teléfono?

El subteniente entorna los ojos agotados por el turno de noche.

—Yo a usted lo conozco, vino aquí...

—Sí, soy Andretti... del *Gazzettino*. Confíe en mí, subteniente, llámelo. Me hago responsable de todo cuanto le estoy diciendo. No soy un loco ni un visionario, llevo días siguiendo el proceso y he descubierto un detalle muy pero que muy interesante.

—Que no puede contarme a mí... —dice el subteniente con mirada severa.

—No... —confieso bajando la vista—. Lo siento, no quiero faltarle el respeto, pero tengo que hablar con el capitán.

—Espere aquí.

Vuelvo a sentarme en el silloncito y a mirar los calendarios de los carabineros. Luego me concentro en un cuadrito donde aparecen dibujados todos los uniformes del cuerpo, desde el año 1814 hasta hoy. Están incluso esos que se parecen a una antigua ilustración en la que dos carabineros con bigote de manillar, penacho y tricornio detienen a Pinocho. En otra impresión a color, fotografías de los uniformes de las unidades especiales. No sabía que existían todos estos tipos de carabineros. Así pasa media hora, de vez en cuando le lanzo una ojeada al cabo que está detrás del cristal de la conserjería, con la esperanza de que me comunique algo, pero él sigue sentado, concentrado en la pantalla del ordenador. Dos militares entran riendo después de hacer su ronda, no se dignan ni a mirarme. Hablan de terrenos agrícolas y del precio de los tractores de frutales. Estiro las piernas, luego me acerco de nuevo al cabo.

—¿Nada?

Niega con la cabeza.

—Siéntese... —me ordena y sigue escribiendo en el teclado.

¿Qué coño tendrá que escribir a las dos de la mañana? No tengo sueño, si acaso, sed.

—¿Hay agua?

El carabinero indica una puerta a mi espalda.

—Ahí dentro está el expendedor.

—¿Puedo ir?

—Claro.

Saco una botellita de agua mineral y un café sin azúcar. Me entran ganas de un KitKat, pero mejor no, el chocolate en verano puede sentar fatal. Aprovecho para ir al baño y regreso a la sala de espera. A las dos y media reaparece el subteniente.

—¿Andretti? Tiene usted cita aquí con el capitán Ossola mañana a las siete y media de la mañana.

—¿A las siete y media?

—Sí, exacto, dentro de cinco horas.

Estoy a punto de estallar, querría chillarle en la cara: «Subteniente, ¿y no me lo podría haber dicho antes?» Pero en vez de eso pregunto:

—¿Ninguna esperanza de verlo ahora?

—No, y no insista. —Me indica la salida.

Aplasto la botellita ya vacía y salgo de nuevo. Calor pegajoso, mosquitos y palomillas bajo la luz, la calle desierta color óxido, falta de sueño, no me queda otra que empapar las sábanas unas cuantas horas más, darme una ducha helada y recomenzar la jornada.

Jueves, 19 de julio

Así que he empapado las sábanas dando vueltas y vueltas como una croqueta, hasta que a las seis por suerte se ha levantado una brisa suave y fresca. De todas formas sé que antes de las ocho parará y otra vez nos derretiremos con el calor bochornoso. Consigo hacerme un café con la cafetera, pero desecho incluso la idea de comer algo. A las seis y media bajo, tengo que ayudar a Fiorenza a abrir la persiana metálica del bar. La calle está desierta, me agacho e introduzco la llave en los candados.

—¿Andretti?

Me doy la vuelta. Me encuentro con el capitán Ossola mirándome. No lo he oído llegar, ha aparecido por la espalda como un fantasma.

—Capitán... habría ido yo al cuartel a las siete y media.

—En vez de eso he venido yo... —Trae cara de enfadado. Peinado y afeitado, tiene pinta de haber dormido doce horas, aunque me da la impresión de que sus labios están un poco morados, tal vez sea su color natural.

—¡Gracias, Walter!

Me doy la vuelta. Es Fiorenza, que está atando la bicicleta. Se acerca, mira al carabinero con una pizca de terror. Los padres de Fiorenza eran anarquistas, el miedo al uniforme lo mamó desde niña.

—Es para mí, Fiorenza —la tranquilizo.

Ella sonríe y entra en el bar abriendo la puerta de cristal.

—¿Puedo invitarlo a un café? —le digo a Ossola.

—No. Esta noche quería desvelarme, ¿no? —Y con un gesto me ordena que lo siga. Luego hace otro para indicarme que nos convendría dar un paseíto bajo los pórticos.

—Andretti, creo recordar que ya en su momento lo advertí de que debía mantenerse al margen de las tareas que no le atañen. No puede ni debe reemplazar nuestra labor o la de la policía, porque es así como funciona.

—Capitán —lo interrumpo—. No he reemplazado a nadie. Mientras seguía el proceso y escribía un artículo sobre Cappai he descubierto unos detalles que no me cuadran y que quería exponerle.

La mirada del capitán cambia, se vuelve interesada, me invita a continuar.

—Usted sabe que yo publiqué los diarios de la hermana de Martellini, me refiero al homicidio de Daniele Martellini.

—Sí.

—Y para otro artículo, en este caso relacionado con Cappai, fui a su casa, sólo por hacerme una idea más veraz y completa de la vida de ese hombre.

—¿Qué tiene que ver Cappai con Martellini?

—Pues resulta que, por casualidad, por pura casualidad, en la chimenea de Cappai encontré unos folios chamuscados. Tenga paciencia y espere. —Corro los cincuenta metros que me separan de mi portal, subo rápido las escaleras y abro la puerta de casa. Sudo a chorros. Cojo la mochila y vuelvo a bajar a toda prisa. El capitán sigue ahí—. Son éstos —le digo jadeando, y de la mochila saco el pliego, lo compruebo, le tiendo las fotocopias—. Aquí tiene, ¿lo ve? —El capitán observa con atención—. Provienen de los documentos judiciales del caso Martellini, el homicidio del matrimonio, que usted recordará, del que el propio Martellini fue exculpado.

Ossola sonríe.

—Usted ha investigado.

—No, se lo repito, fue una casualidad. Luego sí que me picó la curiosidad, es cierto, y fui al archivo y los papeles coinciden. ¿Por qué le interesaba a Cappai el juicio a Martellini? Y paso al segundo detalle.

Me devuelve los folios.

—Es raro que Cappai esté relacionado con el caso Martellini. ¿Qué interés podía tener?

—Desde luego. Es un detalle que da que pensar.

—Por no desviarnos del tema, pasemos al segundo detalle, capitán, el que tiene que ver con el proceso en curso. —Se sienta en el murete. Me coloco a su lado. Busco el cuaderno en la mochila. Lo abro—. Bueno, pues se trata del *spa*. Hay un dato importante que he deducido de los testimonios del juicio y que no me deja dormir de noche. Tenemos el testimonio de Spartaco Stucchi, el factótum que durante la última ronda antes de irse encontró a Mirko Bianchedi, el profesor de tenis, en el baño turco.

—Así es —dice el capitán.

—Bien. Spartaco Stucchi dijo haber inspeccionado las demás salas, la sauna, el *caldarium* y la sala de relax, para luego dirigirse hacia los vestuarios, donde se cruzó con la señora Valtorta. Y todas las salas, sauna, *caldarium* y relax, estaban abiertas. Se marchó a las 17.30, se encerró con la secretaria en el baño privado y al cabo de media hora abandonó el club. Estamos, ¿verdad?

—Exacto.

—Entonces, ¿me explica por qué el abogado Antonino Anselmi, que estaba en el *spa* con Luigi Sesti, dijo que Sesti habría querido

probar el *caldarium*, que es más elegante, pero que encontró la puerta cerrada con llave?

El capitán me arrebata el cuaderno de la mano, lo lee. Luego me mira.

—Pues sí, ¿por qué?

—Dado que Anselmi y Sesti entraron en el *spa* después de Mirko Bianchedi, ¿quién cerró el *caldarium* de modo que Sesti, al no poder entrar, se decantara por el baño turco, donde perdería la vida?

Ossola hace una extraña mueca, a medio camino entre el desprecio y la acidez de estómago.

—¿Insinúa usted que el asesino ya estaba dentro?

—No sé si era el asesino, el hecho es que la puerta de este puñetero *caldarium* está cerrada. Y alguien la ha cerrado después de las 17.30 y antes de las 19.30, momento en el que entraron Anselmi y Sesti.

—Si lo que dice es correcto...

—A las 18.30 Cappai seguía en el archivo. Es difícil llegar antes de las 19.15 al club, entrar por la piscina, puesto que, como demuestran las grabaciones, nadie pasó por el vestíbulo principal, esconderse en el *caldarium* y actuar.

—Si está en lo cierto... —Luego asiente, el desprecio se transforma en una sonrisa de soslayo—. Me parece que tengo que ponerme las pilas. Ya le daré noticias. —Y en un abrir y cerrar de ojos desaparece.

Hasta ahora no me he fijado en que hay un coche esperándolo a la vuelta de la esquina. Sale flechado. De repente frena en seco y da marcha atrás. Se asoma por la ventanilla.

—No hace falta que se lo diga... Ni una palabra de lo que me ha contado debe ir a parar al periódico...

—Pero...

—No, Andretti. ¡Ni una palabra!

El automóvil arranca de nuevo y se esfuma igual que mi artículo en primera plana. Podría desobedecerle, podría escribirlo de todas formas, pero luego tendría que cambiar de ciudad.

Y de periódico.

Siempre y cuando encuentre otro periódico.

Viernes, 9 de marzo, 21.10 h
Día del homicidio

Trepó por la valla metálica, luego se quitó los pantalones, los zapatos y la camiseta. Se quedó en calzoncillos. Miró por la ventana, la piscina estaba desierta. Se sumergió en la parte final, la que quedaba fuera, en el jardín, y nadando despacio, a braza, pasó por debajo del tabique. Aguzó el oído. Ningún ruido. Con pocas brazadas llegó a la escalerilla, salió del agua. Se quitó la mochila de los hombros y sacó el cuchillo. Se dirigió hacia la sauna. Comprendió que había llegado tarde cuando vio las huellas ensangrentadas fuera de la puerta. «No...», gruñó rascándose la garganta, un grito ahogado y desesperado. Corrió hasta el baño turco. Luigi Sesti yacía sin vida, con el cráneo destrozado.

De nada había servido planear, seguir, actuar. Como inútil era ya el arma que sostenía en la mano. ¿Qué sentido tenía usarla ahora? ¿En un cuerpo muerto?

¿Quién ha sido?

¿Quién podía odiar a Luigi Sesti más que él? ¿Quién se había atribuido el derecho a eliminarlo de la faz de la Tierra? ¿Y dónde estaba ahora?

Vuelve a casa, que no te vean, desaparece, le sugería el cerebro; era inútil quedarse allí envuelto en el olor a eucalipto y menta mirando un cadáver. Vuelve a casa, desaparece.

¿Quién ha sido?

Debía dar media vuelta, sumergirse de nuevo en el agua, salir al jardín, vestirse otra vez, trepar, recuperar el coche, volver a casa. Pero no era capaz de alejarse de allí. Sabía que se la estaba jugando, que cada segundo podía ser letal, pero cuarenta años tardan un poco en acallarse.

Vuelve a casa, que no te vean, abandona los ojos de Luigi Sesti, fríos como los del pescado en el frigorífico de un restaurante. Paso a paso, despacio, con cuidado de no pisar las huellas ensangrentadas, había regresado a la piscina. El cráneo espachurrado. Ha hecho un buen trabajo, quienquiera que haya sido ha hecho un buen trabajo, pensaba. Un viento ligero le había hecho darse la vuelta, y junto a la piscina había aparecido una figura.

Lunes, 23 de julio

Es el turno de Carlo Cappai. Está sereno, lleva la misma camisa celeste desde que empezó el proceso. Ha pedido la palabra. El presidente se la ha concedido. Se pasa una mano por el lado como si quisiera peinarse. Lo recordaba más alto, pero en cambio parece pequeño, aplastado, indefenso. El abogado Malaguti tiene cara de deprimido, de derrotado, da la impresión de que toda su energía se ha desinflado y ha sido absorbida por el suelo. No mira al archivista a los ojos, sabe lo que está a punto de decir, y no le hace ni pizca de gracia. Cappai se aclara la voz.

—Me dirijo a usted, señor presidente, y a usted, señor Invernizzi. Un detalle, uno solo, no puede hacer a un hombre inocente. Con la puerta del *caldarium* abierta, o cerrada, ¿qué más da? ¿Quién tiene las pruebas? Yo estaba allí, y sólo yo puedo saber quién mató a Sesti.

Ahora entiendo por qué Malaguti está hecho polvo. ¿Está confesando?

—Sí, estaba allí a las 21.00 y no maté a Sesti. Pero no es más que un detalle...

Lunes, 23 de julio
Pocas horas antes de la declaración de Cappai

La sala de entrevistas de la cárcel llevaba meses impracticable, por tanto el abogado Malaguti y Carlo Cappai se reunían en el aula de teatro del centro penitenciario, detrás de una mampara. En la sala cabían hasta sesenta sillas, pero durante las visitas de los abogados estaba vacía. De las claraboyas del techo, encima de un pequeño escenario de madera, penetraba la luz del sol y agua los días que llovía. El aula se usaba para proyectar películas, para pequeñas conferencias y para la actividad teatral. Cappai estaba pálido, con barba de días y el pelo descuidado, había reparado la patilla derecha de las gafas con cinta adhesiva. Malaguti lo observaba con atención y la mirada fría.

—La cosa pinta bien, Carlo, debe hacerme caso. Hay novedades, el juez quiere volver a escuchar a dos testigos que podrían exculparlo.

El archivista se encogió de hombros.

—Debe alegrarse, puede que salgamos limpios —insistió el abogado.

—Abogado, yo le agradezco todos los esfuerzos, pero, verá, para mí no tiene ninguna importancia.

—¡Carlo, por favor! Pero ¿qué está diciendo? ¿No tiene importancia librarse de veinte años de cárcel?

—No, no la tiene. Usted, perdóneme, no sabe de la misa la media. Conoce la punta del iceberg; yo, en cambio, le puedo decir lo grande que es el bloque de hielo y a qué velocidad navega por el océano. ¿Sabe cuál es el problema de quien no cree en Dios?

—Dígamelo usted.

—La justicia en esta Tierra. Al no tener otra cosa, nos concentramos sólo en ella. Que se divide en la justicia con la J mayúscula y la justicia de los hombres. En la de los hombres hace muchos años que perdí la fe. —El archivista se metió una mano en el bolsillo y sacó una hoja doblada en cuatro—. Porque ésa no funciona como quieren hacernos creer, y prueba de ello es mi encarcelamiento por el asesinato de Sesti.

—Desde luego, porque es usted inocente.

—No debe fijarse en el detalle, abogado, sino en la totalidad del problema. Y yo inocente no soy, para la justicia con la J mayúscula, llamémosla... ¿absoluta?, inocente no soy. Veinte años, quince, cadena perpetua, son, efectivamente, detalles. Adonde quería llegar he llegado. He cumplido cincuenta y ocho años, ni siquiera pensaba que llegaría, se lo digo con toda sinceridad. ¿Quiere saber quién mató a Luigi Sesti? —La gota de agua

que caía de la claraboya llenaba el silencio—. Habría querido ser yo. Lo esperé durante cuarenta años, señor Malaguti, he vivido sólo para castigar a Luigi Sesti, porque todo lo que Invernizzi ha dicho es cierto. Yo lo quería muerto. Y muerto está. Que haya sido por mi mano o por la de otra persona no tiene importancia. O, mejor dicho, la tiene, pero sólo para la justicia de los hombres. Para mí no, me han arrebatado la venganza, pero al matarlo alguien ha cumplido con la justicia absoluta, la de la J mayúscula. —Cappai sonrió y se pasó la mano por la mejilla—. Cuarenta años de espera para luego llegar un poco tarde, una fracción de tiempo y... —Chasqueó los dedos—. ¡Zas! Lo pierdes todo en la línea de meta. ¿Quiere saber dónde estaba cenando la noche del homicidio? En el coche, antes de saltar la valla. ¿Quiere saber si el agua de la piscina estaba fría o caliente? Estaba caliente, por suerte. ¿Quiere saber a quién vi? ¿Al abogado Anselmi? ¿A un ladrón? ¿De verdad quiere saber lo que ocurrió después?

Malaguti no respondió. Lo miró serio, con un grumo de saliva seca en la comisura de los labios.

—Llegué al baño turco... tarde. ¿Quiere saber a qué hora murió Luigi Sesti? A las 21.00. ¿Quién fue? No se lo digo, no se lo digo porque fui yo, de corazón

fui yo, por un puñado de minutos no fui yo, pero fui yo, ¿me entiende? ¿Tan difícil es?

—¿Está protegiendo a alguien?

—Sí... No... No tiene importancia. Simplemente se me adelantó, eso es todo. Pero ¿sabe? No se merece ni un día de cárcel. Ya me quedo yo en su lugar, tranquilamente. Yo estaba allí para matar y por pocos minutos no puedo ser inocente. Pocos minutos no dictaminan la inocencia de un hombre, ¿no está de acuerdo? La casualidad no te exime de tus responsabilidades, en la justicia absoluta no. Yo estaba allí para matar, mi alma, mi corazón y mi cabeza ya habían matado a Luigi Sesti. Mis manos no, no lo hicieron, eso me convierte en no culpable, tal vez, pero ¿inocente? De eso nada. No culpable no es sinónimo de inocencia. ¿Por lo menos en eso estamos de acuerdo?

—Bizantinismos.

—Para nada. Yo puedo ser no culpable si mi delito ha prescrito. Lo que no significa que sea inocente. Los laicos también tenemos una moral, ¿qué se cree? Si fuese católico, expiaría mis culpas de otra forma, con algún padrenuestro, el arrepentimiento, una temporada a la sombra. Pero no soy católico. Y no me arrepiento. Se lo he explicado, para la ley que usted y yo estudiamos puedo ser no culpable, para la mía, la absoluta, la intransigente, no lo soy ni lo seré

nunca. Además, no le oculto que estoy muy enfadado por haber llegado segundo. —El archivista sonrió.

—¿Quién fue?

—¿No lo ha entendido? Y sin embargo es facilísimo.

Malaguti negó con la cabeza.

—No seré yo quien se lo diga —continuó Cappai —, si lo averiguan, tanto mejor. Pero sí puedo decirle que, más allá de Luigi Sesti, yo sigo siendo culpable.

—Sí, he entendido la lección, Cappai.

—No, ahora estoy hablando del iceberg.

Malaguti bajó la voz.

—¿Qué es eso del iceberg?

—Las voces... las del archivo. Eso es el iceberg. Tiene que ver con la justicia absoluta, señor Malaguti, esa que ni usted ni mucho menos los jueces y fiscales conocen, pero que me persigue desde hace años.

—No lo entiendo.

—¿Y cómo iba a hacerlo? Adiós, abogado, nos vemos en el tribunal.

Lunes, 23 de julio

El profesor es alto y delgado, tiene la nariz aguileña y una voz grave y acatarrada. El bigote le amarillea, fuma, y es un asesor técnico citado por el presidente.

—Seré de una total brevedad —empieza diciendo—. El golpe asestado en el cráneo de Sesti fue únicamente uno, como ya explicó mi colega, el señor Piroli. La altura y el ángulo de incidencia del golpe, no obstante, hablan claro: en el momento del ataque la víctima estaba de pie. Si estimamos que su altura era de un metro ochenta y dos, el asesino no puede ser de una estatura inferior al metro setenta y cinco. Diestro. Repito, el golpe se asestó con la víctima todavía de pie.

—¿Está seguro?

—Al dos mil por ciento, si eso fuera posible.

El fiscal mira al presidente, que a su vez mira a Malaguti, que se levanta.

—Me gustaría recordarle al jurado que Carlo Cappai no llega al metro setenta.

—Eso es relativo —replica el fiscal.

—Tal vez no —rebate Malaguti—. Señor presidente, le ruego que compruebe el documento que entregué al inicio del proceso sobre la incapacidad de mi defendido en el brazo derecho, de un setenta por ciento, provocada por las heridas sufridas cuando formaba parte de las fuerzas policiales.

Si estuviéramos en el teatro, ahora mismo arrancaría un aplauso a escena abierta, es decir, mientras el actor todavía está en el escenario. Pero estamos en un tribunal y el aplauso no arranca. Todos estamos reflexionando sobre la táctica del abogado Malaguti. Ha fingido perder, ha fingido estar en apuros, pero el as, al final, lo tenía él, no Invernizzi. Juego, set y partido.

Chapó.

TERCERA PARTE

Jueves, 30 de agosto

No se puede juzgar a una persona en función del odio que siente hacia otra persona, seríamos todos culpables, quien más, quien menos. No sé si fue también gracias a mí, pero Cappai logró salir de la cárcel por no haber cometido el delito, tan sólo lo había deseado, lo cometió otra persona. ¿Quién? Corresponde decirlo a los investigadores. Es evidente que el órgano judicial tenía sus dudas y, si debo ser sincero, yo también. Y ése es el resumen del artículo que le entregué a Elena el día del veredicto. Una vez cerrado el episodio, llegamos al final con un regusto amargo en la boca para los lectores que han seguido todo el proceso, aunque yo ya lo dije: el final es un problema que atañe a los escritores, los periodistas se ciñen a los hechos y a menudo la realidad no ofrece finales catárticos o redentores. En cualquier caso, el día de la declaración de Cappai, en la sala a todos se nos puso la piel de gallina.

—Los elementos son convincentes, Andretti —me dice el capitán mientras se lleva a la boca la cuchara con dos *tortelli*. De paisano, Ossola parece una persona como tantas—. Son convincentes porque lo que dice Cappai es cierto, él estuvo en el baño turco, pero cuando el homicidio ya había tenido lugar. Llevaba la intención de actuar, pero no lo hizo. En cualquier caso el reloj habla claro. Me explico. —Bebe un poco de agua, se seca los labios y deja la servilleta en la

mesa—. Si él llegó al *spa* alrededor de las nueve de la noche, hora en que el abogado Anselmi abandonaba el complejo termal, llamémoslo así, quiere decir que se presentó pocos minutos después del homicidio. ¿De acuerdo hasta aquí?

—De acuerdo —respondo.

—Bien. Pongamos entonces que Anselmi sale del hidromasaje ¿a las 20.45?, ¿20.40? Veinte minutos más tarde Sesti está muerto. Si Cappai llega a esa hora, el asesino todavía debe de estar allí. ¿Se encontraron? —Me mira. Espero que no pretenda que le dé una respuesta—. El asesino, por tanto, está escondido en alguna parte... por ejemplo, ¿en el *caldarium*?

—Ya. Lo que sin duda no se imagina es que va a llegar un desconocido para cometer el crimen que él acaba de llevar a cabo. Así que se esconde, espera a que Cappai salga, y luego él también se marcha del *spa*. Deprisa, eso sí, porque se aproxima la hora de cierre. ¿Por dónde?

—¿Tal vez por el mismo camino que Cappai?

—¿Por la piscina, dice usted? Claro, si hubiera salido por las otras puertas de emergencia, ya sean las de la sala de relax o las de la piscina, habría aparecido en las grabaciones de las videocámaras exteriores, pero no aparece. Lo cual me lleva a dos conclusiones. La primera: Cappai conoce el *spa*, ya ha debido de estar alguna vez, pero cuándo, no lo sé. Recuerde que Sesti no estaba abonado, ¿cómo podía saber que iría allí?

—Sí, ¿cómo?

—Segunda conclusión: el asesino también conoce el *spa*. Y lo conoce bien. Tanto que se esfuma sin ser visto.

Se me ocurre una idea.

—¿Se acuerda, capitán, de lo que dijo Anselmi en el juzgado?

—Dijo muchas cosas.

—Entre otras que... Espere, lo tengo aquí... Que él y Sesti decidieron ir a jugar al tenis... —Saco mi cuaderno, paso las páginas —. Veamos, Anselmi dijo: «... en el funeral de su padre. Sí, lo sé, puede parecer una falta de tacto, pero a Sesti le apetecía echar un partido conmigo, hace años que nos retamos. Y concretamos día y hora en la iglesia.»

Ossola me mira.

—¿Y entonces?

—Entonces, si, como usted ha descubierto, Cappai seguía todos los movimientos de Sesti, es muy probable que estuviera en San Damiano durante las exequias. Y debió oírlo. Yo estuve y le aseguro que la iglesia estaba abarrotada, sólo había sitio de pie...

—¿Fue a explorar el club y el *spa* después?

—¿Por qué no?

—Eso puedo intentar averiguarlo. —Se queda pensativo—. Yo creo que Cappai vio al asesino, pero no habla, lo encubre...

—¿Se ha formado usted ya una idea, capitán?

—No, todavía no.

No se la ha formado, pero todavía hay un asunto pendiente entre nosotros: los papeles quemados en la chimenea. No lo ha mencionado, sólo me ha asegurado que me tendrá informado y me dará la prioridad. Bien, estoy contento, ahora ya tengo el contacto con los investigadores, puedo ganarle a Salvo Parodi por los tiempos. Tengo un mensaje de Giulia, la periodista de televisión.

¿Quiero ir a tomar algo con ella? Miro la hora, las diez y media, es factible. La verdad es que no me apetece en absoluto estar solo esta noche de finales de agosto. Debo de sufrir alucinaciones olfativas porque noto un olor a algas y el mar dista más de cien kilómetros de aquí.

Nota para el futuro: acordarse de planificar la vejez en un lugar costero. Vivir lejos del mar es una gilipollez.

No sé qué mosca me ha picado. Cuando la he visto, se me ha cerrado el estómago. No me apetece en absoluto pasar la noche con Giulia. Es arrogante, arribista, y tampoco me apetece echar un polvo. Aunque lleve tiempo en dique seco, no me veo capaz. No me veo capaz de despertarme en la cama con ella mañana por la mañana, esperar a que se vaya, rezar por que no vuelva a llamarme. Pero resulta que por teléfono me he mostrado entusiasmado ante la idea de quedar con ella, ¿cómo me las apaño ahora? Se me ocurre una idea de mierda, aunque a veces funciona. Le escribo a Elena desde el móvil. «Por favor, Elena, o mejor, señora Barilli, ¿puedes llamarme dentro de diez minutos para ordenarme ir al periódico por una emergencia de última hora?» Lo envío sin pensármelo. Espero que no se cabree demasiado, es el tipo de favor que se le pide a un amigo. Pero si llama la jefa es más creíble, ¿no? Giulia y yo nos encontramos, sonríe. Va con Edoardo, el cámara, que tiene ojos de sueño. Se nota que querría irse a dormir. Nos sentamos, pedimos, se nos une otro tío, primera vez que lo veo, un amigo de Giulia, que lo recibe con una sonrisa tirante. Bebemos, que si jijí que si jajá, y luego me suena el móvil. Miro la pantalla. Todavía pone «la

Cabrona», tengo que acordarme de cambiar el nombre. Se lo enseño a Giulia.

—Joder, la jefa —digo. Y respondo—: Diga, señora Barilli.

—¡Andretti! Venga corriendo a la redacción. ¡Ahora!

—Pero... —intento oponerme.

—¡Ni peros ni peras! Vamos, en marcha, ¡la reunión es dentro de diez minutos!

Me encojo de hombros y corto la llamada.

—Lo siento —me disculpo y niego con la cabeza—. Pasadlo bien. —Y dejo diez euros en la mesita por mi consumición—. Nos vemos.

Le doy un beso en la mejilla a Giulia, que me susurra:

—¿Nos vemos más tarde?

—No sé hasta qué hora nos va a tener allí. Si veo que puedo te llamo.

—Vale, si ves que puedes me llamas.

Desde que en la sala había escuchado sin ningún interés la lectura de la sentencia que lo dejaba en libertad para que retomara su vida, había dormido, pronunciado poquísimas palabras y, durante todo el mes de agosto, se había quedado encerrado en casa en un estado vegetativo fomentado por el calor que se había abatido sobre la ciudad y los pocos habitantes que quedaban en ella.

Con cansancio, aquella noche, en la que se había alzado un ligero soplo de viento, se levantó de la cama, reunió todos los cuadernos con sus notas y los quemó. Luego los libros de su adolescencia, uno detrás de otro, los miró ennegrecerse dentro de las llamas en medio de la oscuridad del salón, con las ventanas abiertas por las que entraban el aire hirviente y agrio de la ciudad y los gritos de alguien abajo, en la calle. Se sacó del bolsillo la fotografía de Giada, aquella en la que miraba desde dentro del coche y sonreía con un cigarrillo en los labios. También la arrojó a las llamas, y las lenguas de fuego primero la acariciaron, expulsando un humo gris y pesado, luego la arrugaron, y el rostro de su amiga desapareció para siempre devorado por las brasas, soltando motas de ceniza que volaron por la

boca de la chimenea. Sabía que los recuerdos se le quedarían clavados en la memoria, pero no debía permanecer nada material, porque la realidad ya no incluía a Giada, ni a Sesti, ni siquiera a él mismo. Pertenecían al pasado, nada más. Miró las ascuas que ardían bajo las cenizas, sentado en la butaca; un calor descabellado se había extendido por todo el salón. Sudado, se dejó caer sobre el respaldo. Cuarenta años de espera, en vano. Era la idea fija que no conseguía quitarse de la cabeza. Cuarenta años inútiles, de una vida inútil, vividos a la espera de unos pocos instantes que nunca llegaron. Un calvario evitable. De haberlo sabido, habría actuado muchos años antes, se habría lanzado a una misión suicida, pero por lo menos su cara habría sido lo último que Sesti habría visto. En cambio, allí están los ojos de Luigi Sesti, mientras lo miran en el baño turco, sin verlo. El cuerpo blanco, desnudo, sentado en el escalón, con un reguero de sangre mezclado con vapor y agua que resbalaba por el suelo, dibujando una ese viscosa, para acabar en la alcantarilla.

Todavía jueves, 30 de agosto

Llego a casa, me quito los zapatos y la camiseta, y con el torso desnudo voy a la cocina, donde he metido agua en el frigorífico, estoy seguro. Me vibra el móvil. Tengo un mensaje. Es de Elena. «¿Qué pasa? ¡Mira que la reunión en el periódico es de verdad!» Es casi medianoche. Sólo hay reuniones a esas horas cuando estalla una guerra o se muere el papa o algo por el estilo. Que yo sepa, no pasa nada tan grave como para detener las rotativas y convocar una reunión nocturna. Me pongo una camiseta limpia, cojo la bolsa y salgo.

Subo a la redacción. Sólo me he cruzado con el vigilante nocturno, abajo en la puerta.

Cojo las escaleras. Las luces están encendidas pero la redacción está vacía. Elena Barilli está sentada en el escritorio de Wikipedia.

—Era broma —me dice. Tiene cara triste.

—Ha merecido la pena caer; por cierto, gracias por sacarme del fregado antes —le digo mientras me siento frente a ella.

—¿A qué clase de fregado te refieres ¿Familia? ¿Amigos pesados?

—Algo de eso...

—No te preocupes, Walter, de aquí no sale. En realidad yo acabo de trabajar ahora... —Levanta la vista hacia el reloj de la pared—. Hace treinta minutos.

—Ah, lo siento. ¿Hay algún cambio que...?

—No, me refiero a que acabo de trabajar del todo. Cuando te niegas a demasiadas cosas, cuando alzas la voz, te aconsejan con insistencia que cambies de puesto de trabajo. Y yo debo aceptar el consejo. Así que fin de la partida. A partir de mañana tendrás otro jefe. ¿Estás contento?

No, no lo estoy. Justo ahora que me había acostumbrado a ella, que nuestra relación parecía avanzar con buen pie, justo ahora...

—¿Y por qué?

Mira la pantalla del ordenador y mueve el ratón, juega distraída al solitario o al buscaminas.

—Puede que ya te lo mencionara hace tiempo. ¿La historia de Ginger Rogers y Fred Astaire? ¿El hecho de que sea mujer? ¿El trato desigual y todo eso?

—¡No pueden! Los números están de tu parte. La media de ventas ha subido dos puntos este año, le hemos arañado lectores al *Resto*, tenemos...

—Una mierda. Tenemos una mierda, Walter. En mi lugar ahora ponen a un jefe de redacción de confianza probada —dice con una sonrisa irónica—, uno del gusto del propietario del periódico. Seguro que conoces a Valerio Terenzi.

Me lo pienso un segundo.

—No me suena de nada.

—Exacto, ni a mí. Bueno, pues él será tu nuevo jefe. —Un último golpe de ratón, luego se levanta. Yo la imito. Me tiende la mano—. Ha sido un placer trabajar contigo. —Nos la estrechamos. Le brillan los ojos—. Eres una persona seria y sabes hacer bien tu trabajo. Y te pido perdón si alguna vez he sido un poco dura contigo, pero, créeme, este año he estado bajo demasiada presión aquí dentro.

Querría decirle que no, que no me había dado cuenta de que era una cabrona, que siempre la he apreciado, que siempre me ha caído bien.

—Sí, algunas veces te habría estrangulado.

—Yo también, Walter.

—Podríamos haberlo hecho, ¿no? ¡Imagínate qué ventas esos días! ¡Asesinato en la redacción, todos los detalles en las páginas de sucesos!

Nos reímos.

—Ahora que ha acabado el proceso, ¿qué harás? ¿Insistirás en hablar del tema o lo dejas?

—¿Lo que te habría dicho si todavía fueras mi jefa? No lo sé.

Lunes, 10 de septiembre

Pasan los días, pero no consigo quitarme esta historia de la cabeza. De vez en cuando me acerco a hacerle una visita al capitán, no tiene novedades. Ninguna. El homicidio del baño turco sigue sin resolverse. Hoy ha llegado el sustituto de Elena. Valerio Terenzi. Es un larguirucho destartalado, con cara de tener siempre sueño. Casado, con dos hijos ya en la universidad, Wikipedia me informa de que antes estuvo en el *Corriere della Sera*, luego en la *Stampa*, y de allí ha venido a parar aquí con nosotros. No me interesa saber por qué, lo único que sé es que se ha quedado con el puesto de Elena y eso me basta para que me caiga como el culo.

Miércoles, 12 de septiembre

El nuevo jefe, Valerio Terenzi, no está casi nunca en la redacción. Le parece bien cualquier artículo que consiga sacarme de la manga, lo único que le importa es la extensión. «Andretti, siete mil caracteres.» Debo ser exacto, pero basta con recortar un artículo por aquí, quitar un adjetivo por allá, que cuantos menos haya mejor, evitar un adverbio y el trabajo está hecho. Ha decaído el interés por el crimen del *spa*. Ha ocurrido uno nuevo. Ha habido un homicidio en la Porrettana: un malnacido le ha dado una paliza a una mujer y la ha abandonado en el bosque. Acaban de averiguar la identidad de Ylenia Boyko, de nacionalidad ucraniana, treinta y ocho años, cuidadora de profesión, en ese momento desempleada. Su pareja se llama Ivan Bondarenko, cuarenta y cinco años, también ucraniano, albañil de profesión; se le ha perdido el rastro. No me sirve de nada el contacto con el capitán Ossola porque es la policía quien lleva el caso y allí todavía no conozco a nadie. He hablado un par de veces con el subjefe de la brigada móvil, un véneto simpático con un gran sentido del humor, pero no suelta prenda y no nos cuenta nada más que lo que recita en las ruedas de prensa. ¿No me convendría volver a deportes?

Jueves, 13 de septiembre

No me imaginaba que lo diría nunca. Echo de menos a Elena Barilli. Me he enterado de que tal vez esté a punto de irse a Milán, para trabajar en el *24 Ore*, y también me he enterado de su dirección.

Vive a sólo tres calles de mi casa. Tal vez debería ir a verla. Grazia y Rossella están convencidas de que me he enamorado de ella. Y Ugo también. No me he enamorado. La respeto. Porque tenía razón en todo. En mis artículos descuidados, en mi incapacidad para ahondar en un tema o una investigación, en mi falta de iniciativa. Yo era de los que escriben el mínimo posible, de los que pasan en el periódico el menor tiempo posible, de los que no se llevan el trabajo a casa, de los que acabado el artículo, acabada la jornada. Y ella me hizo comprender que en sucesos las cosas no son así. Es una especie de aceite viscoso que no se absorbe y se queda siempre en la piel. De hecho, sigo pensando en el crimen del *spa* y no llego a entender el final. ¿Quién asesinó a Luigi Sesti? Le propongo al nuevo jefe un artículo para reavivar el interés en el caso. Terenzi me responde: «Siete mil caracteres.» Si seguimos así, empiezo a temblar de nuevo por mi sueldo de mierda.

El 24 era su cumpleaños. Carlo pasó la velada en el restaurante debajo de casa. Comió tortellini, tomó dos copas de tinto, se concedió una porción de *crostata*, luego pagó la cuenta. Dio una amplia vuelta a pie, pasó a saludar la losa de Giada y regresó a casa. Se desvistió y se fue a la cama con el periódico, que todavía ni siquiera había hojeado. Se tumbó. La noticia estaba en la página 23.

Sonrió.

Al día siguiente, como todas las mañanas, fue a correr a las siete en punto, a las ocho menos diez paró a desayunar en Colangeli, luego llegó al tribunal.

Martes, 25 de septiembre

La llamada me hiela la sangre. «Hola, soy Cappai, imagino que se acuerda de mí.» ¿Cómo podría olvidarme? Quiere que vaya al archivo; tiene algo que decirme. Lo dejo todo. Valerio, alias el Cabrón a partir de hoy, ni siquiera se da cuenta de que salgo de la redacción. No pregunta, no le interesa. Sólo dice: «Andretti, siete mil caracteres.» Y ahora me divierto entregándole artículos más largos, me gusta oírselo decir.

Ya no oía las voces. Las carpetas se habían callado, los pasillos estaban mudos, las estanterías sostenían los expedientes polvorientos que ya nadie abriría. El secretario judicial, los abogados, los pasantes lo miraban con otros ojos. Ya no era el hombrecillo del archivo, estaba marcado por una señal invisible, marcado por la duda. Carlo sabía lo fácil que era acusar a alguien, lo difícil que era lavar la mancha. Le daban ganas de sonreír. Pensaba en su juicio, en los meses transcurridos entre tribunales y abogados. Él también era ahora un expediente, quién sabe dónde lo habían puesto. No quería ocuparse de él, no quería reabrirlo; seguro que esa carpeta no le habría hablado. La justicia de los hombres, como él la llamaba, había seguido su curso. Se hallaba en una encrucijada y era consciente de ello. Entonces, ¿quién soy?, llevaba días preguntándose. ¿También él, como Zigon, como Martellini, debía ser juzgado? ¿Se había equivocado en todo? Vio entrar al periodista, el único que había ido a estudiar los expedientes de Zigon y Martellini muchos meses antes.

—Buenos días...

—Buenos días, siento haberlo molestado.

—Ninguna molestia. ¿Por qué me ha llamado?

—Usted siguió el proceso, he leído todos sus artículos. Me gustaría transmitirle mi más sincera enhorabuena.

—Ah... —El periodista, halagado, se rascó la cabeza avergonzado—. Se lo agradezco, habría bastado con una llamada.

Cappai se cruzó de brazos.

—¿Ha sido duro asistir al proceso? —le preguntó.

—Más que nada, aburrido.

—Y también leí el artículo que escribió sobre mí.

—¿Le... le gustó?

—No tanto.

El periodista permaneció en silencio.

—¿Quiere saber por qué, Andretti?

—Si a usted le apetece... —El periodista fingía desinterés, pero estaba claro que no veía la hora de ahondar en el asunto.

—Dijo usted que era, perdón, más bien, que soy un hombre solo, y que en todos estos años he desarrollado... espere, ¿cómo lo definió?

—Una aversión social.

—Exacto. Resumiendo, un sociópata. Permítame que discrepe.

—A ver, visto desde fuera, usted parecía una especie de araña que llevaba años ocupada en tejer una tela, a la espera de una venganza.

—Perdóneme, no tiene usted una imagen exacta de mí. Yo soy un hombre solo, es cierto, pero no se debe a que sea un sociópata. Respeto las leyes y las normas de la sociedad, es más, permítame decirle que en un par de aspectos podría sugerir algunas mejoras. —Y sonrió—. Además, asumo la responsabilidad de lo que hago, créame, y pronto usted también se dará cuenta de ello.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Andretti.

—Déjelo estar, le repito que pronto se dará cuenta. Y los sentimientos de los demás no me son indiferentes, al revés, me interesan hasta tal punto que debo aislarme, de otro modo sufro demasiado, ¿le queda claro? Y como usted, como todos, siento remordimientos. Por tanto si estoy solo no es porque tenga ninguna aversión social, sino justo por todo lo contrario. Lo sé, al lector la imagen del asesino sociópata le resulta familiar, le viene al pelo. En vez de eso, me gustaría que usted me viera como un asesino extremadamente generoso.

Andretti frunció el ceño.

—Usted no es un asesino.

El archivista sonrió.

—Compórtese como cualquier buen periodista, concéntrese en los hechos.

—El tribunal dice que usted es inocente —afirmó con coherencia Andretti.

Cappai negó con la cabeza.

—Existe una justicia con la j minúscula y una con la J mayúscula. Le aseguro que si esta segunda tuviera un tribunal, ahora mismo estaría cumpliendo mi pena en la peor de las trenas.

Andretti se apoyó en el mostrador.

—¿Está intentando decirme que mató a Luigi Sesti?

—También... —Cappai apretó los labios—. ¿Lo cree? El límite entre el deseo y la acción es lábil. Fíjese en mí, se me adelantaron justo en la meta.

—En ese caso seríamos todos asesinos, si cada vez que deseamos la muerte de alguien significara que somos culpables. El deseo, que tal vez expresemos en un momento de rabia, sigue siendo eso, un deseo.

—Hay quienes llevan el deseo hasta sus últimas consecuencias y también quienes no. Yo formo parte del primer grupo.

Andretti lo miró a los ojos y bajó la voz.

—¿Qué está tratando de decirme?

Cappai levantó una mano.

—Cada cosa a su tiempo. Usted es el único que ha buscado, que continúa buscando, no está satisfecho, no le basta la sentencia de un tribunal, ¿es cierto?

—Tengo que admitirlo.

—Usted es como yo. Por eso lo aprecio, si no, no lo habría llamado. —Se separó del mostrador. Andretti respiró hondo, se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración casi todo el tiempo—. ¿Qué es lo que no le cuadra?

—Señor Cappai, ¿conoce usted al homicida?

Carlo sonrió.

—¿Quién es? —le preguntó Walter.

—No puedo decírselo. Pero sé que hay algo más que lo angustia. Usted se implicó muchísimo en el homicidio de Zigon, y en el de Martellini, ¿me equivoco? Que acabaron sin culpable.

—¿Y?

—Tal vez pueda ayudarlo. Basta con que lea con atención lo que publicó ayer su periódico. La respuesta está ahí. —Le guiñó el ojo y se acercó a un pasante que acaba de llegar con una solicitud.

Andretti se rascó la mejilla, luego salió corriendo del archivo.

Regresó a casa a paso lento, se detuvo sólo para hacer una pequeña compra en la tienda de comestibles. En cuanto salió, en la acera, puso el cartón de los huevos en lo alto, encima del resto, para que no se rompieran, pero uno se le resbaló y se estrelló en el suelo. Carlo Cappai se quedó

observando la yema y la clara. En cuanto pasara un perro, se las comería y las haría desaparecer junto con el hedor, pero las cáscaras tenía que quitarlas de allí. Las recogió, ligeras, finas, y las tiró a la papelera que había cerca del bar. Lo había adivinado: un perro que tiraba de su correa lamió rápidamente el huevo, sólo quedó un rodal húmedo. Pero las cáscaras vacías y rotas estaban en la basura.

Reemprendió el camino a casa. Sintió que había llegado a la última parada de su existencia, desperdiciada porque no había logrado llevar a término su misión. Pasó junto a la losa con la inscripción para saludar a Giada. Normalmente se sentaba y cerraba los ojos, y la veía de nuevo mientras grababan aquella frase para la posteridad. «Siempre se es responsable de lo que no se ha sabido evitar.» Y él era responsable. Se le vino a la cabeza la piscina del club Le Tre Torri la noche del 9 de marzo. Se reconocieron enseguida. Seguía teniendo los ojos grises y profundos. Carlo había abierto la boca, pero no había salido nada de ella. No era necesario hacer preguntas, ni mucho menos esperar respuestas. No se veían desde el funeral de Giada. Silvana tenía la mirada asustada, dos pequeñas arrugas marcaban las comisuras de los labios. Puede que al envejecer Giada hubiera acabado siendo así; las hermanas se parecían a la

madre, pero los ojos de Giada eran verdes. Silvana había salido del vestuario masculino en bañador, descalza. El cuerpo de una estatua, los hombros vigorosos, las piernas musculosas. A la espalda, una mochila; en la mano, un par de chanclas verdes. Carlo las llamaba japonesas. La tenista había cerrado la puerta del vestuario masculino para luego alejarse hacia la piscina, tan en silencio como había aparecido. Se había sentado en el borde y se habían mirado, una invitación clara y silenciosa. Carlo se le había acercado. Se habían sumergido juntos, nadando lento, sin hacer ruido; una vez cruzado el tabique se habían encontrado de nuevo al aire libre. Hacía frío, estaba oscuro. De un matorral de boj, Silvana había sacado una bolsa, se había vestido sin secarse. Carlo había hecho lo mismo. «¿Te han visto las cámaras?» era la única frase que habían intercambiado. Silvana había negado con un gesto de la cabeza, luego Carlo, con los guantes, le había sujetado el alambre de púas para ayudarla a saltar; Silvana se le había acercado, le había dado un beso delicado entre lágrimas. Carlo Cappai también lloraba, luego se había quedado allí mirándola mientras desaparecía entre los árboles.

Reabrió los ojos. Seguía sentado junto a la piedra grabada. Acarició el nombre de su vieja amiga de siempre. Silvana Capotosti se le había adelantado por

un par de minutos. Y él lo había aceptado, era la única que tenía más derecho a la venganza que él. Era justo que así fuera.

Bien entrada la noche regresó a casa y se dirigió al despacho. Sólo le quedaba una cosa por hacer. Colocó el ordenador portátil en la mesa, lo encendió, se sentó y empezó a escribir.

Todavía martes, 25 de septiembre

La edición de ayer todavía está encima de mi escritorio. Empiezo a repasar los titulares, los artículos. No veo nada interesante. Me salto la sección de política, la de internacional, comienzo a buscar entre las noticias de sucesos. Hay un texto mío sobre un traficante detenido por la policía, el artículo de Domizi sobre los apartamentos turísticos de la ciudad, y no puede ser esto. Tampoco el suelto sobre el padre Alfonso y su actividad con los pobres de la parroquia. Paso la página. Publicidad. La paso de nuevo. La inauguración del campo de deportes en San Martino, el drenaje del canal en Malalbergo, el hallazgo de Lauretta Casini, la niña que se perdió hace dos días y ha reaparecido en Pianoro. Sigo con deportes; no encuentro nada: las típicas chorradas sobre el mercado de fichajes de futbolistas, la llegada de un pívot fuerte de Croacia, la entrevista al tenista de turno. Tal vez tenga que buscar en economía. Pero todas son noticias internacionales, no veo cómo Standard & Poor's puede tener algo que ver con el proceso Martellini, o qué importa el acuerdo entre las grandes ETT. Alzo la vista, Wikipedia está escribiendo en su ordenador.

—Filippo, ¿me haces un favor?

—¿Otro?

—Mira la página de sucesos de ayer. Y dime si así, a bote pronto, crees que alguno de estos artículos puede estar relacionado con el proceso a Martellini... ¿Te acuerdas del tipo acusado de cargarse a

sus padres que salió limpio y al que luego mataron hace unos meses?

—Claro que me acuerdo... Espera. —Se da la vuelta en la silla y agarra el diario—. ¿En sucesos, dices?

—Sí, política, internacional y economía me las saltaría.

Hojea el periódico.

—¿La niña que han encontrado?

—¿Por qué?

—¿Que sea familia suya?

—No creo.

Wikipedia resopla.

—Campo de deportes en San Martino... El alcalde... Toda la ciudadanía podrá hacer uso de las nuevas instalaciones... Pff, ni idea... Mañana se inician las obras de desvío del canal en Malalbergo para la ampliación de la nacional. También se reformarán el puente y los trasvases para la derivación de las aguas... Lauretta Casini, que se había alejado de sus padres durante una excursión, ha sido localizada hoy en perfecto estado de salud en la localidad de Pianoro... No sé, Walter, todo y nada. —Lanza el diario y sigue trabajando.

—Vale, gracias, perdona.

Releo todos los artículos. No logro entender a qué se refiere Cappai. «Basta con que lea con atención lo que publicó ayer su periódico. La respuesta está ahí», me dijo. Pero yo no la encuentro. Surge la duda ineluctable: ¿no estará tomándome el pelo? O, y la idea es aún peor, ¿el tipo sabe y calla? ¿Y por qué sabe? ¿Está implicado?

Miércoles, 26 de septiembre

La he citado en un bar cerca de mi casa. Ha preferido quedar en el centro, estaba haciendo recados. La encuentro relajada, con los ojos luminosos, ha cambiado de peinado; en definitiva, alejarse del periódico le ha sentado bien. Le hablo del encuentro en el archivo, de las palabras de Cappai.

—¿Y si no fuera más que un fanático? ¿Un loco egocéntrico? —me dice Elena.

—¿Y si dijera la verdad? Mira lo que se me ha ocurrido. Yo indago, sigo con esto, y estoy seguro de que llegaré a alguna conclusión. Luego tú y yo nos presentamos con la noticia en el diario, para hablar con el director, y apuesto a que Valerio Terenzi desaparece en cuestión de minutos y tú vuelves a tu puesto.

Le brillan los ojos, o tal vez sólo sea la luz tenue del local.

—¿Harías eso por mí? ¿Para que readmitieran a la Cabrona?

Me echo a reír.

—¿Hasta cuándo tendré que pagar por mi pecado?

—Gracias, Walter, ya sólo el hecho de que lo hayas pensado me colma de alegría. Pero estoy a punto de marcharme. Dentro de tres días me voy a Milán... Vuelvo a casa, y estoy feliz. ¿La carrera? No me interesa, nunca me ha interesado.

—¿Estás diciendo que no?

—Estoy diciendo que es tu trabajo, el mérito es tuyo, el esfuerzo es tuyo, así que también será tuya la recompensa si la cosa sale bien.

—¿Y qué hago yo con toda la recompensa para mí?

—No lo sé. Pero siempre es mejor que no tenerla, ¿no?

Le cojo una mano, el corazón me late rápido, nunca he sido del todo consciente, pero creo que no puedo quedarme sin Elena.

—Elena...

—No, déjalo estar, Walter. Te deseo toda la suerte que te mereces. Si pasas por Milán, ven a verme. Tienes mi número. —Luego se levanta. Me da un beso, rozándome levemente los labios, y me deja allí sentado con media cerveza ya caliente por delante y un nudo en la garganta. Miro la calle desde la cristalera y la veo cruzar la plaza, la enésima ocasión perdida de mi vida desaparece tras las columnas de un pórtico.

Jueves, 27 de septiembre

Encuentro al capitán Ossola en su despacho. Ahora puedo saltarme la antesala y acudir directamente a él, tengo esa ventaja. Se lo cuento. Me mira con las manos sobre la boca y los codos apoyados en el escritorio. Asiente.

—¿Tiene aquí el periódico?

Se lo paso inmediatamente.

—Yo miraría sólo sucesos —le sugiero.

Lee con mucha atención.

—No sé —me dice—, tengo que pensarlo. ¿Me repite la frase que le dijo Cappai?

—Dijo: «Basta con que lea con atención lo que publicó ayer su periódico. La respuesta está ahí...»

—¿Qué respuesta al caso Martellini puede haber en una de estas noticias?

—No lo sé. ¿Tal vez me esté tomando el pelo?

—No me da la impresión de que sea alguien que haga esas cosas. Es más, todo lo contrario, me parece muy serio. —Pasa la página y sigue leyendo—. ¿La niña hallada?

—Tal vez —respondo—. Pero no sé nada de eso...

—La encontró la brigada móvil... Iré a charlar un rato con el subjefe. —Me devuelve el diario, pero yo lo dejo en la mesa.

—Prefiero que se lo quede usted, capitán, yo tengo ejemplares de sobra.

—Está bien... ¿Por qué volvió al archivo?

—¡Me llamó él!

—¿Recuerda lo que le dije hace tiempo?

—Que no metiera las narices, es cierto, pero no puedo parar de pensar. En la chimenea, en los papeles quemados. ¿Y si mi amiga Grazia tuviera razón?

—¿Qué dice su amiga Grazia?

—Que se cree una especie de justiciero.

Ossola se echa a reír.

—No, Andretti. ¿Este hombre? ¡Pero si ni siquiera pudo llevar a cabo un trabajo que llevaba cuarenta años preparando!

—Lo he pensado, es verdad. Pero hay una diferencia entre Sesti y los otros dos.

—Dígamela. —Y sonríe.

En el instituto tenía un profesor que cuando yo no había estudiado e intentaba responder a una pregunta hacía justo lo mismo, igual que Ossola, apoyaba el codo en la mesa, la barbilla en la mano abierta y, con una sonrisita, decía: «Adelante, Andretti, ¡sorpréndame!»

—Opino que con Sesti no lo consiguió por dos motivos: primero, no tuvo tiempo para organizar bien todo el asunto; y, segundo, estaba demasiado implicado sentimentalmente.

—Está usted insinuando que Cappai... —me dice el capitán con tono reflexivo.

—... podría estar relacionado con los casos Zigon y Martellini.

Ossola niega con la cabeza sonriendo.

—¿Se da cuenta de que es una gilipollez?

—Yo vivo de gilipolleces, señor capitán.

Lunes, 1 de octubre

Me he olvidado de Cappai y del capitán Ossola. Durante tres días he tenido que ocuparme de la detención de Ivan Bondarenko, que se había escondido en casa de su amante. Y he trabajado también en la página de deportes, porque el compañero estaba enfermo. Somos un periódico pequeñito, si sobrevivimos es gracias a nuestros esfuerzos, creo que ya lo he dicho. Elena se ha ido. La llamé, pero fue una conversación fría, tan distante como Bolonia de Milán. No quiere que vaya a verla, eso está claro. «Lo tenías delante de las narices y no te diste cuenta, imbécil», me dijo anoche Ugo mientras Grazia negaba con la cabeza. ¿Qué le voy a hacer?

Miércoles, 3 de octubre

—Andretti, vaya a Malalbergo —me dice el Cabrón—, algo se mueve.

—¿Y desde cuándo se mueve algo en Malalbergo? —le pregunto.

—No haga preguntas estúpidas. Si le digo que vaya, coja su coche y vaya.

Nada, lo nuestro no funcionará nunca.

—¿Siete mil caracteres? —le grito mientras salgo.

Si Valerio Terenzi tiene poder de verdad, mi trabajo pende de un hilo, pero ¿qué tiene eso de nuevo? No me importa un comino.

—Veo que con el nuevo también va viento en popa —se recochinea Wikipedia.

Empiezo a estar hasta los cojones también de él.

Voy en el coche, Malalbergo queda a media hora o poco más. Me distraigo con la radio, suena una canción de un grupo que estaba de moda en los ochenta y que me hace mucha gracia. Canto desgañitándome, aunque no me sé la letra, porque además es en inglés: *breforiiii, lonley and breforiii, shappon the leivoruy fake me understand?*

¡Soy gilipollas! Cojo el móvil.

—¿Filippo?

Wikipedia resopla, ni siquiera responde «diga».

—Filippo, hazme un favor. El otro día te pedí que revisaras aquellos tres artículos, ¿te acuerdas? El ejemplar está en mi escritorio... Eran de sucesos. Por favor, ¿puedes coger un segundo el periódico?

—Qué coñazo, Andretti...

Oigo que se levanta arrastrando la silla. Respira jadeando.

—Joder, Filippo, a ver si te pones un poco en forma, ¡te estás ahogando sólo por haberte levantado!

—A ver, aquí está. ¿Ahora qué?

—Había un artículo sobre una niña.

—Sí, Laureta Cassini, hallada en Pianoro...

—Y luego...

—Y luego el campo de deportes en San Martino... el canal en Malalbergo...

—¡Gracias! —Y cuelgo. Lo recordaba bien, el canal en Malalbergo. ¿No irá a ser ése el artículo al que se refería Cappai? Empiezo a angustiarme, acelero, tengo que llegar lo antes posible.

Hay un automóvil de los carabineros, un todoterreno y una furgoneta de los bomberos con otro camión que monta una polea. Algo se mueve, el Cabrón tenía razón. El subteniente me reconoce. «¿Qué tal, Andretti?» Nunca había visto un canal dragado, sólo lo había imaginado. Toneladas de barro mezclado con plantas que yacen a la intemperie, hedor a descomposición y aguas estancadas. La sospecha de que a menudo lo han usado como vertedero es una certeza. Veo por orden: un tambor de lavadora, unos tubos de plástico naranja, una maraña enredada de cables y otros restos indescifrables de materiales de construcción, luego chapas, puede que piezas de automóvil. Con botas de agua y monos amarillos, entre carabineros y bomberos habrá una decena de hombres chapoteando en esa ciénaga maloliente.

—¿Algo interesante? —pregunto al subteniente.

—Si usted está aquí, supongo que sí, ¿no? Hemos encontrado una pistola, una Walther PPK.

La Walther PPK, me acuerdo de ella.

—Ostras...

—Ya. Una navaja, y luego otros cachivaches...

Pistola-navaja. «Basta con que lea con atención lo que publicó ayer su periódico. La respuesta está ahí...» Las palabras de Cappai me resuenan en los oídos.

—¡Coño! —digo, y debo de haberme puesto blanco, porque el militar me mira raro—. ¿Restos de sangre en la navaja?

El subteniente ríe.

—¿Después de yo qué sé cuánto tiempo en el agua? Si los hay, lo descubrirán los microscopios de la Científica dentro de, pongamos... ¿un par de meses?

—¿Walther PPK?

—Eso es seguro.

—¿Cree usted que la han usado?

—Soy carabinero, no adivino.

Jueves, 4 de octubre

Todo el día con la cabeza puesta en Cappai, en lo que sabe y en lo que finge saber. Me siento impotente, dependo del trabajo y de las decisiones del capitán. No por el periódico, que cada vez me importa menos, sino porque a estas alturas esta historia se me ha agarrado como un náufrago, y no puedo dejar que se ahogue. Me suena el móvil. Es el capitán.

—Usted vivirá de gilipolleces, Andretti, pero las gilipolleces a veces dan en la tecla. —El capitán Ossola mira por la ventana—. ¿Fuma?

—No.

—Yo sí. —Abre los batientes y se enciende el cigarrillo—. Estoy esperando a saber si la pistola es compatible, pero digamos que es un detalle poco importante.

—¿Por qué?

—Tiene número de serie, no es una pistola robada. No, es un arma personal, registrada, y tenemos un dueño. La usaba para practicar el tiro al blanco.

—¿Quién es el dueño?

Se da la vuelta y junto al humo suelta también el nombre.

—El antiguo juez del tribunal de apelación Bruno Cappai.

¡He acertado, he acertado, he acertado! El único pensamiento que me atormenta mientras salgo del cuartel, ya me he olvidado de los consejos de Ossola. «No escriba nada... Le aseguro que será el primero en sacar el artículo, pero no entorpezca mi trabajo.» ¿Es eso lo que debería hacer? Vuelvo a la redacción. Yo el artículo lo preparo porque es una bomba. Tengo en mi poder la noticia del día. Me cosquillean las yemas de los dedos. ¿Cómo arranco? ¿Las fuerzas del orden detienen a un sospechoso de los crímenes de Zigon y Martellini?

De Zigon tenemos buenas posibilidades, pero ¿de Martellini? Debería ceñirme sólo a Zigon. Si lo de la pistola encaja. Pero encaja, si no, ¿por qué iba a decirme el archivista que la respuesta estaba entre los artículos de mi periódico?

Carlo Cappai era inocente del crimen de Sesti, pero ya había actuado. ¿Escribo eso?

Tiene poca garra. En el fondo hay dos noticias. ¿Cuál debo destacar antes? Borro y reescribo, borro y reescribo. Wikipedia me mira, no entiende.

—¿Qué te pasa, Walter?

—Un bombazo —le respondo y empiezo a escribir de nuevo.

El Cabrón debe de haberse olido mi emoción, echa un vistazo desde su despachito. Queridísimo, dentro de poco te chupas un doblete y damos el partido por concluido, y te arrepentirás de haberte quedado con el puesto de Elena.

«¡Detenido el asesino de Flavio Zigon!», y hasta lo pongo entre signos de exclamación. Esta noticia no va en las páginas de sucesos, querido Cabrón, ésta va directa a primera plana.

Suena el teléfono del escritorio. Ya no estoy acostumbrado, creo que será la tercera llamada desde que estoy en el diario; si alguien me busca, me llama al móvil.

—¿Diga?

—¿Andretti? —Una voz masculina, sombría, no la reconozco.

—¿Sí?

—Soy Cappai.

La sangre se me hiela y cae por su propio peso hasta los tobillos.

—Señor Cappai... dígame...

—Tengo aquí una cosa para usted. Se la dejo en mi sótano. Es fácil, en cuanto entre en el portal, verá una escalera que baja al entresuelo. La primera puerta a la izquierda es la mía. Entre tranquilamente, la puerta está abierta. Hay un aparador celeste, en

el primer cajón a la izquierda está el sobre con su nombre. Venga a recogerlo mañana por la mañana, por favor.

Lo he anotado todo, pero da igual porque las palabras se me han quedado grabadas en el cerebro.

—¿Una cosa, para mí? —repito como un idiota, para ganar tiempo y porque no tengo el valor de preguntar qué es.

—Sí... sólo para usted.

—Mañana por la mañana, sí... ¿No puede adelantarme nada?

—Tenga paciencia, merece la pena.

—¿Señor Cappai? —Y no consigo continuar. Querría decirle que he averiguado a qué noticia del periódico se refería, que la pistola era de su padre, preguntarle si con ésa disparó a Flavio Zigon, pero la cara de Ossola se me aparece como si el capitán estuviera en el escritorio delante de mí.

—Dígame, Andretti.

—No, nada. Yo pensaba...

—Lo que usted piensa es correcto. Ya no queda tiempo para las palabras, ahora es el momento de los hechos. Y los hechos se los dejaré en el sótano, como le he dicho.

—¿Por qué a mí?

—Usted lo ha averiguado antes que los demás. Es la persona más idónea para quedarse con este sobre. Dele el uso que crea oportuno. —Y cuelga.

Doy vueltas por el centro sin una meta, con un pensamiento fijo, miro continuamente la hora en el móvil, por lo menos he acabado el artículo, pero no se lo he dado al Cabrón para que lo lea.

Mato el tiempo, espero que den las siete, me veo con Ugo, Grazia y Rossella. ¿Conseguiré disimular la angustia? Me leerán en la cara que algo me pasa.

«¿Qué es lo que te pasa?», me pregunta Grazia.

Eso es, justo. Me hago el longuis, miro a Rossella, que ha llevado a su padre al hospital, tiene un problema con la válvula mitral. Ugo, por su parte, está hasta el moño de reformar pisos. Su idea de lo que hacía un arquitecto era algo distinta cuando entró en la carrera.

—Por lo menos tienes trabajo, Ugo —le dice Rossella.

Son bocados de palabras que percibo, ráfagas de viento interrumpidas, se me escapa el sentido de la conversación, si acaso lo tiene.

—El mercado del arte se inventó para empujar a las enormes fortunas a invertir y para blanquear dinero, no me vengáis a hablar de calidad, porque calidad hay bien poca.

¿Y si en el cuchillo todavía hay restos de sangre? He leído en alguna parte que la sangre resiste al tiempo y también al agua. Pongamos que los hay y que esa sangre se corresponde con la de Daniele Martellini.

—¿Por qué debería pagar cien mil euros por un pintarrajo que podría perfectamente hacer yo mismo?

—Eso ya lo decía también Italo Calvino.

La verdad es que tengo miedo. ¿Por qué estoy en contacto con un sociópata, con alguien al que se le ha metido en la cabeza qué? ¿Rectificar los veredictos de un jurado?

—El arte conceptual es la respuesta. Ya no hace falta saber pintar ni dibujar, basta con tener una idea y aplicarla.

—Exacto, ¿qué coño tiene eso que ver con el arte?

—Si pones este vaso dentro de un marco también es arte. Es conceptual, es concentrar la atención en un detalle de nuestra vida para ampliar la percepción visual y analítica del espectador.

—Sí, justo, y se mire como se mire es una chorrada.

—¿Sabes, Grazia? —le digo—. Tenías razón. Puede que en la vida existan personajes como los de las películas.

Me mira mal.

—¿A qué te refieres?

—A nada... —respondo, y le doy un trago al *spritz*. Debo de tener un principio de anosmia, porque no me sabe a nada.

—¿Qué es lo que te pasa?

¿Y qué le digo a Grazia? ¿Que tengo en mis manos la noticia del año y todavía no puedo publicarla? ¿Que un asesino múltiple me ha llamado por teléfono para decirme que tiene un sobre para mí?

—Esta noche no estoy muy católico, perdonadme. Y coincido con Ugo. El arte conceptual es una cagada bestial.

—En realidad eso lo decía yo —me corrige Grazia—. Ugo opina lo contrario. Sí que estabas escuchando, ¿eh?

Así que camino hasta las dos de la mañana, solo como un idiota. Una descarga eléctrica me recorre la piel, llego debajo de casa de Cappai. Hay una luz encendida, él también está despierto, me pregunto qué estará haciendo. Me entran ganas de llamarlo por el portero automático y decirle: «No aguanto más. ¡Dame ese puto sobre!», pero ha dicho mañana por la mañana. Y mañana por la mañana estaré otra vez aquí, total, dormir está sobrevalorado.

Viernes, 5 de octubre

Llego a su casa a las siete en punto. Hay gente en la calle, el bar ya está abierto, como el portal de su edificio. Las escaleras quedan a mi derecha, bajo hasta una puerta de hierro, la abro y enciendo la luz. Un pasillo larguísimo, de techos bajos, iluminado por bombillas desnudas. Abro la primera puerta a la izquierda. No hace falta encender la luz, entra por una claraboya en lo alto. El aparador está aquí, abro el cajón. Hay un sobre amarillo que lleva escrito mi nombre. Lo agarro y salgo del portal como un ladrón, nadie me ha visto, corro a la redacción.

Llego a las ocho menos cuarto, no hay un alma, me siento en el escritorio, abro el pliego. Contiene páginas impresas en Times New Roman. No hay encabezamiento, ni título, nada. Empiezo a leer.

Daba vueltas en la penumbra del piso. Las cortinas echadas, dobles, organza y terciopelo. Polvo en los muebles, manchas de humedad en el papel pintado a la altura del techo. ¿Cuánto llevaban allí? Por lo menos treinta años, pensó, sobre todo la de al lado de la tubería que pasaba por arriba a lo largo de todo el pasillo. ¿De qué era esa tubería? ¿Gas? ¿Agua? ¿Calefacción?

Todavía viernes, 5 de octubre

Es por la tarde y casi lo he acabado. Estoy extenuado, molido, el estómago vacío, no doy crédito a lo que he leído. Se ha divertido contándome, como si de una novela se tratase, su historia. Y son páginas fuertes, porque son ciertas. Ha matado al menos a dos personas, puede que hasta a cuatro, menciona de pasada dos casos: Selvarelli y Muzii. Me meto en internet para informarme.

Aquí están, Luca Selvarelli se estrelló con el coche una noche de hace catorce años. A Adalberto Muzii lo encontraron a orillas del Reno después de suicidarse en pleno invierno, en 2007. Los dos salían de procesos en los que eran los únicos imputados. Selvarelli por un robo en casa de una mujer de ochenta y nueve años a quien su hijo encontró atada y sin vida tres días más tarde. Al otro lo acusaban de haber prendido fuego a su casita en el monte con su mujer y su suegro dentro. Ambos absueltos por no haber cometido el delito.

Por el Tribunal Penal.

No por Carlo Cappai.

Los mató sin un motivo aparente, más allá de una sed de justicia que tampoco aclara.

Un hombre que se erigió en juez y verdugo sin ningún derecho. Que oía hablar al archivo. ¿Qué hago yo con estas páginas? ¿Es una confesión? ¿Está descargando en mí la responsabilidad?

¿Qué coño hago?

Y luego está el homicidio de Sesti. ¡Ahora sé la verdad! Fue la hermana de Giada. La tenista, la amazona. ¡Claro! Si le entrego al capitán Ossola este manuscrito, también entrego a la homicida de Sesti, Silvana Capotosti. Y Carlo no quería eso. No me ha dejado un manuscrito, me ha dejado la posibilidad de elegir, de tomar una decisión que él no ha sabido tomar.

Debo hacerme una pregunta: ¿estoy de parte de Silvana Capotosti o de parte del capitán Ossola?

¿A favor de la justicia de los hombres o de la justicia...? ¿Cómo la llama él? ¿Absoluta? ¿Con J mayúscula?

La justicia es justa por antonomasia.

La pregunta es: ¿Silvana es culpable o inocente?

Si es inocente, entonces Cappai también lo es. Podemos debatir respecto al método.

¡Joder, pero los ha matado!

Me suena el móvil. Es Ossola.

—¿Andretti?

—Diga, capitán.

—No tengo buenas noticias.

Me apoyo en el respaldo.

—Cuénteme.

—Hemos encontrado a Cappai muerto en su domicilio. Creo que se trata de un suicidio. Si quiere, puede incluso escribir el artículo ahora.

—Capitán... ¿quién lo ha encontrado? —le pregunto.

—Ida Lo Bianco, la mujer de la limpieza. Está en el cuartel declarando.

—¿Puedo ir a verla?

—Está bastante trastornada, pero venga si quiere.

Salgo sin ni siquiera decir adiós a mis compañeros de la redacción. Cojo un taxi para llegar antes, tardo lo mismo que si hubiera ido a pie. Aprieto el manuscrito contra el pecho, como si fuera un secreto de Estado, y para mí lo es. Subo las escaleras, los militares ya me conocen, llamo a la puerta de Ossola. La mujer está allí, sentada en el silloncito del despacho, tiene un pañuelo en la mano, los ojos rojos. Ossola está de pie, ha pedido que le lleven agua y un café. Nos reconocemos enseguida.

—¿Me recuerda, señora Lo Bianco? Soy Walter Andretti... periodista. No quiero molestarla, bastante tiene ya con lo que tiene, no se preocupe. Sólo le pido un dato. Me gustaría hablar con su hermana, Anna.

Ossola me mira sorprendido, tal vez por la cantidad de información que manejo. Estará preguntándose de dónde la he sacado.

—¿Mi...?

—Hermana —aclaro.

La mujer me mira a mí, luego al capitán.

—Yo no tengo hermanas, señor —dice.

Ahora sí que no entiendo nada. Pero ¿entonces? A Anna se la inventó, está claro. Pero ¿lo que Cappai escribió es verdad o es todo inventado? En el libro estoy yo, y existo de verdad, y también está Ida, que también existe de verdad. Pero ¿Anna? ¿Es una invención? ¿Es verdad que oía las voces? ¿Y Silvana? ¿De verdad se la encontró aquella noche en el borde de la piscina? La cabeza me da vueltas.

¿Es verdad lo que ha escrito aquí? ¿De verdad mató a Martellini, a Zigon y a los otros dos o se lo ha inventado todo? ¿Era su deseo o ha dicho la verdad? Sobre Sesti no ha mentido, de eso estoy seguro, sé tanto o más que él. Pero ¿sobre lo demás? ¿Qué tengo en las manos, una confesión o un juego? ¿Por qué sintió la necesidad de escribirlo todo antes de morir?

¿Es todo falso?, me pregunto.

Porque la pistola del canal es de verdad, existe, la han encontrado. Pero ¿están seguros de que disparó, de que es el arma del crimen de Zigon?

Todavía no. No lo saben.

Así que ahí está la encrucijada. En cuanto Ossola confirme o no el asunto, sabré si se trata de una historia fantástica o no.

Hace horas que mi cerebro no descansa. De repente estoy en un banco del parque de la Montagnola, con el manuscrito entre las manos. Me faltan las últimas líneas.

Había llamado al periodista para quedar con él y había dejado el sobre en el sótano, en el cajón del aparador celeste, luego había subido otra vez a casa.

Tiró la cajita de las medicinas, ya vacía. Fue al salón. Encima de la mesa estaba la nota para Ida. La mujer encontraría en ella la dirección del notario Currer-i, que le comunicaría la herencia de su piso. Después de él, Ida era la persona que mejor lo conocía en el mundo, conocía cada losa, cada grieta, cada centímetro, por todas las veces que lo había limpiado. Allí sería feliz con su marido, con su hermana, y su vida tal vez cambiara, le parecía un gesto apropiado.

Mientras los latidos del corazón disminuían a la par que la presión arterial, acabó de escribir una nota que dejó en la mesita de noche: «He actuado como mi padre. Me he creído superior a los demás, y he hecho cosas de las que empiezo a arrepentirme.»

Había llevado a cabo su misión. Ya no había cuentas pendientes. Ya no necesitaba nada. Ni aire, ni sol, ni cielo, ni nubes. Podía acabar allí, a esa hora en que el día todavía no ha despuntado pero la noche empieza a retirarse. Era un buen momento, no

tenía pesares. La verdad la descubre el tiempo, se dijo.

Su única esperanza era que marcharse fuera rápido e indoloro. No le quedó otra que tumbarse en el sofá y esperar.

Fin.

CARLO CAPPAI

Bolonia, 5 de octubre, 4.00 h

Todavía viernes, 5 de octubre

Así que escribió sobre su suicidio antes de matarse. Esto también es verdad. Y cuántas coincidencias con mi diario, como si Cappai y yo hubiéramos caminado durante meses por dos vías paralelas. Ahora la suya se ha interrumpido. Sólo queda la mía. Este libro que me ha dejado quema. Llegados a este punto, mi diario también. Y ya no sé cuál es mi deber.

Le doy vueltas.

Le doy vueltas.

Jueves, 25 de octubre de 2018

Esta mañana sé lo que debo hacer. Cierro este diario y me juro a mí mismo que jamás volveré a intentar escribir otro. Sobre todo, no quiero volver a tener estos folios delante de los ojos. Igual que Cappai me dejó a mí la decisión, lo mismo haré yo...

WALTER ANDRETTI

Epílogo

Pasó la última hoja. Se secó las lágrimas. Dejó el manuscrito en el sofá. Fue a enjuagarse la cara. Sacó un zumo del frigorífico y lo vació de un único y largo trago. Miró fuera. El sol todavía estaba en el cielo y ella a las 17.00 h tenía clase. Cogió las llaves del coche, se puso el anorak, agarró la bolsa con las raquetas y salió de casa para dirigirse al club de tenis Le Tre Torri.

Gracias a Michela Porcile
por su ayuda y su tiempo.

Vuelve Antonio Manzini, el heredero de Andrea Camilleri, con una nueva serie que ha conquistado Italia



Carlo Cappai es la personificación de la meticulosidad, la soledad y lo mundano. Sin embargo, en el laberinto de cajas, tarjetas y carpetas del archivo de la corte penal donde trabaja, no ve papel muerto, sino historias vivas que claman por justicia. Son casos en los que los tribunales han fallado, absolviendo a los culpables debido a las mezquinas maniobras del poder. Durante cuarenta años, Cappai ha buscado llevar justicia donde la ley ha flaqueado, impulsado por un crimen que marcó su

vida. Por otro lado, Walter Andretti, un periodista infeliz por su traslado de la sección de Deportes a Sucesos, se enfrenta a la cobertura de dos asesinatos aparentemente inconexos. A pesar de sus errores iniciales, Andretti comienza a percibir una extraña conexión entre las muertes.

Antonio Manzini, creador del inolvidable sujeto Rocco Schiavone, presenta en *La verdad oculta de Walter Andretti* a un nuevo criminal, tan escurridizo como despiadado, y a un nuevo detective, cuestiona el equilibrio entre el derecho y la justicia, y explora hasta dónde estaríamos dispuestos a llegar para sanar nuestras heridas.

La crítica ha dicho:

«Un misterio tan perfecto como un mecanismo de relojería, en el que todos los engranajes se mantienen unidos, y que es también un acto de amor al periodismo de sucesos.»
Il Messagero

«Un excelente *thriller* que invita a reflexionar sobre las discrepancias entre derecho y justicia, entre verdad procesal y verdad fáctica.»
Thriller Café

«Uno de los pocos escritores que sabe tomar la medida de la vida tal como es.»
Antonio D'Orrico

«Una novela fascinante, llena de misterio y suspense, que te mantendrá pegado a la trama hasta el final.»
Radio Capital

«Una historia sorprendente, con personajes bien caracterizados y creíbles y una profunda reflexión sobre el derecho y la justicia.»
Libreriamo

«Un *thriller* refinado, profundo, intrigante y apasionante.»
SoloLibri.net

Antonio Manzini (Roma, 1964), actor, director de cine y teatro y escritor, fue alumno de Andrea Camilleri en la Accademia Nazionale d'Arte Drammatica. Ha publicado las novelas *Sangue marcio*, *La giostra dei criceti*, *Sull'orlo del precipizio* y *Gli ultimi giorni di quiete*, así como varios libros de relatos, dos de ellos a cuatro manos con Niccolò Ammaniti. Recibida con entusiasmo tanto por la crítica como por los lectores, su serie dedicada al subjefe Rocco Schiavone lleva dos millones de ejemplares vendidos en Italia, se ha traducido a varios idiomas y se ha adaptado a la pequeña pantalla con un rotundo éxito de audiencia. Además del libro de relatos *El anillo perdido: Cinco investigaciones de Rocco Schiavone*, Salamandra ha editado las siete primeras entregas de la serie: *Pista negra*, *La costilla de Adán*, *Una primavera de perros*, *Sol de mayo*, *7-7-2007*, *Polvo y sombra*, *Hagan juego*, *No más apuestas* y *Ay el amor el amor*.



Título original: *Tutti i particolari in cronaca*

Primera edición: mayo de 2026

© 2024, Mondadori Libri, S.p.A., Milán
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Irene Oliva Luque, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Matteo Pugliese

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87640-12-5

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La verdad oculta de Walter Andretti

Prólogo

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Segunda parte
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Tercera parte
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Epílogo
Sobre este libro
Sobre Antonio Manzani
Créditos